



FLACSO
MÉXICO

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ACADÉMICA DE MÉXICO**

Maestría en Ciencias Sociales
XIX (décima novena) promoción
2012-2014

**De la ciudad violenta al Juárez herido:
la construcción de un trauma cultural y su apropiación narrativa y
performativa en mercados de segunda mano**

Tesis que para obtener el grado de
Maestra en Ciencias Sociales
Presenta:

Elda Alejandra García Alarcón

**Director:
Dr. Nelson Arteaga Botello**

Seminario:
Sociología e Historia Cultural

Línea de investigación:
Sociedad civil, diversidad y multiculturalismo en América Latina y el Caribe

México, D.F., diciembre de 2014.

Se agradece al CONACYT el otorgamiento de la beca para la realización de esta tesis y la obtención del grado.



FLACSO
MEXICO

*A la Chapata, el Patata,
la Cleme, la Quelra y el Marcos*



FLACSO
MEXICO

AGRADECIMIENTOS

Nótese que este sencillo ejercicio interpretativo no consigue dar cuenta del esfuerzo y la calidad del trabajo realizado por un equipo de investigadoras y profesores, a quienes admiro y respeto, invertidos en la formación de un grupo privilegiado de jóvenes del que soy parte. Lo vasto y versátil de su conocimiento, su seriedad y generoso acercamiento, educan e inspiran.

Mi gratitud para personas como Cecilia Bobes, Melisa Pardo, Rodrigo Salazar, Mario Torrico, Marisol Luna y Nicolás Loza, porque en sus clases, mientras aprendía, me emocionaba también ante lo que descubrían para nosotras, porque fue gozoso presenciar la forma en que articulaban la teoría, los objetos y los problemas de investigación construidos desde cada disciplina.

Un sincero y muy especial agradecimiento a Liliana Martínez y Santiago Carassale, cuyos cursos y guía en el seminario de tesis fueron fundamentales para intentar formular de manera pertinente el problema aquí abordado, quienes escucharon y leyeron cada uno de los textos previos que iba ensayando, para enriquecerlos y encauzarlos, pero sobre todo, por generar un buen lugar donde supe que había sentido en mis inquietudes y donde me mostraron las disciplinas que desconocía pero deseaba encontrar, la sociología y la historia cultural.

Quisiera agradecer, de todo corazón, la paciencia infinita de mi director, el Doctor Nelson Arteaga, su generosa y atenta disposición para cada correo, propuesta y reunión, aun cuando fueron numerosas y extensas. Fui afortunada por la oportunidad de ensayar con él algunas discusiones de carácter teórico, la manera de conducir una investigación y de escribir correctamente al tiempo que realizaba este trabajo, así como de recibir sugerencias cuya utilidad supera esta empresa, pues fueron expresadas pensando en mi desarrollo profesional y se han ido incorporando a mi mirada y a mis nociones de este quehacer.

Por supuesto, agradezco también a mis lectores, el Doctor Alfredo Zavaleta y el Doctor Salvador Salazar, por acceder a acompañar este proyecto, por su atenta revisión y las puntuales observaciones. No puedo, sin embargo, dejar de añadir que, aun con esta

orientación experta hay, en el ejercicio de investigación que aquí presento, errores, limitaciones e inconsistencias, todos los cuales escapan de su responsabilidad y me corresponden sólo a mí.

Dentro de la institución y más allá de sus puertas, pero en un registro distinto, otras personas fueron indispensables y estoy con ellas muy agradecida. En primer lugar, Alejandro T. Vázquez, mi amigo, mi compañero, el primer interlocutor y el más importante, quien me permitió compartir la vida y la sociología con él. También Natalia Sánchez, una amiga que me ha acompañado y comprendido como nadie en esta última parte, a quien debo mucho de mi cordura y buen humor, con quien he podido disfrutar los momentos más complicados. Muy importantes fueron otros buenos amigos de quienes mucho aprendí, Walter Hilje, por su presencia y su apoyo constantes, por su confianza y calidez, así como también Rafael Busmail, Andrés Miño y Ángel Nieto.

Al resto de la generación, mis compañeras y mis compañeros de la Maestría en Ciencias Sociales, gracias por inventar conmigo esta experiencia. Gracias también a todas esas personas que dan vida a Flacso México, que se encargan de que la educación y la investigación ahí sean posibles, entre otros, el eficiente y atento personal administrativo y de la Biblioteca Iberoamericana, el departamento de Tecnologías de la Información, del servicio de fotocopiado y a quienes trabajan en la cafetería, por supuesto, muchísimas gracias por estos dos años.

Casi para terminar, gracias a mi familia, la amorosa e incansable, a mi madre de coraje ejemplar, mi padre de palabras siempre precisas, a mi hermano y mi hermana, cómplices de la vida y jóvenes modelos a seguir y a la sabia y loca de mi abuela; a Elpidia y Ricardo, por su interés y sus ganas de acercarse, de conocer mis ideas y apoyarlas; a Elsarís, por lo necesario de compartir inquietudes personales, profesionales y nuevas perspectivas en estos momentos, y gracias, toda la vida, a Georgina Martínez, mi primer acercamiento serio a la sociología, a la investigación, al trabajo; contigo, querida Gina, comenzó mi oficio.

Finalmente, gracias a las mujeres, a los hombres y a las niñas que me recibieron en sus puestos en los mercados y en sus hogares; gracias por la confianza en esta apuesta por el conocimiento y el sentido.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	v
ÍNDICE	vii
RESUMEN.....	ix
ABSTRACT	x
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1	6
EXTRAÑARSE ANTE LO NATURAL: LA IRRUPCIÓN DE LA VIOLENCIA EN UNA CIUDAD VIOLENTA	6
1.1 Procesos de conformación de la ciudad	7
1.2 Contornos del espacio urbano y características de su uso.....	15
1.3 La representación de la ciudad como violenta	19
1.3.1 El inicio: la leyenda negra.....	19
1.3.2 La profundización: la inseguridad tematizada	20
1.3.3 La solidificación: fenomenología de un continuo.....	22
1.3.3.1 Cholos, narcomenudeo y riñas entre grupos rivales o la violencia de las pandillas	22
1.3.3.2 Drogas, carteles y ejecuciones o la violencia del narcotráfico	28
1.3.3.3 Violaciones, desaparecidas y desecho de cadáveres o la violencia feminicida	33
1.4 La guerra contra el narcotráfico como acontecimiento irruptivo.....	36
1.5 Irrupción y fractura de la representación del carácter natural e incremental de la violencia en la ciudad.....	38
CAPÍTULO 2	39
DEL CARÁCTER INSTRUMENTAL AL POTENCIAL MOVILIZADOR DE SENTIDO: LÍMITES EN EL ESTUDIO DE LA VIOLENCIA Y NUEVAS POSIBILIDADES.....	39
2.1 Tesis clásicas que han signado la construcción del objeto violencia	43
2.1.1 Un fenómeno para medir, describir y explicar: perspectivas tradicionales para el estudio de la violencia	47
2.1.2 La ruptura con la tradición y el reconocimiento del papel de la violencia en la vida social	55
2.1.3 El giro de la violencia hacia el sentido: propuestas teóricas recientes.....	58
2.2 Un acercamiento a la violencia a través del modelo del trauma cultural.....	61

2.3 El trabajo de sentido para la apropiación de la experiencia de la violencia: una aproximación narrativa y performativa.....	66
2.4 Preguntas y conjeturas	73
CAPÍTULO 3	74
EL JUÁREZ HERIDO: LA CONSTRUCCIÓN DE UN TRAUMA CULTURAL Y SU APROPIACIÓN NARRATIVA EN MERCADOS DE SEGUNDA MANO	74
3.1 Definir en un acontecimiento una herida, unos responsables, unas víctimas e identificarse con ellas: la construcción del trauma cultural y su narrativa maestra	76
3.2 La experiencia de la violencia.....	89
3.3 La experiencia de la vida cotidiana.....	98
3.4 La experiencia del trabajo en mercados de segunda mano	106
3.5 La apropiación narrativa del trauma cultural	109
3.5.1 La naturaleza del dolor.....	110
3.5.2 La naturaleza de las víctimas	113
3.5.3 Relación entre audiencia y las víctimas	114
3.5.4 Atribución de responsabilidad.....	115
3.6 La apropiación narrativa de la experiencia de la violencia en forma de trauma: insumos y nuevas representaciones.....	116
CAPÍTULO 4.....	120
LA APROPIACIÓN PERFORMATIVA DEL TRAUMA CULTURAL EN MERCADOS DE SEGUNDA MANO.....	120
4. 1 Los mercados de segunda en la ciudad	123
4.2 Lo ilegal, robado, defectuoso y usado como sello de la mercancía	129
4.3 Dos mercados en el poniente: Andrés Figueroa y Fernando Baeza.....	132
4.4 La puesta en escena de un mercado “de segunda” con mercancía “de primera”: el sentido en torno a la vida después de la herida en textos que hablan y caminan.....	143
4.4.1 El montaje y la puesta en escena.....	143
4.4.2 Medios de producción simbólica	147
4.4.3 Actores y audiencia.....	150
4.4.4 Textos que hablan y caminan.....	157
4.5 La apropiación performativa de la experiencia de la violencia en forma de trauma: la construcción de los códigos colectivos	173
CONCLUSIONES	175
REFERENCIAS.....	186
OTRAS REFERENCIAS.....	191
ANEXO. INSTRUMENTOS PARA OBSERVACIÓN Y ENTREVISTAS	196

RESUMEN

Aquí se propone que la violencia registrada desde el año 2008 en Ciudad Juárez se ha instituido como acontecimiento irruptivo por la configuración de una especie de estado de sitio a partir de la entrada del Ejército y la Policía Federal en el marco de la lucha contra el narcotráfico. La ruptura no fue inmediata, tuvo su impacto casi dos años después, cuando la Masacre de Villas de Salvárcar fue representada como una terrible herida que ocasionaba un sufrimiento colectivo, lo que permitió la construcción de un trauma cultural.

Luego de propuestas las narrativas, una oficial y otra ciudadana, que explicaban lo ocurrido, tocaba a los actores que no participaron de su estructuración, apropiarse de ellas a partir de un trabajo de sentido, incorporar su experiencia con la violencia a la vida cotidiana a través de la interpretación, la negociación y el ajuste. Además de la apropiación narrativa, se hacía necesaria una performativa, el ensayo de estos nuevos significados en una acción simbólica.

Para el acercamiento al sentido movilizado por la violencia, fuerza que informa y constituye orden y cambio social, se revisa, en hombres y mujeres dedicadas a la venta en mercados de segunda mano -importantes formaciones económicas de privilegiada riqueza cultural-, la interpretación que hacen con la materia prima de su experiencia y la representación que efectúan en el necesario performance para obviar la impronta impura en la venta de una mercancía “de primera”.

PALABRAS CLAVE: Violencia, Ciudad Juárez, trauma cultural, performance, sociología cultural, mercados de segunda mano.

ABSTRACT

This thesis states that the violence befallen in Ciudad Juarez since 2008 was instituted itself as a breakthrough event by the setting of a siege-like state as of the entrance of the Army and the Federal Police in the battle against drug trafficking . The breakage was not immediate but had its impact almost two years later, when the slaughter of Villas de Salvarcar was depicted as a terrible wound that had caused a collective suffering, which allowed the construction of a cultural trauma.

After the narratives, one official and other civic, which explained what had happened were proposed, it was turn for the actors that played no part in its structuring, to appropriate them as from their meaning work, to incorporate their experience with violence to everyday life through interpretation, negotiation and adjustment. In addition to the narrative appropriation, a performative one was also needed, the rehearsal of these new meanings in a symbolic action.

So as to approach the meaning mobilized by violence, force that informs and constitutes social order and change, this investigation vets, in men and women who work in flea markets -important economic formations with privileged cultural richness-, the interpretation they make with the raw material of their experience and the representation made in the performance required to obviate the impure imprint on the sale of “prime” goods.

KEYWORDS: Violence, Ciudad Juarez, cultural trauma, performance, cultural sociology, flea markets.

INTRODUCCIÓN

A finales del siglo XIX, con el episodio llamado *leyenda negra*, comienza en Ciudad Juárez la fama de ciudad de vicio y lugar de peligro por el crimen que, acompañando a la prostitución y el alcohol, se encontraba en el apogeo de su vida nocturna, en sus bullentes bares y salones de juego en las calles del centro, aledañas a los puentes internacionales, ocupadas por miles de visitantes locales y ciudadanos estadounidenses. Actualmente, más de cien años después, se ha construido una relación tan estrecha entre las actividades criminales y la ciudad que, mencionar el nombre de Juárez lleva, inevitablemente, a pensar en su violencia, y hablar de violencia remite, a su vez, a esta ciudad que se ha instaurado como referente nacional e internacional.

Si bien se puede pensar en una larga historia de violencia en esta urbe fronteriza, la situación de los últimos tiempos, que la llevó a ser nombrada durante tres años consecutivos, “la ciudad más violenta del mundo” (en 2008, 2009 y 2010), por la más alta tasa de homicidios cometidos por cada cien mil habitantes, destaca por su magnitud y su extensión, pero sobre todo por la entrada del Ejército y la Policía Federal en el 2008, lo que configuró una especie de estado de sitio e instituyó el inicio de un acontecimiento irruptivo.

Existen todavía, en torno a la violencia de estos años, preguntas acerca de las cifras exactas de delitos y víctimas, de la efectiva impartición de justicia, de las condiciones que hicieron posible y desencadenaron estas manifestaciones particulares. Al mismo tiempo y sin menos urgencia, surge otro tipo de interrogantes: ¿ha sido la situación de los últimos años un pico en el continuo de la historia de violencia de la ciudad, una agudización temporal? ¿su impacto se limita a la dimensión objetiva de las cifras de víctimas, pérdidas y ocurrencia de sus manifestaciones? ¿es la violencia algo más que un fenómeno a describir y explicar? ¿tiene ella implicaciones importantes para la vida social? Y es que cuando, como en el caso anteriormente referido, la violencia se instala, lastima y amenaza no sólo a unos y a algunas, sino a una sociedad en su conjunto, a sus vidas, sus valores, propiedades y medios de subsistencia, la preocupación se dirige también hacia sus *dimensiones invisibles*.

El inadecuado tratamiento que de ella se ha hecho en la ciudad, ya sea atribuyendo responsabilidad a factores externos, presentando a los perpetradores como seres malvados o enfermos, utilizando estereotipos de los motivos que la explican y de los actores violentos y privilegiando la dimensión objetiva y mensurable del daño físico, etc., demanda, para el distanciamiento y la proposición de un acercamiento diferente, una revisión de las herramientas disponibles en la sociología para pensar la violencia. La insuficiencia de estas formas tradicionales de definirla y estudiarla, hacen necesario un ejercicio de ruptura con ellas y el objeto que han construido para encontrar nuevos desarrollos adecuados a este tiempo y capaces de satisfacer estas otras necesidades de entendimiento.

Una tendencia reciente que aparece con fuerza da un giro hacia el sentido, hacia el reconocimiento del carácter extraordinario de la violencia, de su autonomía relativa y su potencial movilizador de sentido, que permite observarla, más que como un fenómeno a explicar, como una acción creativa capaz de instituirse como fuerza formadora, es decir, como una variable independiente. Esta nueva definición y estos nuevos rasgos, permiten articular otro tipo de preguntas en torno a la presencia de la violencia en la vida social.

Una vía concreta para enunciar estas otras inquietudes e intentar responderlas, una, por supuesto, compatible con la tendencia teórica rupturista revisada en donde la violencia, los actores, las estructuras sociales y las de sentido son relativamente autónomas, es el modelo de *trauma cultural*, propuesto por el sociólogo estadounidense Jeffrey Alexander dentro de su programa fuerte de sociología cultural, pensado para estudiar eventos que desencadenan un sufrimiento colectivo a partir de la exitosa representación de una herida infligida, de unos responsables, y unas víctimas con las que es posible identificarse. Las categorías de esta propuesta, permiten un acercamiento al trabajo de sentido que los actores de un colectivo realizan para incorporar a su experiencia un acontecimiento crítico y el sentido que se interpreta, adapta y negocia a partir de éste.

En el caso de la violencia de los últimos años en Ciudad Juárez, puede hablarse de un *trauma cultural*, pues éste se define como un conjunto de acciones o eventos negativos que impactan la vida de una población provocando un sufrimiento colectivo,

que son recibidos como una amenaza y consiguen provocar una crisis, una ruptura en las rutinas cotidianas (Eyerman, 2012), y con ello, lastimar y exponer las significaciones dadas e impedir su confirmación y reproducción. De este modo, la colectividad se reconoce distinta –*we are not the same*- e interpreta, construye sentido para la nueva situación, para hacerla inteligible y recuperar el control necesario para seguir actuando en ella o una vez que ésta haya concluido (Eyerman, 2012).

La mirada en esta investigación va entonces hacia la construcción de sentido a la que da lugar la violencia cuando se constituye como un acontecimiento irruptivo que hiere a una colectividad y es contada en la forma de una historia que explica el sufrimiento vivido, una narrativa maestra que construye, al representarlo, un trauma cultural. El interés se dirige específicamente hacia la forma en que, aquellos actores que no participan de la elaboración de esta narrativa maestra, se apropian de ella a partir de sus propias experiencias para representarse el trauma y vuelven a la vida cotidiana para resignificarla, recreando los significados que han trabajado, luego de esta crisis de sentido. Se trata de la continuidad de la vida en la ciudad frente a la lógica irruptiva y la fuerza desordenadora de la violencia construida como profunda herida en la comunidad, como trauma cultural.

Preguntarse por estos cambios y ajustes que, en el fondo, consisten en una experiencia de interpretación a través de la negociación y la adaptación, implica preguntarse por el sentido que subyace en la regeneración del orden social, por las narrativas que lo conforman y lo orientan. Solamente el conocimiento de ellas nos permitiría entender el proceso cotidiano de aquéllos y aquéllas que habitan la ciudad, de la ininterrumpida generación de sentido y orden que surge en sus acciones diarias y hace posible la vida en ese lugar.

Para dar cuenta, aun cuando de manera mínima, de este trabajo cultural en una ciudad tan diversa, heterogénea en su composición, tan fragmentada e íntimamente atravesada por las lógicas que históricamente le han dado forma y que la siguen moviendo, se requiere un espacio igual de sugerente, donde confluyan estos múltiples procesos y sus actores, uno poco predecible y menos sujeto al ordenamiento dictado por la vida institucional.

Un espacio con estos rasgos en Ciudad Juárez lo encontramos en los mercados de

segunda mano, conocidos desde hace más de medio siglo y cuyo número ha crecido significativamente en los últimos años. Estos no suelen contar con infraestructura física, se transforman en lugar tan pronto aparecen en las calles vacías.

Según Weber, puede hablarse de mercado desde el momento en que concurre una pluralidad de personas interesadas en el intercambio o en las probabilidades de éste (Weber, 2012 [1922]). Sin ningún supuesto y sin sujeción a otro objetivo más allá de la ganancia, es precisamente opuesto a los compromisos íntimos, a la confraternización. El mercado no contiene comunidad, más que la comunidad de mercado, aquélla contingente que surge en la relación práctica más impersonal en la que los individuos pueden entrar (Weber, 2012 [1922]). Por ello, ha sido siempre un espacio neutral, de intercambio voluntario y socialización entre sociedades no amigas, enemigas incluso. Que esto último suceda es sólo posible por la máxima que orienta a todos ahí, el intercambio, para el cual se requiere la negociación, una especie de conflicto a resolver, lo que hace de la violencia un evento indeseable, sin cabida en el mercado. Así pues, se ha instituido como la única relación formal entre sociedades diversas y distantes, debido a que el cambio libre sólo puede tener lugar fuera de la comunidad de vecinos y de toda asociación de carácter personal. Redes de comerciantes acuden desde distintos puntos de la ciudad para enfrentarse, cada vez, al reto de poner en marcha el mercado, de construir su arreglo y su ordenamiento. Es así, el mercado, un lugar entre fronteras de lugar, sangre y tribu (Weber, 2012 [1922]).

El centro del mercado, el eje que lo ancla y sobre el cual gira, es la acción económica, la cual se encuentra incrustada en la cultura, y por otro lado, conectada de manera latente a los códigos centrales de la última a través de una rica red de vínculos simbólicos (Tognato, 2012). Entre la acción económica y la cultura se da una relación de influencia recíproca y de interpenetración, es decir, el mercado es efecto y causa de ciertas configuraciones culturales (Haskell y Teichgraeber III, 1993). Su existencia es posible por una particular urdimbre de vínculos sociales y culturales que se vuelven efectivos sólo en la realización de ciertas condiciones performativas en cada jornada de intercambio, lo que hace posible a su vez, la reproducción de otras formas y arreglos en la ciudad (Tognato, 2012).

El peculiar tipo de venta dominante en estos mercados, el de los artículos de

segunda mano, les añade rasgos que no hacen más que aumentar su interés y su carácter sugerente, como lo son, el amplio acceso que permiten a personas con ingresos mínimos por sus bajos precios, una interacción con menor exclusión y desigualdad, una traducción del valor distinta a la comercial y un juego ambiguo entre lo legal y lo ilegal.

Fuera del pago de impuestos y de la lógica del comercio establecido, el mercado, y sobre todo el mercado de segunda, es un arreglo entre personas donde incluso el abastecimiento de la mercancía tiene un fuerte componente de redes, de vínculos familiares y personales.

Es por todo esto que se vuelve pertinente un acercamiento a la puesta en escena del intercambio en el mercado, a la forma en que sus actores ensayan, en este espacio al que ellos y ellas dan vida, una especialmente imbuida de la configuración cultural de la ciudad, el sentido de la misma en un contexto de violencia, y lo dotan de una estructura discursiva en las narrativas de sus prácticas y desplazamientos. Es por ello que vienen a propósito los mercados como punto de partida y la experiencia de quienes trabajan en ellos, porque participan de la particular configuración de la ciudad que permite que llegue diariamente la mercancía a sus puestos, porque son responsables de que, en su venta, las condiciones performativas vuelvan efectivos los vínculos que reproducen la relación recíproca y de interpenetración, en esta acción económica, de las significaciones que ordenan la vida en la ciudad y le dan sentido. Es en torno a este centro dinámico y contingente, cuya forma es sólo posible por la configuración no sólo geográfica y económica de la ciudad, sino cultural, que estos hombres y estas mujeres habitan la ciudad atravesándola y que, al mismo tiempo, gran parte de lo que ella es, les cruza.

A continuación, en un ejercicio con recursos limitados por los requerimientos institucionales y las condiciones del contexto, las posibilidades de una aproximación narrativa y performativa a la vez, permiten desarrollar respuestas concretas a un problema en la realidad que tampoco termina de resolverse en la disciplina desde la que se enuncia, pero sobre todo, insinúan las posibilidades de observar el mundo con modelos complejos y ricos en términos de sentido, y de encontrar estructuras y textos puestos a caminar y a hablar desde la concreción de la experiencia de vida, planos distintos de la estructuración narrativa a la apropiación y reformulación, y de ahí al trabajo de sentido colectivo que tiene lugar en la acción simbólica.

CAPÍTULO 1

EXTRAÑARSE ANTE LO NATURAL: LA IRRUPCIÓN DE LA VIOLENCIA EN UNA CIUDAD VIOLENTA

En este capítulo se trazarán, en el primer apartado, los procesos y las condiciones que han ido dando lugar a la configuración de Ciudad Juárez en el tiempo, algunos de los cuales continúan siendo importantes ejes que la intersecan, como su condición de frontera y lo natural que resulta, para sus habitantes, moverse en una y otra dirección llevando consigo relaciones interpersonales, referentes culturales e incluso mercancía, a través del límite internacional; las distintas posibilidades que se encuentran en el lado estadounidense y el mexicano y los vínculos que estas generan; las circunstancias que han dificultado en la ciudad, a lo largo del siglo XX y durante el XXI, el desarrollo de proyectos económicos propios, en especial la instauración de la industria maquiladora como gran motor de la economía local y la institución, con ella, de un volumen migratorio permanente muy importante.

En la segunda parte, se presentarán algunos de los rasgos fundamentales que ha adquirido la estructura urbana actual, los cuales dan cuenta de una ciudad caracterizada por la segregación espacial, la desvinculación de las distintas áreas o centros que la componen, la concentración de equipamiento y servicios, los problemas de articulación y movilidad, además de una oferta cultural, deportiva, recreativa y de esparcimiento limitada.

Luego de reconstruir esta realidad particular, será posible situar manifestaciones de violencia concretas en una ciudad a la que se le ha atribuido el carácter de violenta desde finales del siglo antepasado. Para ello, en la tercera sección, se buscará delinear esta cercana relación entre la violencia y la ciudad a través de la presentación de tres periodos destacados. El primero de ellos es el surgimiento de las primeras referencias a este vínculo, conocido como la *leyenda negra*, a finales del siglo XIX y principios del XX. Un segundo punto de importancia se encuentra en la *crisis de la seguridad pública*, o los años en que la inseguridad fue posicionada como una preocupación central y

constante entre los gobernantes y la opinión pública local, al comenzar los años noventa. El tercer momento consiste en el desarrollo de algunas de las expresiones violentas más relevantes desde entonces, como lo han sido, las actividades delictivas de algunas pandillas, el narcotráfico y la violencia feminicida, en las cuales pueden reconocerse: su relación con la condición fronteriza de la ciudad, la participación del gobierno y las agencias policiacas, las representaciones que han surgido y, con ellas, la manera de mostrar algunos de sus rasgos e invisibilizar otros, la caracterización de personajes estereotípicos, su desarrollo y asimilación y la multiplicidad de explicaciones y términos para dar cuenta de cada una de ellas.

Finalmente, se presentará la *guerra contra el narcotráfico*, un nuevo periodo de violencia en la ciudad marcado por la llegada del Ejército y de la Policía Federal que constituyó una especie de estado de sitio no declarado en la ciudad. Este tiempo particular y sus expresiones, son aquí tomados como un quiebre en la violencia conocida hasta entonces por la nueva narrativa propuesta desde el discurso oficial del gobierno federal, como un acontecimiento, uno de fuerte carácter irruptivo, que dispone nuevas condiciones y nuevas representaciones para la violencia.

1.1 Procesos de conformación de la ciudad

Muchos años después de que las misiones franciscanas fundaran su primer asentamiento, y de que el Tratado de Guadalupe-Hidalgo lo convirtiera en frontera, en el año de 1848, el lugar que hoy es Ciudad Juárez dejó de ser la pequeña Villa Paso del Norte. La llegada del ferrocarril hizo de ella un importante puerto de entrada al país, el punto de inicio de la red ferroviaria (Arzate, 2005), hecho que, aunado al establecimiento de la franquicia de zona libre, provocó el crecimiento de su población, de su actividad económica y su relevancia. Por ello, en 1888, le fue otorgado el reconocimiento oficial de la categoría de ciudad y un nuevo nombre, en homenaje a quien fuera presidente de la república, Benito Juárez García.

Estas transformaciones se dan en una época de auge comercial provocado por la ventajosa situación de la zona libre instaurada en 1885, en la cual Juárez llegó a ser un

importante centro de distribución de mercancías hacia el interior del país y los Estados Unidos de Norteamérica. La prosperidad del comercio en estos años generó progreso en otras áreas como la industria local y el sector de servicios, dando un primer impulso a la urbanización. Sin embargo, tan sólo unos años después, en 1891, gracias a las insistentes denuncias de competencia desleal por parte de comerciantes de la vecina ciudad de El Paso, la ley de zona libre fue derogada. A la pérdida de beneficios y facilidades para la entrada de mercancías extranjeras y su venta, así como a las restricciones al comercio interno ordenadas por el gobierno mexicano y el consecuente daño a la economía local, se sumó la escasez de agua para uso agrícola ocasionada por granjeros de Colorado y Nuevo México que se apropiaron de una gran parte del caudal del Río Bravo. Estos hechos llevaron a Juárez a una profunda crisis económica a finales del siglo XIX y principios del XX. Ante la imposibilidad de obtener los ingresos necesarios del comercio, la agricultura o la industria, comenzó a desarrollarse la que se presentaba como única alternativa posible, el turismo.

Debido a lo difícil que era emplearse, los pobladores comenzaron a emigrar, con lo que la ciudad pasó de tener hasta 29 mil habitantes en el tiempo de la zona libre, a sólo 8,780 en el año 1900 (Flores, Gutiérrez y Vázquez, 2010). Junto a estos juarenses, otros miles de mexicanos cruzaron a los Estados Unidos, donde empezaban a hacerse evidentes los altibajos en las políticas migratorias que abrían o endurecían la frontera a conveniencia. De entre aquéllas y aquéllos que llegaban a la ciudad desde el sur, algunos se iban asentando temporalmente, otras de manera permanente.

Cuando en la ciudad empezaban a abrirse las cantinas, barras y casas de juegos de azar que la convertirían en un gran centro de diversión, llegaron los años de la guerra de Revolución. Como El Paso era un importante punto comercial y de distribución desde donde podían enviarse suministros al interior del país, su bloqueo se hacía necesario. Asimismo, se requería tomar Juárez para controlar la terminal de la ruta del Ferrocarril Central Mexicano, por lo que se dieron muchos enfrentamientos en la frontera entre las distintas facciones que iban ocupando la plaza. Estos enfrentamientos militares constantes, aunados a las dificultades de la vida en medio de la guerra en todo el territorio, propiciaron migraciones masivas a los Estados Unidos, país que, por su desarrollo económico, representaba, ya entonces, la posibilidad de una vida mejor. Sólo

hacía falta mirar el contraste entre la ciudad de El Paso, próspera y en expansión, y Juárez, donde se agudizaban los problemas derivados de la población flotante y donde lo único que parecía crecer, era el negocio de la venta de alcohol. En ese tiempo, los periodistas norteamericanos la describían como “un lugar desolado, destruido y dañado por las balas de los revolucionarios, en el que sólo había algunas tiendas, plazas, casinos, restaurantes chinos, tiendas de curiosidades y varios centros de diversión” (Flores, Gutiérrez y Vázquez, 2010).

La base de la economía juarensa, la industria generada alrededor del alcohol, así como la venta de tabaco y la prostitución, entre otros, tuvo su punto más álgido en 1920, con la entrada en vigor de la Ley Volstead en los Estados Unidos, que prohibía la fabricación, distribución y venta de licor en todo el país. En esta época de prohibición, Juárez se convirtió en la zona de diversión de miles de norteamericanos que llegaban desde lejanas ciudades de todo el país. Nuevamente, como al inicio de estas actividades en la ciudad, el éxito del negocio tuvo consecuencias positivas en otras áreas, como la apertura de bancos, la construcción de edificios para oficinas y tiendas departamentales, fábricas y hospitales; también mejoró la agricultura, a la cual se incorporó la figura del ejido y, por supuesto, creció la población, miles de personas llegaban con el objetivo de cruzar pero no siempre lo conseguían, con lo que en Juárez se contabilizaban 40 mil habitantes en el año 1930 (Flores, Gutiérrez y Vázquez, 2010).

Además de los migrantes que pasaban por ahí para internarse en los Estados Unidos, muchos otros hacían el recorrido contrario, volvían del país del norte deportados, repatriados o como víctimas de despidos masivos (Arzate, 2005); alrededor de medio millón de ellos atravesaron Juárez entre 1929 y 1935, años en que se sentían los efectos de la crisis de la *Gran depresión*. Otros que cruzaban eran los residentes permanentes del lado mexicano de la frontera, quienes se trasladaban diariamente a sus trabajos en El Paso, algunos enfrentando el creciente maltrato por parte de agentes aduanales en los puentes internacionales.

En 1933, con la derogación de la *ley seca* y con el decreto emitido por el presidente Lázaro Cárdenas para prohibir la instalación de casinos, se dieron duros

golpes a la industria del entretenimiento¹. Sin embargo, la recuperación fue posible poco tiempo después, con la llegada de la Segunda Guerra Mundial en 1939, hecho que desencadenaría importantes transformaciones en la vida de la ciudad durante las siguientes décadas.

El nuevo repunte en los espacios de diversión juarense se dio gracias a la cercanía de la base militar de Fort Bliss, en el condado de El Paso, donde se encontraban estacionados miles de soldados (alrededor de 25 mil en el año 1945), quienes se encontraban imposibilitados para beber, ya que el alcohol por copeo estaba prohibido en ese tiempo en el lado estadounidense. Estos jóvenes comenzaron a cruzar al lado mexicano en su búsqueda, y con ellos volvió con fuerza la mala fama de la ciudad, pero también importantes ingresos y recursos públicos que se invirtieron en el desarrollo social, educativo y cultural, a través de la construcción de infraestructura en forma de centros educativos y de entretenimiento y zonas residenciales.

De nueva cuenta volvió a ver la ciudad importantes olas migratorias, ahora de mayor magnitud, de miles de hombres, sobre todo, que buscaban llegar a los Estados Unidos para suplir los brazos que eran requeridos en los campos y en las fábricas luego de que muchos marcharan a la guerra. La invitación a migrar no se hizo con disimulo, pues la escasez de trabajadores era grave, esta vez fue oficial, a través de la firma de los gobiernos estadounidense y mexicano del Programa Bracero, en 1942. Por distintas circunstancias, algunos hombres y algunas familias que habían llegado a la frontera, no cruzaron y se quedaron en Juárez, dando lugar a un inédito crecimiento poblacional, y con éste, a un incremento en las necesidades.

En la siguiente década, mientras los braceros seguían yendo al norte, los habitantes de la ciudad no eran menos dependientes de lo que sucedía en el otro lado; alrededor de 15,700 trabajadores juarenses tenían su empleo en El Paso, cifra que correspondía al doble del personal ocupado en la frontera mexicana en agricultura y ganadería, y poco más del 15% de la población total ocupada (México. Programa Nacional Fronterizo, 1961). Otra fracción importante, aunque laboraba en Juárez, se

¹ Con respecto a la prohibición de estos, el argumento de Cárdenas fue que, los casinos “por su propia naturaleza, son focos de atracción del vicio, las mafias y la explotación por parte de apostadores profesionales.” (Sandoval, 2002).

encontraba sujeta al consumo de servicios que hacían los paseños en México (Flores, Gutiérrez y Vázquez, 2010).

En los años sesenta, llegaron a la ciudad, por vez primera en notable cuantía, recursos del gobierno federal en la forma de apoyos para la construcción de escuelas, mercados, instalaciones deportivas, panteones y otras obras públicas. Entre estos, uno de los programas federales más importantes fue el Programa Nacional Fronterizo, o Pronaf. Para llevarlo a cabo se condujo un estudio acerca de la capacidad económica de los municipios en la frontera norte mexicana, así como de los rasgos más relevantes de los condados estadounidenses vecinos. En éste se encontró que, si bien, la economía juarense se encontraba íntimamente relacionada con la de El Paso, no aprovechaba, más que de manera muy modesta, las posibilidades que este mercado ofrecía a su industria y su comercio. Entre sus objetivos, se encontraban: generar nuevas fuentes de empleo con base en la explotación de las ventajas comparativas, conseguir que los productos nacionales llegaran a la frontera mexicana en buenas condiciones de calidad y precio, estimular el turismo, especialmente el familiar, mejorar la apariencia y condiciones físicas de las ciudades fronterizas, ampliar la oferta de producción artesanal, fomentar la constante *superación cultural* con un énfasis en la capacitación técnica para el arraigo de la población escolar a sus comunidades, exaltar los valores de la historia nacional para atraer estudiantes del extranjero y elevar el nivel de vida de sus habitantes con fuentes de ingreso estables (México. Programa Nacional Fronterizo, 1961).

La implementación de esta estrategia en Ciudad Juárez terminó reduciéndose, prácticamente, a la construcción de modernas edificaciones, las cuales estaban destinadas a fomentar la actividad turística y el consumo de algunos productos nacionales (Arzate, 2005). Éstas se convirtieron en la parte más nueva y lujosa de la ciudad, la zona dorada.

Otras intensas inversiones fueron realizadas en infraestructura y equipamiento, mientras se daba una notoria expansión, sobre todo en el oriente, pero se hizo evidente la ausencia de planeación, el crecimiento anárquico, la mala calidad en las edificaciones, la falta de espacios de recreación y las anomalías en el trabajo de las empresas contratadas durante todo el auge de la construcción que se dio en la década de los cincuenta y la de los sesenta. Aun así, la vivienda escaseaba, las casas construidas no eran suficientes para

la población y crecía el fenómeno del “paracaidismo”: cientos y cientos de personas ocuparon terrenos, sobre todo en la parte poniente y sur-poniente de la ciudad. Se asentaron entre los cerros, sobre arroyos, laderas, a mitad de la calle, la gente levantó casas de madera y cartón, configurando grandes zonas de hacinamiento donde lo accidentado del terreno dificultaba la posibilidad del acceso a los servicios básicos, así como una urbanización ordenada.

En medio de este periodo de crecimiento, especialmente poblacional, se dio por terminado en 1960, el Programa Bracero, lo que llevó a cerca de 4 millones de mexicanos a emprender su regreso. Frente a este gran flujo de personas sin empleo, el gobierno mexicano reaccionó implementando, en 1965, el Programa de Industrialización Fronteriza (PIF), el cual consistía en ofrecer a las empresas una situación ventajosa para importar materia prima a ciudades fronterizas y realizar allí el ensamblaje. Estas ventajas fueron más allá de la exención de impuestos, pues el gobierno municipal dotó a las compañías de la infraestructura necesaria, con plantas, avenidas y servicios (Arzate, 2005).

Apenas un año después, se encontraban ya en la ciudad más de una docena de empresas que empleaban a 2,100 personas. Éstas primeras eran, sobre todo, pequeñas fábricas de la industria del vestido que habían llegado debido a las atractivas exenciones fiscales (López, 2010). Al principio contrataban sobre todo a mujeres, quienes llegaron a constituir, durante los primeros años, entre el 80 y el 85% del personal. Muy pronto, en las maquilas se generalizó la idea de que el ensamblaje era mejor realizado por ellas, incluso de que éste trabajo era, en sí mismo, femenino (López, 2010).

En 1968 se construyó el primer polígono industrial, el Antonio J. Bermúdez, que agrupaba a varias empresas en una misma zona y daría paso a muchos más de su clase durante las siguientes décadas. Fueron estos parques, en importante medida, los que aceleraron el crecimiento de la mancha urbana hacia el oriente de la ciudad, con modernos fraccionamientos y zonas bien equipadas que provocaron el desplazamiento de la población. El viejo centro comenzó su declive, y con la incorporación de nuevos subcentros, los antiguos referentes de tamaño, de límites y distancias, se modificaron.

A partir de 1970 comenzó a hablarse de la modernidad en la ciudad y sus efectos, de cambios que iban más allá del aspecto físico, como los que comenzaron a darse en la

estructura de las familias juarenses con la entrada de muchas mujeres al mundo laboral y la sensación de exclusión en los hombres (Flores, Gutiérrez y Vázquez, 2010)². Autoridades locales y patronos llegaron a mostrar preocupación por las consecuencias de esta transformación, mientras en los medios, en un tono amarillista, se hablaba de que esta independencia económica llevaba aparejado el peligro de la liberación sexual, de la decadencia moral, la fractura de la institución familiar, el aborto, enfermedades venéreas y prostitución, entre otros (López, 2010).

En la siguiente década, la de los ochenta, no dejaron de sucederse transformaciones como consecuencia de la urbanización y la industrialización, como el aumento de la contaminación ambiental, la alternancia política (con la llegada a la presidencia municipal, en 1983, del candidato del PAN, Francisco Barrio) y el gran crecimiento de la Industria Maquiladora de Exportación (IME) que contaba, en 1980, con 25 mil empleadas mujeres y 6 mil trabajadores del sexo masculino.

Fue en estos años que la maquiladora comenzó a cobrar una gran relevancia, concentrando 4 de cada 10 empleos en la ciudad (Rubio, 2005). Con este crecimiento y luego de consolidarse la participación de las mujeres como trabajadoras en este sector, la presencia de los hombres ganó terreno, desplazando las proporciones y haciéndolas más cercanas³. El año de 1985 se identifica, desde entonces, como el inicio de la etapa de *desfeminización* (Brugués, 2005).

La industria ha funcionado desde el principio con la lógica de *twin plants*, es decir, aprovechando ambos lados de la frontera: el mexicano para el ensamblaje, y el estadounidense para el almacenaje y la distribución. Por ello, cada empresa en Juárez tenía su contraparte en el país vecino (López, 2010).

Un fenómeno importante presenciado por primera vez, fue el de la crisis en la maquiladora, producto de la recesión en los Estados Unidos, lo que provocó despidos masivos y a lo cual se sumó la devaluación del peso en 1982 y el desabasto en productos básicos en la ciudad por la llegada de consumidores paseños.

² Entre los últimos años de la década de los setenta y 1995, la proporción de mujeres en edad activa y con actividad laboral remunerada pasó de .25 a .40 (Rubio, 2005).

³ El porcentaje de mujeres de la PEA empleadas en la industria maquiladora era de 45% para 1990, y de 53% para el año 2000, (Cruz, 2005, p. 125).

Hacia finales del decenio, la economía juarense se había recuperado y se encontraba en mejores condiciones, pero surgió entonces una nueva preocupación que se hizo evidente con los primeros hallazgos, en 1993, de mujeres asesinadas y con signos de violencia sexual en arenales de la periferia de la ciudad, la violencia feminicida. Para entonces, la inseguridad era abiertamente considerada como uno de los principales problemas en la ciudad, tanto por las autoridades como por las primeras organizaciones no gubernamentales que fueron creadas para atenderlo. Otros conflictos en Juárez, unos de distinta naturaleza, llegaron a ser el transporte masivo y la escasez de vivienda, sobre todo si se considera que estos no crecían al ritmo de la IME, que en 1990 contaba ya con 13 parques industriales, que albergaban a su vez a 130 fábricas que daban empleo a 130 mil trabajadoras y trabajadores.

En el año de 1994, con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, comenzaron a llegar a la ciudad empresas multinacionales asiáticas, diversificando en la localidad la producción y los sistemas de organización en la línea. En esta década, podían encontrarse en la urbe procesos de ensamblaje de una amplia variedad de productos, como televisiones, computadoras y partes automotrices, incluso piezas para naves espaciales. Para ello, siguieron generándose una importante cantidad de empleos directos en el sector industrial, así como en las empresas que les proveían de los servicios necesarios: talleres mecánicos de reparación y venta de partes o herramientas, compañías de telecomunicaciones para enlaces locales e internacionales, agencias de viajes, cadenas hoteleras, servicios restauranteros, papelerías, servicios de limpieza, de impresión, de paquetería, entre otros (Arzate, 2005).

Las altas y sostenidas tasas de generación de empleo, que provocaban niveles de desempleo muy cercanos al 0% durante el periodo 1995-2000 (Limas, 2006, p. 57), seguían atrayendo migración, sobre todo masculina, la cual contribuyó al importante crecimiento poblacional, que registraba una tasa de 4.4% al año 2000 (Martínez, 2012, pp.25-26).

En ese mismo año, con la crisis económica estadounidense y sus repercusiones, la estructura del empleo se modificó y con ésta, el comportamiento poblacional. El impacto a la economía local fue significativo, con la pérdida de alrededor de 50 mil

empleos sólo en la industria maquiladora en 2001, y el consiguiente aumento en la tasa de desempleo abierto, llegando a ser la quinta más alta en el país (Bass, 2009).

1.2 Contornos del espacio urbano y características de su uso

Ciudad Juárez es la cabecera del municipio de Juárez, del que forman parte otras localidades de mucho menor tamaño. El municipio se extiende sobre una superficie de 3,598.67 km², en la cual residían, en el año 2010, alrededor de 1,328,017 habitantes, de los cuales 664,978 eran mujeres y los restantes 663,039, hombres.



Figura 1. Imagen satelital de Ciudad Juárez. Señalización propia, escala indeterminada, tomada de Google Earth.

Para dar cuenta de la composición de la población de la ciudad fronteriza, el factor migratorio ha sido clave durante todo el siglo XX y continúa siéndolo en el XXI, con Durango y Coahuila como los estados de origen históricamente más relevantes, Oaxaca, Chiapas, el Estado de México y el Distrito Federal como entidades expulsoras que se han incorporado recientemente, y Veracruz, en los últimos veinte años, como la mayor fuente de migración a Ciudad Juárez, con alrededor del 30% (Martínez y Arellano, 2010, pp. 36). El perfil sociodemográfico de estos migrantes corresponde a hombres, en su mayoría, en edades productivas y reproductivas, es decir, entre los 15 y los 30 años, con un bajo nivel de escolaridad y con estado civil de casados o unidos. Del total de esta población, entre el 60 y el 70% llega a trabajar en la industria maquiladora, el 85% de ellos con la categoría de empleados y obreros (Martínez y Arellano, 2010, pp. 37).

Estos migrantes llegan, últimamente, en un volumen que se ha reducido significativamente desde el 2005, con la desaceleración del dinamismo de la IME y la pérdida de empleos en la ciudad luego de la crisis de 2001 y 2002 (Martínez y Arellano, 2010). Ellos y ellas se incorporan, al tiempo que la reproducen, a una población caracterizada por emplearse de manera formal, principalmente, en la industria, pues ésta participa con 51.98% del total de empleos de este tipo (Plan Municipal de Desarrollo, 2010, p. 43). Otro rasgo definitorio es el de los bajos niveles salariales (Almada, 2007), los cuales son conseguidos con cantidades de trabajo que rebasan, en muchas de las ocasiones, las 40 horas semanales. También se observan, en la población juarense, la elevada proporción de niños y jóvenes que no estudian, no trabajan y no participan en actividades del hogar, la alta cifra de horas de trabajo que enfrentan las mujeres en su doble jornada y la baja proporción de hombres que realizan tanto trabajo extradoméstico como doméstico, la cual es menor a la del promedio nacional (Pérez, 2007).

Estos hombres y mujeres juarenses habitan una ciudad “dispersa y fragmentada, desarticulada y difícil de atender en términos de infraestructura y servicios” (Maycotte y Acosta, 2012, p. 156), una ciudad en la cual la zona norte sigue concentrando la mayor cantidad de equipamiento y servicios aun cuando la población se ha desplazado a otros puntos de la urbe. Alrededor de los años cincuenta, se dio un importante crecimiento hacia el poniente, cerca de los cerros, donde ha sido necesario ocupar predios y realizar

procesos de autoconstrucción, algunas veces sin poder terminarlos, otras con materiales de desecho, pues el terreno es accidentado y se dificulta la introducción de equipamiento urbano y la dotación de servicios. Luego, a partir de los ochenta, el desarrollo fue en el oriente y sur, donde se ha dado una sobreproducción de vivienda de interés social para las familias jóvenes que siguen creciendo y donde se han formado sub-centros urbanos que no ven satisfechas sus necesidades.

Con respecto a esta segregación espacial y composición diferenciada al interior de la mancha urbana, Almada y Barraza (2007) proponen, como una entre otras maneras posibles, pensar Ciudad Juárez como el conjunto de tres grandes ciudades, cada una con características poblacionales, indicadores de vivienda y condiciones de infraestructura y equipamiento urbano distintos. Estas tres ciudades son las que siguen:

La *Ciudad Norte*, la zona más vieja, urbanamente consolidada y de más altos ingresos, donde se encuentra la mayoría de los servicios de salud, educación y asistencia social, así como poco menos del 20% de la población, el cual consiste, en gran parte, de adultos y adultos mayores y tiene una pequeña proporción de niños, adolescentes y jóvenes (Almada, 2007).

La *Ciudad Poniente*, que surgió hace poco más de 40 años, donde se encuentran las concentraciones históricas de población migrante, quienes han vivido desde entonces en la marginación con respecto a infraestructura urbana y social. Ahí la pobreza se encuentra distribuida con relativa homogeneidad entre su población que representa poco más del 40% del total de la ciudad, con una alta proporción de niños, adolescentes y jóvenes y una menor de adultos (Almada, 2007).

La *Ciudad Nueva* o *Ciudad Sur*, donde residía ya para el año 2000 poco menos del 40% de la población, y del cual, una parte importante, era migración reciente. En ella la infraestructura urbana es superior a la de la Ciudad Poniente, aunque su composición es atípica, pues se pueden encontrar tanto zonas pobres, como centros comerciales y fraccionamientos residenciales. Viven allí una gran proporción de población infantil, además de una menor de adultos jóvenes y otra reducida fracción de adultos mayores (Almada, 2007).

En estas tres grandes zonas que conforman la ciudad, se pueden identificar claros patrones de ocupación de suelo: mientras que los fraccionamientos construidos para

grupos de clase media y alta se encuentran en el norte y nororiente, algunos de ellos en forma de urbanizaciones cerradas, donde la densidad poblacional es baja y hay espacios amplios (Maycotte y Acosta, 2012) que es posible dedicar a áreas verdes, parques y obras de otro tipo, en el sur y suroriente se localizan aquéllos destinados a estratos vulnerables, los cuales alcanzan una alta densidad poblacional y carecen de superficies disponibles para un uso distinto al habitacional (Maycotte y Acosta, 2012). Si bien es relativamente sencillo encontrar una casa debido a la sobreproducción, además de que existen, en general, buenos indicadores de agua potable, drenaje, electrificación y gas en viviendas gracias a los importantes avances realizados en los últimos veinticinco años, existen graves problemas de hacinamiento debido al reducido tamaño de las edificaciones y a la falta de habitaciones, así como a la gran cantidad de viviendas abandonadas y de inseguridad generada en torno a ellas⁴ (Maycotte y Acosta, 2012).

En la ciudad, el suelo ocupado es dedicado, en mayor proporción, al uso habitacional, con el 40.69% del total para el año 2009, mientras que la siguiente fracción más importante, el 30.48% de la superficie, está conformada por lotes baldíos, zonas ociosas dispersas por la mancha urbana que contribuyen a su desarticulación; otro porcentaje importante, de 17.4, lo ocupan las vialidades. Debe decirse que existen problemas de rezago en cuanto a pavimentación, sobre todo en las colonias del poniente y el suroriente, lo que limita la movilidad de las personas y dificulta su integración a la dinámica urbana, situación que se agrava con el ineficiente sistema de transporte público. En cuanto a espacios abiertos, se ha destinado sólo el 0.56% del área total (Maycotte y Acosta, 2012, p. 139).

Los espacios públicos que existen en la ciudad han sido inutilizados, olvidados e incluso destruidos; puede decirse que son escasas las opciones para la realización de actividades lúdicas y recreativas, y que esta limitada e inadecuada infraestructura cultural –que consistía, en el 2009, de 4 museos, 8 teatros, 6 centros culturales, 4 galerías, 5 auditorios, 8 festivales anuales y 15 librerías- es prácticamente inexistente en el poniente y se encuentra apenas, en alguna medida, en el sur de la ciudad. La mayor parte de las instalaciones se concentran en el norte, nororiente y centro, donde el uso que

⁴ En el centro de 2010, el INEGI encontró 111,103 viviendas abandonadas de un total de 467,151, es decir, el equivalente al 23.78% del parque habitacional de la ciudad (Almada, 2007, p. 167).

se hace de ellas es ineficiente y poco accesible, lo que resulta en una pobre oferta cultural que no llega a amplios sectores de la población (Velázquez, 2012, pp. 209-211).

En el caso de los espacios para actividades deportivas, se cuenta con una mayor cantidad y diversidad de instalaciones, así como con una distribución menos centralizada: 38 unidades deportivas, 24 gimnasios, 4 albercas, 250 canchas, 5 estadios, una ciclopista y una pista de motocross, hasta el año 2009, aunque no se encuentran acondicionados y equipados de modo que pueda realizarse un uso eficiente de estos centros (Plan Municipal de Desarrollo, 2010, p. 55) y, tal como sucede en el ámbito de la cultura, se carece de programas que les den vida y los mantengan activos.

1.3 La representación de la ciudad como violenta

1.3.1 El inicio: la leyenda negra

Supone una dificultad hablar de Ciudad Juárez sin hacer alusión a la violencia. También parece complicado hablar de la violencia en la ciudad sin asumirla como una especie de continuo que se remonta al principio de su vida urbana y que ha seguido reproduciéndose hasta hoy.

Es cierto que existe una vieja historia de una Juárez violenta, y ésta comienza con lo que se conoce como la *leyenda negra*, a finales del siglo XIX, durante el primer régimen de zona libre. La *leyenda negra* consistió en la forja y reproducción de imágenes de la ciudad como hogar y fuente de perversión, inmoralidad, vicio, peligro, descomposición, corrupción, crueldad e hipocresía, consecuencia de las cantinas, las drogas, la prostitución y los juegos de azar que eran centrales en la urbe fronteriza y hacían posible la vida en ella. Las representaciones de “la ciudad más perversa”, de “la frontera sodomita”, como llegó a ser llamada, eran repetidas, sobre todo, por escritores y periodistas estadounidenses, en especial desde la prensa de El Paso.

Esta caracterización ha sido vista, por algunos, como una estrategia, no poco cargada de prejuicios por origen étnico, de ciertos grupos de conservadores paseños,

para hacer frente a la mala imagen de su ciudad que empezaba a esparcirse, para proteger las inversiones y la integridad que pretendían para sus principios, señalando, con fuerza e insistencia, a un responsable de sus propios problemas (García, 2010).

1.3.2 La profundización: la inseguridad tematizada

Desde finales de la década de los ochenta se encuentran en la prensa local alusiones constantes al incremento de actos delictivos y muertes violentas en la ciudad. En 1988, el entonces gobernador, Fernando Baeza Meléndez presentaba una serie de acciones encaminadas a disminuir la incidencia delictiva y señalaba al narcotráfico como una actividad relacionada con la mayoría de los asaltos, homicidios y crímenes, en general, cometidos en la ciudad, incluso advertía: “el narcotráfico nos va a aniquilar y se va a convertir el un problema [sic] de proporciones gigantescas.”⁵

Para hacer frente a los crímenes y delitos, a los que el periódico refiere como “ya cotidianos hechos violentos”, se proponía, por ejemplo, estrechar la vigilancia en la comercialización de bebidas alcohólicas. En 1989, se decía que, en sólo cuatro años, los crímenes se habían duplicado, aunque en las cifras que se ofrecen del año anterior, de las 617 muertes violentas ocurridas -las cuales incluyen las que sucedieron en accidentes viales y los suicidios-, sólo el 70% de ellas correspondía a hechos violentos, y de éstas, un 19% podían ser clasificadas como homicidios dolosos, según información del SEMEFO de la localidad⁶. Muchas de las víctimas eran hombres jóvenes de entre 21 y 30 años. Estos homicidios y otros crímenes cometidos, fueron atribuidos, por Servicios Periciales, a “la llegada de gente sureña –principalmente del DF- dedicada a las actividades delictivas”⁷.

⁵ Mariscal, J. (21 de septiembre de 1988). Firmeza y Decisión Contra el Crimen y el Delito: FB. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁶ En Sólo Cuatro Años, los Crímenes de Ciudad Juárez se Multiplicaron. (3 de mayo de 1989). *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁷ En Sólo Cuatro Años, los Crímenes de Ciudad Juárez se Multiplicaron. (3 de mayo de 1989). *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Poco tiempo después, el ritmo de crecimiento de índices delictivos y homicidios en la ciudad exhibe una mayor aceleración y, a partir de 1991, cada año se presenta más violento que el anterior, con números cada vez más grandes que iban imponiendo récords. Si bien en este año se rompió con la que venía siendo una racha de alta concentración de crímenes en los meses de octubre -lo que se llamó “violento octubre”- pasando de 13 asesinatos cometidos en 1990 a 7 en 1991⁸, al terminar el año se contabilizaron 22,300 delitos, de los cuales alrededor de 12 mil fueron robos a casa-habitación y empresas, además de 134 asesinatos y más de 5 mil casos de lesiones en atracos y agresiones diversas⁹. Jefes de la policía afirman que, en por lo menos el 30% de estos crímenes participaron “forasteros” que consiguieron huir de la ciudad para evadir el arresto¹⁰.

A los asesinatos ocurridos durante los últimos días del año 1991, se sumaron los primeros homicidios de 1992, los cuales fueron relacionados, entre otros, por el gobernador, Fernando Baeza, así como por el presidente del Centro Empresarial, Jorge Contreras Fornelli, con el narcotráfico, específicamente con ajustes de cuentas entre traficantes y consumidores de narcóticos, así como con el consumo de alcohol, aunque otros, entre ellos el comandante de la PJE, Enrique Pineda Delgado, señaló como causas del “exagerado incremento en el índice de delitos”, la falta de personal, equipo y unidades en las corporaciones policiacas¹¹.

Los asesinatos de estos años dieron lugar al uso del término *narcoejecuciones*, y a que se volvieran comunes expresiones como “escalada de violencia”, o “clima de inseguridad”, para referirse a una situación que parecía percibirse ya como permanente. En ocasiones menos frecuentes, se hacían declaraciones del tipo: “[la ciudad] vive en el extremo de lo sangriento”, como dijo el presidente de la Cámara Nacional de Comercio (Canaco), o de “barbarie, injusticia e impunidad desbordadas” y “una delincuencia que

⁸ Ferrel, N. (14 de noviembre de 1991). Disminuyó el índice criminal durante 91 con respecto a octubre 90, informó oficialmente la SJE. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁹ Ferrel, N. (2 de enero de 1992) Termina uno de los años más violentos en la historia de Juárez. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

¹⁰ Ferrel, N. (14 de noviembre de 1991). Disminuyó el índice criminal durante 91 con respecto a octubre 90, informó oficialmente la SJE. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

¹¹ “Narcos provocan la violencia”, dice Baeza. (19 de enero de 1992). *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>. y Freno a la narcoviolencia en Juárez, exigen empresarios. (2 de febrero de 1992). *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

tocó fondo con el asesinato de una familia y su bebé”, según el candidato del PAN a la presidencia municipal, Francisco Villarreal¹².

Con respecto a estas manifestaciones en las que se reconocen niveles de violencia más o menos generalizados y dignos de preocupación y atención, otras voces respondieron negando que el fenómeno fuera alarmante, esto considerando la cantidad de población flotante que se registraba en la ciudad, sin embargo, nadie parecía estar en desacuerdo con la importancia de tomar medidas de manera inmediata para enfrentarlo. Algunas de las acciones llevadas a cabo consistieron en intentar disminuir el consumo de alcohol a través de la prohibición de su publicidad y el control de los horarios de venta, además de la coordinación de los cuerpos policiacos en operaciones de patrullaje.

En 1992, Juárez fue situado en el primer lugar en narcoejecuciones a nivel nacional, y como el cuarto en violencia, lo que funcionarios relacionaron con la condición de la ciudad de ser territorio de cruce obligado para los narcotraficantes y, por ello, con una situación generalizada en la frontera norte del país¹³. Las instituciones encargadas de la seguridad local carecían de personal, de equipo y de unidades para movilizarse, por lo que algunos actores, como el diputado panista Ramón Galindo, lanzaron, por primera vez, un llamado para la entrada del Ejército a la ciudad en labores de patrullaje.

1.3.3 La solidificación: fenomenología de un continuo

1.3.3.1 Cholos, narcomenudeo y riñas entre grupos rivales o la violencia de las pandillas

En la década de los ochenta aparecía de manera evidente en la ciudad el fenómeno de las pandillas, grupos de hombres jóvenes, en su gran mayoría, que residen usualmente en la misma colonia, la cual se convierte en el escenario de sus reuniones y actividades, el

¹² Ramos, G. (5 de mayo de 1992). No hay avances para hacer de Juárez una ciudad segura, dicen empresarios y partidos. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

¹³ Aguirre, M. (12 de marzo de 1992). La Narcoviencia no es Privativa de Chihuahua: Baeza. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

territorio para dominar y defender y en un elemento fundamental de identificación entre sus miembros y frente a otros grupos.

Los términos de *pandilla* y de *cholos*, forma en que suele llamarse a sus integrantes, tienen una fuerte connotación negativa, ya que suelen ser considerados un producto de la descomposición social en la ciudad, además de que se les relaciona con la deserción escolar, la agresividad, el *graffiti*, la violencia, el uso de alcohol, el consumo y la venta de drogas, y una sexualidad irresponsable¹⁴. Esta asociación surgió de las actividades criminales de las pandillas estadounidenses que inspiraron a las mexicanas, que incluso iniciaron algunas de ellas, y se sostiene en la ciudad en parte por sus propias conductas delictivas y las frecuentes riñas entre ellas, en las cuales muchos jóvenes resultaban lesionados, incluso muertos. Los enfrentamientos eran provocados por disputas territoriales, por *placas* o *bombas* que se dejaban en los muros de las colonias de otras bandas o eran *tachadas* en el propio barrio, por el deseo de venganza ante agravios como el acercamiento a una chica que es pareja de un integrante de la pandilla o el robo de un par de tenis¹⁵.

A mediados de los años ochenta se tenía ya noticia de otras prácticas violentas de estos grupos, como el exigir a habitantes de algunas colonias de la ciudad, cuotas en efectivo o en especie, diariamente o por semana, a cambio de no molestarles¹⁶. Es, sin embargo, hasta los primeros años del siguiente decenio, que las pandillas y su participación en crímenes y delitos diversos, cobran gran interés. La Secretaría de Seguridad Pública Municipal comenzó a hacer públicos los estudios realizados y la información recabada acerca de la situación de las pandillas en la ciudad: para 1992 se contabilizaban entre 150 y 200 grupos en la ciudad que tenían alrededor de ocho mil jóvenes miembros, muchos de ellos armados con picahielos, cuchillos, garrotes, pistolas,

¹⁴ Una definición de pandilla, no exenta de esta carga, se encuentra en Monárrez, quien los describe como grupos conformados por entre diez o quince personas, que se asientan en un espacio territorial de hasta ocho o diez cuadras. Ingresan desde los diez años y su escolaridad no suele ir más allá de la secundaria. Sus actividades son básicamente de recreación y esparcimiento, como reunirse en algún lugar de la colonia para platicar por un largo tiempo, lo que genera un proceso de identificación con el grupo, pero también de aprendizaje de conductas delictivas y uso de alcohol y drogas. Alrededor de los 25 años, estos jóvenes dejan el grupo para buscar empleo y formar una familia (Monárrez, 2002).

¹⁵ Núñez, R. (8 de septiembre de 1995). Siembran pandillas terror. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

¹⁶ (24 de agosto de 1984). *El Fronterizo*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

rifles y escopetas¹⁷. La mayoría de estos, y también los más violentos, se ubicaban en el área poniente y les eran atribuidos robos a mano armada, tiroteos callejeros y entre el 50 y el 80% de los homicidios cometidos en todo Juárez en 1994, en los cuales, victimarios y víctimas eran jóvenes de entre 15 y 28 años¹⁸.

Para el año 1995, se tenía que esta concentración de bandas en el poniente, consistía, con 280 pandillas, en alrededor del 64% del total de la ciudad, aunque la policía consideraba altamente peligrosas sólo a una de cada diez, aquéllas en las cuales sus integrantes utilizaban armas de fuego, reñían constantemente y cometían delitos graves. Esta zona también coincidía con la más alta incidencia de lesiones por arma blanca y de fuego, así como de homicidios¹⁹.

Las colonias de la periferia donde existían pandillas se encontraban, junto a bares y cantinas, en la lista de lugares donde se presentaba el mayor número de hechos violentos, y a ellos se destinaban operativos policiacos especiales para erradicar el crimen, como el llamado Integra, implementado en 1992, o el Grupo Fuerza Oriente Táctica (Fortact), creado en 1997, ambos pensados específicamente para el combate a la actividad delictiva de estos grupos juveniles²⁰.

La atención y el diagnóstico de las problemáticas relacionadas con las pandillas por parte de la Dirección de Seguridad Pública Municipal y de otras instituciones locales, tuvo siempre en cuenta el carácter transfronterizo del fenómeno, pues las agrupaciones existían en ambos lados de la frontera y sus actividades no eran contenidas por ésta. Las estimaciones acerca de su cantidad solían incluir a todas aquéllas que eran conocidas en la región Juárez-El Paso, pues se sabía que grupos de una ciudad y de otra cruzaban los puentes, entre otros motivos, para divertirse. Los encuentros ocasionaban peleas, generaban relaciones de rivalidad pero, también, algunas amistosas y de

¹⁷ Luévano, A. (16 de marzo de 1992). Más de 400 pandillas en esta frontera causan un centenar de muertes violentas. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

¹⁸ Castro, S. (4 de julio de 1994). Caso Oropeza. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

¹⁹ Invaden pandillas el oriente. (25 de marzo de 1995). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>, y Guadarrama, J. (6 de septiembre de 1995). Se duplican delitos. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

²⁰ Se unirán las corporaciones policiacas en operativo "Integra" contra el crimen. (15 de marzo de 1992). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>, y Rodríguez, A. (17 de diciembre de 1997). Descubren a 71 policías municipales adictos. *Diario de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

colaboración; se hablaba incluso de grupos en El Paso que tenían extensiones de sí mismas en el lado mexicano.

Existen más vínculos que hacen posible decir que el fenómeno atravesaba ambas ciudades, como la influencia que se encuentra en ambas de pandillas estadounidenses más antiguas y muy conocidas, entre las que destacan las de Los Ángeles, Nueva York, Chicago y algunas ciudades de Texas²¹. Otros nexos importantes eran la compra y venta de armas en el mercado negro de la zona conocida como el Segundo Barrio, en El Paso, y el servicio de jóvenes de uno y otro lado como *camellos*, cruzando pequeñas cantidades de marihuana, cocaína y metanfetaminas a los Estados Unidos, prácticas que participarían de un gran cambio en el fenómeno de las pandillas, sobre todo en Ciudad Juárez.

Durante los años ochenta, los enfrentamientos entre jóvenes miembros de estos grupos se daban con piedras y palos, con armas hechizas en algunos casos, pero al comenzar los noventa comenzó a extenderse el uso de armas de fuego. Éstas eran muy fáciles de conseguir en el vecino país del norte, tan sólo en el Segundo Barrio se las podía encontrar de todos los tipos, cortas y largas, de cualquier calibre, y por precios que iban desde los veinte dólares; muchos mexicanos acudían allí para armarse²².

En 1994 se hacía evidente que algunas pandillas forman parte del tráfico de drogas a pequeña escala, llevándolas en cantidades menores a través de la ciudad y de los puentes internacionales²³. Algunos jóvenes pasaban droga a El Paso tragando pequeños globos de látex con cocaína para luego arrojarlos con la ayuda de laxantes, o escondiéndola debajo de sus pantalones. Estos mecanismos eran utilizados por los más pequeños, quienes recibían alrededor de 100 dólares por carga, mientras que los mayores, quienes tenían entre 19 y 30 años, llevaban la mercancía de, al menos, un kilogramo de cocaína en sus vehículos por un pago de mil dólares²⁴.

²¹ Rodríguez, A. (21 de agosto de 1998). Gana criminólogo español dos mil 500 dólares al mes. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

²² Martínez, J. (23 de agosto de 1993). Refuerza la policía táctica antiviolencia. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>, y Alarmante proliferación de armas en el “Segundo Barrio”. (13 de marzo de 1994). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

²³ Bañuelos, M. (7 de marzo de 1995). 400 Pandillas Trafican con Drogas en CJ. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

²⁴ Ruiz, J. (29 de marzo de 1998). Cientos de niños y jóvenes, al servicio del Cártel. *El Universal*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Al terminar el año, con una cifra récord de homicidios y el doble de muertes por sobredosis, se hablaba de cambios en los patrones de conducta de las pandillas en la ciudad. Su consumo de drogas aumentó y, cada día, más grupos se incorporaban a organizaciones dedicadas a la distribución de estupefacientes al menudeo y a actividades delictivas como el robo de vehículos²⁵. Más tarde se hablaría de esto como el “problema silencioso”, pues aunque los vecinos en cada colonia conocían bien el involucramiento de estos jóvenes en el tráfico de drogas, en robos y riñas, y podían identificarles, se abstendrían de denunciar por temor a las represalias²⁶.

A mediados de los años noventa, alrededor del 70% de los homicidios cometidos en Juárez eran vinculados con pandillas, y éstas aparecían, también, como el primer problema de seguridad pública, al participar de la lucha por controlar el tráfico de narcóticos en la frontera, trabajando como sicarios del crimen organizado y, con el aumento de poder, perpetuando las viejas riñas pasionales y por cuestiones territoriales, ahora no sólo en las calles sino en bares de la zona centro y Pronaf²⁷.

Además de la cantidad de crímenes cometidos, era también preocupante la creciente participación en ellos de menores de edad. Muchos jóvenes que no habían cumplido los 18 años se unían a las pandillas y se integraban a dinámicas delincuenciales, con presión por parte de los adultos, quienes aprovechaban la ventaja que tenían los primeros por no poder ser detenidos más que por periodos muy cortos, ni marcados con el registro de antecedentes penales²⁸. El alto índice de delitos cometidos por menores de edad provocó que, en 1997, el entonces alcalde panista, Ramón Galindo,

²⁵ Guadarrama, J. (31 de diciembre de 1994). Rompen récords criminales. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

²⁶ Sosa, L. (13 de junio de 2001). Controlan pandillas colonias. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

²⁷ Castro, S. (3 de junio de 1996). Llegan homicidios a 108 en 6 meses. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.; Guadarrama, J. (6 de septiembre de 1995). Se duplican delitos. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.; Villalpando, R. (2 de agosto de 1996). *La Jornada*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.; Aguirre, M. (21 de marzo de 2000). Traficantes usan como sicarios a pandilleros. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.; Muñoz, I. (17 de febrero de 2003). CAUSA ALCOHOL RIÑAS CAMPALES. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

²⁸ Trejo, A. (27 de julio de 1997). Narcotráfico: Por debajo del agua. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

exigiera al Congreso del estado una iniciativa de ley, la segunda en la última década, para disminuir la edad punible de 18 a 14 años²⁹.

Las cifras acerca del número de pandillas y de jóvenes que las integraban, no parecían consistentes, pero sí era posible identificar un aumento en estas hacia finales de la década de los noventa, con más de 500 pandillas distribuidas en 200 colonias, tan solo de Ciudad Juárez, y más de diez mil personas entre sus filas³⁰.

En 1998, se hizo oficial la sospecha de las agencias de investigación locales de la implicación de miembros de algunas pandillas en los asesinatos de mujeres ocurridos en los últimos años. En este año se comenzaron a investigar las pugnas entre estas bandas como una de las cuatro hipótesis principales acerca de los responsables por estas muertes y sus motivos, junto al tráfico de órganos, a un estadounidense asesino que cruzaba la frontera y a las actividades de *polleros*. Con la vinculación de estos jóvenes a actos de violencia sexual y feminicida, parecía haber terminado de completarse el conjunto de rasgos que caracterizan todavía a las pandillas y a sus integrantes, frente a la ciudadanía y a las autoridades, como violentos.

Varios años más tarde, continúa diciéndose que la violencia y la inseguridad en la ciudad se deben, en gran parte, a las pandillas y a sus disputas por el control de territorios para el narcomenudeo. En una encuesta realizada en la ciudad en el 2007 por Zavaleta y su equipo de investigación, se encontró que los habitantes de la periferia responsabilizaban a las pandillas, a cuyos miembros se refieren todavía como *cholos*, de la inseguridad cotidiana (Zavaleta, 2007).

En el año 2010, la Dirección de Seguridad Pública Municipal registraba la existencia de 521 pandillas en 86 colonias de la ciudad, de las cuales participaban al menos 14 mil adolescentes (Ravelo y Domínguez, 2010, p. 7).

²⁹ González, F. (6 de octubre de 1997). Exige alcalde bajar a 14 años la edad penal. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

³⁰ Monroy, E. (30 de noviembre de 1997). El gran peligro de la delincuencia juvenil. *Diario de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.; Rodríguez, A. (17 de noviembre de 1997). Descubren a 71 policías municipales adictos. *Diario de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

1.3.3.2 Drogas, carteles y ejecuciones o la violencia del narcotráfico

El tráfico de drogas en la ciudad tiene antecedentes muy lejanos, los cuales no parecen corresponderse del todo con los de la violencia generado por éste. En las primeras décadas del siglo XX, en medio de la destrucción que resultó de la Revolución Mexicana y de la expansión de la crisis de la Gran Depresión, las ciudades fronterizas, ante la falta de empleos, vieron crecer el sector informal, en general, y expresiones de éste como el tráfico de heroína y marihuana (Mottier, 2009). Así como Nuevo Laredo, Agua Prieta, Mexicali y Tijuana, también Ciudad Juárez comenzó a funcionar como un puerto de entrada para el contrabando de narcóticos, y se convirtió en una estación central en este tránsito (Carey, 2008). Algunas de las primeras organizaciones dedicadas a su comercialización en esta frontera mexicana fueron las dirigidas por Enrique Fernández y su esposa, Ignacia Jasso, *La Nacha*, del año 1928 al de 1934, y la de los hermanos José, Jesús, Lorenzo, Guillermo y Mauro Quevedo, que operó de 1930 a 1936 (Mottier, 2009)³¹. Ambos grupos consiguieron la avenencia y protección de autoridades locales y estatales, como de quien ganó las elecciones a la presidencia municipal en Juárez en 1929, Gustavo Flores, y del gobernador del estado de Chihuahua entre 1932 y 1936, Rodrigo, otro de los hermanos Quevedo (Mottier, 2009).

Si bien en la década de los treinta sólo se encontraban en la ciudad estas dos bandas, se conocían desde entonces algunas noticias violentas, como atentados en contra de sus líderes y asesinatos de los miembros de alguna de ellas por parte del grupo rival, y viceversa. Sin embargo, estos ataques y episodios violentos parecían contenidos por la lógica de la competencia y no irrumpir en la vida cotidiana de la ciudad. Cuarenta años más tarde, las actividades en torno a la venta de drogas ya provocaban una atención pública más consistente, así como la respuesta de las autoridades en la forma de combate al narcotráfico a finales de los setenta.

³¹*La Nacha*, se dedicaba a la venta de drogas en su domicilio, en el centro de la ciudad. Con su organización y el asesinato de competidores chinos en los años veinte, inicia una larga guerra por la plaza, por el dominio del mercado de marihuana, cocaína y heroína. *La Nacha* consiguió mantener el control de la venta de drogas hasta entrada la década de 1960 e, incluso, heredar el poder a su familia, siendo su nieto Héctor González, *El Árabe*, el más involucrado. Páez, A. (noviembre de 2007). Historias del narcotráfico. *Letras Libres*, pp. 26-31, recuperado desde http://letraslibres.com/sites/default/files/pdfs_articulos/pdf_art_12456_11648.pdf.

Al comenzar la siguiente década, las dimensiones del negocio se transformaron en la ciudad; con el cierre casi total de la ruta del Caribe –que iba de Colombia a Miami-Juárez llegó a ser un punto privilegiado dentro del nuevo triángulo de oro entre Sinaloa, Sonora y Chihuahua, que narcotraficantes colombianos y estadounidenses hicieron famoso con el tráfico de cocaína³². Ésta posición pronto se reflejó del otro lado de la frontera, pues la ciudad de El Paso se convirtió en el tercer centro de distribución de drogas más importante de los Estados Unidos, tan sólo después de Miami y Los Ángeles³³.

Es a partir de este proceso de reconfiguración de las rutas del tráfico de drogas hacia el país vecino, que la historia de este tránsito comienza a repercutir en la vida de la ciudad en formas cada vez más importantes y evidentes. El narcotráfico se convirtió en uno de los primeros motivos de incidencia delictiva, junto al robo de vehículos, y comenzó a generalizarse la percepción de que éste era uno más entre los males de la ciudad, uno cuyo crecimiento era en parte posible gracias a otro de sus vicios, la corrupción³⁴. Por participar de él, se acusó a alcaldes e inspectores y se denunció y dio de baja a decenas de agentes estatales encargados del resguardo de la seguridad pública y la impartición de justicia³⁵.

Instituciones estatales y federales se decían comprometidas en una intervención que pusiera freno a este negocio y sus actividades criminales, enfocándose no sólo en los funcionarios públicos en los que se apoyaban, sino en la estructura económica que les daba soporte y en su capital humano. Una ilustración respecto a la posición del gobierno y el tono de su respuesta en estos años, la encontramos en una declaración, en 1989, del Subprocurador para la Investigación y Lucha Contra el Narcotráfico de la PGR, Javier Coello Trejo, quien entonces afirmó que la guerra contra el narcotráfico era a muerte y que se llevaría hasta las últimas consecuencias, que alcanzaría también a las fuentes de financiamiento; asimismo dijo: “vamos a impulsar y sostener esta guerra para limpiar de

³² Trejo, A. (27 de julio de 1997). Narcotráfico: Por debajo del agua. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

³³ NARCOTRÁFICO. (1° de enero de 1987). *Novedades de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

³⁴ (28 de mayo de 1988). *El Norte*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

³⁵ (29 de mayo de 1984), *Diario de Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.; Narcotráfico. (31 de diciembre de 1986). *El Fronterizo*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.; Narcocorrupción. (12 de diciembre de 1987). *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

mañosos y narcos, primero a Chihuahua y luego el resto del país, porque es en Chihuahua donde se está trabajando con mayor intensidad contra el narcotráfico”³⁶.

En las estrategias de combate de la federación y del estado se cometieron abusos graves de manera sistemática, como dieron cuenta en 1990 organizaciones defensoras de los derechos humanos, partidos políticos, diputados del congreso estatal y el gobernador en funciones, Fernando Baeza. Elementos judiciales estatales y federales, además de agentes *meritorios* de las corporaciones policiacas, conocidos como *madrinas*, circulaban por la ciudad en vehículos sin placas y con vidrios polarizados, realizando allanamientos de morada, extorsiones, detenciones ilegales y torturas³⁷; un sonado caso atribuido a la violencia ejercida por uno estos cuerpos, el Poder Judicial de la Federación (PJF), fue el del asesinato de la periodista Lidia Bejarano, en 1988³⁸. A las acusaciones por abuso de autoridad en acciones criminales, corrupción, y participación directa en el narcotráfico por parte de corporaciones policiacas, se sumaron ahora, las que emitieron organismos empresariales acerca del uso del combate de este tipo de delitos como pretexto para la represión y las prácticas racistas en contra de latinos, por parte de agentes de la patrulla fronteriza, como en el asesinato del joven Rubén Tarín, en 1991³⁹.

En los años siguientes, persiste la preocupación por las complejas redes del narcotráfico y la colusión gubernamental en ellas, aunque la atención se dirige también hacia otra dimensión del fenómeno, la del consumo local, las adicciones y las muertes por sobredosis. Ciudad Juárez tenía ya un gran número de usuarios de heroína a principios de la década de los noventa, algunos de ellos agentes de la PJE, y la utilización de ésta sustancia, así como la de cocaína, inhalantes, solventes y psicoactivos

³⁶ Vela, A. (28 de marzo de 1989). Caiga quien caiga, la guerra contra el narco será a muerte: PGR. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

³⁷ (23 de mayo de 1990) Exigen en la frontera acabar con anomalías de *madrinas*. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; (25 de mayo de 1990) Urgente, frenar la sobrepoblación en Juárez y la capital e impulsar las ciudades medias: Salinas. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; (14 de junio de 1990) Abogados “defensores” coludidos en violaciones a derechos humanos. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; (3 de febrero de 1991). La tortura nos denigra: FB. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

³⁸ (9 de julio de 1991). Harán llegar ante el presidente las protestas contra la violencia. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

³⁹ De la Torre, F. (14 de mayo de 1991) Condenan en Juárez a la Patrulla Fronteriza de EU. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

sintéticos, iba en aumento⁴⁰. En respuesta a la incorporación de esta cuestión a la agenda pública, se presentó el proyecto para el Programa Estatal para el Control de las Drogas, así como el Programa Integra y varios Consejos de Seguridad Pública en diversos municipios del estado, para orientar a la población y prevenir el delito, pues se reconocía que el narcotráfico estaba generando violencia más allá de las disputas entre cabecillas por el dominio en la distribución y otras actividades de los miembros de estas organizaciones, que estaba provocando un incremento en las lesiones y los homicidios cometidos en la ciudad⁴¹.

En 1992, pueden observarse en los principales diarios de la ciudad, notas que emplean el término *narcoejecuciones*, y que hablan de la mayor incidencia de éstas a nivel nacional, asimismo, de una escalada u ola de violencia, con índices que rebasan los registros anteriores y la colocan como la cuarta más violenta del país⁴². Al respecto del incremento en la comisión de delitos, algunas autoridades respondieron con señalamientos en los que atribuían la responsabilidad a factores exógenos y a la población juarense de origen migrante. Por ejemplo, cuando el gobernador Fernando Baeza dijo que la violencia en la entidad era importada: “precisamente por nuestra posición de ser territorio de paso para los narcotraficantes. Lo que pasa en Juárez, ocurre en Tijuana y en otros puntos de la frontera. No es cosa sólo de nosotros”⁴³; las declaraciones del Coordinador de Comunicación Social: “Cada día llegan a Juárez por lo menos unas 15 familias. Es lógico que aumenten los problemas no sólo delictivos sino

⁴⁰ Castillo, L. (17 de octubre de 1991). Comprobada infiltración de narcos en la PJE. 13 agentes involucrados. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; Invaden con tachas toda la frontera: PGR. (26 de julio de 1992). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; ...en Ciudad Juárez se ha detectado por la policía un gran número de adictos a la heroína... (11 de agosto de 1992). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; Aguirre, M. (14 de agosto de 1992). Ciudad Juárez, el mayor importador de delitos generados por el narco. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁴¹ Bañuelos, M. (15 de agosto de 1992). Recibe Baeza proyecto del “Programa Estatal para el Control de las Drogas”. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; González, V. (24 de noviembre de 1992). El narco, principal problema. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁴² (2 de febrero de 1992). Freno a la narcoviencia en Juárez, exigen empresarios. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>; (20 de marzo de 1992). Juárez la 4ª ciudad más violenta y 1er. lugar en narcoejecuciones. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁴³ (12 de marzo de 1992). La narcoviencia no es privativa de Chihuahua; es importada: Baeza. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

de todos tipos”⁴⁴; y las del jefe del Departamento de Robos de la PJE: “Los atracadores vienen del sur, quienes son de aquí fueron en alguna ocasión policías y saben utilizar las armas y conocen los sistemas que tenemos para rastrearlos”⁴⁵.

En 1993, operan ya en la ciudad organizaciones de gran envergadura. El Cártel de Juárez, que surgió desde mediados de los años ochenta y era dirigido por Rafael Aguilar Guajardo, un antiguo comandante de la policía federal, y Rafael Muñoz Talavera, se había mantenido con un bajo perfil, pero ese año, cuando el primero es asesinado por Amado Carrillo Fuentes, éste asume el control y lo hace crecer. Luego del cambio en el mando y el aumento en el volumen del tráfico conseguido por Carrillo, los homicidios se incrementaron con mayor velocidad, rebasando desde 1994 la cifra de 200, con excepción de 1999, año en que murió Carrillo. A partir del año 2000, en que Vicente Carrillo, hermano de Amado, retomó el control, los homicidios volvieron a encontrarse entre los 200 y los 300 anuales⁴⁶.

En un reporte sobre la violencia en la ciudad dirigido al Congreso de los Estados Unidos, un antropólogo de El Paso escribió que la gente en Juárez consideraba, al final de los noventa, que la violencia en la ciudad era inevitable debido al tráfico de drogas, por todos conocido y, si bien, lo hallaba indeseable, no le parecía que estuviera fuera de control⁴⁷. Un dato que podría ilustrar esta aparente contención de la que se habla, es el del 15% de homicidios relacionados con el narcotráfico, de entre los poco más de 1600 cometidos en la ciudad entre 1995 y 2002 (Ravelo, 2005).

Parece haber sido en el año 1999, y luego en el 2004, con los hallazgos de cadáveres en las llamadas *narcofosas* y la atención internacional que consiguió su cobertura en los medios, que el fenómeno del narcotráfico en la ciudad termina de convertirse en un problema permanente y grave de seguridad pública (Monárrez,

⁴⁴ (5 de agosto de 1992). Asaltados 121 comercios de la localidad sólo en el mes de junio. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁴⁵ (27 de diciembre de 1992). Se asientan aquí bandas de atracadores. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁴⁶ Campbell, H. (mayo-junio 2011). No End in Sight: Violence in Ciudad Juárez. *NACLA Report on the Americas*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁴⁷ Campbell, H. (mayo-junio 2011). No End in Sight: Violence in Ciudad Juárez. *NACLA Report on the Americas*. mayo-junio 2011. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

2005)⁴⁸. El primer hallazgo se dio el 30 de noviembre de 1999; en el Rancho la Campana, sobre la carretera a Casas Grandes y a un costado de la sierra, cuya propiedad se adjudica al Cártel de Juárez, se encontraron enterradas seis osamentas, además de otros tres cadáveres en terrenos aledaños, en trabajos de excavación coordinados por la Procuraduría General de la República (PGR) y el Buró Federal de Investigaciones (FBI)⁴⁹. El segundo hecho de este tipo en la ciudad tuvo lugar el 24 de enero del 2004, en una casa del fraccionamiento Las Acequias, que funcionaba como casa de seguridad del cártel de Vicente Carrillo Fuentes, en la zona suroriente. Las excavaciones arrojaron que las once personas cuyos restos habían sido ahí dispuestos eran, todas, presuntamente, víctimas de narcotraficantes.

1.3.3.3 Violaciones, desaparecidas y desecho de cadáveres o la violencia feminicida

El momento que marca el inicio de la historia de los asesinatos de mujeres en la ciudad por razones de género, es el año de 1993, cuando en el mes de enero, se dio muerte a una niña⁵⁰. Después de ella, decenas de mujeres más fueron asesinadas de forma similar, con una violencia que evidenciaba un enorme desprecio por esa identidad de género cuyo valor, en términos de ciudadanía, era de segunda clase.

Entre los múltiples crímenes que se han cometido desde entonces, se han destacado aquellos casos en los que se han encontrado, en un mismo lugar, más de una mujer asesinada, como el de las ocho jóvenes cuyos cuerpos fueron encontrados en el Lote Bravo en 1995, las nueve chicas que fueron muertas y descubiertas en Lomas de Poleo en 1996, las ocho mujeres halladas en el campo algodnero en 2001 y las siete jóvenes asesinadas que aparecieron en el Cerro del Cristo Negro entre el 2002 y el 2004. Otros grupos de muchachas sin vida fueron encontrados en el Cerro Bola, en las Granjas

⁴⁸ “El término [*narcofosas*] se utiliza para denotar que hombres que se dedican al mercado de los narcóticos y tienen diferencias con otros grupos del mismo rubro son asesinados y sepultados en casa habitación o en alguna construcción.”, en Monárrez, 2013, p. 282.

⁴⁹ Venegas, J., Villalpando, R. (3 de diciembre de 1999). Las excavaciones habrían ubicado tres narcofosas. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁵⁰ La investigadora Julia Monárrez recupera notas periodísticas que reportan asesinatos de mujeres, en condiciones parecidas, de violencia sexual y de cadáveres abandonados en la vía pública, sucedidos en Ciudad Juárez desde, al menos, 1991. Monárrez, J. (2009). *Trama de una injusticia. Feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez*. Tijuana: COLEF.

de Santa Elena, el Valle de Juárez y la Carretera Juárez-Casas Grandes (Monárrez, 2009).

Desde 1993, para las familias y sectores de la academia, organizaciones no gubernamentales y ciudadanía en general, era evidente que no se trataba de homicidios cualesquiera, que había un patrón en ellos⁵¹. Sin embargo, las autoridades locales y estatales culpaban a estas mujeres víctimas, reiteradamente, por su desaparición, violación y asesinato, descartando la posibilidad de que se tratara de una situación excepcional (Procuraduría General de la República, 2006).

Las similitudes podían encontrarse en la violencia ejercida en las personas y en los cuerpos de estas mujeres, en la forma en la que eran dispuestas una vez que se encontraban sin vida y en rasgos que apuntaban a un perfil, a un tipo de mujer susceptible de ser victimada de esta manera. Se convirtió en un lugar común decir que eran jóvenes morenas, delgadas, de cabello largo y empleadas de empresas maquiladoras los potenciales víctimas. También se hizo muy conocida la relación de algunas de las víctimas con lugares como la escuela de cómputo que se encuentra casi en la esquina de las avenidas 16 de Septiembre y Francisco Villa, y la zapatería 3 Hermanos, en las calles Vicente Guerrero y Venustiano Carranza, ambos locales en el centro histórico, así como la sospecha de que estudiar o trabajar en esos lugares, tuvo algo que ver con sus desapariciones.

La Fiscalía Especial para la Atención de Delitos Relacionados con los Homicidios de Mujeres en Juárez, con respecto a los rasgos compartidos por estas mujeres asesinadas, desde 1993 hasta 2005, dice en su Informe final:

⁵¹ Defensas de la especificidad de estos crímenes se pueden encontrar en Julia Monárrez: "...la forma similar en que se han encontrado los cadáveres de algunas jóvenes, las torturas, las mutilaciones que presentaron las mismas y las zonas en las que fueron arrojadas, nos habla de que hay un patrón sistemático en la forma en que son exterminadas". (Monárrez, 2005, p. 289). También en Rita Segato: "...un tipo de crimen particular, no necesariamente el más numeroso pero sí el más enigmático por sus características precisas, casi burocráticas: secuestro de mujeres jóvenes con un tipo físico definido y en su mayoría trabajadoras o estudiantes, privación de la libertad por algunos días, torturas, violación "tumultuaria" - como declaró en el foro el ex jefe de peritos Oscar Máñez más de una vez-, mutilación, estrangulamiento, muerte segura, mezcla o extravío de pistas y evidencias por parte de las fuerzas de la ley, amenazas y atentados contra abogados y periodistas, presión deliberada de las autoridades para culpabilizar a chivos expiatorios a las claras inocentes, y continuidad ininterrumpida de los crímenes desde 1993 hasta hoy." (Segato, 2008, pp. 82-83).

Suelen ser trabajadoras de las industrias maquiladoras [...], camareras, empleadas en la economía informal o estudiantes. Muchas viven en circunstancias precarias, a veces con hijas e hijos que mantener. Son mujeres que se ven obligadas a viajar solas recorriendo en autobús largas rutas que van desde las colonias pobres que rodean Ciudad Juárez hasta sus lugares de trabajo, estudio u ocio. (Procuraduría General de la República, 2006).

La lucha por el reconocimiento de esta forma particular de violencia comenzó con las madres y sus familias de estas mujeres, quienes hacían eco de sus muertes y demandaban que se hiciera justicia para las que habían sido asesinadas, y que se encontrara con vida a aquéllas que se hallaban desaparecidas. Luego se sumaron organizaciones no gubernamentales, también investigadoras, sobre todo, y trabajadores de la cultura. Además de la acción institucional inmediata para castigar a los culpables y encontrar a las jóvenes desaparecidas, se peleaba porque se reconociera que estos crímenes eran sólo posibles por las condiciones de vida diferenciadas que se ofrecían a las mujeres, que no podían llamarse simplemente homicidios, porque el término invisibilizaba la complejidad del fenómeno y la responsabilidad del Estado. Por ello, se han propuesto desde entonces, otros términos que permitan nombrarlos con mayor precisión, todos a partir del vocablo inglés *femicide*: *feminicidio*, *feminicidio sexual sistémico*, y *femenicidio*⁵².

Desde que se supo de esta particular forma de asesinatos de mujeres, se han formulado y difundido hipótesis muy diversas acerca de los victimarios y sus motivos: se ha dicho que se trata de psicópatas, de un grupo criminal organizado que busca desestabilizar el orden social, de grupos de personas adineradas que quieren eliminar a los pobres y a las mujeres morenas de la ciudad, de gente de El Paso que cruza la frontera para cometer delitos, de grupos satánicos o de brujería, que las muertes se deben a rituales de pandillas, al tráfico de órganos, a la filmación de películas *snuff* o a la

⁵² La recuperación de *femicide* en la teoría feminista se atribuye a Diana Russel, en 1976, pero que desarrolla hasta 1992 junto con Jill Radford, en el libro *Femicide: The politics of woman killing*. Estas lo definen como la muerte violenta de una mujer a manos de un hombre, por el hecho de ser mujer. Posteriormente, la antropóloga mexicana Marcela Lagarde, traduce el texto y propone que, en Español, el término sea *feminicidio*, para recuperar la dimensión genérica y no sólo sexual. Las categorías de *feminicidio sexual sistémico* y, más recientemente, *femenicidio*, fueron acuñadas por la investigadora juarensis Julia Monárrez pensando en este caso en particular.

descomposición social y cultural que han generado el desarrollo de las maquiladoras y el crecimiento del narcotráfico (Ravelo, 2005). Sin embargo, la Procuraduría General de la República (PGR), a partir de los trabajos conducidos sobre los expedientes de estos casos por parte del Centro nacional de Planeación, Análisis e Información para el Combate a la Delincuencia, ha descartado, al menos parcialmente, todas las relacionadas con motivaciones políticas, económicas, participación de sectas y de asesinos seriales (Procuraduría General de la República, 2006).

Otro conflicto importante relacionado con estas manifestaciones de violencia, ha sido el de las cifras, que ha generado discusiones entre familias, instituciones estatales, así como entre organizaciones locales y organismos internacionales. Julia Monárrez, quien ha dado seguimiento a los casos, ha elaborado una base de datos, cuyas cifras son muy cercanas a las oficiales reportadas por la PGR. De 1993 al año 2004, Monárrez reporta un total de 382 homicidios de mujeres, de los cuales, 144 pueden ser considerados feminicidios, por las características que se reportan.

1.4 La guerra contra el narcotráfico como acontecimiento irruptivo

El 27 de marzo de 2008, para hacer frente al incremento de la violencia en el estado de Chihuahua, observado en un significativo aumento en los delitos de alto impacto tales como homicidios y secuestros -atribuidos a la profundización de la disputa entre grupos locales integrantes de los cárteles de Juárez y Sinaloa-, el gobierno federal puso en marcha en Ciudad Juárez y otros municipios de la entidad, el Operativo Conjunto Chihuahua, con el que el Ejército Mexicano quedaba a cargo de la seguridad pública. La decisión fue tomada en el marco de la *Estrategia Integral para la Prevención del Delito y Combate a la Delincuencia*, programa de seguridad anunciado, a principios de 2007, por el entonces Presidente de la República, Felipe Calderón Hinojosa, para emprender la *lucha frontal* contra la delincuencia, declarada poco después de su toma de posesión en el cargo, y recuperar la seguridad pública para la ciudadanía de todo el país (Monárrez, 2009).

Habían ocurrido en el año 200 homicidios en el estado, 36 de ellos en la ciudad fronteriza, entre los cuales se contaban los de algunos agentes de la policía y mandos de la misma institución. Ante la llamada *ola de violencia* desatada por las actividades relacionadas con el narcotráfico y el crimen organizado, el operativo, que consistía en el despliegue en la localidad de 2,026 efectivos de la Secretaría de la Defensa Nacional y 425 de la Policía Federal, 3 aeronaves, 180 vehículos táctico-militares y 13 equipos de detección molecular, se planteaba combatir a la delincuencia y recuperar la seguridad a través de operativos especiales, labores de inteligencia, sobrevuelos, retenes y la depuración de cuerpos policiacos infiltrados⁵³.

Con la llegada del Ejército y luego de la Policía Federal, se marca el inicio de una especie de estado de sitio no declarado en la ciudad y de un nuevo marco para la violencia en ella: un discurso oficial que la ordena en torno a un conflicto (de manera que diversas manifestaciones son reunidas, las de mayor ocurrencia y visibilidad), y la explica a través de una historia en la que hay unos protagonistas y unos antagonistas, y una promesa salvífica, es decir, que ofrece nuevas representaciones en una nueva narrativa de la violencia en la que se presenta un horizonte brillante, una victoria que traerá consigo mejores condiciones de vida.

Este operativo no impidió que se extendiera la violencia en la ciudad, pasando de registrar 189 homicidios en el año 2007, a 1,518 en el 2008, 2,289 en el 2009, 3,589 en el 2010, 2,207 en el 2011 y 854 durante el 2012⁵⁴. Además de estas elevadas cifras, se registraron en la urbe eventos sin precedentes, como las masacres del centro de rehabilitación El Aliviane, y la de los jóvenes en Villas de Salvárcar, otros centenares de asesinatos múltiples, la explosión de un carro bomba, el incendio de negocios que se negaron a pagar el “cobro de piso”, el robo en las modalidades de *carjacking* y *housejacking*, entre muchos otros.

⁵³ Toma Ejército control de la seguridad pública. (28 de marzo de 2008). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁵⁴ Estadística de defunciones por homicidio en el Sistema Estatal y Municipal de Base de Datos del INEGI, consultado en su página web.

1.5 Irrupción y fractura de la representación del carácter natural e incremental de la violencia en la ciudad

Como se mencionaba en la introducción al capítulo, a Ciudad Juárez le ha sido atribuido el carácter de violenta desde finales de siglo XIX, es decir, desde el comienzo mismo de su vida urbana. La relación se ha estrechado a tal punto que, mencionar el nombre de Juárez lleva, inevitablemente, a pensar en su violencia, y hablar de violencia remite, a su vez, a esta ciudad que se ha instaurado como referente. Esta asociación, sin embargo, más allá de la adjetivación del sustantivo ciudad, de la determinación que consigue el calificativo y la desustanciación de la violencia, se encuentra en la trama que se ha venido tejiendo entre estas dos.

En los apartados uno y dos del texto, se comentan algunos de los procesos fundamentales que han ido dando forma a la ciudad, a su desarrollo, sus fuentes de sustento, sus espacios y las características y las posibilidades que estos presentan. Más allá de presentar la que ha sido su configuración histórica y espacial, con ellos se intenta mostrar, con la mirada puesta, en último término, en la comprensión de las formas que ha adquirido la violencia en la ciudad, cómo en éste particular arreglo dinámico de lo que es la ciudad, las manifestaciones de violencia son posibilidades o limitadas y adquieren en él una forma concreta que es luego interpretada en la experiencia y representada. Después de todo, este tipo de acciones no sería el mismo si Juárez no fuera una ciudad fronteriza, si no hubiera desaparecido en ella, casi por completo, la agricultura, la ganadería y si existieran grandes proyectos económicos propios, sin la ausencia de equipamiento urbano, sin un perfil demográfico joven y las bajas expectativas para el empleo, sin la desarticulación del área urbana y las dificultades de movilidad de la población.

Con la presentación de estos elementos, es posible seguir el desarrollo de esta íntima relación entre la violencia y la ciudad, de cada una de las manifestaciones que se han convertido en sus imágenes violentas por antonomasia. En el tercer apartado, puede reconocerse cómo las historias se solapan, se entrecruzan, comparten actores; cómo, también, dan cuenta de cambios en la vida de la ciudad, pues la violencia se transforma en otro factor que participa de configuración temporal y espacial.

Al final del recorrido que se realiza en el texto, aun cuando se alcanza a observar la urdimbre que se entreteteje entre lo urbano y lo violento, también consiguen percibirse distinciones y matices entre las diversas manifestaciones y entre diferentes momentos de ellas. En algunas el peso de lógica económica es mayor, en otras juega un papel importante la construcción identitaria de los grupos, las expresiones violentas son de alto contenido simbólico, los perpetradores son menores de edad, etc. El origen, las características y las formas en que los distintos actores involucrados participan, varían de manifestación a manifestación, corresponden a particulares estados de cosas y decisiones de los mismos sujetos, se ven imbricadas de maneras particulares con dinámicas de la urbe y afectan a distintos sectores de la población. Si bien es importante no diluir los matices ni la complejidad de la trama que se ha tejido entre la ciudad y sus violencias, así como reconocer que todas estas no forman parte de un continuo de violencia, que no suman de forma simple y directa a un fenómeno único, su ocurrencia en el tiempo sí ha ido acumulado un gran peso, uno que fue considerado suficiente para dar lugar a la intervención. Con ella, su institución como acontecimiento, el extrañamiento que provoca y la ruptura a la que da lugar, se fractura la representación del carácter natural e incremental de la violencia en la ciudad.

CAPÍTULO 2

DEL CARÁCTER INSTRUMENTAL AL POTENCIAL MOVILIZADOR DE SENTIDO: LÍMITES EN EL ESTUDIO DE LA VIOLENCIA Y NUEVAS POSIBILIDADES

A pesar de la bien conocida identificación de Ciudad Juárez, desde finales del siglo XIX, como una ciudad violenta, en la actualidad, el acrecentamiento, la extensión y la espectacularidad de las múltiples expresiones violentas que en ella tienen lugar y que la han llevado a obtener el reconocimiento, en tres ocasiones consecutivas, de la ciudad más violenta del mundo, generan nuevas preguntas que van de la concreción del caso a

la abstracción misma *violencia*: ¿ha sido la situación de los últimos años un pico en el continuo de la historia de violencia de la ciudad, una agudización temporal?, ¿su impacto se limita a la dimensión objetiva de las cifras de víctimas, pérdidas y ocurrencia de sus manifestaciones?, ¿es la violencia algo más que un fenómeno a describir y explicar?, ¿tiene la violencia implicaciones importantes para la vida social?

Estos cuestionamientos, la necesidad de comprender y lo insatisfactorio e insuficiente que resulta el tratamiento que de la violencia y sus expresiones se hace, presentan importantes desafíos a las disciplinas encargadas de su estudio y dan pertinencia a la vuelta sobre algunas de las reflexiones y tesis que, en torno a ella se han elaborado.

La violencia ha sido considerada como un comportamiento o un fenómeno que va en aumento pero no forma parte del cauce natural de la vida social sino que es ajeno a éste, de carácter extraordinario, surgido de la estrategia de la racionalidad instrumental, de la patología o de la maldad. Se le ha concebido como un evento que, si bien puede adoptar formas muy distintas, es siempre resultado de otras circunstancias y eventos que revisten en sí mismas mayor interés que el primero.

A su alrededor se han desarrollado una gran cantidad de tipologías y explicaciones, pero éstas la han igualado, prácticamente, a la fuerza y al poder al establecer entre estos tres una relación consustancial –como cuando se afirma que el Estado utiliza la violencia, pero una legítima que se convierte por ello en fuerza, como medio para ejercer el poder-, y han estudiado sus aspectos más visibles y superficiales, dejando intacto el centro, la complicada cuestión de qué es la violencia en sí misma.

Estas nociones han marcado el tratamiento que de la violencia se hace en la investigación y la teoría social, a través de la producción de definiciones y categorías híper-especializadas que permiten estudiar un espectro cada vez más amplio de problemáticas cada vez más reducidas. Su impronta se mantiene también gracias a las hipótesis acerca de su origen, basadas en mecanismos causales que proponen una mediación directa, es decir, un conjunto de factores suficientes para el ejercicio de la violencia, limitando muchas veces las posibilidades de abundar en su complejidad y especificidad. La tradición en la que continúa inscribiéndose gran parte del trabajo que se genera respecto a la violencia resulta, pues, inadecuada para su aprehensión. Se

requiere, para entender lo que ocurre antes de ella, durante su ejercicio y cuando parece haber terminado, que ésta sea atravesada en su centro, se necesita de teorías sociológicas sobre lo que es la violencia, como acción creativa (Collins, 2009; Joas, 2003; Wieviorka, 2009) de una agencia no disminuida e imbuida de sentido por todos los actores que participan de ella (Wieviorka, 2009), una acción que moviliza símbolos y significaciones y puede llegar así a instituirse como importante factor del orden de la vida social (Joas, 2003).

En el presente capítulo se persigue como objetivo la revisión de tres tesis clásicas con respecto a la violencia y abordadas con frecuencia en las reflexiones acerca de la cuestión y en textos introductorios a sus campos más específicos: 1) el vínculo entre violencia y Estado es uno de carácter instrumental, 2) existe una relación casi consustancial entre violencia, fuerza y poder, 3) el proceso civilizador da lugar a una importante disminución de la violencia en las sociedades modernas.

Luego de examinar las que han sido columnas que sostienen las nociones de violencia, se intenta mostrar cómo sobre ellas se han desarrollado aparatos teóricos y analíticos, campos de estudio especializados que hacen de ésta el centro de su interés, pero que, al no desafiar la tradición, no consiguen sino permanecer girando en torno a manifestaciones que corresponden a los círculos concéntricos que envuelven el núcleo duro de la violencia.

De cara a la resistencia de estas perspectivas convencionales para reconocer que el reto de comprender la violencia no consiste en enumerar un conjunto de causas suficientes para su presencia, como si ésta se redujera a una variable dependiente, y que el desafío está en aprehender su naturaleza, así como en explorar las implicaciones y posibilidades que de ella se derivan para la vida social, se recuperan algunas propuestas que llaman a la ruptura. En la sociología de principios de siglo XXI, particularmente, varias autoras y académicos han venido hablando de la necesidad de interrumpir el curso de las investigaciones alimentadas por estas perspectivas. Es necesario, señalan, romper con la híper-especialización, los vacíos y las limitaciones de estos aparatos teóricos y conceptuales. Se examinan aquí sus aportaciones, en las cuales la apuesta común es por la construcción de una definición general y sistematizada de violencia, de un campo propio para su estudio y de teorías de la violencia como acción, es decir, por el

reconocimiento de su especificidad y el rechazo a subordinarla a otras lógicas que no sean las propias. La acción, aquí se defiende, realizada dentro de configuraciones de significaciones vitales y movilizadora de sentido, constituye el núcleo duro de la violencia.

Hacia el final del texto, se exploran algunas propuestas de la sociología que permiten pensar la violencia, así como también a otros eventos de alto impacto, como un acontecimiento irruptivo en la vida de una colectividad, como una variable independiente que produce en ella un trauma y deja huellas en el mediano y largo plazo. Las teorías del trauma hacen posible examinar no sólo los efectos inmediatos provocados a través de una acción y unos medios violentos, sino reconocen que ellos pueden llegar a ocasionar un sufrimiento colectivo y, con ello, una fuerte ruptura y desestructuración en la reproducción de la vida cotidiana y sus significados, es decir, sus certezas. Esto lleva a una crisis, y para salir de ella, los sujetos deben embarcarse en una tarea de trabajo cultural que les permita resignificar el mundo conocido y continuar con el día a día.

De entre estos desarrollos teóricos, se retoma el elaborado por la escuela estadounidense de la sociología cultural, el *trauma cultural*, el cual, además de no partir de una perspectiva naturalista, según la cual existen eventos que son traumáticos por sí mismos, sino de pensar que son los grupos quienes construyen sus traumas a través de la representación, brinda herramientas para el estudio de los efectos de la violencia en la vida social, aprovechando su potencial movilizador de sentido.

Por último, se expone la propuesta de aproximación al objeto de esta tesis, la exploración concreta de la construcción del trauma cultural, una narrativa y significativa, a través de la forma en que algunas mujeres y hombres, desde su experiencia informada por un lugar privilegiado en la configuración cultural de la ciudad, se apropian de la narrativa maestra que proponen las voces de políticos e importantes líderes de la comunidad para relatar su versión. El singular y sugerente espacio desde donde se realiza el acercamiento es el mercado de segunda mano, *las segundas*, un lugar liminar donde convive un continuo de prácticas y objetos que van de lo legal y lo ambiguo hasta lo abiertamente ilegal, uno que se abastece y es posible gracias a las redes comerciales, personales y familiares. En estos mercados, el mínimo grado de regulación institucional,

el montaje que, en cada jornada, les da forma y el necesario proceso de purificación de esta mercancía turbia (robada, importada ilegalmente, regalada, desechada, vieja, sucia, defectuosa), vuelven necesario el *performance*, una puesta en escena donde se representa un mercado con mercancía de primera. Desde estos lugares y en el *performance* que los hace posibles, puede conocerse, además de la narrativa del trauma que elaboran quienes conviven con la ilegalidad y con la fuente de algunas formas de violencia, la manera en que ellas y ellos se enfrentan diariamente a la resignificación de la vida con los otros y en la ciudad, desde un flujo constante y diverso de referentes y elementos que condensan, de alguna manera, la complejidad de su composición. Frente a la violencia y su definición como trauma cultural, la colectividad que habita la urbe debe narrarse la historia de su sufrimiento y volver a significar la vida en una ciudad que ha sido transformada.

2.1 Tesis clásicas que han signado la construcción del objeto violencia

La violencia tiene un enorme rol en la vida social, uno del que aquéllos y aquéllas comprometidas con el pensar la historia y la política no pueden ser inconscientes (Arendt, 1970). Ésta ha sido tematizada en la obra de contractualistas como Rousseau y Hobbes, en las grandes teorías del poder estatal que fueron elaboradas al tiempo que se erigían las naciones modernas (Niekerk & Engelstein, 2011). Fue la violencia en forma de guerra, un medio importante en la recuperación y reconfiguración de los territorios que se convertirían en Estados y así, como se presentaba ante los ojos de los hombres y mujeres de ese tiempo, se trasladaba a la reflexión.

La violencia se distingue particularmente por su carácter instrumental, por su potencial para disuadir o forzar voluntades, para la consecución de objetivos, pero incluso en su implementación estratégica, acercarse al reino de la violencia es enfrentarse a la imprevisibilidad (Arendt, 1970); y es que ella, como acción humana -y una donde la relación entre objetivos y medios es de particular interés, se resiste a la previsión de su fin, de sus consecuencias concretas. Debido a esta imposibilidad de predicción confiable de sus resultados y al amplio espectro de desarrollos posibles que la

acción puede seguir una vez iniciada, en la violencia y sus medios llega a residir, con frecuencia, mayor importancia para el futuro que la que se encuentra en los objetivos propuestos inicialmente (Arendt, 1970).

Al pensarse como acción meramente instrumental, como disposición contenida y calculada, pareciera que participa, de forma subordinada, de la continuidad de procesos que permanecen determinados por aquello que precede a la acción violenta (Arendt, 1970), pero en realidad desborda su propio cauce; para Arendt, se encuentra en la sustancia misma de la acción violenta el rebasar en su desarrollo cualquier fin que pudiera orientarla, así como las justificaciones que pudieran darle sentido (Arendt, 1970). Es así que la violencia, aun cuando es pretendida como medio, adquiere una especie de autonomía y, por ello, cuando obedece a la resolución de conflictos estatales internos o externos, se convierte, más que en capacidad mediadora, en potencia constitutiva.

El vínculo entre Estado y violencia no es aprehensible a partir de su carácter instrumental, así como no son de carácter violento todos los instrumentos del Estado. El poder que a éste ha sido transferido se ha pensado como íntimamente relacionado con la violencia y el uso de la fuerza, al grado de concebir una relación consustancial entre los tres; como si la fuerza fuese el medio para el ejercicio de la violencia y ésta, a su vez, el medio para el ejercicio del poder. Si bien el nexo es estrecho, éste no es uno de subordinación, no se trata de distintos niveles de un mismo fenómeno sino de registros distintos, pues mientras que la fuerza no es más que capacidad y su aplicación, la violencia y el poder –una acción y el otro, relación-, poseen lógicas propias. La distinción concreta en los hechos y la experiencia resulta más complicada que la analítica; ya que la fuerza es manifestación esencial de la violencia, ésta es perpetrada muchas veces desde una condición de poder con respecto a la víctima, y el poder ha sido históricamente violento (Aróstegui, 1994), -lo cual no es de extrañar considerando cuán eficaz es para el control menoscabar la capacidad de los actores con violencia (Makinson, 1992)-. Pero es necesario el matiz; el poder puede ser más o menos violento, incluso despótico, pero puede también, al menos temporalmente, dejar de serlo al convertirse en un aparato consensuado (Aróstegui, 1994). De forma estrictamente conceptual, la fuerza no es una característica constitutiva de la violencia (Aróstegui,

1994), y el poder es neutral con respecto a ella, pues “lo que importa es el control sobre los otros y no que los efectos de ese control constituyan un violentamiento de los otros” (Makinson, 1992, p. 167).

En torno a la concentración del poder en los modernos estados nacionales, se establecieron instituciones para la organización y el control de la vida en sociedad, para protegerla y permitir su reproducción. Con ellas se fue consolidando un proceso de muy largo plazo que comenzó en la Europa de la Edad media, uno de creciente pacificación y auto-control, conocido como «proceso civilizador» (Smith, 2001), dentro del cual, han sido de especial importancia los mecanismos que se han engendrado para la resolución de conflictos.

Con respecto a su acontecer y consecuencias, se han hecho lecturas diversas: algunos autores sugieren que es gracias a este proceso, llevado a cabo de manera paralela a la modernización y el desarrollo, que puede decirse que la historia de la violencia es la de su disminución, y que ello puede verificarse desde la evidencia empírica (Chesnais, 1992; Aróstegui, 1994; Ray, 2011); aunque no debe pasarse por alto el hecho de que no han dejado de observarse períodos con una especial presencia de resoluciones violentas (Aróstegui, 1992), de tendencias contra-cíclicas (Ray, 2011), y una diversidad de trayectorias de un país a otro y variaciones culturales en las formas de incidencia (Chesnais, 1992)⁵⁵. Otros y otras aseguran que la reducción ha sido sólo posible a través de la coacción que perpetrar las agencias de la modernidad, como González que se apoya en Bauman, para quien el proceso civilizador ha consistido, fundamentalmente, en un proceso de redistribución de la violencia (González, 2006). Por otro lado, de manera más reciente, algunas investigadoras afirman que la tesis que propone que los efectos civilizatorios reducen la violencia, así como otras aproximaciones que vinculan la modernidad con esta supuesta disminución, como las de Foucault, Merton, Weber y el temprano Durkheim (Walby, 2013), han sido fuertemente

⁵⁵ “Nuestra violencia existe, indudablemente; pero en nada se puede comparar a la violencia antigua, feudal, o incluso clásica.” (Chesnais, 1992, p. 9). No es unánime el acuerdo en esta posición, investigadores y autoras como Sylvia Walby, Zygmunt Bauman y Ashis Nandy desafían la vieja noción de que la modernidad es cada vez menos violenta (Walby, 2013).

desafiadas por las críticas a la noción de que existe una sola forma de modernidad con una trayectoria lineal y por las nuevas investigaciones sobre violencia (Walby, 2013)⁵⁶.

Aun cuando los diagnósticos sean tan dispares, parece evidente que no se sigue, de las tesis del proceso civilizador propuestas por Elías, que de éste haya surgido una tendencia que se dirija a la desaparición de la violencia, tampoco que se haya estimulado un avance evolutivo hacia una humanidad menos violenta sino, a lo mucho, que se ha venido dando una lenta disminución en la frecuencia de algunas de sus manifestaciones, debido en parte a su asimilación, a su velada incorporación a las estructuras y los mecanismos institucionales. Sin embargo se desprenden, del planteamiento de Elías y las evaluaciones posteriores, varias cuestiones relevantes con respecto al desarrollo histórico de la violencia.

En primer lugar, la aparición del fenómeno llamado «la paradoja de la inseguridad». Chesnais, en su análisis histórico de la violencia, encuentra que, conforme ésta retrocede, crece la preocupación por su manifestación, es decir, aumenta el sentimiento de inseguridad (1992). La divergencia entre los hechos y la percepción sobre la violencia no es nueva (Chesnais, 1992), pero es sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX que podemos observar de manera constante esta brecha en la percepción, desde la cual, cada momento parece uno excepcionalmente violento. Para intentar explicar el origen del aparente incremento en la sensación de inseguridad, el autor propone cinco factores, varios de ellos producto de las transformaciones de la época moderna: 1) el relativo incremento de la delincuencia, que es un fenómeno inflacionista medido en índices engañosos y que, al ser un atentado contra la intimidad personal, es uno de los más efectivos para minar sentimientos de confianza; 2) la creciente intrusión de los medios de comunicación en la vida íntima de las personas, los cuales seleccionan acontecimientos violentos por ser atractivos y accesibles para presentarlos de forma desmesurada; 3) la organización de dispositivos de seguridad en todas las esferas de la vida cotidiana, que la van asegurando y generando una creciente ansiedad y nuevas demandas para ésta; 4) una nueva conciencia de la violencia construida a partir del aumento en la sensibilidad, el abatimiento del dolor y la

⁵⁶Las nuevas investigaciones a las que se refiere la socióloga estadounidense Sylvia Walby, son aquéllas enfocadas en la violencia interpersonal, gobernanza y nuevas guerras, violencia contra las mujeres con base en el género, violencia contra minorías y violencia en el Sur (Walby, 2013).

consecuente disminución de su umbral, así como de los progresos en el espíritu democrático; y 5) la misma tendencia a la baja de la violencia, como en la paradoja de Tocqueville que establece que, cuanto más disminuye un fenómeno desagradable, más insoportable se vuelve la parte que persiste (Chesnais, 1992).

Una segunda cuestión que se desprende de los grandes cambios que tienen lugar en el proceso civilizador, esto es, en la alteración de los comportamientos, las relaciones, la organización y la vida en general a partir de la instauración de un nuevo modo de gobernar las sociedades, consiste en la transformación que ocurre en las manifestaciones de violencia. Es nuevamente en las últimas décadas que comienza a reconocerse un giro en el panorama político y social que se refleja en el desarrollo de las teorías de la violencia (Niekerk & Engelstein, 2011), alterándolo. Hannah Arendt fue una de las primeras en escribir al respecto; ella observó, a finales de los años sesenta y principios de los setenta, que en el continuo de guerras y revoluciones del siglo XX, la capacidad técnica para el ejercicio de la violencia se había incrementado de manera que ningún objetivo político conseguía corresponderse con el potencial destructivo de las armas utilizadas, y que la victoria de uno de los dos polos que ordenaban el mundo, significaría el final para ambos (Arendt, 1970). Según Niekerk y Engelstein, es posible hablar de viejas y nuevas teorías de violencia, aunque, por supuesto, hay en el límite una frontera permeable (2011). Estos autores distinguen, en las más antiguas, un importante papel del Estado como agente detrás del uso de la violencia o de la restricción de su ejercicio individual, pero reconocen que, con el debilitamiento de la autoridad estatal y el ascenso de nuevas afiliaciones culturales (Niekerk & Engelstein, 2011), además del anteriormente mencionado aumento de la sensación de inseguridad y el mismo desarrollo y especialización de la teoría y la investigación sobre violencia, se ha dado un giro importante en su entendimiento.

2.1.1 Un fenómeno para medir, describir y explicar: perspectivas tradicionales para el estudio de la violencia

El estudio de la violencia realizado desde la teoría social y, en particular, desde la sociología, ha sido marcado de forma peculiar por el origen de esta joven disciplina. Ella

surge en el marco de la crisis ocasionada por los abrumadores cambios del paso del feudalismo a una sociedad industrial moderna que tuvieron lugar a finales del siglo XVIII, y por la evidencia de sus negativas consecuencias (Larrique, 2009). Aparece el pensamiento sociológico frente a la necesidad de la reconstitución social y con la tarea de “reconstruir algún tipo de orden social estable que permitiera de una vez superar las turbulencias del período revolucionario.” (Larrique, 2009, p. 6), así como en un contexto de fe en el progreso y de aspiración al control sobre éste (Larrique, 2009).

De ahí se sigue que sea ahora patente la prioridad que tuvieron entonces otras cuestiones por sobre la violencia y su ausencia en el núcleo de las grandes teorías sociológicas, así como la nula articulación que se hace entre ésta y las explicaciones sobre la configuración del orden social; su tratamiento en estos cuerpos ha sido más bien residual y subordinado a asuntos de integración social, el Estado, el poder y el conflicto (Ray, 2011). Para Walby, la violencia ha sido empujada constantemente hacia los márgenes (Walby, 2013), por lo que no resulta extraño que ésta aparezca de manera dispersa y fragmentada. Sin un lugar por derecho propio ni una tradición que deje su impronta en los trabajos posteriores, una de donde dimanen definiciones y nociones generales que sirvan como referente -para explorarse a profundidad, probarse en la actualidad o ser rebatidas-; sin esquemas que orienten las investigaciones y las provean de estructuras que las crucen, que les permitan tocarse, se dificulta y desordena el diálogo, sobre todo cuando éste se realiza desde los desemejantes registros de diversas ciencias. Y es que, debido a que la violencia contiene y responde a factores etológicos, psicológicos, psicosociales, culturales, simbólicos, políticos, éticos e históricos, cuando menos, muchas disciplinas tienen algo que decir al respecto de ésta (Aróstegui, 1994). Sin embargo, para el adecuado conocimiento de la violencia como fenómeno social y de relevancia sociológica, es necesario prescindir de algunas dimensiones y hacer abstracción de todo contenido relacionado con la agresividad, las patologías y con el apartado psicológico en general (Aróstegui, 1994), pues ellos sólo asisten una explicación esencialmente individual y psicofisiológica (González, 2006).

Además de la sociología, otras disciplinas, como la criminología, la ciencia política, las relaciones internacionales, la irenología, la polemología y los estudios de género, interesadas todas en la dimensión social de la violencia, han desarrollado

múltiples definiciones, perspectivas teóricas y categorías para contribuir a su aprehensión y al análisis de sus causas, sus manifestaciones, las características de éstas y su impacto. Si bien es posible decir que se concede generalmente que la violencia provoca daño, que ésta resulta en alguna clase de destrucción y que, por ello, siempre hay víctimas (Heitmeyer & Hagan, 2003), no se ha logrado un acuerdo amplio acerca de sus rasgos definitorios, aquéllos que la distinguen de otras formas de comportamiento. Frente a la realidad del fenómeno, es decir, al gran espectro de expresiones violentas posibles, la variedad de actores que pueden participar de ellas, las maneras en que pueden causar el perjuicio y los aspectos de la vida de las víctimas donde puede darse la afectación, además del tipo de motivos que llegan a originarla, entre otras variables, se vuelve complicada la posibilidad de alcanzar el consenso.

Es por esto que se han propuesto una serie de sencillas taxonomías para ordenar las distintas definiciones de violencia. Bufacchi, plantea que existen dos grandes categorías en las cuales es posible agruparlas a todas ellas: la *concepción minimalista*, que se concentra en pensar la violencia en términos de fuerza física, respuesta corporal y daño; y la *concepción comprehensiva*, que extiende el significado para incluir cualquier comportamiento que impida la realización humana, viole sus derechos o su integridad (citado en Ray, 2011). En el mismo sentido, investigadoras y autores como Suárez-Orozco y Robben, recuperan, sin utilizarla, una tipología llana que discierne entre dos grandes tipos: la *violencia dura*, o física, y la *violencia suave*, ya sea simbólica o psicológica (Suárez-Orozco & Robben, 2000). Aróstegui, por su parte, utiliza una distinción muy similar en su clasificación, que consiste en: la *definición restringida*, u observacional, que ciñe de forma rigurosa el contenido de la violencia a la acción directa mediante el uso de la fuerza y que trae consigo la producción de daño personal o material, esto es, atiende a los resultados visibles de la acción; la *definición amplia*, o expansiva, que entiende que la violencia adopta diversos aspectos de injusticia y desigualdad social, tal como en la *violencia estructural* expuesta por Galtung (Aróstegui, 1994); y la *definición legitimista*, o estricta, categoría con la que se incorpora un rasgo no considerado por Bufacchi, el del carácter legítimo que puede adquirir la violencia y con el que ella deja así de ser tal, pues en este tipo de definiciones ortodoxas, violencia es sólo aquella en la que se aplica fuerza física considerada ilegal, o la que perturba las

expectativas estables de relaciones interpersonales ordenadamente establecidas (Aróstegui, 1994). Chesnais, por otro lado, cree que los intentos por fijar el significado de violencia, se encuentran todos contenidos en tres círculos concéntricos que son tres definiciones implícitas que se intercalan de manera constante: un círculo central o núcleo donde se encuentra la *violencia física*, que es la más grave, la que atenta directamente contra la persona, su vida, salud, integridad física o libertad individual y puede causar la muerte; un segundo círculo donde es posible hallar la *violencia económica*; y el tercero y último, uno cuyos límites se extienden hasta el infinito, el de la *violencia moral o simbólica* –noción que responde a una moda, según el autor-, cuyos contenidos son altamente subjetivos (Chesnais, 1992).

A través de las clasificaciones de estos autores, las cuales hacen las veces de ejercicio sintético, podemos apreciar que, ellos encuentran que el elemento sustantivo en las definiciones de violencia, además del centro de la discusión en torno a sus caracteres diferenciales, está en la dimensión que se lastima en la persona, ya sea el cuerpo o lo que podría agruparse como psique-moral-identidad. De esto se desprende, como una cuestión secundaria en el mismo debate, la de qué constituye un medio violento, con vistas a revisar las consideraciones necesarias para formular de manera clara y precisa qué acciones pueden ser calificadas como violencia.

También se puede observar que la estructura que arma Chesnais da cuenta, en resumen, de cómo se está pensando la violencia en estas definiciones convencionales, pues él sitúa en el círculo central o núcleo a la violencia física, es decir, la presencia de la fuerza y del daño en el cuerpo. Pero ese sitio se le concede no sólo por ser la más grave, según el autor, sino porque se considera que son esos sus rasgos primordiales, característicos, la forma elemental de violencia.

La noción, tratada anteriormente, de una relación consustancial entre fuerza y violencia, sigue marcando de manera importante la investigación y la teoría, como encontramos también en las categorías comentadas por Suárez-Orozco y Robben, en las cuales se considera dura la violencia que es física, mientras que la que afecta el plano psicológico, se estima una más bien blanda o menor. Las distinciones propuestas por Buffachi y Aróstegui van en la misma línea, la de privilegiar las formas que son observables, cuantificables y objetivas como aquéllas que permiten, de la manera más

sencilla y próxima, dar cuenta de lo que es la violencia, como si se tratara de expresiones de una mayor pureza con respecto a su esencia.

Las manifestaciones de violencia moral, psicológica o simbólica, al no ser materiales ni fácilmente discernibles, es decir, al no presentar una directa correspondencia con el criterio que prima, el de la fuerza sobre la materia, pasan a un segundo plano, de menor gravedad; desde esta concepción, el plano de estas otras formas de violencia es tan altamente subjetivo, y se encuentra tan alejado de su esencia, que no tiene límites y podría dilatarse infinitamente (Chesnais, 1992), con lo que conseguiría desdibujar la definición misma de violencia y las categorías perderían toda utilidad analítica.

Si bien las tipologías muestran que la violencia suele definirse reproduciendo el patrón anteriormente descrito, también asoman en ellas, rasgos que comienzan a ser tematizados en nuevas formulaciones de su significación y clasificaciones, ya sea para ser cuestionados, como el de la implícita legitimación o no de ciertos comportamientos en el tratamiento que de ella se hace, o para ser incorporados, como el de las posibilidades para la realización humana, los derechos y la integridad de la persona, como una de las dimensiones que puede lastimarse con ella.

Otro tipo de categorías, construidas a partir de rasgos de configuración, son ampliamente utilizadas para tematizar la violencia en relación con un elemento aglutinador y profundizar en el ámbito en el que se presenta. Algunas son: la *violencia abierta*, como la delincuencia, los disturbios, la guerra, la revolución y la contrarrevolución, en las que suelen utilizarse armas para herir o matar seres humanos, y la *violencia encubierta*, que se ha institucionalizado en sistemas o estructuras que impiden que la gente sea libre (Swamley en Makinson, 1992); la *violencia de tipo horizontal*, que surge entre grupos que se encuentran en un mismo nivel frente al poder, y la *violencia de tipo vertical*, donde se enfrentan los grupos ligados a él y aquéllos que se oponen (Aróstegui, 1992); la *violencia social*, que aparece en el seno de conflictos entre partes iguales o al menos equiparables pues no hay, de antemano, una determinación clara de las posibilidades de imposición de algún bando y puede suponerse un cierto equilibrio de potencialidades, y la *violencia política*, en la cual

existen situaciones de partida y medios desiguales en el conflicto, que gira en torno al ‘orden social’, ‘los derechos’, o ‘el poder’ (Aróstegui, 1992).

Las categorías más recurrentes, que parten de una distinción de gran interés general y que, en su comprehensividad consiguen segmentar pertinentemente las manifestaciones para el abordaje de varias disciplinas, son aquéllas de *violencia interpersonal*, referida al crimen violento, *violencia colectiva*, que da cuenta de la actividad violenta en la relación entre gobernanza y resistencia (Walby, 2013), así como en los disturbios civiles, y la *violencia política o estatal*, que alude a conflictos armados.

Además de tipologías de las definiciones de violencia de acuerdo a la dimensión en la que se hace el énfasis, y de categorías de manifestaciones según el rasgo que interesa tematizar en ellas, ya sea su visibilidad o la relación entre los distintos actores, etc., se han elaborado también clasificaciones acerca de las teorías que se han desarrollado para pensar la violencia, la mayoría de ellas, teorías explicativas que intentan exponer su origen y prevenir acerca de las condiciones de surgimiento. Para Ray, hay siete grandes conjuntos: las *teorías de la asociación diferencial*, que proponen que el comportamiento criminal se transmite a través del aprendizaje, en grupos sociales íntimos, de definiciones favorables del rompimiento de la ley; las *teorías de tensión y anomia institucional*, que observan una tensión en las sociedades modernas en las cuales los valores culturales colectivos no se corresponden con los medios legítimos para alcanzarlos debido a las desigualdades en las estructuras de acceso, ante lo cual, la rebelión se presenta como una respuesta posible; las *teorías subculturales*, que se concentran en los procesos de aprendizaje social dentro de los grupos juveniles, en los que plantean que algunas chicas y hombres jóvenes hacen asociaciones con patrones culturales de delincuencia cuyas posibilidades expresivas les motivan a reproducirlos; las *teorías del control*, que construyen su tesis desviándose de la pregunta, ¿por qué la gente comete crímenes?, hacia otra interrogante, ¿por qué la mayoría no lo hace?, y atendiendo los factores restrictivos y de control, como el apego, el compromiso, el involucramiento y las creencias, que de encontrarse débiles o ausentes, reducen los límites que existen a la desviación; las *teorías del conflicto*, desarrolladas a partir del marxismo, que rechazan la existencia de un consenso con respecto a los valores y las normas núcleo y afirman que el crimen es resultado de las desigualdades y de los valores

en conflicto; y por último, las *teorías interaccionistas*, las que observan la violencia haciendo un gran acercamiento a los detalles de los patrones de la interacción que, en un conflicto, desencadenan la violencia (Ray, 2011).

Este último conglomerado viene a completar una sintética muestra del tratamiento que se ha dado a la violencia en las últimas décadas en las ciencias sociales, una presentación que consigue exponer lo homogéneo y poco flexible que éste ha sido. La mayor parte del desarrollo teórico que se ha hecho con respecto a ella, los marcos que se han propuesto para entenderla, se han concentrado en explicarla, en ir hacia atrás buscando las causas que la desencadenan, de modo que sea posible darle sentido a esa manifestación para que pueda acoplarse a la lógica de los grandes y conocidos procesos políticos, culturales y económicos que estructuran la vida y el orden social y dan lugar a cambios en ellos. Por su lado, las clasificaciones que se han elaborado para ordenar las formas en que se manifiesta, al partir de criterios como el del tipo de actores involucrados o el del ámbito en el que se da la disputa, se inscriben en el mismo tratamiento en el que la violencia, si bien no es deseable, sí se espera en ciertas circunstancias. Finalmente, las definiciones empleadas convencionalmente, que disciernen lo que es violencia con la evaluación objetiva del uso de la fuerza física para infligir daño, se sitúan en el hecho consumado. Si las teorías y categorías se interesan por el antes, por encontrar en el cauce de la vida ordinaria condiciones que den sentido a la aparición de este fenómeno fuera de todo orden y toda regla, las definiciones parten del después, del efecto, y describen patrones generales en retrospectiva desde visiones terminadas de la violencia.

Pareciera entonces que las perspectivas convencionales, preocupadas por lo que antecede a la violencia y lo que se sigue de manera inmediata, han estudiado lo que ocurre en torno a ella, siempre en derredor y en subordinación a otros tiempos y otras coyunturas, sin conseguir tocarla, pues dedican mínima o nula atención a sus aspectos esenciales (Joas, 2003). Es la concepción amplia de la violencia que yace en ellas lo que impide, desde el principio, conseguir un conocimiento más íntimo y propio. Según Joas, ésta ha sido entendida de dos formas: desde un modelo materialista o racional, donde el uso de la violencia es un acto racional que busca el incremento del bienestar objetivo o subjetivo y las tesis surgen de las características socioestructurales de los perpetradores;

y desde el modelo culturalista o normativamente orientado, en el cual se habla de una cultura de la violencia que genera esta misma, o de la violencia como una respuesta a cambios o pérdidas en los valores (Joas, 2003). En la misma línea, Wieviorka identifica dos concepciones en los trabajos clásicos sobre la cuestión, a las que llama *violencia fría*, o acción instrumental, y *violencia caliente*, o acción expresiva. La primera interpreta la violencia como un comportamiento normal, funcional y racional que suele asociarse con doctrinas o ideologías, que puede elaborar discurso y se encuentra estructurado en alguna medida; mientras que la segunda, asimila este fenómeno como un comportamiento radical e inestable por la ira y el miedo, uno impredecible e irracional, incluso autodestructivo, que contiene significados en estado puro y una fuerte carga simbólica (Wieviorka, 2009).

Los modelos anteriores sugieren nociones extensas pero, para estos teóricos de la violencia, ante la imposibilidad de encontrarlos en estado puro en la realidad, terminan constituyendo importantes limitaciones (Wieviorka, 2009), y constriñendo las posibilidades de lidiar con el comportamiento humano (Joas, 2003). Charles Tilly, por su parte, encuentra otros problemas con ellos. Para él, estos grandes modelos, y las perspectivas convencionales en general, se ocupan de identificar procesos causales cruciales, o un conjunto de causas recurrentes en la forma de variables estructurales, que funcionen de manera similar en varias de las manifestaciones, y sólo consiguen, con sus explicaciones, lecturas parciales del fenómeno, pues los procesos cruciales no son determinantes universales (Tilly, 2003). Proporcionan entonces lo que llama *background explanations*, cuerpos con tesis acerca del trasfondo de la violencia; pero ella es un fenómeno para el cual no puede proponerse un cúmulo de causas necesarias o suficientes, requiere más que correlaciones estadísticas significativas para ser explicado. Por ello no resulta adecuada la forma en que se le reduce a una variable dependiente; ella necesita, para el conocimiento de su peculiaridad, de herramientas que posibiliten el estudio de manifestaciones concretas y de nuevas categorías que se construyan sobre una base que no responda a las distinciones sociales convencionales, que no estorben, con su fuerte carga moral, el análisis sociológico (Tilly, 2003).

Platt dice que, mientras que el término fuerza no lleva implícito un juicio condenatorio, la palabra violencia es mala por definición, y que es precisamente esta

connotación peyorativa lo que explica su aplicación cada vez más amplia (Platt, 1992). Podría parecer prudente, de cara a la dificultad de encontrar una definición de violencia aceptable y generalmente admitida, la adopción de estas posiciones convencionalistas donde se parte de la intuición de la experiencia inmediata (Aróstegui, 1994), pero el mínimo acuerdo que con ella puede conseguirse, ha tenido consecuencias. El uso del término se ha extendido de forma indiscriminada, debilitando su valor explicativo (Aróstegui, 1994), generando confusión y contrayendo su intensidad y fuerza descriptiva (Platt, 1992). Si bien, el término ha sensibilizado con respecto a la condición moralmente dudosa de muchas prácticas y estructuras sociales, éstas continuarían siendo moralmente dudosas aun si no fueran consideradas como violencia, pues conviene recordar que ésta no es el único comportamiento inmoral que existe, y tampoco el más común (Platt, 1992). Para que violencia sea un concepto realmente discriminatorio de otras realidades muy cercanas, hace falta una nítida reformulación de éste y de los desarrollos teóricos elaborados en torno al mismo.

2.1.2 La ruptura con la tradición y el reconocimiento del papel de la violencia en la vida social

Desde finales de los años noventa han comenzado a impugnarse las perspectivas convencionales utilizadas para el estudio de la violencia, las cuales, como vimos anteriormente, han realizado tratamientos extremos de naturalización o patologización del fenómeno al intentar dar respuesta al porqué de su aparición. Varios sociólogos y sociólogas, a partir de su propio trabajo de investigación acerca del fenómeno, han resuelto lanzar un llamado para romper con las limitaciones y la híper-especialización de estas miradas y sus categorías, insistiendo en la defensa de los rasgos constitutivos de la violencia. Pero la invitación responde no sólo a las reflexiones que encuentran insuficiente e insatisfactorio el instrumental disponible, sino a la urgencia de serios replanteamientos para un viraje en el rumbo que se ha venido siguiendo en los estudios sobre la violencia. Además de la importancia de un tratamiento desde su especificidad, otros elementos, insoslayables en este tiempo, reclaman el cambio, como la aparición de nuevas formas de violencia que desafían los mal trazados contornos de las viejas

nociones, el reconocimiento de otras manifestaciones menos recientes que han sido disfrazadas o simplemente ignoradas, y la creciente visibilización de la importancia de la violencia en el análisis de la vida cotidiana y de cambios sociales críticos (Walby, 2013).

Acercas de la específica naturaleza de la violencia, desde autoras y teóricos como Sylvia Walby, Charles Tilly, Randall Collins, Michel Wieviorka y Hans Joas, pueden extraerse tres características que, al asimilarse, proponen, permitirán avanzar hacia un más cercano y complejo entendimiento de ella que permita construir una nueva definición general y sistematizada, un campo con un lugar propio en la sociología, y teorías de la violencia como acción. Estos son los siguientes: 1) la violencia tiene lógicas propias de funcionamiento y goza de una autonomía relativa, 2) la violencia es de carácter contingente, creativo y movilizador de sentido y, 3) el centro del fenómeno de la violencia consiste en la acción violenta.

El primer rasgo, la autonomía relativa, es una noción que Jeffrey Alexander recupera del marxismo⁵⁷. La violencia no se deriva directa y naturalmente de otros procesos, condiciones o estructuras; hay un espacio en ella que es irreducible a algo más, al que sólo es posible acercarse como violencia en tanto que violencia. Ésta tampoco requiere, para su comprensión, de una definición negativa, no aparece en la ausencia de civilización, de valores positivos o restricciones morales, existe cuando un sujeto resuelve, en su actuar, transgredir lo considerado legítimo por un colectivo (Wieviorka, 2009). Una vez que se asume que la forma concreta de la violencia sólo puede visualizarse a partir de que comienza a existir, en la situación misma y no *ex ante*, y que ésta aparece de las determinaciones que toma en la circunstancia una agencia no disminuida ni diabólica, se presenta de manera más evidente el hecho de que la cuestión es una íntima, una a la que pueden acercarse diversas condiciones y estados de cosas en el mundo, pero cuyo desencadenamiento, desarrollo y desenlace no responde, en un grado

⁵⁷Alexander sostiene como cualidad fundamental de la cultura, la autonomía relativa con respecto a otras esferas como la economía o la política. La cultura tiene una autonomía relativa porque no puede ser explicada ni determinada por ellas, lo que hacen, en su relación, es informarla. Era necesario, de acuerdo al sociólogo estadounidense, para entender lo que ella es, darle a su estructura un diseño interior e investigar sus patrones internos, en este caso, los del significado (Alexander en entrevista, en Carballo, Cordero y Ossandón, 2009).

fundamental, a elementos exteriores, sino a su lógica y patrones internos y al actuar de los sujetos que de ella participan.

Con la centralidad de la subjetividad se ilumina también el segundo rasgo definitorio de la violencia, el de su carácter contingente, creativo y movilizador de sentido. Wieviorka, Joas y Collins, coinciden en que es ella un tipo de comportamiento único, para el cual no existe guión o forma predefinida, que puede, o no, ser y, cuando llega a ser, lo es de manera impredecible; que termina desbordando cualquier intención inicial que pudiera tenerse, siendo más y otra cosa que lo que se hubiera pensado. En medio del proceso en el que ésta tiene lugar, ese enorme abanico de posibilidades se abre sólo gracias a la creatividad de los sujetos que, entre múltiples objetivos, valores, emociones e interpretaciones, resuelven su actuar en una situación concreta. De cierto modo, los sujetos inventan la violencia cada vez, en cada conjunto de pequeños actos que son experimentados de alguna manera específica en la medida en que son significados por quienes los ejercen, los reciben y los presencian. Y es que la violencia es un acto de sentido; en él se ponen en juego importantes ámbitos de significado de las personas involucradas, como aquéllos relacionadas con el dolor, la seguridad, el cuerpo y su lugar en el orden social (Ray, 2011). Todos ellos, expuestos, pueden ser tematizados, lastimados, conmovidos.

También es posible apreciar en las formas de la violencia poderosas dimensiones simbólicas (Aróstegui, 1994), y sensuales (Topalli citado en Ray, 2011), así como un carácter ritual, que se manifiesta tanto en la destrucción de límites como en su creación (Bowman citado en Ray, 2011). Incluso más allá de la innovación que puede surgir en el evento, la violencia tiene la capacidad de dar lugar a ajustes, de provocar nuevas prácticas, nuevos sentidos.

Finalmente, la última característica, correspondiente a la acción como centro del fenómeno, es aquí enunciada a partir de la lectura de las propuestas de teóricos como Collins, Joas y Wieviorka, quienes se han dedicado a profundizar en el gran vacío heredado y han defendido que, sólo a través de una teoría sociológica de la acción para la violencia será posible comenzar a entenderla a cabalidad. Sus textos han servido para construir aquí el desarrollo de los rasgos anteriores, por eso puede parecer ahora que es posible extraer de ellos como corolario que la acción es fundamental. Esto, luego de

evidenciar las limitaciones de las miradas que se concentran en las pre-configuraciones recurrentes y en los daños inmediatos o mediatos individuales, y de mostrar, con un acercamiento y un mejor enfoque, que puede reconocerse la violencia como un fenómeno diacrónico, que el acto violento no es una unidad mínima, que ahí tienen lugar procesos, orientados por las lógicas que le son propias y resueltos por la agencia de sujetos.

2.1.3 El giro de la violencia hacia el sentido: propuestas teóricas recientes

Los sociólogos mencionados anteriormente, además de lanzar su invitación a mirar la violencia de una manera distinta, han desarrollado, cada uno por su parte, su propia propuesta de una teoría sociológica de la acción. Cada elaboración presenta distintos acentos que se corresponden con el interés que subyace en el trabajo del autor sobre violencia; en el caso de Collins, el énfasis se encuentra en su carácter ritual, la interacción y los productos de una conexión efectiva durante la misma; en Joas, cuya teoría se inscribe en el interaccionismo simbólico y la micro-sociología, al igual que la anterior, se puede identificar un dejo en la intención, la creatividad y la generación que es posible en la acción; Wieviorka, por otro lado, se concentra en el juego de sentido que en ella ocurre.

Para Collins, existe en todas las manifestaciones de violencia un mecanismo general relativamente sencillo: se entabla un conflicto agonal, éste genera la aparición e incremento de tensión y miedo en los actores, y en la situación se juega, en el campo emocional, una reorganización de sentimientos que terminan por darle una forma concreta a un comportamiento agresivo. Al final, éste, aun cuando particular, podrá clasificarse dentro de uno de los patrones generales de violencia que existen.

A Collins le interesa la pugna en el campo emocional y cómo va resolviéndose en la tensión del conflicto, de modo que su apuesta es por la construcción de una teoría general de la violencia como proceso situacional, desde donde sea posible recuperar los aspectos micro-sociológicos del conflicto. Para esto, Collins inscribe su propuesta en el interaccionismo simbólico.

Los aspectos micro-sociológicos o detalles situacionales a los que se refiere, pueden ser ordenados en tres categorías: postura corporal, expresión facial y secuencias de micro-movimientos. Además de atender los pequeños detalles de la situación de conflicto, el interés de Collins se dirige a los efectos de la violencia, pues el juego que sucede en el campo emocional no se resuelve en la situación para desaparecer en ella, tiene consecuencias en los actores que participan. Cuando en la situación de conflicto, las emociones y los ritmos corporales de unos y otros actores se encuentran y les arrastran, cuando comparten un mismo foco de atención puede darse un incremento exitoso de lo que Collins llama Energía Emocional (EE) y dar lugar, una vez concluido el conflicto, a una sensación de fuerza, confianza y entusiasmo en los individuos y en el colectivo. Por otro lado, si esta conexión no se consigue, la EE disminuirá, resultando en una experiencia negativa, tanto individual como colectiva, de depresión, falta de iniciativa y alienación de los intereses comunes.

Joas también encuentra, en el interaccionismo simbólico, herramientas para un análisis satisfactorio de la violencia, así que inscribe en esta tradición su propuesta para una teoría de la acción que sería un tercer modelo para entender la violencia (que se sumaría al materialista y al culturalista anteriormente mencionados), un modelo creativo que esté basado, precisamente, en la naturaleza creativa de la acción humana, la cual permite, en cada situación concreta, resolver de manera independiente, específica y creativa, cómo aplicar ciertos objetivos y valores internalizados.

En este modelo, el centro se encuentra en el carácter intencional de la acción humana, en su relación con dimensiones corporales específicas y, de manera particular, en la originaria naturaleza social de ésta. Para poder incorporar estos rasgos al análisis de la acción, las dimensiones de interés a observar que propone son: la interacción en la que llega a establecerse un objetivo, la dialéctica entre el control y la liberación corporal y, por último, el deseo de la revitalización de la experiencia de trascendencia, ya sea individual o colectiva.

El teórico muestra una fuerte inclinación hacia otros elementos que se juegan en el transcurso de esta forma particular de acción en su modalidad colectiva, como la forma en que un grupo define con cuál problema se relaciona, a través de cuál conflicto

genera motivos, identidades, da forma a nuevas relaciones sociales y permite la catexis para la producción de nuevos símbolos.

Además de postular que es desde la creatividad que el sujeto termina de definir su acción en la contingencia, Joas propone otro importante rasgo acerca de la acción violenta, su carácter extraordinario. No sólo porque se pone en juego en ella la personalidad entera de quienes participan de esta experiencia y su interpretación, sino porque aparece siempre fuera de los marcos interpretativos de la vida cotidiana.

Por último, Wieviorka en su propuesta intenta desarrollar una conceptualización sociológica de la violencia que centre su atención en el gran hueco que va desde el extremo de la naturalización (la violencia como algo inscrito en la continuidad de la cultura), al de la patologización de este tipo de acción (la violencia como un atributo personal del sujeto). Este vacío corresponde al tratamiento insuficiente, superficial e inadecuado que se ha hecho de ciertos elementos de la violencia que se piensan residuales, marginales, incomprensibles, pero que para el sociólogo francés consisten en la dimensión fundamental de ésta, una misteriosa e intrigante que tiene que ver con la subjetividad de los actores.

Considera la acción violenta como un tipo muy particular de acción, pues ella implica siempre una transgresión; si algo es llamado violencia lo es por el hecho de ser considerado no legítimo por un colectivo, por tanto, no existen para ella límites ni contornos definidos para la forma que esta acción tomará. La apariencia concreta de la acción violenta no se define *ex ante*, no puede ser deducida de condiciones exteriores y anteriores, se resuelve sólo durante la situación específica, a través de un proceso. En ella aparecen ciertas normas y no otras, se eligen finalmente algunos objetivos y se decide cuáles de los medios disponibles irán siendo utilizados; es el sujeto con su capacidad creativa quien consigue interpretar su trayectoria, su experiencia y su situación y hacer uso de ella.

Esta experiencia arranca al sujeto de su existencia cotidiana, posiblemente una alienada, facilitando así una movilización del ser y, con ello, procesos de subjetivación. Si el actor puede llegar a hacer algo distinto o más allá de lo que su cultura, su educación o su personalidad le dictan, es porque algunas acciones, como la violenta, debido a que

carecen de antemano de sentido alguno, le llevan a resolver de manera creativa qué sentido será el que la oriente.

2.2 Un acercamiento a la violencia a través del modelo del trauma cultural

Ahora que la violencia aparece como un fenómeno del que pueden conocerse más que las características de sus manifestaciones y la gravedad del daño ocasionado en cada acto, un fenómeno de complejos procesos internos, no determinado por circunstancias anteriores ni exteriores, y que existe a partir de la acción creativa y contingente de sujetos que la imbuyen de sentido, es posible seguir con la reconstrucción de esta nueva perspectiva, que más que intentar explicarla, la piensa como una variable independiente.

La violencia suele dirigirse a una multiplicidad de campos, por lo que no es de extrañar que resulte asimismo en una amplia y diversa variedad de secuelas (Suárez-Orozco y Robben, 2000). Apunta al cuerpo y a la psique individuales, pero el orden socio-cultural y el simbólico también llegan a ser lastimados (Suárez-Orozco y Robben, 2000). Se comentaba anteriormente que la violencia es un acto de sentido, que es a partir de sus caracteres definitorios que genera una importante actividad en las redes de significados. Mientras las heridas, la muerte y la destrucción corresponden a su materialidad, la acción tiene otras consecuencias, las que resultan de la afección de *dimensiones invisibles*⁵⁸. El efecto sobre éstas no es uno directo, no toca a cada aumento en la tasa de homicidios un incremento proporcional en el porcentaje de la población que declara, en las encuestas de percepción, sentirse insegura. La relación es una mediada por las respuestas individual y colectiva, por el trabajo de sentido que los actores hacen al procesar la experiencia y al enfrentarse a ella. La violencia demanda una reacción de parte de los actores que la viven, y de los que la presencian también, obliga a ser incorporada de alguna manera en la experiencia y a procurar resguardo. Pero, una vez más, este impacto no sólo se da en el nivel individual; en algunas configuraciones, la

⁵⁸ Innerarity, D. (19 de febrero de 2002). La sociedad invisible. *El País*. Recuperado de <http://www.ub.edu/prometheus21/articulos/archivos/Innerarity.PDF>.

violencia consigue tocar grupos, sociedades enteras, provocando en ellos secuelas que son distintas a la agregación de los efectos personales.

En Colombia, Adriana González (2006) postula que a partir de la presencia de grupos paramilitares, el crecimiento del narcotráfico, las guerrillas, y las nuevas dinámicas delincuenciales, se puede encontrar en muchas comunidades, un predominio de la violencia, que ésta aparece como sello de todos los escenarios; ahí donde la acción se prolonga y permanece, dice la socióloga colombiana, es posible hablar de la violencia como contexto. Más que ser el telón de fondo de la vida o el escenario donde se lleva a cabo, se instauro como un eje que atraviesa a una población completamente heterogénea, como una característica constitutiva y configuradora del orden (González, 2006). En estas circunstancias, la violencia juega como inhibidor pero también como detonante de la acción, incide en la configuración territorial y pone en cuestión la soberanía estatal; asimismo se convierte en un importante estructurante social y político, que así como lastima la confianza en las instituciones sociales que sostienen la vida, también puede llegar a incentivar la sociabilidad política y la adhesión comunitaria (González, 2006).

En la continuación de la vida, a partir de la interpretación, las prácticas cotidianas y la comunicación, se movilizan con fuerza los significados y se producen ajustes, cambios, reconfiguraciones, la generación de sentido y la disociación de algunos signos de viejas connotaciones que ya no responden a las necesidades de la nueva situación. Es así que la violencia mueve cosas en el mundo, tiene efectos en la vida social, pero lo hace de una manera peculiar; no responde a la forma típica en la que pensamos la causalidad social, se trata de una causa que no fuerza, sino que da forma.

Una de las formas que a las que puede dar lugar es la del trauma. Este término, que viene del griego y significa herida, refiere, simultáneamente, a tres dimensiones, reuniendo así temporalidades y procesos distintos en un sólo fenómeno: un acontecimiento violento, la herida o el daño sufrido a partir de él y las consecuencias a mediano y largo plazo (Ortega, 2010). En las ciencias sociales se ha utilizado este concepto, cuya noción clásica fue elaborada por Freud desde el psicoanálisis; en ella un trauma refiere a un suceso real y un golpe físico o emocional derivado del primero, que abrumba los sentidos y del cual la mente y el cuerpo deben defenderse (Eyerman, 2012). Pero en las ciencias sociales, en general y, en la sociología, en particular, esta

concepción de trauma psicológico no se adopta tal cual, se traduce al registro de los fenómenos no individuales.

Uno de los trabajos pioneros abocados a la investigación sobre el trauma, fue el del sociólogo estadounidense Kai Erikson, quien en 1976, describió la situación en Buffalo Creek, Virginia, donde una corriente de agua negra, llena de desechos de mina, inundó y arrasó el valle, como un *trauma colectivo*. Erikson, unos años después, define el trauma colectivo como un golpe a los tejidos básicos de la vida social que daña los lazos que mantienen juntas a las personas, y lastima el sentido de comunidad prevaleciente (Erikson, 1994). Su interés reside en el daño que el shock ocasiona en las condiciones reales de la vida en la comunidad y que hacen posible que ésta se reconozca como tal, daño que consigue fracturar la identidad del colectivo, el sentido de un “nosotros” (Erikson, 1994). Por otro lado, de manera muy reciente, Marcelo Suárez-Orozco y Antonius Robben han recuperado el concepto, anteriormente utilizado, de *trauma masivo*, el cual tiene un cariz menos específico, pues denota sencillamente la exposición de una sociedad a circunstancias extremas de trauma que dejan en ella problemas de por vida. El impacto del trauma masivo “rompe lazos sociales, socava la comunalidad, destruye las fuentes de soporte previas y puede incluso traumatizar a aquellos miembros de una comunidad, sociedad o grupo que se encontraban ausentes cuando la catástrofe o persecución tuvo lugar.” (Suárez-Orozco y Robben, 2000, p. 24). Si bien la definición por sí misma no muestra algún acento, los autores se inclinan hacia la dimensión cultural del trauma, es decir, hacia las narrativas y formaciones culturales en que se expresa el dolor y que sirven como vehículos para la sanación.

Ambos constructos, el de *trauma colectivo* y el de *trauma masivo*, proponen los mismos mecanismos de desarrollo del trauma y, en gran medida, sus efectos, así como su carácter compartido y no individual. Los anteriores corresponden, sin embargo, a lo que el sentido común entiende por trauma: un tipo de evento que, en sí mismo, tiene la capacidad de impactar con fuerza, y de manera negativa, el sentido de bienestar de un actor colectivo, que al interactuar con la naturaleza humana y dañar sus necesidades de certidumbre, genera respuestas inmediatas y le traumatiza (Alexander, 2004). Esta forma de pensar el trauma, concibe el fenómeno exclusivamente desde la dimensión del daño, la destrucción y el dolor, y lo hace partiendo del supuesto de que algunos eventos son

traumáticos por sí mismos, y de que se da una especie de continuidad natural, casi automática, entre la llegada de éste y la consecución de una población traumatizada. Desde la escuela estadounidense de sociología cultural liderada por Jeffrey Alexander, estas perspectivas son conocidas como *teoría profana del trauma*, y de ella se dice que la forma en que éste se asume, consiste en una falacia naturalista, pues no cabe en el análisis de los fenómenos sociales el primado de la naturaleza como principio de realidad. De esta crítica parte su propia propuesta, la del *trauma cultural* (Alexander, 2004).

El trauma cultural es un fenómeno que consiste en un proceso intencional, aun cuando no es racional, que tiene lugar en circunstancias que las personas no han creado y que no alcanzan a comprender en su totalidad (Alexander, 2012). Ésta es una de las características fundamentales del concepto que presenta, de manera que lo que distingue al cultural de las otras concepciones de trauma, es que, si bien es necesario algún acontecimiento real, ninguno es traumático en sí y cualquiera podría constituirse como tal. En esta nueva perspectiva del trauma, en la cual, como en la noción rupturista de violencia revisada más arriba, también se reconoce la autonomía relativa de los procesos culturales como causas formadoras, no se dan por sentados los cambios, al contrario, se examina con detenimiento la mediación entre un acontecimiento y sus efectos en el orden social y la acción de los actores.

Explicado por el propio Alexander:

El trauma cultural ocurre cuando los miembros de una colectividad sienten que han sido sometidos a un evento terrible que deja huellas indelebles en su conciencia grupal, marcando sus memorias para siempre y modificando su identidad futura de maneras fundamentales e irrevocables. (Alexander, 2004, p. 6)

Se trata de procesos de construcción de sentido y atribución (Eyerman, 2012), a partir de la ocurrencia de algún evento que se cree invasivo, abrumador y que socava los cimientos de la propia cultura; los actores colectivos “deciden” imaginar y representar el sufrimiento social como una amenaza fundamental al sentido de quiénes son, de dónde vienen y hacia dónde desean dirigirse (Alexander, 2004), dando lugar a un quiebre, a la repentina fragilización de los grandes relatos que hacen posible y le dan sentido al

ordenamiento social (Ortega, 2010). Es así que el concepto de trauma cultural da cuenta de dos caras, una experiencia emocional y una reacción interpretativa, y busca iluminar una forma particular de proceso cultural en el que se canalizan poderosas emociones humanas a través de la mediación de representaciones simbólicas, así como los efectos a los que éste da forma en la vida de la colectividad (Alexander, 2004).

Un trauma consigue emerger a nivel colectivo no necesariamente porque los actores vivan una experiencia dolorosa como grupo, sino porque el acontecimiento impacta el núcleo de lo que la colectividad siente como su identidad propia y porque esto le genera un profundo malestar; la dimensión alcanzada se debe pues a que, al creer que se ha provocado este daño, se da pie a una crisis cultural (Alexander, 2004).

El trauma cultural es, entonces, una forma de crisis; ésta es definida por Ron Eyerman como: “un evento impactante que puede ocasionar una ruptura en las rutinas cotidianas, y exponer, al mismo tiempo, los valores que les guían y que son, en gran medida, dados por sentados.” (Eyerman, 2012). Estos dos mecanismos, uno que desarticula y otro que desvela, cobran vida a partir de la fuerza y el carácter primordial de la crisis cultural que tiene lugar en la construcción del trauma, y es a través de ellos que la demandada reacción interpretativa consigue esos efectos.

La reproducción de comportamientos y marcos cognitivos en las prácticas cotidianas es responsable de proveer la confirmación y seguridad necesarias para mantener las creencias que sostienen las identidades colectivas, ella permite que sean dadas por sentado y, en cierto sentido, olvidadas (Eyerman, 2012). El quiebre en esta continuidad consigue dislocar relaciones interpersonales, instituciones y funciones sociales (Ortega, 2010), así como fracturar los cimientos establecidos de la vida como grupo (Ortega, 2010). Por otro lado, el mecanismo desvelador lleva a la exposición, no sólo de estas creencias que son la base, sino de los valores que orientan al colectivo (Eyerman, 2012); esta visibilización conlleva un potencial reflexivo.

En la construcción del trauma cultural y la ruptura desencadenada, la sociedad no puede continuar la vida de la misma manera; los principios, los marcos y las formas de la experiencia anterior no son suficientes para seguir actuando en las circunstancias actuales, de modo que la colectividad se ve obligada a mirarse a sí misma y a reconocer eso que yace en el núcleo de su ser colectivo y que ahora se encuentra a la vista. Aun

cuando el tiempo en la vida de la comunidad se ha escindido para marcar, de manera permanente, un antes y un después del trauma, y cuando se cree profundamente que “no somos los mismos” (Eyerman, 2012), la brecha requiere ser cerrada y nuevos significados deben ser contruidos para que la vida continúe y vuelva a hacer sentido, para poder volver a olvidar. Es así que, además de representar y construir de manera colectiva la narrativa del trauma, en la que se relata una historia donde hay perpetradores y víctimas, en la que se da cuenta del dolor sufrido y se atribuyen responsabilidades, la colectividad se embarca también en la tarea de hilar una narrativa para el nuevo mundo que habita, pues el que conocía y la vida cotidiana en él han sido arrasados y ya no existen como tales (Ortega, 2010). El trauma cultural es un proceso de construcción simbólica, de enmarcamiento, de creación de historias y personajes para seguir desde ahí (Alexander, 2012); se va edificando un “nosotros” en estas codificaciones y narrativas, y es esta identidad colectiva la que se enfrenta a la amenaza y restablece el orden en la vida (Alexander, 2012).

2.3 El trabajo de sentido para la apropiación de la experiencia de la violencia: una aproximación narrativa y performativa

En este trabajo se explora la creación social de hechos de violencia como hechos culturales, es decir, la construcción de un trauma cultural a partir de que una colectividad define como traumático un acontecimiento de violencia, además de sus efectos en la vida social.

En la propuesta de trauma cultural desarrollada por Jeffrey Alexander, se postula que en este proceso de atribución y generación de sentido es de fundamental importancia la agencia interviniente de creadores culturales y de grupos sociales, y que éste se encuentra mediado por estructuras institucionales y una desigual distribución de recursos críticos como riqueza y poder (Alexander, 2012). La espiral de significación, como el sociólogo estadounidense llama a esta acción que se da en el tiempo, gira de manera importante en torno a los reclamos y reivindicaciones que, sobre los acontecimientos, hacen líderes políticos e intelectuales, las cuales compiten por dotar de contornos a la

forma en que el sufrimiento será imaginado y representado (Alexander, 2012). El trabajo cultural que permite la transformación del sufrimiento individual en un trauma que toque al colectivo en su conjunto, depende de la narración de todo tipo de historias, como discursos, rituales, marchas, reuniones, películas y obras de teatro, de modo que sus componentes puedan irse desarrollando y manifestando como fuertes símbolos⁵⁹. Si bien la construcción del trauma cultural es un proceso colectivo que se lleva a cabo de la manera arriba explicada, aquí se ajustan estas herramientas conceptuales para que permitan observar cómo un grupo de actores participa de esta elaboración. Se asume que en la espiral de significación intervienen otras agencias más allá de las individuales, que los significados propuestos compiten y que el trabajo cultural es amplio y se realiza a través de distintos canales. Sin embargo, para los intereses de esta investigación, la propuesta se adapta para observar la manera en que actores intersecados por un mismo eje, desarrollan y ordenan una narrativa del trauma que, a la vez que es informada por sus propias experiencias concretas y posteriores evaluaciones, no se elabora por completo de manera individual, sino que se desprende del proceso colectivo de construcción de sentido. Son también de interés, para este trabajo, las formas en que los significados traumáticos que sostienen sus narrativas se relacionan con las estrategias de negociación y adaptación en que se embarcan los actores para hacer frente a una realidad desordenada y distinta a partir del trauma, y que les permiten dar continuidad, inteligibilidad y sentido a la vida cotidiana.

Una búsqueda de este tipo podría realizarse en un sinnúmero de lugares, a partir de la selección de algún rasgo común que segmente un grupo en subconjuntos cuyo trabajo interpretativo en la elaboración del trauma cultural sea de particular interés, por ejemplo, la construcción genérica, rangos de edad u etnicidad, o en un espacio cuya adscripción genere importantes relaciones de pertenencia, ya sea un lugar de trabajo, una escuela o un barrio. Cualquier característica que se elija y cruce a un conjunto de actores, habrá marcado de alguna manera las experiencias personales de cada una y cada uno con el evento definido como traumático, así como los referentes y las posibilidades con que

⁵⁹ Alexander propone que la narrativa maestra del trauma cultural se compone de cuatro elementos principales, y que ésta se construye proveyendo para estos, respuestas atractivas y convincentes a través de un exitoso proceso de representación colectiva. Estas categorías son las siguientes: la naturaleza del dolor, la naturaleza de la víctima, la relación entre la víctima del trauma y la audiencia amplia, y la atribución de responsabilidad (Alexander, 2012).

cuentan estos sujetos para participar de la estructuración discursiva de una narrativa que ha sido apropiada a partir de aquella narrativa maestra de cuya construcción social se participa. En este trabajo, el rasgo que se ha seleccionado corresponde a un espacio que es, a la vez, un campo de trabajo: el mercado.

En la teoría sociológica clásica de Max Weber, el mercado es considerado, antes que un lugar o un espacio, un arreglo dinámico que hace posible el encuentro entre dos partes interesadas en la posibilidad del intercambio. Como puede verse, es el hecho del encuentro que busca el intercambio, lo que confiere al mercado el carácter de espacio, y el que permite que un espacio se transforme en mercado. Ellos no requieren de una infraestructura física y no suelen contar con ella, se transforman en lugar tan pronto aparecen en las calles vacías. Según Weber, puede hablarse de mercado desde el momento en que concurre una pluralidad de personas interesadas en el intercambio o en las probabilidades de éste (Weber, 2012 [1922]). Sin embargo, no se realiza de cualquiera manera, el intercambio del mercado es uno particular que opera sobre el principio de la ganancia y poco tiene que ver con formas comunitarias de reparto y cooperación; en ese dar y recibir, cada participante espera conseguir un trato ventajoso.

Es precisamente porque no hay ningún otro supuesto, ni sujeción a otro objetivo en el funcionamiento del mercado, que éste se opone, en principio, a los compromisos íntimos y la confraternización, por lo cual, quienes se reúnen ahí no dan lugar más que a una contingente comunidad de mercado surgida a partir de las relaciones prácticas más impersonales en la que los individuos pueden entrar (Weber, 2012 [1922]).

Este vínculo menor ha permitido que el mercado sea, en diversas épocas y territorios, por la orientación de la máxima del intercambio y lo indeseable de eventos violentos que estorben la negociación, un vínculo entre comunidades distantes y un espacio neutral y de intercambio voluntario entre sociedades amigas y enemigas. Para que ésta pueda realizarse de manera abierta, para que dos partes resuelvan un acuerdo en que ambas se sientan aventajadas, es decir, para un cambio verdaderamente libre, éste debe realizarse fuera de la comunidad de vecinos y de toda asociación de carácter personal. Es así que en el mercado, se encuentran redes de comerciantes provenientes de distintos puntos de la ciudad, y terminan por crear un espacio entre fronteras de lugar, sangre y tribu (Weber, 2012 [1922]).

En el libre intercambio y la búsqueda de la ganancia se encuentra el centro del mercado y el eje en torno al cual gira su actividad, pero éste no existe aislado de otras dinámicas y procesos, no tiene fronteras impermeables. Toda acción económica se encuentra incrustada en la cultura, a la vez que conectada de manera latente a sus códigos medulares a través de una rica red de nexos simbólicos (Tognato, 2012). Existe entre ambas una relación de influencia recíproca y de interpenetración, es decir, el mercado es efecto y causa de ciertas configuraciones culturales (Haskell y Teichgraeber III, 1993). Su existencia es posible por una particular urdimbre de vínculos sociales y culturales que se vuelven efectivos sólo en la realización de ciertas condiciones performativas en cada jornada de intercambio, lo que hace posible a su vez, la reproducción de otras formas y arreglos en la ciudad (Tognato, 2012).

La experiencia de la acción económica toma forma, en gran medida, a partir de normas y valores, así como de códigos culturales, metáforas, rituales e identidades (Tognato, 2012), y aunque ella esté racionalmente orientada, la configuración de significados a la que se encuentra fuertemente vinculada provoca que ésta, en su realización, rebase el intercambio práctico e impersonal. Pueden incluso, los actores que participan de ella, llegar a establecer entre sí una amplia variedad de relaciones y vínculos significativos, es decir, más allá del anteriormente mencionado principio de partida, el del libre cambio y la ganancia, en un mercado no sólo se reúnen vendedoras y compradores, también se encuentran personas.

Este término, mercado, se ha convertido en una metáfora elástica que puede utilizarse para nombrar diversos modos de intercambio, todos ellos entendidos como transacciones de mercado, pero cada uno constituido por distintas construcciones sociales y culturales (Herrmann, 1997). De entre ellos, el conocido como mercado de pulgas o de segunda mano, cuyo rasgo definitorio es la venta de artículos usados a precios bajos con un margen para la negociación, posee características particulares que intensifican las condiciones que favorecen el encuentro. Una infraestructura organizativa mínima, el amplio acceso que su oferta permite a personas con bajos ingresos, una interacción con menor exclusión y desigualdad, una traducción del valor distinta a la comercial y un carácter ambiguo que adquiere al abastecerse de artículos y prácticas de legalidad difusa o abiertamente ilegales, hacen del mercado de segunda un espacio

liminar y de gran interés. Estas y otras cualidades resultan altamente sugerentes para los objetivos de esta investigación, por lo que se han elegido a los mercados de segunda como el foco para la aproximación a la apropiación narrativa y performativa del trauma cultural que aquí se proponen.

Desde las ciencias sociales, los mercados de segunda han sido pensados como espacios de consumo para las clases bajas y las compradoras y compradores de bajo ingreso, debido a que la mercancía se obtiene de la economía clandestina, el comercio de bienes robados y los ciclos paralelos de bienes usados (Belk et al., Sherman et al., Sherry, Yavas y Riecken en Petrescu y Bhatli, 2013). Otra tendencia dentro del limitado número de estudios al respecto, desarrollada a la par de la consolidación de las ventas de *garage* en los Estados Unidos desde la década de los sesenta (Herrman, 1997), ha sido la de destacar el espíritu emprendedor de las vendedoras y los comerciantes, el atractivo que encuentran en el flujo de efectivo y en la no subordinación a una jefa o un supervisor, así como la excitante aventura que representa la búsqueda de objetos interesantes y precios muy bajos en un ambiente agradable. Esta perspectiva de la compra y la venta como una experiencia ha sido utilizada, sobre todo, en estudios de caso de mercados estadounidenses, donde consigue verdaderamente iluminar sus dinámicas y la motivación de los actores; sin embargo, una exploración poco cuidadosa de esta veta en otros contextos, como el mexicano, podría llevar a presentar estos elementos como preponderantes en la vida del mercado de segunda y su función económica como una accesoria. Más que la romántica recreación de antiguas formas de intercambio y más que un medio para conseguir un ingreso extra y adquirir curiosidades, el mercado de segunda es realmente una alternativa a la economía dominante de las tiendas y los supermercados que satisface necesidades específicas de sociedades industriales y postindustriales, que permite obtener lo que la economía convencional capitalista y su producción en masa simplemente no ofrecen a un segmento sustancial de la población (Petrescu y Bhatli, 2013). Ante el peligro de continuar con la simplificación de su función, su sentido y las motivaciones de sus actores, se debe advertir que no se trata exclusivamente de una cuestión de supervivencia, sino de una forma de consumo más compleja, para lo cual debe reconocerse que quienes obtienen bajos ingresos, si bien buscan precios accesibles, los quieren en productos de calidad pues éste sigue siendo el

criterio de lo deseable en sus compras. También es importante incorporar a las nociones del consumo al que sirven los mercados de segunda, el de los bienes de lujo, pues estos no se encuentran fuera de su virtualmente ilimitada oferta (Abrams, 2007); son también apropiados y traducidos de manera particular por los visitantes y las observadoras que los desean y los adquieren.

Los mercados de segunda que pueden hallarse, con rasgos y formas de articulación similares, en cualquiera de las grandes ciudades del mundo, se abastecen en una importante medida a partir de la adquisición de mercancía robada, a veces participando del asalto, de su importación ilegal y la compra de grandes volúmenes de prendas defectuosas o dañadas, así como de artículos que han terminado el ciclo de uso con sus propietarios y de los cuales buscan deshacerse, o que pertenecían a personas que han fallecido. Si bien no todos estos objetos han sido ya utilizados y adquirido el estatus de objetos de segunda mano, sí son, ya sea por su origen o por las condiciones en las que se encuentran, de una calidad inferior a la de los que pueden encontrarse nuevos en tiendas y centros comerciales. En algunos se hacen evidentes las imperfecciones y el deterioro, las marcas del tiempo, del uso que les dio alguien más cuando los poseía. Todos ellos llegan a las mesas, ganchos y aparadores con la carga de una historia turbia.

Sin embargo, estos objetos no son dispuestos para su exposición tal como son adquiridos, no conviene a las probabilidades del intercambio que estos sean mostrados de modo que evidencien el lugar de donde provienen, no pueden los vendedores contar el proceso que les llevó al mercado, al contrario, es necesario obviar su origen. Para conseguir llamar la atención de los compradores, hacerles acercarse y tomar la mercancía, manipular aparatos y juguetes, probar las prendas, es necesario limpiar estos objetos. Esto va más allá de una cuestión literal, del lavado de la ropa y la remoción de manchas y polvo, se trata de despojar los objetos que ahí se ofrecen, simbólicamente, de su carácter impuro y de las connotaciones que acompañan a éste. Por eso en el mercado de segunda, su articulación y las actividades que ahí tienen lugar, participan todas de un proceso de purificación a través del cual se presentan los objetos de modo que aparezcan como no contaminados frente a los ojos de compradoras y visitantes, como artículos de primera conseguidos en un mercado de primera. Esta purificación, no consigue nunca que los actores olviden cuál es su origen, como puede verse en el constante recordatorio

que es el nombre de este tipo de mercados; el proceso se da a través de la representación de estos objetos como deseables, buenos, inocuos.

Es por lo anterior que el mercado de segunda mano puede ser pensado como una gran representación y la venta en ellos como un acto de *performance*, es decir, un proceso en el que un actor, individual o colectivo, presenta para otros el sentido de su situación social, la que consciente o inconscientemente desea que crean (Alexander, 2006)⁶⁰. Las vendedoras y vendedores, junto a otros actores del mercado, despliegan toda una puesta en escena en la que intentan presentar de manera convincente su mercancía como valiosa, de buena calidad, de precio razonable y, sobre todo, de origen puro y libre de polución para poder comenzar su ciclo como por vez primera.

Las dinámicas no mecanizadas del mercado, las significativas relaciones que ahí se forman, el carácter icónico de los objetos que se encuentran, el carácter sui géneris y la diversidad de las fuentes que alimentan su abastecimiento de mercancía, así como el encuentro de comerciantes y compradoras de distintos puntos de la ciudad, hacen de los mercados de segunda lugares privilegiados para la aproximación a los procesos culturales de sus habitantes. Además, en su estrecha relación con lo ilegal, encontramos, de entre la violencia que llega a vivirse en una ciudad, que una parte se vincula directamente con la vida en estos mercados. Es así que resulta interesante la forma en que los hombres y las mujeres dedicadas a la venta en este tipo de mercados, quienes se acercan a la ilegalidad y, en ocasiones, a algunas fuentes de violencia en la adquisición de mercancía, se embarcan en cada jornada en el proceso de purificación de estos objetos contaminados simbólicamente, en lugares por dónde cruza la configuración cultural y simbólica de la ciudad y que, con estos referentes, se apropian de la narrativa maestra del trauma cultural para participar de ella elaborando una versión propia, cuyo sentido aparece también en su *performance*.

⁶⁰ Los elementos de la teoría del *performance* desarrollada por Alexander, son: la puesta en escena, los actores, los patrones de significados compartidos que son los sistemas de representación colectiva como los símbolos de fondo y los guiones de primer plano, los medios de reproducción simbólica que, en este caso, se utilizan como representaciones icónicas, y la audiencia.

2.4 Preguntas y conjeturas

Como aquí se ha expuesto con respecto a la violencia, en la sociología se ha dado un tratamiento marginal, fragmentado y disperso a este objeto que ha sido siempre concebido como un medio completamente subordinado a los fines que lo orientan y, por lo tanto, sin relevancia en sí mismo, o como una variable dependiente, es decir, un fenómeno digno nada más que de ser descrito y explicado.

Ha sido apenas en el último par de décadas que los estudios sobre violencia han dado un giro hacia la subjetividad y el sentido, y en el nuevo rumbo que se ha tomado en este viraje, ella aparece con autonomía relativa y lógicas propias de funcionamiento, como una variable independiente, pues tan importante como entender por qué surge, es conocer su comportamiento y comprender sus efectos.

Luego de haber realizado el recorrido anterior, se puede pensar cabalmente en el rol de la violencia en la vida social y sus implicaciones. Las que importan en este trabajo y hacia las que se dirige, son aquéllas que se desencadenan cuando esta violencia, como aquí se ha definido, es percibida y recibida por una colectividad como un acontecimiento irruptivo que, en la experiencia emocional y la reacción interpretativa, llega a construirse como un sufrimiento colectivo, es decir, como un trauma cultural.

Un sitio idóneo para observar las secuelas de la violencia en la forma en la que se elabora la narrativa del trauma y en la que se resignifica la vida cotidiana luego de esta gran crisis, es Ciudad Juárez, un lugar paradigmático en términos de violencia a nivel nacional e internacional, cuya fama comenzó a finales del siglo XIX, se extendió con los crímenes de las pandillas, el narcotráfico y los feminicidios, y continúa reafirmandose con los recientes nombramientos, por tres años consecutivos, como la urbe más violenta del mundo.

De entre los distintos entornos que pueden encontrarse en la ciudad, resultan especialmente sugerentes para este trabajo, un tipo de espacios que condensan el cruce de personas, objetos, símbolos y dinámicas que llegan desde todos los puntos de la localidad, y donde la ilegalidad no es la excepción, los mercados de segunda mano. Ellos, con sus rasgos, brindan posibilidades para la comprensión de la apropiación narrativa y performativa del trauma: el carácter liminar, la forma en que conviven con la

ilegalidad, en que la purifican simbólicamente a través del performance y la íntima interpenetración entre la acción económica que ahí tiene lugar y la particular configuración cultural de la ciudad, de la que los vendedores participan.

Este trabajo se pregunta entonces, ¿cómo se apropian, los hombres y las mujeres vendedoras en mercados de segunda mano en Ciudad Juárez, de la narrativa maestra del trauma cultural? y, ¿cómo ensayan este nuevo sentido en la acción que realizan en el performance de cada jornada?

Frente a estos interrogantes, se plantean aquí como conjeturas las siguientes: 1) la categoría de la naturaleza del dolor es la que se desarrolla de manera más amplia y precisa que los otros elementos de la narrativa del trauma cultural, 2) la narrativa relatada por los actores no comparte el marco salvífico de la versión oficial de la narrativa maestra y 3) a diferencia de la anterior, la narrativa que se apropia no se encuentra orientada hacia el futuro.

CAPÍTULO 3

EL JUÁREZ HERIDO: LA CONSTRUCCIÓN DE UN TRAUMA CULTURAL Y SU APROPIACIÓN NARRATIVA EN MERCADOS DE SEGUNDA MANO

En el presente capítulo se expone cómo la construcción del trauma cultural no fue inmediata a la constitución de la violencia como acontecimiento irruptivo, con el estado de sitio de la ciudad, y la presentación de un relato oficial de la violencia y cambios radicales en sus condiciones y representaciones, sino que ocurrió casi dos años después, con la masacre de Villas de Salvárcar, la cara más cruda y elocuente de lo que se vivía en la ciudad desde el inicio del operativo, el catalizador que permitió la transformación de un dolor individual en un sufrimiento colectivo.

Se relata aquí cómo la criminalización, por parte del presidente de la república, de los jóvenes asesinados, dio pie a que las familias de estos emitieran reivindicaciones y contestaran directamente al discurso oficial que explicaba sus muertes con un reclamo que definía la situación de una nueva manera, y que no describía solamente el dolor de sus hijos y el propio, sino el sufrimiento de todos los habitantes de la ciudad. Luego, se presenta la forma en que esta incipiente narrativa fue apuntalada por los elementos de sentido que, al respecto, elaboraron distintos actores en la ciudad, algunos individuales pero, sobre todo, grupos de la sociedad civil organizada.

Se tenían entonces dos discursos, que explicaban la situación de violencia de manera tan dispar que se encontraron en una batalla por el sentido, por la definición de lo ocurrido. Durante los días siguientes a la masacre, cada parte fue respondiendo a la otra; la ciudadanía fortaleciendo y homogeneizando una historia que daba cuenta de una herida infligida en la colectividad, que identificaba a las víctimas, permitía a la audiencia la identificación moral con ellas, que señalaba responsables y un curso de acción para impedir la continuación del daño y reparar lo que podía ser reparado, y el gobierno federal ajustando el discurso enarbolado al inicio del operativo y repetido desde entonces, reconociendo el trauma sin romper con la postura anterior, incorporándolo al marco interpretativo que utilizaba, el protector, es decir, matizando éste con un tono trágico.

El desarrollo de estos relatos en disputa, cada uno con distintos objetivos y un acceso claramente diferenciado a los medios de producción simbólica, continuó hasta que, frente a la insistente y cada vez más homogénea representación de los hechos que hacía la ciudadanía, el gobierno federal, montado cuidadosamente, como estaba, sobre las categorías de la narrativa del trauma construida por familias de víctimas y grupos de

la sociedad civil, terminó por apropiarse de ella, sin el reconocimiento de la propia responsabilidad, así como por instituir su versión como la narrativa maestra del trauma, con el lanzamiento en la ciudad de la gran apuesta de política pública integral llamada “Todos Somos Juárez”.

Luego de reconstruir el desarrollo de esta historia que se impuso como la definición de un doloroso hecho cultural en la ciudad, se presentan también, estructuras diacrónicas de significado mínimas, en ámbitos pertinentes al hilo conductor de esta investigación, que es la relación entre el sentido en las experiencias de la violencia, de la vida en la ciudad y del trabajo en una rica configuración cultural. Estas estructuras de nociones pre-existentes sirvieron como materia prima para ser transformadas en la inevitable apropiación, desde vidas situadas y concretas, de los elementos, relaciones y matices propuestos por la narrativa maestra del trauma y la contra-narrativa en la que terminó convirtiéndose el relato ciudadano.

Después del recorrido por las formas que ha tenido la experiencia de estos actores con la violencia, con la ciudad y su empleo, con vistas a la comprensión de la particular apropiación de la narrativa del trauma, se exploran las respuestas que consiguen definir para las interrogantes acerca de lo que ha sucedido, de quiénes han sido las víctimas, quiénes los responsables y qué futuro se anticipa a la situación, esto es, el contenido de que se dota a cada uno de estos elementos luego del trabajo de sentido en que estos se han embarcado.

3.1 Definir en un acontecimiento una herida, unos responsables, unas víctimas e identificarse con ellas: la construcción del trauma cultural y su narrativa maestra

En los últimos meses del año 2007 y durante los primeros días del 2008, cuando comenzó a llamar la atención la tendencia creciente en la cifra de homicidios cometidos en Ciudad Juárez, la ciudadanía, los medios de comunicación, la diócesis de la localidad,

entre otros actores, se preguntaban qué sucedía, qué había detrás del incremento. Las respuestas obtenidas de las autoridades parecían versiones distintas de una historia muy parecida:

Pensamos que -los homicidios y atentados en Juárez- son producto del contexto nacional de violencia que vive el país. No es contra el estado de Chihuahua, son los efectos de la estrategia nacional del presidente Felipe Calderón, que nosotros vamos a apoyar⁶¹. (Procuradora General de Justicia del estado de Chihuahua, Patricia González)

Los atentados y homicidios contra policías en Ciudad Juárez y en otras comunidades mexicanas son una respuesta directa del crimen organizado por el combate frontal contra el narcotráfico en México [...] Y mientras tengamos más éxito -en la lucha contra el narcotráfico-, veremos aumentar el nivel de violencia. Los miembros de las redes del crimen organizado no se darán por vencidos sin pelear⁶². (Secretario Adjunto de Asuntos Internacionales de Narcóticos, David Johnson)

Los hechos de violencia y ejecuciones obedecen a la lucha interna entre organizaciones criminales así copio [*sic*] a represalias en contra de los cuerpos de seguridad del estado y municipios que han tomado parte frontal en la lucha contra estas organizaciones. El presidente Felipe Calderón ha reconocido que esta lucha habrá de costar muchas vidas. El gobierno del estado de Chihuahua y sus cuerpos de seguridad reafirman su compromiso institucional con el jefe del Ejecutivo Federal en esta tarea⁶³. (Fragmento de comunicado de prensa del gobierno del estado)

La violencia que genera la delincuencia organizada, particularmente la del narcotráfico, no es un signo de fortaleza, sino de debilidad, descomposición y deterioro de estas células del crimen, tomará tiempo erradicarla pero la disminución de la violencia será el

⁶¹ Salmón, A. (25 de enero de 2008). Crea el Estado plan para proteger a jefes policiacos. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁶² Figueroa, L. (26 de enero de 2008). Es narco más grande que Estados Unidos y México. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁶³ Zubía, Á. (28 de enero de 2008). Protege el Estado a agentes amenazados. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

resultado de la desintegración de la delincuencia organizada⁶⁴. (Coordinador de Inteligencia de la Secretaría de Seguridad Pública Federal, Ramón Pequeño)

En estos momentos, el incremento en los homicidios en la ciudad, si bien llegaba a ser referido como *ola de violencia*, no era reconocido por las autoridades como una situación que requiriera de atención especial. Frente a las interrogantes, la cuestión era tratada como un epifenómeno que acompañaba a la batalla en contra del narcotráfico emprendida por el gobierno federal. Como recordaba el gobernador del estado de Chihuahua, el presidente de la república había dicho que muchas personas morirían en el camino, y eso era lo que ocurría⁶⁵.

En estas respuestas se aprecia cómo el discurso oficial daba cuenta de lo que sucedía en una exposición cuyos elementos, la definición de la situación, los protagonistas y su motivación, podían identificarse con claridad: dos bandas rivales de narcotraficantes se encontraban disputándose el control sobre la ciudad, lo que resultaba en muchas muertes y esto, aunado a su reacción frente a la ofensiva del gobierno federal, provocaba otras tantas. Esta narrativa presentaba una explicación completa donde se hacían evidentes las causas, los efectos y los mecanismos que mediaban entre unas y otros, así como el papel y la caracterización de cada actor: los narcotraficantes son un otro malvado que mata y puede ser muerto y el gobierno es el fuerte protector de la sociedad. En la historia no se aprecia, sin embargo, una víctima, figura cuya presencia implicaría que alguien resiente la estrategia, que alguien –que no debiera serlo- resulta lastimado. Los contornos de la forma que se busca representar son precisos, y su atractivo y su capacidad para interpelar a la ciudadanía se fortalecen con una justificación de la ofensiva que va más allá de la directa eliminación del “cáncer social” que es el narcotráfico, y el crimen organizado en general, cuando se dice que el sentido reside en garantizar el futuro de nuestros hijos y se hace un llamado a apoyar al gobierno federal y sumarse, puesto que la lucha requiere de la unidad nacional.

Al tiempo que esta narrativa iba repitiéndose para explicar a la población por qué ocurrían más homicidios, algunos actores la cuestionaban, advertían que la ofensiva

⁶⁴ Armendáriz, J. (28 de marzo de 2008). Violencia, el resultado de desintegración de cárteles. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁶⁵ Rosales, C. (27 de enero de 2008). Realizarán operativo para proteger a policías amenazados. *Omnia*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

estatal era una guerra perdida y que en las ciudades empezaban ya a anticiparse sus efectos adversos⁶⁶, o que era, cuando menos, una guerra inútil, insuficiente, pues no se reconocía oficialmente el aumento que la ciudadanía sí percibía en otras manifestaciones de violencia de entre la llamada *común*, que no correspondían directamente al narcotráfico⁶⁷.

Ante la creciente preocupación de los habitantes, algunos sectores comenzaron a hacer llamados para la entrada del Ejército. Se hablaba de una *escalada de violencia*, de una *violencia atípica*, de una *crisis de inseguridad*, de modo que el problema se limitaba a esto, una cuestión de seguridad, una contenida y fácilmente representable si se atendía la narrativa oficial. En marzo del mismo año, el gobierno del estado de Chihuahua decidió solicitar la intervención del gobierno federal, la cual llegó de inmediato en la forma del Operativo Conjunto Chihuahua, un despliegue permanente y agresivo de efectivos del Ejército, como parte de la lucha contra el crimen organizado, con el objetivo de fracturar a las células criminales y dismantelar su acción en la frontera norte del país (declaraciones del secretario de la Defensa Nacional, Guillermo Galván Galván)⁶⁸. El comienzo de este operativo, el día 27 de marzo del 2008, aquí se propone, constituye la configuración de una especie de estado de sitio en la ciudad y de una violencia distinta en ella, el principio de su impacto como acontecimiento irruptivo.

Durante los primeros meses del operativo, en el discurso oficial, el gobierno federal seguía representándose como fuerte y protector; se hacían declaraciones del tipo, “no negociaremos con criminales”, “Chihuahua no está solo en esta lucha” y “venimos a apoyarles”. En ese tiempo la tendencia de homicidios en la ciudad continuó con un drástico incremento, consiguiendo batir los registros anteriores y que Juárez fuera nombrada, por vez primera, la urbe más violenta del mundo por estas tasas. Este importante aumento en la violencia observado principalmente en los indicadores de homicidios y la espectacularidad de las ejecuciones en la vía pública, seguía siendo

⁶⁶ Alvarado, I. (15 de febrero de 2008). Paquistán y México: paralelismos de una guerra perdida. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁶⁷ Urquiza, C. (31 de marzo de 2008). La guerra inútil. *Omnia Semanal*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁶⁸ Declaraciones del Secretario de la Defensa Nacional, Guillermo Galván Ochoa, en Armendáriz, J. (28 de marzo de 2008). Dos mil soldados contra los narcos. *El Herald de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

tematizado como un incremento o una agudización, como una amplia suma de crímenes y delitos, no como un fenómeno de distinta naturaleza o de críticos efectos.

Desde entonces, además de la cantidad de los crímenes cometidos, también los rasgos de eventos particulares llamaron la atención de la población, como cuando cuerpos sin vida eran colgados de puentes en grandes avenidas o enrejados de viviendas, con máscaras, con mensajes para supuestos grupos rivales, cuando se encontraban sus miembros cercenados cuidadosamente dispuestos en la vía pública, cuando se asesinaba a más de una decena de hombres jóvenes en centros de rehabilitación. Sin embargo, entre todos ellos, hubo un hecho que desencadenó la crisis y dio inicio a la construcción del trauma cultural, la masacre de Villas de Salvárcar, ocurrida la noche del 30 de enero del 2010 en una colonia popular del mismo nombre en el suroriente de la ciudad, donde un comando armado asesinó a 15 personas, la mayoría de ellas jóvenes que se divertían en una fiesta. El conocimiento de los hechos generó, entre las familias y amistades de las víctimas pero, también entre amplios sectores de la población, emociones e interpretaciones que permitieron que este evento se constituyera como la cara más cruda y más elocuente de la situación que se vivía en la ciudad desde hacía ya casi dos años, como el catalizador que estimuló la transformación del dolor personal de miles de individuos en un sufrimiento colectivo.

La primera reacción del gobierno federal ocurrió tres días después, cuando, desde Tokio, el presidente Felipe Calderón declaraba que los jóvenes asesinados eran pandilleros y que su muerte se debía a un pleito entre este tipo de grupos. Su lectura del evento correspondía a la definición de la situación que había sostenido desde el principio, éste era uno de tantos otros hechos de violencia, producto del enfrentamiento entre organizaciones rivales, donde todos los participantes eran responsables y no había víctimas ni motivos para que la sociedad se identificara o relacionara con quienes habían resultado muertos o heridos.

Fueron las madres, los padres y hermanos de estos jóvenes asesinados quienes, apenas unas horas después del incidente, comenzaron a desarrollar fragmentos de una narrativa con una exposición distinta a la narrativa oficial que explicaba la violencia. En sus declaraciones a los medios presentaban, ante la ciudad y sus autoridades, una

reacción interpretativa que, si bien no era nueva, sí aparecía con una fuerza no vista anteriormente.

En su relato, el enfrentamiento entre cárteles rivales y su respuesta a la ofensiva del gobierno federal no explicaba los hechos; sus hijos no tenían ninguna relación con el crimen organizado y no eran partícipes en una guerra, eran personas inocentes, jóvenes, estudiantes y deportistas, algunos de sobresaliente desempeño. La insistencia en su reivindicación, en especial luego de las declaraciones criminalizantes del presidente Felipe Calderón, consiguió que se reconociera con claridad que, en medio de la violencia enmarcada por el Operativo Conjunto Chihuahua y la estrategia nacional de seguridad, no sólo resultaban dañados y muertos criminales, sino personas inocentes, es decir, que había víctimas.

Si bien los deudos no eran profesionales de la estructuración discursiva y no elaboraron con detenimiento una historia consistente y persuasiva para dar cuenta de lo sucedido, es posible encontrar en sus manifestaciones públicas, aun cuando de manera dispersa y desordenada en ocasiones, elementos interpretativos que fueron apuntalando, y que otros actores continuaron desarrollando, hasta conformar la narrativa que construyó un trauma cultural. Las familias relataron el daño infligido en sus hijos, esposos y padres, así como el propio dolor, uno que, fueron entendiendo, era compartido y trascendía ése y otros hechos de violencia concretos, que les amenazaba a todos y, afirmaban, era una herida en la ciudad y sus habitantes. En su trabajo de sentido también proponían una relación entre ellas, víctimas también, y la audiencia, pues les llamaban a acompañarles, a no dejarles solas y reconocer una causa que les era propia. Señalaban además a quienes veían como responsables, los despiadados asesinos que no escucharon súplicas, las autoridades que no garantizaban la vida y los cuerpos de seguridad que no perseguían a los asesinos y obstaculizaban la atención médica para los heridos.

De entre estas familias, una madre se convirtió, probablemente sin proponérselo, en la voz de la tragedia por sus contundentes declaraciones; Luz María Dávila, quien perdió a sus dos únicos hijos en esa fiesta, rompió el protocolo en la reunión organizada en la ciudad por el gobierno federal, unos días después del asesinato múltiple, para el diálogo con importantes grupos de la academia, la sociedad civil organizada y el sector empresarial, con vistas a la elaboración de una estrategia conjunta para la atención de la

problemática local. Frente a la mesa donde se encontraba sentado Felipe Calderón, Luz María le dijo a éste que no era bienvenido en la ciudad, y en lo que espetó, aparecieron estas nociones incipientes acerca de la naturaleza del dolor, de su carácter colectivo, de las víctimas y de la responsabilidad:

aquí son más de dos años que se están cometiendo asesinatos, se están cometiendo muchas cosas y nadie hace nada, y yo quiero que se haga justicia, no nomás para mis dos niños, sino para todos los demás niños... Yo quiero que esto se haga bien, que Juárez sea el Juárez de antes. Aquí Juárez está en luto... No, no, siempre dice lo mismo, señor Presidente, el Ferriz, Baeza, todos dicen lo mismo, y aquí no se arregla nada, todo sigue peor... No diga "por supuesto", presidente, haga algo por Juárez, que Juárez se vea como antes era Juárez, no como el sangriento que está ahorita⁶⁹.

Más allá de las familias, otros sectores de la ciudadanía se fueron pronunciando al respecto, todos en una línea cercana a ellas, contribuyendo, con sus interpretaciones en forma de explicaciones, reclamos y manifestaciones de solidaridad, a seguir desarrollando cada categoría del trauma. Primero fueron las instituciones escolares a las que pertenecían los jóvenes asesinados, como el Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios No. 128, luego fueron apareciendo en la prensa declaraciones e incluso desplegados de varias agrupaciones ciudadanas.

La diócesis juarense habló acerca de la pérdida del gran valor de la vida en la ciudad y de la degradación de la sociedad. Las pastorales obrera y social se pronunciaron enmarcando el dolor por la violencia y la muerte en una crisis más amplia que atravesaba la ciudad y recuperaron como víctimas no sólo a quienes fueron asesinados en Villas de Salvárcar, sino a los alrededor de 5 mil muertos de los últimos dos años, con las siguientes palabras: “El asesinato, la vida arrebatada no tiene justificación ni en el caso de los delincuentes”; el carácter colectivo del sufrimiento también apareció en líneas como las siguientes: “Haciendo nuestro el dolor de las familias de Salvárcar, de las miles de que han perdido a sus hijos, padres y familiares, de los que han sido

⁶⁹ WAV Lossless (2011). *Felipe Calderón es encarado por Luz María Dávila por el asesinato de sus hijos*. [Video] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=O1Yi1m0UxN8>.

secuestrados y extorsionados, de los desempleados y de una ciudad a la que le han secuestrado la vida”; la atribución de responsabilidad se hizo con el repudio a la insensibilidad gubernamental al relacionar la masacre con un pleito entre pandillas, con el rechazo a la guerra y la exigencia del esclarecimiento del crimen, de disculpas públicas por parte de las autoridades y de la desmilitarización de la ciudad, entre otras.

La academia, el sector empresarial, la clase política y las autoridades municipales también emitieron sus posicionamientos al respecto, como el catedrático de las universidades de Ciudad Juárez y El Paso, Tony Payan, quien expresó: “Hay pesar en nuestros corazones. La ciudad está abatida. [...] Esto ha golpeado aun a una ciudad que se ha acostumbrado a muy altos niveles de violencia.”⁷⁰; como el precandidato del PAN al gobierno del estado, Carlos Borruel, quien dijo que, en medio de la campaña, optaba por hacer “un silencio bien solidario con esta tragedia que ofende y lastima no solamente a las familias, sino que ofende y lastima a toda la sociedad chihuahuense”, o el mismo presidente municipal, quien se refirió a la masacre de la siguiente manera: “es la gran preocupación que tenemos, además del dolor y enojo.

La sociedad civil organizada se manifestó a través de desplegados que fueron publicados en los principales diarios durante los primeros días de febrero⁷¹. En ellos, era evidente el interés en dignificar a las víctimas de la masacre -jóvenes asesinados y sus familias-, por representar el dolor y el agravio como uno colectivo, cuyo principio se remonta a principios del año 2008 y por incorporar a la audiencia como víctima de la situación de la ciudad e importante actor de cambio: “los diversos hechos de este fin de semana, [...] que deja(n) a esta ciudad una deuda de 4456 vidas de hombres y mujeres, y miles de hechos delictivos y de violaciones a los derechos humanos en estos 3 últimos años”; “Exigimos el cese de esta guerra contra la sociedad juareense”; “Exigimos

⁷⁰ Cita original en Inglés: “*Our hearts are heavy. The city is beat up. [...] This has shocked even a city that has become accustomed to very high levels of violence.*”. Gómez, A. (2 de febrero de 2010). Football players, honor students among 16 victims. *El Paso Times*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁷¹ Algunas de las organizaciones firmantes fueron: Asociación de Padres en Lucha por la Calidad de Vida, Casa Amiga Centro de Crisis, Centro de Atención a la Mujer Trabajadora de Chihuahua, Centro de Derechos Humanos del Migrante, Centro de Mujeres Tonatzin, Club de la Tercera Edad Época de Oro, Comité Médico Ciudadano, Educación en Valores, Fundación Juárez Integra, Incide Social, Juarenses por la Paz, Kolectiva Fronteriza, Las Hormigas Comunidad en Desarrollo, Movimiento Pacto por la Cultura, Nuestras Hijas de Regreso a Casa, Organización Popular Independiente, Pastoral Obrera de la Diócesis de Ciudad Juárez, Red de Defensores y Defensoras de Derechos Humanos Cultura Joven, Red Mesa de Mujeres de Ciudad Juárez, Ririki Intervención Social, Techo Comunitario, entre otras.

seguridad en la cotidianidad de cada punto de esta ciudad, ante este escenario de intimidación, arbitrariedad, impunidad, persecución, tortura e ilegalidad que ha agregado a nuestras vidas miedo y temor.”; y “Ciudad Juárez es una catástrofe humana que demanda de urgentes acciones coordinadas de los tres órdenes de gobierno, con la participación de la sociedad civil juarensis y el acompañamiento y solidaridad de toda la sociedad mexicana... Todos y todas, somos Ciudad Juárez.⁷²”

En la prensa escrita, aparecieron múltiples columnas de opinión comentando el suceso y su relación con la situación de violencia en la ciudad. Periodistas, defensores de los derechos humanos, personajes de la vida política y cultural, entre otros, se expresaron con muchos significados compartidos: “Esa impotencia, rabia, frustración y dolor por la que están pasando (*sic*) los sobrevivientes y los familiares de los asesinados debe ser compartida (*sic*) por los habitantes de la frontera, el país entero y los mexicanos que habitan alrededor del mundo.”; “Esta ciudad no volverá a ser la misma después de todo lo que nos ha ocurrido desde febrero del 2008.”; “Mujeres, niños, estudiantes, decenas de personas inocentes –o aun maleantes cuya vida también tiene valor por supuesto- han caído abatidos por las balas de quién sabe qué grupos criminales”; “La indignación hoy es general”; “Le han pegado en un punto por demás sensible a la sociedad, a la comunidad, como es su propio futuro, la propia continuación de la especie.”; “El golpe no únicamente es físico, es moral en grado superlativo”; “Esgrimiendo la calumnia y la difamación contra los jóvenes muertos, aumentan los agravios en la gente.”; “este hecho, fue la gota que derramó el vaso.”

Muchos de estos actores, tanto individuales como colectivos, organizaron un encuentro donde pudieran acompañar a las familias de las víctimas y expresar con más fuerza estas interpretaciones y demandas comunes y otras cercanas, aun cuando no dejaban de existir diferencias e importantes matices. Se coordinó una convocatoria conjunta a una manifestación, no la primera pero sí la más amplia de esos días, llamada “Marcha de coraje, dolor y desagravio”, en la que el recién conformado Frente Plural

⁷² Pronunciamento en torno a los acontecimientos sucedidos en Ciudad Juárez Chihuahua la madrugada del domingo 31 de enero del 2010, firmado por ciudadanas, ciudadanos y diversas organizaciones de la sociedad civil. “Porque México es Juárez: Pedimos alto a la impunidad”. (5 de febrero de 2010). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Ciudadano se refería a la masacre como “el episodio sangriento que a muchos nos hizo decir ¡YA BASTA!”, y se posicionaba de la siguiente manera:

Las y los ciudadanos de Ciudad Juárez vivimos el dolor cotidiano de lidiar con la incertidumbre de la vida, esperando una posible muerte violenta. Sentimos el coraje de saber que la impunidad se enseñorea de nuestra ciudad arrojándonos a la inseguridad permanente. Y soportamos el agravio que lanzan repetidamente las autoridades criminalizando a todas las víctimas de la violencia.

La marcha, a la que asistió al menos un millar de personas, según las estimaciones más conservadoras, se realizó el 13 de febrero y fue encabezada por Luz María Dávila, además de la madre de uno de los presuntos autores de la masacre, Israel Arzate, que se creía era un chivo expiatorio, y las madres de algunas de las jóvenes asesinadas y desaparecidas en la ciudad. En el evento, con la confluencia de estos actores y una significativa representación de la ciudadanía y de su trabajo de sentido, se consiguió concluir la forja de las bases de la narrativa del trauma y el amplio reconocimiento de su impacto.

En respuesta, el gobierno federal reconoció, no con poca presión ante la resonancia de esta última, el trauma en la ciudad, es decir, que se había infligido una herida profunda en la colectividad, que había víctimas y responsables. Sin embargo, no lo hizo sumándose a la narrativa desarrollada por familiares, no adoptó cabalmente el contenido que los habitantes dieron a estas categorías sino que, montándose sobre éste, elaboró y propuso un relato propio. El discurso oficial, que parecía buscar mimetizarse con el otro para absorberlo, cristalizó esta empresa al recuperar la frase “Todos Somos Juárez”, propuesta por la ciudadanía, para llamar así, “Todos Somos Juárez. Reconstruyamos la ciudad”, a la gran apuesta de innovación en política pública para la atención, a través de una estrategia integral, de la problemática local, la cual fue presentada en la reunión del mismo nombre, a la que asistieron Felipe Calderón y varios secretarios de Estado, el día 16 de marzo.

En el mismo apelativo se hacía el reconocimiento de que la ciudad había atravesado por un momento crítico, que había sufrido un daño de la misma magnitud y que requería de ser reconstruida, así como de que el sufrimiento era uno generalizado; es

decir, se connotaba en él la naturaleza de un dolor colectivo y la existencia de unas víctimas, categorías esenciales del trauma. Su relato, lo hacía el presidente con las siguientes palabras:

primero fue, la muerte, el asesinato absurdo, totalmente irracional de los muchachos en Salvárcar, la muerte de esta mamá en un campo de juego, recientemente, incluso el asesinato de tres personas vinculadas al consulado americano... todos esos hechos, evidentemente generan una preocupación, porque independientemente de lo que digan las cifras, y lo comparto, en el caso, por ejemplo, de víctimas fatales, estamos presenciando la muerte, el fallecimiento, el asesinato, de personas civiles ajenas, o probablemente ajenas a cualquier circunstancia delictiva, es decir, están, hay un daño que se está haciendo a la sociedad, y que no responde al patrón que se había seguido y observado de que, fundamentalmente muchos de los casos y de los homicidios asociados, ocurridos en Juárez, en ejecuciones, estaban asociados, de alguna u otra manera, al crimen organizado, por eso comparto la idea de la gravedad de los hechos y entiendo perfectamente la preocupación, la suspicacia, la desconfianza, que algunos de ustedes manifiestan. Sin embargo yo creo que algo que debemos de hacer es, entre todos, precisamente tratar de reconstruir confianza para poder avanzar y tener éxito, y confianza no a base de nada más buena voluntad o de buenos deseos, sino confianza a partir del análisis objetivo que todos hagamos de la verdad, del análisis objetivo que todos tengamos de lo que ocurre⁷³.

Calderón se acerca a las primeras reacciones de las familias de los jóvenes asesinados uniéndose parcialmente a la caracterización del crimen como uno absurdo, sin sentido, y reconoce a estos como víctimas, como ajenos a actividades delictivas que les hicieran proclives a la muerte y, en cierta medida, responsables de la misma. Sin embargo su dignificación es más discreta que la que hacen los sectores juarenses que se pronunciaron al respecto. Además, también en contraposición a estos, no se refiere a la

⁷³ Declaraciones de Felipe Calderón en la reunión realizada en Ciudad Juárez del programa “Todos Somos Juárez. Reconstruyamos la ciudad”, el día 16 de marzo de 2010. Gobierno de la República (2010). *El Presidente Calderón en "Todos Somos Juárez, Reconstruyamos la Ciudad"*. [Video] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=6QKaC6oiKWY>.

masacre como un evento de muchos similares que venían ocurriendo desde el 2008 y que consiguió sacudir a la población y a las autoridades, no lo inscribe en un tiempo y un contexto marcado ya por la violencia y la muerte injustificada, como hicieron amplios sectores en la ciudad, sino la define como un momento de inflexión en el que los homicidios, que anteriormente se relacionaban con el crimen organizado, comienzan a sucederse entre población civil ajena a éste, como se refleja nuevamente en la siguiente afirmación: "el crimen organizado... se empezó a meter con la vida de los ciudadanos, por un proceso del cambio en el modus operandi de la criminalidad". Otra gran diferencia se observa en la parte de la narrativa que corresponde a la atribución de responsabilidad, que en principio diluye entre el acelerado crecimiento demográfico de la ciudad, el aumento del mercado de consumo de drogas en la misma, lo codiciado de su control para el trasiego de drogas, así como el consumo y la actividad criminal del otro lado de la frontera. Sin embargo, en último término, la responsabilidad, para el gobierno federal, sigue siendo una cuestión de amigos y enemigos, y este papel corresponde a los delincuentes: "tenemos que atacar y enfrentar los problemas, las amenazas y los enemigos que están comprometiendo la paz y la seguridad, y son los delincuentes, son los delincuentes los que comprometen la libertad, son los delincuentes lo que comprometen la paz, son los delincuentes los que comprometen la vida ordenada de todos." Es así que en la narrativa del trauma que desarrolla el gobierno federal, se profundiza poco en la naturaleza del dolor y de las víctimas, se asume poca o nula responsabilidad, pues se sostiene la justificación de su combate frontal al crimen organizado, y se sigue hablando de una unión entre sociedad y gobierno para así promoverla; se representa la relación entre ambos actores como una cercana y solidaria, de respaldo, de actuación conjunta, para contestar así, proponiendo significados distintos, matizados, a la narrativa ciudadana.

Ambos actores, el gobierno federal y la reunión de las familias de las víctimas e importantes sectores de la sociedad civil organizada, hicieron sus reclamos acerca de los hechos, presentando una historia que les daba forma y sentido, y que defendían no como interpretación sino como definición de lo ocurrido. El primero de estos actores, a través de su acceso privilegiado a los medios de producción simbólica, promovió, un conjunto de respuestas, similares a las propuestas por los otros actores y que parecían coincidir

con ellas en el fundamental reconocimiento del dolor y las víctimas, hiladas en la forma de un relato significativo para ser no sólo aceptado sino creído como verdadero, con el que consiguió, con relativo éxito, el dominio en el campo de batalla discursivo con su instauración como narrativa maestra. Esta victoria le permitió convocar, en sus términos, a la sociedad civil organizada y llevarla a su dinámica performativa en ceremonias y eventos, sumarla a su producción discursiva y a su sistema de gestión de la violencia, institucionalizando la narrativa ciudadana y el sufrimiento colectivo, secuestrando la experiencia.

Sin embargo, este secuestro, en el que las instituciones toman fragmentos de la experiencia de la vida social para significarla y representarla desde ellas y que aparezcan, en adelante, de esta manera frente a la sociedad y sean incorporadas así, abre siempre la posibilidad para una reapropiación por parte de las ciudadanas y los ciudadanos.

Luego de la disputa por la definición de la situación y de que se fijara como maestra la narrativa que el gobierno federal montara sobre la que familiares de las víctimas y sociedad civil comenzaron a desarrollar con anterioridad, secuestrando la recién creada experiencia del trauma, el trabajo de sentido que ha venido realizando cada habitante de la ciudad ha girado en torno al relato en su forma institucionalizada y el recuerdo ya desvanecido de los matices en el contenido de la otra historia. Sin embargo, aun cuando en la narrativa maestra se proporcionan todos los elementos para una explicación del trauma completa y consistente con respecto a sí misma, los actores no la retoman tal cual, se apropian de sus elementos para configurar una versión propia, más o menos cercana a la primera pero marcada por la impronta de la propia experiencia, reformulada desde ahí.

Si bien la narrativa maestra puede recuperarse desde declaraciones públicas, la manera en que los hombres y las mujeres que no han participado directamente en su desarrollo, para quienes ha sido elaborado el relato, responden a ella y se apropian, en distinta medida, de sus componentes, sólo puede conocerse a partir del acercamiento a la vida de actores de la ciudad y a formas de su experiencia que proveen importantes referentes para su propia elaboración. Para recuperar estas, se considera pertinente un acercamiento a los registros de la experiencia con la violencia, con la vida cotidiana y

con el trabajo, de los actores aquí observados, mujeres y hombres comerciantes en los mercados de segunda mano en Ciudad Juárez.

3.2 La experiencia de la violencia

La relación entre la ciudad y la violencia, como se mostró en el capítulo anterior, es una antigua y de apariencia enrevesada. Múltiples historias han sido contadas para intentar explicar distintas caras de ella, tanto por gobiernos anteriores y familiares de las víctimas, como por investigadoras y artistas, y es en medio de esos relatos, más o menos viejos y difundidos y no en el vacío, que se construye la narrativa maestra del trauma desencadenado por la violencia reciente.

Sin embargo, este último gran marco de interpretación propuesto sólo consigue desarrollarse discursivamente y así consolidarse como experiencia al cruzar por estructuras de sentido elaboradas previamente por los actores a partir de experiencias anteriores. La forma específica en que un actor se relaciona con el mundo, en este caso con la violencia y la ciudad, y desde la particular condición de ser vendedora o vendedor en los mercados de segunda, es materia prima para el trabajo de sentido que realiza cada habitante luego de la crisis de significación. La narrativa maestra, después de todo, no es un relato compuesto por elementos radicalmente nuevos en la ciudad, al contrario, cuenta una historia en la que participan personajes ya conocidos, en el más familiar de los escenarios; es por eso que, el sentido que ésta presenta no puede ser aceptado tal cual, sino que se apropia a partir de trabajar estos insumos fundamentales, confrontándolos, reafirmandolos, adaptándolos, etc.

Sólo a partir de lo que cada una o cada uno ha vivido o conocido y significado –puesto que lo que sucede no se incorpora a la memoria ni a la persona en estado puro, sino ordenado y dotado de sentido- es posible negociar con las explicaciones presentadas acerca de qué ha sucedido, quiénes son los responsables, quiénes las víctimas y cuál la conexión de la audiencia con ellas, además de otros elementos de sentido implicados en estas respuestas.

Las que se han decantado como experiencias previas y las vivencias más frescas, se confrontan a las categorías predeterminadas que han sido propuestas para su

procesamiento, y son reafirmadas, rebatidas o modificadas en una construcción viva de sentido. Ésta se desarrolla en una discursividad distinta a la empleada por grupos de carrera y actores con poder, por lo que consigue escapar a la demanda de consistencia y persuasividad y no aparece sino encarnada en la concreción de las biografías individuales. No obstante éste carácter único, las historias no dejan de parecerse, de compartir procesos, configuraciones y partes.

Estos cruces y similitudes, así como algunas características singulares, pueden observarse en las estructuraciones discursivas expresadas, aun cuando de manera fragmentaria, en entrevistas y en anécdotas compartidas durante las jornadas de trabajo por tres mujeres y dos hombres, entre otros personajes, dedicados a la venta en mercados de segunda mano: todos por encima de los cuarenta y cinco años, nacidos en la ciudad o viviendo en ella desde la infancia o juventud temprana, habitantes de las zonas norte y norponiente, sin educación profesional, todos padres y madres de familia de adultos independientes -excepto uno-, y con experiencia laboral previa al trabajo comercial, que encuentran en la venta el ingreso principal del hogar o uno complementario. Las vidas de estos hombres y estas mujeres en la ciudad no han estado exentas de una experiencia con la violencia, una en la que pueden reconocerse algunos patrones. Estos se dan en torno a las actividades ilícitas o violentas y a los actores que participan en ellas, como la incorporación de las vastas nociones que de estos se hace en la manera de entender lo cotidiano, el ordenamiento y sentido que puede encontrarse en sus dinámicas en la medida en que se frecuentan ambientes que permiten el acceso a ellos, su no demonización, el consentimiento de la convivencia en ciertos espacios y circunstancias además del reconocimiento de sus ventajas materiales, un quiebre en el tratamiento que de ellos se hace antes y después del trauma, que va de lo vulgar a lo profesional y, por último, el disimulo como estrategia y recomendación ante la inevitable vinculación con estos.

El primero de ellos consiste en que los actores involucrados en actividades ilícitas o violentas, así como las manifestaciones visibles de éstas, son bien conocidos y se encuentran incorporados a la cotidianidad como elementos que hacen parte y generan molestia más no un agudo malestar. La identificación de las personas dedicadas al robo, a la venta de drogas y al tráfico de mercancía diversa a los Estados Unidos, entre otros,

no se debe a un actuar espectacular o una presencia llamativa, al contrario; Adriana, una de las mujeres entrevistadas, da cuenta de ello al describir a dos personajes que conoció en un empleo anterior en salones de baile, uno de ellos ladrón de arte sacro: “a él lo conocí, era ratero de pinturas de iglesias viejas, pero uno, un hombre tan común como nosotros, eh, no creas que nada extraordinario.”, y el otro, líder de un importante cartel de la región: “Pos en ese tiempo tú qué ibas a saber, tú ves un hombre con cachucha, barba cerrada, la cachucha hasta aquí [indicando con una mano que la gorra llegaba a la altura de las cejas], prácticamente nomás los ojos los ves, y eso, con lentes, ¿tú vas a saber quién es Juan de las gallinas? Lógico que no.”. Ella misma, a continuación, presenta sus nociones en una generalización, contraponiendo los narcotraficantes de un tiempo anterior al trauma con los de ahora:

era gente muy sordera. Los narcos de antes eso tenían, podían ser los más pesados del mundo, pero como era gente tan sencilla, no era gente como los babosos chavalos de ahora, de que la música a todo volumen y de que se sienten soñados. Te digo, antes era hasta fachosa, sorderota⁷⁴.

En esta vida nocturna de la que la mujer era parte, donde se hallaban con frecuencia entre los clientes ladrones y traficantes, ella aprendió a reconocerles precisamente por la forma de su consumo: buenas marcas de licor de entre las disponibles, cuentas considerables y propinas generosas, sin alarde y con un buen trato al personal. En la siguiente cita se puede observar parte de su proceso de inferencia:

a nosotros nos tocaron muy buenos tiempos, en que cualquiera llegaba, pedía un Buchanan's y te dejaba el cambio de 20 dólares. Ya sabías en qué trabajaba el muchacho, verdad, porque, para dejarte tanto dinero... Pues, ganándote el dinero como lo gana uno, batallando, no lo vas y lo regalas de esa manera.

⁷⁴ El término *sordera/sordero* es un regionalismo que se utiliza para describir acciones discretas, así como las personas que las realizan, subrayando el interés en que, tanto este actuar como las intenciones que lo mueven, pasen desapercibidos y permanezcan ocultos. Este adjetivo connota un juicio negativo, al mismo tiempo que una especie de reconocimiento por la astucia en la actuación.

Con respecto al asumir que las actividades ilícitas y violentas son parte de la normalidad de la vida en la ciudad, aunque se percibe lo negativo de su impacto cuando involucran pertenencias propias, así como una sensación de daño y de pérdida, todo esto parece contenido por la aceptación de que es algo que suele suceder, por la familiaridad que hace de éstas un evento común y no extraordinario. Uno de los hombres entrevistados, Ricardo, cuenta, con respecto a Ciudad Juárez y la violencia antes del trauma:

Era más tranquilo, tenía uno más confianza. Aunque sí, no dejaba de haber cosas, rateros o, a mí me pegaban muy seguido ahí los rateros ahí en mi casa... Sí, muchas veces me robaban, me bajaban los estéreos de los carros, me quebraban los vidrios, me bajaban los estéreos, pero eso, pos te digo, eso no es, sí, le da a uno coraje, sí siente uno, sí, todo, verdad, pero son cosas que van y vienen, y la vida no va y viene, ni la salud, tampoco va y viene. Cosas materiales no me pueden a mí.

Como puede observarse, aquí se hace énfasis en la diferencia entre los atentados a la propiedad y a la integridad física pues, como se seguirá viendo en otros patrones identificados, en el trabajo de sentido de las experiencias con la violencia de estas personas, la distinción parece dar lugar a formas particulares de procesar las vivencias.

Otra muestra del carácter habitual de este tipo de sucesos, lo encontramos en su incorporación como factor a la contabilidad diaria que, de su venta en los mercados, realiza otra de las mujeres, Nancy. Durante la entrevista, cuando se le pregunta si tiene inventario de su mercancía, ella introduce la cuestión del robo; cuenta que sucede seguido y se da cuenta gracias a que deja en exhibición solamente una pieza de cada artículo, por lo que, al final del día, si ésta falta y no fue vendida, la asume como robada. De inmediato y con tranquilidad, Nancy añade: “Entonces digo, ok, ya me robaron, pero ya no me costó uno ocho, me costó setenta y nueve, ya no voy a invertir uno ocho, voy a invertir setenta y nueve...⁷⁵”, es decir, termina poniendo el acento en el hecho de que, aun considerando estas pérdidas, su inversión es menor que antes gracias a que ha conseguido comprar a precios más bajos.

⁷⁵ Un dólar con ocho centavos y setenta y nueve centavos de dólar, respectivamente. Nancy, como muchas otras mujeres y hombres que se dedican a la venta en mercados de segunda, adquiere su mercancía en El Paso y la paga en dólares, en el ejemplo referido juguetes hechos en China, además de objetos importados diversos.

El segundo patrón observado consiste en que, aunque muchos de los aspectos internos de las vidas de los actores violentos resultan extraños o ajenos, en la medida en que los ambientes y las zonas que se frecuentan brindan acceso a las expresiones más visibles y a historias concretas, se dota de orden y sentido a estas actividades y, en alguna medida, a la forma en que éstas impactan y se relacionan con otras situaciones. Adriana, que en algún momento se refiere a las drogas y su uso en el salón donde solía trabajar, utiliza imágenes desproporcionadas que muestran el asombro que le ocasionaba:

Yo por ejemplo, fíjate, en una ocasión llegó un muchacho y luego me dijo "Adriana, ¿no se quiere hacer millonaria?", "ah, chingado -le digo-, no conozco a nadie que se haga millonario de la noche a la mañana". Llevaba bolsas donde se guarda el pan de blanco, llenas de cocaína. En las mesas donde estaban atendiendo las que trabajaban conmigo, porque yo era la cajera, eran líneas, parecían las líneas esas donde pasan los carros. Se agarraban con popotes todos...

La disposición ordenada de elementos significativos se vuelve especialmente evidente cuando estos hombres y mujeres vendedoras articulan eventos vividos o conocidos en la forma de breves relatos. En ellos se encuentra su conocimiento acerca de cómo las actividades criminales suelen ser realizadas por grupos, cómo éstos se componen de manera importante por hombres jóvenes que operan, con frecuencia, en la misma colonia que habitan, donde también puede encontrarse su familia, con quien comparten su ingreso. Además del componente territorial de los grupos, se sabe que al interior de éstos arreglos organizacionales con fin económico pueden existir lealtades y solidaridad, que frente a la interrogación en la expresión, de uno de los integrantes a otro, "eh, ¿me vas a dejar morir solo?", la respuesta es "no". Cada uno de los líderes, conocido como "el bueno" o "el pesado", se encuentra en especial peligro de ser detenido por alguna corporación policiaca luego de ser "puesto" o denunciado por alguien del barrio, o muerto por rivales. Sin embargo, en las ejecuciones donde una persona es el objetivo, el tipo de armas empleadas y la irrelevancia de la precisión provocan que, con regularidad, muera más de uno: el copiloto del "bueno" que va manejando, la novia del "pesado" que

realiza un baile privado para él en un *table dance*. Así, de a poco, les van matando a todos y terminando con “células” en algunas colonias.

Frente a las armas, blancas o de fuego, se debe obedecer y actuar con precaución, pues el uso que de ellas hacen no parece estratégico; un hombre armado hiere mortalmente para robar una gorra y se teme que dispare si se le hace enfadar, aparece entonces como un sujeto veleidoso que, mientras realiza actividades delictivas con la amenaza de su capacidad de respuestas límite, no deja de atender su capricho. Los agentes de policía, también con la posibilidad de hacer daño y más temidos que los delincuentes por algunos, son conocidos como importantes actores en los negocios ilícitos y violentos crímenes en la ciudad: se les soborna para que permitan algunas actividades fuera de la ley y, en otras que son permitidas, exigen el pago de cuotas simplemente para no ocasionar problemas. Don Joaquín, por ejemplo, líder de uno de los mercados más grandes de la zona oriente y de la ciudad entera, además de pagar permisos al departamento encargado de regular la actividad comercial, gasta miles de pesos entre lo que exigen las bandas criminales que lo amenazan y lo secuestran con frecuencia, y lo que reclaman los agentes: “Ahorita viene la Policía Municipal y son 4 mil pesos, al rato viene la AFI [Agencia Federal de Investigación] y son 6 mil”. Algunas personas en estas corporaciones aprovechan su autoridad para organizarse y para favorecer a ciertos grupos, o de manera individual para tomar lo que desean, el celular de un joven en la calle o la vida de una mujer. Uno de los entrevistados, antiguamente empleado en una dependencia municipal, cuenta historias sobre al menos un par de policías que solían golpear a compañeras sexuales ocasionales, también acerca de otro que asesinó a una joven y abandonó su cadáver para luego ser encubierto y protegido por sus compañeros y superiores. El vendedor cree que fueron policías algunos de los responsables en los primeros casos de feminicidio reportados, donde los cuerpos de las mujeres fueron encontrados en el poniente, en las afueras de la ciudad; ¿quién más tendría un vehículo capaz de subir por esos caminos accidentados? ¿quién se arriesgaría a dañarlo así? ¿quién podría andar de madrugada en esas zonas sin levantar sospechas?

Se sabe que los eventos violentos, como secuestros y robos de autos en la modalidad de *carjacking* provocan la migración, en especial a El Paso u otros lugares de los Estados Unidos, de ser posible, que el comienzo de una extorsión o cobro de cuota

en los negocios anuncia que en ellos habrá “levantones”, ejecuciones, incendios, y luego el cierre de estos y el abandono de los locales comerciales del área.

Un tercer patrón se advierte en la no demonización de los actores violentos. Cuando se tematizan las actividades en que estos participan e incluso al relatar los eventos de asalto, extorsión y ejecución que se han vivido y otros que se conocen, el tono y las expresiones utilizadas no permiten entrever aversión hacia ellos ni la atribución de rasgos abominables. Actos como los anteriores han significado para estos hombres y mujeres pérdidas materiales, momentos de miedo y periodos de gran preocupación, además de daño físico permanente y la muerte de un ser querido en el caso de Ricardo, sin embargo, no asoman en su narración el reclamo o el rencor. La gente no se detiene en estos personajes y en muy pocas ocasiones elabora abstracciones al respecto, les alude apenas cuando cuenta historias en las que participan, a veces incluso como protagonistas. Si bien los términos más utilizados, como “ratero”, “robador”, “caco”, “malandro”, o el más genérico “fulano”, ya conllevan un significado despectivo, no se añaden nunca adjetivos ni adverbios que amplíen o maten la apreciación que de ellos se hace. El sentido de su presencia que exhiben los actores del mercado no tiene una resonancia especial ni perturbadora, y esto puede observarse también en su conjugación con el humor.

El cuarto patrón que se encuentra es la posibilidad, que los actores llegan a consentir, de convivir con sujetos que se dedican a actividades ilícitas y violentas, en el interior de ámbitos como el barrial y el laboral, además del reconocimiento que se hace, de alguna manera, de las ventajas materiales que redundan de su ocupación. Nancy estuvo expuesta desde pequeña a un entorno de peligro, como ella misma lo dice, vivía en una zona “donde matan y entierran”, y la que ahora habita no se encuentra exenta de riesgos: además de una propiedad utilizada como casa de seguridad por agentes de la Policía Federal y más de un picadero⁷⁶, había en la colonia un grupo criminal que ha ido desapareciendo con el asesinato de cada uno de sus miembros. A la mayoría los identificaba y con algunos tenía contacto, por la cercanía entre las casas o por su parentesco con personas afines a ella. Uno de los integrantes de la “célula”, como Nancy la conoce, hijo de una amiga, le daba recomendaciones de seguridad, por ejemplo,

⁷⁶ Lugar donde se venden y consumen drogas duras, especialmente heroína.

formas apropiadas de reaccionar frente a situaciones como amenazas telefónicas e intentos de extorsión. De otro de los chicos que conocía, sabía que apoyaba económicamente a su madre, quien tenía un ingreso muy bajo. Cuando el joven murió, gracias a esa entrada que recibía la familia, fue posible hacer un gasto importante en lo que fue, según sus palabras, “un funeral precioso”. Nancy concluye la historia de cómo terminaron con el bueno de la célula, con una golpiza mortal mientras estaba en la cárcel, diciendo: “Entonces, ya se le acabó a la señora su dinerito”.

La posibilidad del acercamiento a estos sujetos, a sabiendas de su oficio, se puede apreciar también en la experiencia de Adriana, tanto en su trabajo en el salón de baile como en el mercado. En el primero, un espacio de recreación, junto a uno de los puentes internacionales de la ciudad donde se concentraban los encargados de supervisar el cruce ilegal de mercancía diversa a los Estados Unidos, ella convivía con los asistentes como parte de sus funciones, sin embargo, en el siguiente fragmento, se asoma la relación con uno de ellos y el carácter no formal de algo que se convertía en un encuentro entre personas: “él platicaba mucho conmigo, nos tomaba fotos a todas, pero no creas que fotos del cuerpo, ‘a ver, sonría’, y nos tomaba fotos, a todo mundo; hombres, mujeres y todo, era su pasión, siempre traía cámara.” También en ella aparece, y de manera elaborada y más explícita, una consideración positiva acerca la presencia de los grupos criminales y los individuos que los conforman, desde el plano económico. En su trabajo como vendedora en los mercados de segunda mano, algunos de los efectos de su actividad se aprecian desde una perspectiva particular, como se ve en la siguiente cita:

La delincuencia ayudó mucho en esa cuestión de que en los mercados hubiera lana. Había lana pa' todos lados, eh, tuvo su bueno y su malo, porque todos los excesos yo digo que son malos en todo. Cuando había delincuencia había mucha lana, si algo sobraba en Juárez era dinero, para todos, eh... Yo me acuerdo los que andaban movidos llegaban ahí. Y todo lo bueno que traías lo compraban ellos. No te preguntaban, "oiga, ¿es lo menos?", no. "Oiga, ¿cuánto?", "tanto", "démelo", y "oiga...". Todo. Por ejemplo, a mí mucha gente movida me compró perfumes, muchos... Entonces, encantada de la vida... mucha gente que andaba movida, y compraban a todos, y era cuando hubo mucho dinero en los mercados, también, porque más tardabas en llegar con las cosas que esa gente las compraba; que la esposa del narco, que el primo del narco, que la madre del muerto.

Como quinta pauta, se identifica un quiebre en el tratamiento que se hace de los sujetos involucrados en actividades ilícitas o violentas, antes y después del trauma, pasando del uso de apelativos de una caracterización vulgar, como “rateros”, “malandros” y “malvivientes”, al de otros términos que connotan un carácter profesional, como “asesinos”, “criminales”, “matones”, uno incluso despiadado, como al hablar de “la gente mala”, en el único caso conocido de asesinato entre los actores entrevistados, el del hijo de Ricardo. Este cambio puede reconocerse también en la ausencia de apelativos, pues es común que, al hablar de episodios recientes de violencia o relacionados con actividades ilícitas, los actores entrevistados empleen, en su lugar, sujetos implícitos en las formas verbales. Al desarrollar estos breves relatos, se confía en que, quien escucha, sabe de qué se habla cuando se implica un “ellos”, como si se tratara de un sujeto colectivo muy concreto que puede sobreentenderse cuando alguien cuenta: “*empezaron con las extorsiones y... desaparecieron a un muchacho de un restaurant*”; “[Me asusté] mucho, porque *te dicen*, te vamos a rafaguear, estamos a una cuadra, te estamos viendo”; “también ella terqueó, verdad, al comprar troca del año como estaban las cosas, pero *se las quitaron a punta de cuerno de chivo aquí en el Smart*”; “Se viene él, y *los persiguen*, y se meten a una maquila y ahí *los rafaguean*.”

El sexto y último patrón tiene que ver con la estrategia que adoptan estos actores, y que recomiendan a otros seguir, ante la inevitable vinculación con sujetos violentos y sus actividades, aun cuando sea sólo de manera indirecta a través del conocimiento de sus historias. Frente al peligro que conlleva esta relación, la respuesta ha sido y sigue siendo el disimulo: en el contacto, la confrontación y la información yace un riesgo que se rehúye no sólo a través de la discreción o el silencio sino, prácticamente, de la negación de lo que ocurre. En la primera conversación en el acercamiento a los mercados de segunda, la sostenida con Don Joaquín, luego de hablar acerca de la frecuencia con que es secuestrado desde el mismo punto donde nos encontrábamos, de mostrar las cicatrices resultado de tales eventos y de insinuar que, unos minutos con él eran suficientes para ser comprometida y blanco de un ataque, responde a la pregunta del número aproximado de puestos en su propiedad: “Mire, señorita, como dicen los narcos, más vive quien menos sabe.” Una lección parecida le fue enseñada a Adriana en uno de

los salones de baile en que trabajaba, para una adecuada relación con la singular clientela del lugar: “Mi jefe decía, usted vea, calle-, usted vea-, ¿cómo decía?, vea, calle y oiga o, bueno, no sé, algo así, que tú oyeras pero como si no oyeras, si veías como que no veías, te hacías güey, verdad, y así.” Adriana ilumina de esta manera el aspecto de la negación en el disimulo, que consiste en la representación de la propia ignorancia y de la percepción de normalidad de las situaciones donde se hace evidente la presencia de lo ilegal o la amenaza latente de la violencia. Nancy es otra que comprende la importancia de desentenderse. Lo ha hecho incluso en momentos de agresión y de amenaza; en varias ocasiones en que ha sido violentada sexualmente de manera discreta en el transporte público, ha decidido no confrontar, sino rehuir disimulando: “Me ha tocado que unos fulanos empiezan a manotearme, levanto muy despichadita y me cambio de lugar.” También ha aprendido a encubrir lo que sabe; ella conoce detalles delicados, “cosas muy duras, muy pesadas, de mafias y de todo”, en sus propias palabras, pero calla porque no le corresponde hablar al respecto: “A mí no me importa, ni me afecta ni me beneficia, entonces yo no comento nada.” Ella no buscaba la información que ahora tiene, pero piensa que es natural que algunos, en la convivencia y sin desearlo ni preverlo, se vean comprometidos de pronto en los asuntos de otros, que las personas, al encontrarse, se impliquen. Ella lo explica de esta manera: “Mira, hija. En toda la ciudad hay historias como la mía, que tú conoces a una gente y no sabes, hasta que llega un momento en el que te involucras tanto que te das cuenta pero no puedes hablar.”

3.3 La experiencia de la vida cotidiana

Además de ser el lugar donde comienzan y terminan los días ordinarios, la casa es también el punto más íntimo de la cotidianidad, el de resguardo, el de la vida familiar y el que permite establecer, en su derredor, zonas de confianza, los referentes cerca y lejos, conocido y desconocido y así, dar forma a la experiencia en la ciudad. Los actores del mercado pasan mucho tiempo en su casa, algunos incluso consideran que sus vidas transcurren en un ir y venir entre el mercado y ella. Se trata de un lugar donde se disfruta estar, donde se encuentra sosiego, aunque no siempre ha sido así; al hablar sobre el

hogar, aparece de inmediato el contraste de la vida en el área en otro tiempo, un año, dos, atrás: “la colonia casi siempre ha sido igual, nomás un tiempo cuando se agudizó la violencia, pos como fue en todo Juárez, en ese tiempo sí estuvo fea... había ambiente de inseguridad en todos lados, adentro y afuera”. Aunque siguen identificando, en la proximidad, sitios de peligro, como algunos parques por la noche, una propiedad con actividad sospechosa, una casa de seguridad, se cree que la situación es distinta ahora, que la violencia aguda y generalizada ha dejado de ser tal: “Estuvo el barrio con, le afectó la delincuencia organizada, pero ya mataron a muchos, y ya se acabó.”

En la casa, además de la atención de actividades necesarias para la reproducción doméstica, como la limpieza y la atención de la familia, de las que se encargan estas mujeres, se convive con el resto de los habitantes, se intenta descansar cuando la carga de trabajo lo permite, se cuida de los animales de compañía y se ve la televisión, sin embargo, una vez más, al narrar, varios actores hacen saber que el pasado era diferente, que este lugar no fue siempre el refugio de todas las tardes, que había mucha vida fuera de ella. Se interrumpe el relato del día a día para describir los fines de semana enteros en juegos de béisbol con la familia, las noches de fiestas, de baile, de apuestas, varios años atrás. Las personas se reconocen distintas, con nuevos intereses y hábitos porque se encuentran en otras etapas de su vida, con hijas e hijos adultos, muchas veces fuera de la casa, pero también porque responden a la cambiante ciudad. Nancy cuenta:

Pues, a estas alturas de mi vida, nada más [me gusta] disfrutar a mis nietas, mi casa, más bien, mis perros, tengo perros, tengo cuatro perros... Llevo una vida tan, o sea, a mí me mataban las rutinas pero ya me acostumbré a las rutinas... me gusta, me gustaba explorar, ahora ya no, hermosa, ya no... O sea, ya mi prioridad ya no es eso, ya es vivir la vida tranquila. Ahora, ¿sabes qué son mis prioridades? Mis nietas... Mucho he cambiado. Me hecho muy casa, casa, casa, Dish Latino, Dish Latino y ya. Mis perros, bañarlos... O sea, no, no, no. Que va a venir un cantante, a mí qué me importa que venga un cantante. Que la Feria Juárez, pues quién sabe. Que la Equis, pos quién sabe dónde está la Equis. Antes sí iba mucho a los juegos de béisbol, iba en frente y todo. Ya no. Como tuve tan poquitos hijos, se me fueron.

La casa y su experiencia son parte de un territorio mayor que es, cuando menos, conocido, el barrio. En estos actores, la primera parece haberse desprendido en alguna manera de éste, para convertirse, en algunos casos, en una especie de enclave. La vida se desarrolla en el interior de un modo que parece limitado, mientras que el uso y la apropiación de espacios como banquetas, esquinas, calles y parques aledaños, son mínimos, no se extiende el dominio de la familiaridad, de la confianza, siquiera un par de cuadras a la redonda. Tampoco la relación con personas vecinas se siente como un elemento importante de la experiencia de la vida en el barrio. Las diferencias que se encuentran entre los actores, con respecto a estos patrones, parecen vincularse con las características de la zona y la relación que se ha construido con ella, a lo largo del tiempo que se tiene ahí. Para Nancy, restringir al saludo el trato con los otros, ha sido una decisión: “mi barrio es El Mirador, yo llegué de cinco años... Apenas tengo seis acá, tengo 57. Entonces, yo no conozco, no quiero hacer migas con ese barrio.” Por otro lado, para Sandra, las cosas simplemente cambiaron, la gente que trataba se ha ido y algunas dinámicas dejaron de ser posibles: “Ahorita ya todo eso ya se, se terminaron los vecinos con que, que uno, pos no convivíamos pero, ‘¿cómo está, señora?’, ‘¿y usted?’, y esto, y lo otro. Ya no hay.”

Además de las actividades antes mencionadas, la rutina de cada semana incluye también, la compra de alimentos y productos diversos, la preparación de la venta y dos o tres días de trabajo en el mercado. Adriana, cuyos hijos aun estudian y viven en casa, describe así sus prácticas diarias: “Pos en la casa, limpiar, hacer comida y, pos estar al pendiente de los muchachos, irlos a recoger al trabajo, ir por ellos a la escuela.” Los días de un hombre jubilado, Ricardo, pasan de este modo: “Pues, voy a comprar el mandado, a veces voy con mi hija, a veces me voy al Paso con mi otra familia que tengo allá, así, así me la paso.” Cuando se enumeran las actividades realizadas, sobresale la presencia de la familia. Las personas buscan a sus hijas, padres, hermanas, hermanos, hijos y nietas de manera constante, reunirse no es una excepción o un acuerdo esporádico, se encuentra articulado en lo cotidiano. Es sobre todo con los hijos y las hijas que han crecido y han hecho sus propias vidas y familias fuera de casa que se busca el contacto, que se inventan arreglos para estar juntos. De pequeños, eran una especie de motor que movía a padres y madres fuera de casa, que les invitaba a salir para llevarles a conocer y

divertirse. Todavía ahora, más allá del trabajo en el mercado y del consumo, que suele realizarse en centros cercanos a la casa, es la familia el motivo principal para salir, para moverse por la ciudad, para cruzarla y llegar a otra, por el cual se incorporan, para el encuentro, desplazamientos y visitas a sitios que no se recorren por cuenta propia. Nancy sale poco, pero cada vez que su hija le deja a las niñas, su itinerario cambia: “Cuando tenemos oportunidad llevamos a las dos nietas que viven en Juárez con nosotros, son con las que más compartimos, nos la llevamos a comer, nos la llevamos al cine, nos las llevamos a El Paso, así.” Adriana, además de llevarles a la universidad y de recogerles del trabajo por la noche, pasa otros ratos con sus hijos: “vamos a los parques, hemos ido a correr, ando con ellos con sus amistades, yo los llevo así que a reuniones, o que salen con ellos, siempre conozco con quién andan y todo. Convivo, de hecho, con sus amigos y todo.”

Por otro lado, la convivencia con amistades propias es mucho menos frecuente, sólo las personas más jóvenes dicen tener relaciones de este tipo más allá del mercado, pero dejar espacio dentro de la rutina para ellas no es sencillo. Daniel disfruta mucho salir con sus amigas y sus amigos, pero a raíz de la violencia de hace unos años decidió modificar sus hábitos recreativos y, ahora, con el cansancio, pero también con el entretenimiento que encuentra en su trabajo, reparando teléfonos celulares, prefiere quedarse en casa:

Yo era muy parrandero, era muy parrandero, y ahora que empezó todo eso me calmé porque tuve miedo... yo era tomador, fumaba mucho, hasta ya ni fumo, ya ni tomo, por lo de la violencia que empezó, porque sí tenía miedo de que me fuera a pasar algo, y dije yo, “no, ya mejor temprano”, porque yo era de los que me la pasaba dos, tres días, o sea, así de fuera de la casa, tomando con los amigos.

Adriana también tiene un vínculo cercano con muchas personas y gusta de encontrarse con ellas, sin embargo, le resulta menos complicado porque ha convertido sus paseos y encuentros en oportunidades para comprar y vender y ha hecho de sus amistades una gran red donde consigue mercancía, a precios bajos, incluso regalada en algunas ocasiones, donde vende y encuentra más contactos que la proveen de ella. A continuación lo cuenta:

salgo al casino, al casino sí salgo mucho. De repente voy y me divierto, de repente voy y vendo, porque ahí les vendo perfumes... De hecho ahí antes iba a divertirme y ahora, pos voy como, de las dos formas, verdad, me divierto y aparte vendo. Es que ya agarré a 22 clientes ahí de perfumes.

Para compartir con la familia y las amistades, incluso para salir por cuenta propia, las opciones de actividades y lugares no son muy diversas; comer fuera de casa es lo más frecuente para todos los actores, casi siempre en los sitios que ya se conocen y en las zonas que resultan más familiares, las posibilidades que se consideran no se extienden a cualquier lugar de cualquier punto de la ciudad. Otros espacios, que algunos llegan a visitar, son los parques más grandes y céntricos y las plazas comerciales, que según Adriana, son muy prácticas porque “hay de todo”.

Una opción más que comparten estos actores, a donde acuden varias veces a la semana, es la ciudad vecina de El Paso, Texas. Más allá de las cuestiones de trabajo, es decir, de la adquisición de mercancía, se cruza la frontera para encontrar a la familia que vive de ese lado y disfrutar la oferta de que ahí se dispone, pero también para recorrer sus plazas y centros comerciales y consumir en ellos. Para Sandra, ir a El Paso es la actividad recreativa más frecuente, va allá porque tiene familia cercana que la llama, y aunque no prefiere esta ciudad a la suya, disfruta que la lleven a un montón de lugares, por calles en buen estado, en un lugar muy diferente donde no tiene que pensar todo el tiempo en cuidar su bolsa. En Ciudad Juárez, añade de inmediato, hay lugares como el centro histórico, donde va pensando constantemente “ay, me van a asaltar”, lo que le impide estar tranquila y ni siquiera vale la pena, pues no encuentra ya ahí nada para ella: “no, no voy a gusto. Aparte de que, ¿qué voy a hacer al centro? ¿qué hay en el centro?”

En el pasado reciente, así como muchos años atrás, la oferta que se consumía del lado mexicano era mayor; Daniel iba tranquilo a los bares, a divertirse al hipódromo, Adriana con toda su familia a los parques de béisbol y Nancy, que cuenta que ella y su marido eran “muy vagos”, salía con él a divertirse, a eventos públicos en la presidencia municipal o la embajada estadounidense, a los desfiles cívicos en el centro histórico. Sandra disfrutaba especialmente ir al cine; ahora que varios de esos edificios han sido destruidos o se encuentran abandonados, lo añora. Ella dice: “Extraño el cine... A mí me

gustaba mucho el cine... Ah, el Victoria era un cine precioso. Tenían unas esculturas preciosas... Muuuy bonito. El cielo tenía, era, volteabas a verlo y eran como puras estrellitas, haz de cuenta que estabas al aire libre, unas estrellitas allá...”. Además del cine, aparecen en los recuerdos de Sandra más imágenes que dan cuenta de otra experiencia de la ciudad: “yo me acuerdo del Juárez de antes, verdad, que estaba tan bonito, era tan bonito. Siempre había tanta gente, lleno de gente. Había restaurantes, cines, la iglesia, los mercados.”

En las decisiones que se toman respecto a los lugares que se visitan se observa la importancia que tiene actualmente, por encima de la cuestión estética y sensual, la percepción de seguridad; por ello es que los sitios favoritos son aquellos que tienen las características descritas por Sandra, agradables a los sentidos, favorecidos con cuidados y protegidos por congregaciones numerosas, con vida que invite a más vida. Este ordenamiento puede encontrarse en la relación de los actores con El Paso, a la que cruzan con regularidad, pues en ella se encuentran tranquilos y recuperan la seguridad nada más llegar al otro lado del puente, y aunque también reconocen en ella, y en el modelo de vida estadounidense, ventajas y posibilidades que no encuentran en México, ni la ciudad les parece bella en sí misma, ni gusta, ni se prefiere a Juárez. Sandra da cuenta de lo que significa El Paso para ella:

Me gusta que trabajan y trabajan mucho para tener lo que tienen, aunque, entre comillas lo tienen, porque todo lo deben... Todo el tiempo tienes carro nuevo, tienes casa nueva, tienes muebles nuevos, todo tienes, todo tienes. Y si tienes una buena aseguranza y tienes un *medicare*, o todas las oportunidades que puedes tener con el gobierno, pues vives muy bien. Y aquí, de aquí a que haces un cuartito, luego te tardas otro año en poner el techo... ¿Cuándo llegas a tener algo? Te vas con un sueño de tener una casa, por eso dicen “el sueño americano”... Mira, yo trabajé veinte años para que mis hijos fueran a la universidad, los dos, y mi hija también. Mi hija no llegó a la universidad porque se me casó bien chiquita, pero mis hijos fueron a la universidad porque trabajé muchos años allá. Si yo hubiera trabajado aquí, mis hijos nunca hubieran pisado una universidad, nunca.

Podemos observar, también, estos patrones y la estrecha vinculación entre lo seguro y lo bello, en el gusto de Adriana por las plazas comerciales y los grandes parques con

juegos mecánicos y venta de comida; cuando se le pregunta por los lugares que le parecen especialmente seguros, donde se siente tranquila, ella comienza su respuesta en términos de los sitios que le gustan, que considera bonitos, que tienen algo que ofrecerle, para luego decir que, sus preferidos, son seguros para toda la familia, aun por las noches, que en ellos se está en paz.

La relación se sostiene con los rasgos opuestos, entre ver un lugar sucio, con mala iluminación, descuidado, y sentirlo inseguro. El centro histórico de la ciudad, aun cuando resulta muy familiar por las frecuentes visitas que se hacían en el pasado, cuando se percibía como vivo, alegre, “una chulada”, ahora se nota desordenado, abandonado, “vándalo”, en ruinas; algunos quieren volver y temen hacerlo, otras ya no encuentran sentido en estar ahí:

Ya no hay nada, no hay nada. Así es que, ¿a qué vamos al centro? Yo oigo que, esta señora que me ayuda, dice, “ah, yo voy al centro, yo me voy al centro”, “¿y a qué va al centro?”, “pues ahí, a ver a la gente”, o sea, no, yo no entiendo a qué van al centro, yo no sé si irán a comprar, si habrá tiendas.

Entre las zonas de la ciudad en que los actores coinciden en percibir como altamente peligrosas se encuentra precisamente el centro, además de los bares y salones de baile, sobre todo por las noches y especialmente para las mujeres jóvenes.

Frente al conocimiento de la proliferación de actores violentos y al aumento en la percepción de inseguridad, se toman ciertas medidas y se modifican algunos hábitos, muchas veces sencillos, para ganar tranquilidad en los desplazamientos y las estadías: se regresa más temprano a casa, se evita acudir a ciertos lugares, como el centro histórico, se rehúye a personas o eventos relacionados con experiencias de violencia recientes, se evita y rechaza el contacto con los otros en la calle, se asume una actitud de vigilancia y desconfianza, etc.

Por último, otro factor que parece enmarcar la experiencia de la vida en la ciudad de estos actores, posibilitándola y constriñéndola al mismo tiempo, consiste en los límites de lo conocido, es decir, el territorio que se habita y, más allá, el que se imagina. Estos hombres y mujeres han vivido siempre en las zonas poniente y centro, las más viejas, y sus actividades siguen concentrándose en ellas. El crecimiento de las últimas

décadas las ha desbordado, pero no ha invitado a ampliar el área de tránsito de los habitantes. Toda la mitad oriente y la periferia, en general, resultan extrañas porque nunca se ha estado en ellas o se han recorrido apenas, con prisa. Sandra cuenta un poco acerca de cómo ha vivido este desarrollo:

Oigo decir de Las Torres... Sí he pasado, sí he pasado, pero nunca he llegado ahí a los, a la tienda, a los locales, por ahí no... Sí, me sorprende [ver cómo ha crecido la ciudad], por, ¿sabes por qué? Así que dicen, que la colonia Lucio Blanco, ¿y dónde está eso? Que la Guadalajara Izquierda, ¿y dónde está? No sabemos, ya no sabemos... No, ya no, o sea, con el, con lo de las maquilas se vino mucha gente, muchísima gente, Juárez creció muchísimo... Vino gente de, que de Tabasco, de Oaxaca, de... De Veracruz, mucha gente de fuera, y surgieron nuevas colonias, nuevos centros comerciales, no, todo, que nosotros ya no nos ha tocado eso, ya no.

Y es que, una vez más, no parece que haya algo que valga la pena más allá de los contornos de lo familiar, nada ahí interesa o se necesita; se descarta como posibilidad antes de haber conocido siquiera sus avenidas, parques, museos, centros recreativos, plazas comerciales y supermercados. Algunos temen incluso esas zonas donde el único referente es lo lejos que se está del eje que ordena el mundo, el hogar. En recorridos por otros mercados de segunda mano, una mujer con quien se conversó, de edad avanzada y también dedicada a la venta, contaba que el mero hecho de ir en auto por la ciudad, comenzar a desconocer el camino y saberse a grandes distancias de su casa, la hacía sentir mal y llegaba a provocarle ataques de ansiedad, al grado de no poder controlarlo y tener que emprender el regreso de inmediato. Las zonas remotas también generan una sensación de incertidumbre en Adriana; no le gustan y las piensa como muy peligrosas, sin embargo reconoce que, antes de la consideración de las propias características de esos lugares, su percepción parte de la falta de familiaridad, que no se temen sólo objetos concretos, sino las posibilidades que se imaginan en lo desconocido:

por ejemplo, los bares, ahorita, se me hacen muy peligrosos, o los lugares así muy alejados de la casa, como, como del Teto's Car para allá no me gusta, se me hace lejos y

se me hace peligroso por el Camino Real pero, pos son lugares que casi uno no frecuenta, pa' empezar, y no conoce, verdad, pero sí se me hacen lugares peligrosos... es que, más bien agarras como un sector pa' andar, verdad, y ya como para allá, no es que se te haga peligroso, pero como no conoces, te da miedo.

No obstante, no es ella una persona temerosa, y su trabajo, la preparación de la venta, le exige recorrer la ciudad; su mercancía la consigue a través de visitas constantes a sus amistades, de la búsqueda de nuevos contactos, de la compra en algunos mercados de segunda mano y la caza de pequeñas ventas de garaje. Ricardo, quien también se dedica a la reventa, se desplaza por todo el territorio para explorar la oferta de otros tianguis y, como su compañera, conoce bien la ciudad. No obstante, en su percepción de la misma, lo bello no se encuentra en ningún lado, cosa que no tiene que ver con el miedo, ni siquiera luego de presenciar la ejecución en la que perdió al menor de sus hijos y fue gravemente herido, Juárez simplemente le parece muy fea. Se trata del descuido, del abandono en que se tiene a una ciudad que, según él, está hecha garras y necesita compostura. En un ejercicio de pensarla bonita, se imagina tan solo que las condiciones de la infraestructura urbana son otras, más generosas, y cree que la vida así podría ser distinta: “nos pasearíamos, andaríamos con nuestros muebles más a gusto, todo sería diferente. Inclusive habría menos accidentes, porque las calles estaban bonitas, bien, sin hoyos, sin todo eso, había menos accidentes y todo sería un poco diferente, todo mejoraría.”

3.4 La experiencia del trabajo en mercados de segunda mano

Un último registro de experiencia pertinente es el que construyen a diario estos hombres y estas mujeres en su trabajo en la venta de mercancía diversa en mercados de segunda mano de la ciudad.

Si bien este tipo de comercios se conocen en ella desde hace más de cincuenta años y se han extendido a través de su territorio sobre todo a partir de la década de los noventa, los vendedores aquí entrevistados llevan en ellos apenas unos ocho o nueve

años, es decir, llegaron ya con una trayectoria laboral amplia. Entraron a este negocio en distintos momentos y circunstancias de su vida, algunas mujeres con hijos ya adultos y fuera de casa, otros luego de haberse jubilado para tener una actividad, “un pasatiempo”, como lo piensa Ricardo, y conseguir al tiempo un ingreso extra, como Sandra: “Yo vengo aquí a vender porque, pos también estar ahí nomás en la casa, no, y también un peso, dos, que me gano, pues ya me sirven de mucho.”, pero también en plena edad productiva y en busca de una mejor opción para sostener una familia. Mientras que Daniel renunció a su empleo como guardia de seguridad al ver que, aun con las mudables ganancias diarias en el mercado, podía conseguir un poco más de dinero cada semana, Adriana dejó el horario nocturno en los salones de baile por considerarlo de una peligrosidad creciente. Existen, por supuesto, otros motivos que llevan a la gente a probar suerte empleándose en los mercados de segunda; Nancy los resume así, luego de años de observar y estudiar a las personas que llegan a ellos: “unas van a vender porque tienen necesidad, otras porque no tienen nada qué hacer, otras porque tienen chinchero en su casa y quieren venderlo y no les importa el negocio, otras porque lo usan para, para buscar, cómo se le puede llamar, pues, ejercer la prostitución...”.

Más allá de que estas diferentes razones llegan a hacerse evidentes en la forma en que cada vendedor o vendedora maneja su negocio, es decir, en lo que podría designarse como su nivel de profesionalización, especialmente en la variedad y calidad de la mercancía y el manejo del regateo, todos ahora, al tematizar su ocupación, se presentan como comerciantes con algún éxito, conseguido a fuerza de mucho trabajo y como conocedores de su ámbito. Para Nancy, la venta consiste realmente en un negocio y, su ocupación, por tanto, en la de una comerciante, como ya se imaginaba ella cuando era más joven y abrió una pequeña papelería, y como opinan otros que la conocen y dicen que “tiene madera”. Su trabajo es parte importante de ella, definitoria, una empresa en la que sus cualidades le han conseguido pequeñas victorias; por eso, cree que la posibilidad de realizarse personalmente a través de él, pueden encontrarla muchas otras personas en el mercado:

Como que ya, mi meta ya la logré, ¿sí me entiendes? O sea, yo veo mis locales y veo que me reconoce la gente, me subieron mi ego, mi autoestima, porque yo la tenía muy baja...

Yo a veces, hija, me siento como, como ejemplo para alguien. O sea, sí se puede, o sea, si yo lo pude... Porque, “oiga, Nancy, ¿se acuerda?”, le digo, “pues tú también puedes”, dice, “sí, ¿verdad?”, “sí –le digo-, veme a mí, yo pude”. O sea, sí se puede, si eres ordenada, si le das el valor, porque los negocios son muy, ¿cómo se dice?, muy celosos.

Puede comprenderse que se represente el trabajo en los mercados de este modo tan significativo cuando se conoce lo que conlleva su realización. No consiste éste en una posición de venta como muchas otras en el ámbito comercial; debido a que no se trata de ofrecer artículos nuevos entregados por proveedores en un mercado establecido, donde todos los procedimientos se encuentran regulados, es decir, en un mercado de primera, el trabajo de cada vendedor o vendedora es un desafío que va más allá de desempeñar un conjunto de funciones en un horario determinado.

La venta en mercados de segunda requiere de una cacería permanente de mercancía para ofrecer, como cuenta Adriana: “Todos los días, si puedo comprar, compro, porque hay días que hayas mucho y hay días que no hayas nada.”, así como de la búsqueda de artículos en buenas condiciones y a precios muy bajos, que permitan obtener una ganancia, como en el caso de Daniel, quien vende y repara aparatos electrónicos: “tengo que buscarle donde me den las cosas más baratas, para que me pueda quedar algo, porque muchas veces la gente se le hace caro y, pos yo le hago una rebaja pero ellos no saben que yo tengo que andar batallando para conseguirlo para instalarle las piezas.”

Para conseguir existencias, suele explotarse una diversidad de fuentes, por lo cual se construyen, para proveerse, redes a través de familiares, amistades y otros vínculos a uno y otro lado de la frontera, como las que Adriana va configurando entre clientas y conocidos: “Por ejemplo yo, mira, no paso [al lado estadounidense], yo le encargo los perfumes, y yo con la gente que voy, ‘oiga, le encargo, y si sabe de su prima, de alguien que tenga, ahí les encargo’. Así he agarrado muchas ventas...”. La condición fronteriza es más que ventajosa para los mercados de segunda en la ciudad y quienes ahí se emplean, es fundamental, ya que además de ser un componente culturalmente muy natural de las relaciones personales y del desplazamiento de estos actores, permite también conseguir enormes paquetes de ropa y otros objetos usados, así como artículos importados a precios de mayoreo, llevados de a poco al lado mexicano sin que se declare

la intención de venderlos, es decir, ilegalmente. El transporte no es sencillo, requiere de múltiples viajes cada semana; Nancy los realiza ya que su giro, es el de las importaciones:

Los miércoles a prepararme mi negocio... Lo que yo considero que mi capacidad en ese día me va a ayudar para torear a las aduaneras. Tampoco me voy a venir a traer todo y luego me vengo con un dolor, porque, dolor de cabeza, porque sí se desgasta uno... tiene que ir uno hasta tres veces, si no quieres pagar. Eso se le llama aquí en Juárez contrabando hormiga, porque las homigas van y vienen todo el santo día.

En este peculiar trabajo, además de buena mercancía, se necesita aprender cómo funciona el mercado y cómo responde la gente que visita y consume, para poner en práctica ese conocimiento durante la venta. La atención a las reacciones de las personas es importante, a sus preguntas, pues ellas saben lo que buscan; Adriana comenta al respecto:

Es que, yo pienso que, que ahí el mercado te va marcando qué se vende, qué no se vende... la gente va a regatear y a buscar lo barato. Yo cuando llevo mucha ropa es ropa buena, que sé que voy a agarrar 500, mil pesos en ocho, diez garras, pero que todo mundo las quiere porque es ropa bonita, buena, porque hay una ropa que ya tiene hasta un cierto olor que no se la quitas con nada... Mira, por ejemplo, la quiere, la gente quiere ahorita ropa Hollister, Abercrombie, American, Aeropostale, tenis Pumas, tenis Vans, tenis Adidas, Nike, o sea, lo nuevo; barato, no lo quieren caro. Y si tú llevas eso, siempre vas a tener gente, nomás que tienes que saber dónde buscarle. Pero, también, si llevas puro cochinerito, con el cochinerito que vas te regresas.

3.5 La apropiación narrativa del trauma cultural

Aun cuando el discurso desarrollado por el gobierno federal para explicar la situación de violencia en la ciudad fue montado alterando el contenido de las categorías del trauma

propuestas desde las primeras declaraciones de las familias de los jóvenes asesinados en Villas de Salvárcar y apropiándose del reclamo apuntalado con la participación de la ciudadanía y la sociedad civil organizada, éste consiguió instituirse como la narrativa maestra del trauma cultural. Sin embargo, aunque el discurso del gobierno federal fue reformulado y reconoció, finalmente, que había víctimas y que el sufrimiento era de carácter colectivo, el relato resultante no puede entenderse sin la elaboración que grupos de la sociedad civil organizada extendieron y consolidaron a partir de los primeros fragmentos del reclamo que proferían las familias de los jóvenes asesinados, así como estos últimos no explican su fuerza sin las declaraciones inculpativas del presidente, que eran sólo consistentes con el relato de la violencia sostenido durante los años anteriores. Por ello, aunque la narrativa ciudadana fue absorbida, en parte, por el gobierno federal, a partir de la estructuración de una propia que fuera lo suficientemente cercana y similar como para que pudiera pensarse que no había tensiones entre ambas, así como con la invitación que hiciera este actor a una selecta representación de la ciudadanía y la sociedad civil organizada para sumarse a él en la implementación de la estrategia integral de política pública llamada Todos Somos Juárez, no deja de ser, en su origen y en desarrollos posteriores, la contraparte al discurso oficial, la contestación a su narrativa maestra, otra propuesta para definir y dar sentido a lo ocurrido.

Ambas enuncian, de manera clara y precisa, un fondo para cada una de las categorías necesarias para articular el relato del trauma, y las proponen al público, los hombres y las mujeres que habitan la ciudad. Sin embargo, aunque se tenga acceso a estos elementos, a estas persuasivas historias y se reaccione ante ellas, pueden creerse o no e incorporarse, desde el acuerdo o la provocación, pero nunca como calca, como reproducción exacta.

3.5.1 La naturaleza del dolor

Los actores en la ciudad se apropian de estas narrativas, de las piezas que se han dispuesto para ellos; con ellas elaboran su descripción de lo que ha sucedido, le dan sentido a lo que perciben en un proceso que no es del todo consciente y que escapa a su

voluntad. Tampoco piensan esta explicación como un trauma pero, así como cuando Luz María Dávila habló, no de una ciudad violenta, como se había empezado a hacer más de cien años antes, sino de un Juárez herido, ellos y ellas también representan en un relato fragmentado, esa herida, un dolor profundo y compartido que toca a cada uno y que marca un parteaguas en la historia no sólo de las biografías individuales, sino de la colectividad.

En pedazos es como va apareciendo el contenido de las categorías que articulan la narrativa del trauma; la primera de ellas, la de la naturaleza del dolor, que da cuenta de lo que sucedió, del motivo del trauma y su descripción. La representación de un acontecimiento irruptivo que lacera, que amenaza la existencia y el bienestar del grupo y sus individuos, se hace a través de imágenes igual de violentas: algo que truena, una bomba que estalla, algo que colapsa. La violencia se conocía, se tenía incorporada en lo cotidiano, pero de pronto se reconoció en ella un cambio radical, con su visibilidad permanente, la multiplicación de sus expresiones, su propagación por todos los horarios, todos los lugares. Daniel describe así esta sensación de gran expansión territorial y temporal: “Se vino una, unos añitos muy duros de violencia y, hasta parecía que nunca iba a pasar, parecía que siempre se iba a quedar así, la violencia”. Lo que veía, se escuchaba y presenciaba era demasiado, “que mujeres muertas, que hombres desaparecidos, que mucho narco, que mucho todo”, se imponía la condición como pesadumbre y se perdía el horizonte, la visión de cambios posibles. El tiempo del impacto se recuerda terrible, para aquéllos que vieron morir a seres queridos el peor: “El 2011 fue el año más violento de todo el tiempo, y para mí fue el año más horrible, más, que en toda mi vida nunca había vivido yo eso. Nomás, cambió mi vida en ese año, completamente.” Se recuerda lo generalizado del dolor y la muerte, los días de suspenso, alerta permanente y miedo constante, como ilustra el siguiente fragmento: “ni podía salir uno, nomás sale uno volteando pa’ todos lados, no vaya a pasar algo, cuidándose.”

La construcción del trauma no coincide con el inicio del acontecimiento irruptivo y sus efectos, uno que se extiende en el tiempo, se da cuando una madre, ante el agravio del asesinato de sus hijos y su inmediata criminalización, hace un reclamo que llama la atención acerca del carácter extraordinario de la violencia reciente, percibida hasta cierto punto como normal, enunciando lo que ya se conoce pero se ha adoptado como ordinario

y explicado por los discursos oficiales, invitando a la sorpresa, al reconocimiento y la indignación.

Mucho cuentan los actores entrevistados en torno a la violencia de los últimos años, no obstante, es muy raro que se mencione a Felipe Calderón, la llamada guerra contra el narcotráfico o la disputa territorial entre cárteles. Sandra lo hace; sabe que el discurso oficial explica así la situación, que si las muertes se dan es, como ella expresa: “Por el crimen, dicen ellos, ‘crimen organizado’...”, pero no adopta estas razones, el relato emanado del gobierno federal se compone por fragmentos que continúan siendo extraños, que la gente toma prestados, pues también comenta: “no sé si es por la plaza que ellos dicen”. Lo que ella entiende es que las vidas perdidas y la violencia de los últimos años tienen que ver con la búsqueda de poder en un registro que va más allá de los intereses de pequeños grupos locales. Tampoco consigue Sandra comprender que, en alguna medida, las manifestaciones violentas son una respuesta de estos grupos, a los que de manera nada familiar se les llama “crimen organizado”, hacia la ofensiva emprendida por el gobierno a través del Ejército y la Policía Federal, porque la actuación que conoce de ellos, no se corresponde con una lucha en defensa de la población. Cuenta lo siguiente:

Quando estuvieron aquí los militares, pasaban cosas horribles, eh, muchas mujeres muertas, muchísimas. Hubo mucho abuso de ellos, muchísimos abusos, muchísimos. Llegaban y, por ejemplo, entraban a las casas y se llevaban hasta las, hasta la comida del refrigerador se llevaban, con eso te digo todo. Militares y federales. Se llevaban las cosas, las televisiones, las televisiones plasma, olvídase. Celulares, todo lo que se, se lo llevaban. Inclusive se, cuando hay algún, alguien que levantan en la calle que hayan matado, lo primero que hacen es esculcarlos... Yo no digo que todos sean barbajanes y ladrones, abusones, pero sí se vio muchísimas cosas, que llegaban y desvalijaban las casas. Y a veces, casas que ni nada tenían que ver y les robaban sus cosas.

El trauma es la definición de un tiempo, aunque al abundar, se trata como un estado al que se ha llegado a partir de la suma de los muchos eventos provocados por muchos

sujetos dedicados a la venta de drogas, al robo, a las actividades ilegales y violentas en general.

3.5.2 La naturaleza de las víctimas

En cuanto a la naturaleza de la víctima, la amplia experiencia de estos actores con las variadas expresiones y sus diferentes objetivos y mecanismos, les permite identificar, en alguna medida, distintos perfiles y prácticas de riesgo. Todos han pasado por eventos violentos y saben que estos pueden ocurrirle a cualquiera, sin embargo, parece predominar la perspectiva de que son especialmente aquéllos involucrados en ese tipo de actividades quienes terminan muertos o heridos, no en un afán criminalizante, simplemente de causalidad, de probabilidad. No obstante, no aparecen en las narrativas representaciones de víctimas casi icónicas de “la violencia”, única forma que se tiene hasta ahora para nombrar este tiempo. Algunas de las vendedoras mencionan a las jóvenes mujeres víctimas de feminicidios, otra a los chicos asesinados en Villas de Salvárcar. Las víctimas son, como puede encontrarse, con insistencia, en el sentido de sus historias, las personas buenas y pacíficas de la ciudad, quienes padecen, de manera fortuita, el encuentro cruel y desafortunado con personas que se dedican a robar, a secuestrar, o en el peor de los casos, con sujetos despiadados y malvados que, sin motivo que resulte lógico, terminan con la vida. Más allá de reconocer como víctimas a quienes han sido asesinados, de reivindicarles por agravios concretos, se piensa en las personas que han sido lastimadas, en aquéllas que ven transformadas sus vidas por completo después de un robo, en los días con dolor, el de las hijas de las mujeres desaparecidas, el de las familias de los jóvenes ejecutados pues se teme pasar por lo mismo y no se considera menor perder a un esposo, a un hijo, una madre.

3.5.3 Relación entre audiencia y las víctimas

Estas ideas consiguen desarrollarse mejor en la siguiente categoría, la que corresponde a la relación entre las víctimas del trauma y la audiencia. Si bien suele considerarse que, al principio de este proceso, muchos de los miembros de la comunidad afectada no parecen encontrar nexos con aquéllos que han recibido el impacto, en este caso sí es posible observar fácilmente que se comparten con ellos rasgos altamente valorados por la colectividad en su conjunto, de modo que pueden participar simbólicamente de su experiencia. Aun en los casos de ejecuciones u homicidios que suelen criminalizarse, por sus características, a estos actores no les cuesta reconocerlos como individuos con familias que les aman, en el caso de los hombres jóvenes, como hijos, padres y esposos. Siendo la familia tan importante como se advirtió anteriormente, siendo el motivo que articula la vida y el movimiento, lo que debe protegerse y consentirse, aparece en ellos y ellas el impulso de pensar qué se sentirá perder a alguien tan querido. Sandra realiza este ejercicio, se pone en el lugar de otras madres, se imagina las preguntas que se hacen en el caso de las desapariciones, su angustia; las admira pero también teme pasar por lo mismo cuando piensa en su nieto y en que los jóvenes se encuentran en mayor riesgo:

Roberto me preocupa porque, pos es un muchachito que tiene 17 años y quiere salir, él quiere andar en fiestas y todo eso. ¿Sí supiste de una, de un, cuántos años hará, unos tres años, de las muertes, te acuerdas de Villas de Salvárcar? Cuántos muchachitos murieron ahí, estudiantes de Bachilleres, cuántos.

Los otros actores también se identifican, se sienten agraviados:

Estamos muy enojadas, por todo lo que pasa, porque sí sigue pasando, porque, si una persona muere, al día, es mucho. Porque uno, necesitas ponerte en los zapatos de la familia de que lo mataron ese día para darte cuenta. Y uno es muchísimo. Dicen "ay-", podrá decir el gobernador, "ay, bajaron el 80 por ciento". Que le pregunten a la señora que le mataron a su hijo qué opina. Son muy frías las, o sea, la noticia que dan, es muy frío. "Fíjense que, hoy, este mes, fue menos", pero, menos para él, pero para las gentes que les faltan su esposo, sus hijos. Hay muchas mujeres también muertas.

Si bien no se conoce de primera mano, en la mayoría de los casos, la experiencia, la extensión y la complejidad de las expresiones de violencia en la ciudad, de los mecanismos a través de los cuales se hacen presentes, así como el conocimiento previo que se tiene de situaciones cercanas, este aprendizaje que les permite hacer frente al nuevo panorama, da lugar a que se consideren muchas maneras de ser víctima. Es que este trauma no consiste en un evento delimitado espacial y temporalmente, sino en un acontecimiento diacrónico que ni siquiera alcanza a contemplarse en su totalidad, que consta de elementos que la mayoría sólo puede imaginar. Los actores consiguen atisbar lo complicado que es dar cuenta de lo que sucede, lo saben precisamente porque conocen múltiples maneras en que la violencia se entreteje en la vida; lo que comprenden y pueden representar les lleva a relacionarse, también de diversas formas con las numerosas víctimas, como con los espectadores, pues presenciar lo que acontece también es una experiencia dolorosa.

3.5.4 Atribución de responsabilidad

El último elemento de la narrativa del trauma corresponde a la atribución de responsabilidad. Ésta es probablemente una de las más complicadas de reconocer en la apropiación que realizan los actores. Pueden identificarse perpetradores en los relatos de eventos concretos pero, como se comentó con anterioridad, no se suele abundar en estos personajes, o son hombres sencillos que no pertenecen a una organización o grupos de profesionales cuyos intereses se encuentran más allá de las ganancias de robos simples. Lo que no aparece en sus historias es este ejercicio de hacer responsable a un sujeto, individual o colectivo, o varios de ellos, de "la violencia". Aunque encuentran esta situación nueva, desconocida, la relacionan de manera muy importante con la historia violenta de la ciudad, como si se tratara solamente de un pico, de un punto especialmente alto en ella. Esto, aunado a la complejidad de lo que ocurre y a la falta de información, dificulta construir representaciones claras de los protagonistas de esta

historia, como pudo observarse en el quiebre con respecto al tratamiento de actores que participan en lo ilícito y lo criminal y en la confusión, en la dificultad para nombrar.

3.6 La apropiación narrativa de la experiencia de la violencia en forma de trauma: insumos y nuevas representaciones

Como pudo observarse en este capítulo, la historia utilizada por el gobierno federal para explicar la situación de violencia desde el inicio del Operativo Conjunto Chihuahua, una que, se decía, se limitaba a una cuestión de seguridad de la que las autoridades se hacían cargo, fue contestada por la ciudadanía cuando la primera no consiguió representar satisfactoriamente lo ocurrido en la masacre de Villas de Salvárcar.

Las declaraciones oficiales, que ignoraban e iban en contra de la reacción interpretativa de las familias que perdieron a sus hijos en el evento y en la que se desarrollaban ya los elementos de una narrativa del trauma, dieron lugar a una disputa de sentido por la definición de la situación, una vez reconocidos por todos la existencia de víctimas y el carácter colectivo del sufrimiento, y por la instauración de la propia como narrativa maestra.

A pesar de la victoria del gobierno federal y su relato, la narrativa ciudadana fue propuesta a la audiencia y permanece aun como otra historia, como otro conjunto de respuestas distintas a las oficiales, unas que interpelan por su generosidad para con la ciudad y sus habitantes.

Dado que estas estructuraciones discursivas y los elementos que las componen no se asimilan tal cual sino que son apropiados a través de un trabajo de sentido en el que la materia prima o los referentes se transforman y resignifican -puesto que la mayoría de ellos se conocen ya-, son los provistos por las experiencias de cada hombre y cada mujer, es necesario exponer éstas para conocer y comprender este proceso cultural y sus resultados.

En el caso de personas concretas que dan vida a una importante formación económica de la ciudad que es, a la vez, muy rica culturalmente, parece relevante el registro de su experiencia de la vida cotidiana, es decir, de sus rutinas. En éste se

encuentran la importancia del hogar, la gran cantidad de tiempo que se pasa en él, que se disfruta ahí lejos del peligro que todavía se encuentra en la ciudad. Incluso en zonas aledañas, en la misma colonia, en sus banquetas, esquinas y parques, se llega a temer, con lo que se dificulta su uso, la familiaridad, la convivencia. Además de en la casa, la vida transcurre entre las demandas del mercado y el encuentro con la familia; aun cuando ésta exige recorrer grandes y desconocidas distancias, con ella se comparte prácticamente todo uso de la ciudad que vaya más allá del trabajo, uno más bien limitado ante la expansión de las zonas y lugares que se perciben como inseguros. También El Paso, extensión geográfica, cultural y económica que hace de Juárez un espacio transfronterizo, se habita en compañía de la familia, ya sea porque ésta vive del lado estadounidense o porque se busca en su oferta un consumo y una recreación seguros, así como mercancía en presentaciones y precios que incrementan su ganancia en la venta.

Un segundo registro relevante, es el de la experiencia que provee la particular condición de ser vendedores y vendedoras en mercados de segunda mano en la ciudad. En este trabajo, luego de algunos años, todos y todas se consideran como comerciantes que se reconocen algún éxito conseguido a base de mucho trabajo, y como poseedores de un conocimiento amplio sobre el negocio y también sobre el lugar en el que se convierte el mercado y la gente que ahí se encuentra.

Algunos de los rasgos específicos de esta experiencia consisten en la necesidad de recorrer la ciudad y el espacio transfronterizo completo en busca de mercancía, de configurar redes que provean y consuman, así como en el desafío performativo de participar en la representación de un mercado al que la gente desee ir, casi uno de primera, con mercancía de la misma calidad.

Finalmente, resulta también importante conocer la experiencia que estos actores han construido en su relación con la violencia en la ciudad, es decir, con actividades ilícitas o violentas y aquellos y aquellas que las perpetran. En la exploración, se encontró que se tiene un amplio conocimiento al respecto, que éste se encuentra incorporado a la cotidianidad sin generar un agudo malestar y que estas dinámicas no generan gran desconcierto, al contrario, se encuentra en ellas sentido y orden, pues algunos ambientes han permitido el acceso a historias concretas de personas involucradas.

Ellos y ellas saben también lo que provocan en la ciudad las actividades violentas y criminales en el tiempo, una vez más, a partir de relatos individuales que se van sumando y les permiten entender, tal vez lo suficiente para no demonizar a los perpetradores, para que pueda hablarse de ellos sin perturbación e incluso con humor, reconocerse las ventajas económicas de su actividad y permitirse la convivencia con estos en algunas circunstancias.

Sin embargo, llaman la atención al respecto, diferencias entre la forma en que se les nombra cuando se cuentan historias anteriores a la construcción del trauma y luego de éste, en las que parece que ahora, si bien se comparten más códigos con el resto de la ciudadanía para narrar este tipo de historias y la comunicación se vuelve más inmediata, la relación con los primeros es menos familiar y menos rica en sentido, más árida. La estrategia para cualquier forma de vinculación con ellos, a pesar de esto, sigue siendo la misma, el disimulo.

Estos elementos vuelven a aparecer con fuerza cuando se extrae la narrativa del trauma que han compuesto los actores luego de su exposición a la narrativa maestra y a la contra narrativa ciudadana. Se encuentra que, las estructuras mínimas de sentido delineadas en las formas de experiencia, favorecen la comprensión del proceso de adaptación y negociación que los actores han llevado con respecto a las acciones violentas y a sus representaciones en las historias del trauma.

Los hombres y las mujeres que trabajan en los mercados de segunda mano de la ciudad, se apropian de la narrativa maestra con una amplia sensibilidad que les permite identificarse con las víctimas directamente por el simple hecho de serlo, porque las víctimas en la ciudad suelen ser personas pacíficas, como ellos mismos dicen, que no están involucradas con ninguna actividad criminal pero no se ven exentas del peligro por ello. Incluso en el caso de jóvenes dedicados a delinquir que son victimados, el pensar en el dolor de las familias, es suficiente para interpelarles. Interpretan, negocian y adaptan para dar forma a su propia historia, utilizando muchos de los recursos cognitivos y simbólicos que poseen ya, comenzando a incorporar nuevos, pero con una falta de información que se hace evidente ante la imposibilidad de representar personajes y situaciones inéditas, y por la falta de íconos, de referentes mucho más concretos. Las nociones anteriores parecen de pronto suficientes para entender lo que sucede ahora, ya

que, de pronto, la situación se piensa como un pico, como un momento de violencia particularmente extendida, debido a la asimilación de la representación que se ha hecho de la ciudad desde siempre, la de una ciudad esencialmente violenta.

CAPÍTULO 4

LA APROPIACIÓN PERFORMATIVA DEL TRAUMA CULTURAL EN MERCADOS DE SEGUNDA MANO

El trabajo de sentido que los habitantes de la ciudad realizan en torno al trauma que han sufrido como colectividad no termina cuando estos, expuestos a la narrativa maestra que se impone en la definición de la situación, del sufrimiento ocasionado, resignifican los elementos de su experiencia y desarrollan un relato propio de lo ocurrido, una pequeña narrativa. Si bien se ha intentado recuperar estas versiones desde la estructuración discursiva de fragmentos que aparecen en relatos breves, surgidos en el cuestionamiento acerca del transcurrir de la vida en la ciudad, el trabajo en los mercados de segunda y la relación con la violencia, ellas no se encontrarían completas sin la aproximación al ejercicio de compartirlas, de presentarlas ante otros. Y es que, la búsqueda de sentido no está completa con el desvelamiento de estructuras de significados, se requiere también que éstas sean reconocidas en la manera en que se ensayan en la acción, pues sólo a través de las acciones de actores sociales concretos, el sentido cobra vida y se vuelve efectivo en la realidad.

Es el performance la forma que concibe la acción social como un momento en el que se conjugan acción y sentido, que permite entender cómo, para dar a conocer las intenciones y la situación que se desean comunicar y así poder interactuar, los actores reflexionan sobre ellos mismos, se definen, dramatizan su historia colectiva y sus mitos, pero también, se presentan alternativas y, eventualmente, cambian en algún modo mientras que en otros, permanecen iguales (Alexander, 2011).

En este capítulo, luego del acercamiento narrativo a las formas de experiencia de algunos habitantes de la ciudad, a redes de significados que han ido tejiendo, así como a las versiones del trauma apropiadas a partir de la narrativa maestra y su contra narrativa, se intenta reconocer el despliegue de sentido que realizan los actores en el performance que se da en los mercados de segunda mano. Las particulares características de estos lugares, como la ausencia de infraestructura y, con esto, la necesidad del montaje en

cada jornada pero, sobre todo, el origen de la mercancía que ahí se ofrece y su carácter impuro invitan a pensarlos así, como grandes puestas en escena en las que busca representarse un mercado de segunda que ofrece efectos de primera. En la acción de las vendedoras y vendedores que ahí se encuentran el objetivo es el intercambio, y para conseguirlo, deben desplegar en ella y hacer accesible a los otros, un conjunto de significados en torno a su situación, uno que les persuada, que invite a estas consumidoras y estos paseantes a comprar.

Para este acercamiento a una acción en la que se entreteje el sentido, donde cobran vida estas estructuras, se revisa, en una primera sección, cómo surgen estos mercados en la ciudad, a partir de historias concretas de algunos de los más viejos y reconocidos, así como la importancia económica que han adquirido estas formaciones y su acelerado proceso de expansión en los últimos años. En la segunda parte del texto se comenta cómo los vendedores y las vendedoras adquieren la mercancía que ofrecen en cada jornada, es decir, las fuentes que abastecen los mercados, que los hacen posible. En este examen se vuelve evidente que el origen de muchos de estos artículos es de un carácter particular, algunos contrabandeados en grandes cantidades o en el modo “hormiga”, otros producto del robo de camiones de transporte comercial o del hurto a pequeña escala, desechados por no satisfacer los criterios de calidad exigidos para su venta en tiendas de los Estados Unidos o anteriormente utilizados y luego dejados por familiares, amistades y desconocidos que los venden a bajos precios o los regalan. Quedan así todos ellos con la impronta de la polución, marca que no favorece el deseo por adquirirlos y vuelve necesario, para no lastimar las posibilidades del intercambio, que su exhibición se convierta en una representación donde los primeros sean mostrados como impolutos, como artículos que, a pesar de no ser nuevos, son de tan buena calidad y se encuentran tan en buenas condiciones que son, prácticamente, de primera. Es por ello que, estas singulares formas de vender y comprar y el excepcional origen de su mercancía, permiten pensar los mercados de segunda mano como una gran puesta en escena en la que tiene lugar el performance del intercambio, exhibición de sentido que consigue en numerosas ocasiones rebasar el tema de la simple transacción y hacer aparecer elementos de significado de las configuraciones social y moral del colectivo del que se es parte. Para adentrarse en este espacio privilegiado de encuentro donde los

textos culturales hablan y caminan, en aras del intercambio, se introducen, en un tercer momento del capítulo, los escenarios en los que se realiza la presentación, dos mercados de la zona poniente. En ellos se efectuaron jornadas de observación participante, tuvieron lugar múltiples conversaciones y se condujeron entrevistas, a los actores cuya experiencia se presenta y analiza. Con la descripción de las zonas en que se encuentran estos mercados y un primer delineado de estos, queda armada la estructura encargada de dar soporte a la puesta en escena, el conjunto de circunstancias en las que aparece. Finalmente, en la cuarta y última parte, se detalla el trabajo que se realiza y los elementos que se disponen, no sin algo de artificio, para montar un mercado con mercancía de primera y dar lugar a la puesta en escena en la que se desarrolla el proceso social del performance del intercambio. Los componentes de éste, participan en la apuesta por una comunicación y un entendimiento no mediados, por un encuentro en el que los significados consigan transmitirse de manera efectiva y relevante: los actores, los medios de producción simbólica, los textos que sirven como referente inmediato para la acción y aquellos otros patrones de sentido latente o representaciones colectivas a los que se ésta se remite. En un esfuerzo por recuperar la cuestión tratada a lo largo del capítulo y del texto en su totalidad, para redondear el cierre, se hace un acercamiento a casos de performance especialmente exitosos en los que actor y espectador consiguen creer que el sentido que presentan es verdadero, esto es, que es válido el contenido simbólico de la comunicación y auténtica la intención del otro, y así encontrarse y comunicarse. Es en estos momentos en que la codificación y la interpretación fluyen y se logra la identificación psicológica, que los textos que corresponden a la experiencia de la violencia que ocasionó el trauma en la ciudad, al sufrimiento que implicó éste y al horizonte de sentido que se proyecta sobre el espacio que se habita y el futuro en él, tienen también efecto en la realidad, orientando la acción y siendo compartidos a través de ella. Es así que se encuentra una apropiación no sólo narrativa sino performativa del trauma cultural que los habitantes construyeron en la ciudad a partir de su experiencia con la violencia, del doloroso sentido que se encontró en ella, junto a muchos otros significados que interpretaron, adaptaron y con los que negociaron, de manera colectiva, a partir de esta acción rebotante de sentido, para continuar la vida, una ligeramente distinta, con formas de experiencia resignificadas.

4. 1 Los mercados de segunda en la ciudad

A principios de los años setenta, Doña Adela decidió ponerse al lado de un puñado de hombres y mujeres que ofrecían a la venta algunos objetos sueltos sobre la banqueta de la calle Ramón Velarde; ella colocó algunos pares de pantalones de mezclilla y se puso a esperar. Quienes pasaban por esa área del centro de la ciudad, aminoraban el paso o se detenían a mirar, algunos compraban. Más personas llegaron buscando un espacio y un ingreso, y cada una distribuía sus artículos en uno de los grandes cuadros marcados en la acera. Un par de años después del arribo de Adela, mujer madre y esposa de mediana edad, se había reunido ya un grupo numeroso que comenzó a organizarse y a conseguir mejores condiciones para la venta y que, de a poco, fue comprando las casas de la Velarde y de las calles que la intersectan, en las que hoy se encuentran los locales que conforman el Mercado Revolución, uno de los más viejos de Juárez. El mercado, mejor conocido como “la Velarde”, se extiende por cinco cuadras de esta calle, y arborece hacia ambos lados otro par de manzanas. Ahí los negocios son especializados, muchos en venta de ropa de segunda mano, con grandes estructuras circulares llenas de prendas colgadas en ganchos, las “ruedas”, organizadas por precios que suelen ir de los cinco a los veinte pesos por pieza; aquéllos que venden bolsas y mochilas, tenis, bicicletas, grandes salas y comedores, son conocidos mucho más allá del centro histórico, pues lo que ofrecen es antiguo y de diseños que difícilmente se encuentran en otro sitio. Uno de esos lugares de mercancía peculiar es el que sólo tiene a la venta artículos militares, desde chamarras, playeras y pantalones, hasta botas y cantimploras especiales, todos hechos para soldados estadounidenses en color verde o estampado al estilo “tormenta del desierto”.

Adela dejó los pantalones hace muchos años para comenzar a vender alfombras junto a la esposa de su hijo, quien compró una casa sobre la Mauricio Corredor, a dos cuadras de la Velarde, pero recientemente se vio obligada a cambiar nuevamente de giro, pues el traslado de la mercancía que compraban en El Paso se complicó con el aumento de los impuestos que debían pagarse al cruzar. La familia se dedica ahora a la venta de muebles y casas de animales, todos los días desde las nueve de la mañana hasta las cuatro o cinco de la tarde, sin falta, porque la venta varía tanto que no pueden arriesgarse

a perder una buena jornada. Ambas mujeres, con sus permisos de la Secretaría de Hacienda y la Dirección de Comercio en regla, han dejado de asistir a las reuniones de la organización, como la mayoría de los locatarios de la zona, pero siguen, junto al resto, a quienes conocen desde hace varias decenas de años, abriendo cada día y sosteniendo la vida comercial en esas calles a las que se llega desde muchos puntos de la ciudad, en busca de “las segundas de la Velarde”.

Como en el Mercado Revolución, otros grupos de personas se fueron encontrando en la venta y organizando esta reunión que, uno o dos días a la semana, daría lugar a su propio mercado. El conocer estas experiencias, motivaba a otras y a otros en colonias cercanas para intentarlo también. Emilia, por ejemplo, que ha vivido por más de tres décadas en la colonia La Cuesta, en la que se convirtió en la nueva zona centro de la ciudad después de su expansión en la segunda mitad del siglo XX, recuerda que en el año de 1983 se enteró de que, muy cerca de su casa, algunas personas de la colonia Tierra y Libertad llevaban unos cuantos meses acomodándose con artículos para vender sobre un camellón cercano. Ella se acercó y se organizó con quienes habían comenzado; el primer año fue difícil, pues la gente de la colonia no estaba contenta, les molestaba sobremanera el carácter anti-higiénico que creían encontrar en las actividades del incipiente mercado. Poco a poco, cuenta Emilia, se fueron dando cuenta de que su presencia no era dañina sino que resultaba en beneficios para la colonia, y muchos más habitantes de por ahí se fueron sumando. Treinta y un años después, Emilia, como Doña Adela, sigue preparando su mercancía desde temprano y atendiendo su negocio, sólo que ella no lo tiene en un local de su propiedad, sino dentro de los límites que marca, sobre el camellón, la estructura metálica en forma de cubo, el “cuadro”, que cubre con una lona plástica sujeta con grandes broches a los travesaños superiores. Tampoco abre su negocio todos los días, pues el Mercado del Seguro Nuevo, que sube por toda la Benemérito de las Américas desde que la calle comienza en la avenida Valentín Fuentes, frente a la Unidad de Medicina Familiar número 34 del Instituto Mexicano del Seguro Social, se monta sólo los jueves y viernes por la tarde, y en las mañanas de cada sábado y domingo. Las segundas del Seguro, como ahora se conocen, también han conseguido fundar una tradición propia y consolidar un público proveniente de un amplio radio en torno a la colonia Infonavit Casas Grandes, donde éstas se encuentran. La organización

del mercado tiene hoy la forma de una mesa directiva -cuya líder actual fue elegida por medio del voto de los miembros, como en cada ciclo-, que celebra reuniones periódicamente, emite comunicaciones para las vendedoras y los comerciantes a quienes agremia y planea fiestas y eventos de convivencia. Las condiciones son muy distintas para los mercados más jóvenes, incluso para los que apenas comienzan, Emilia lo sabe; a su generación le costó conseguir visitantes, pero es que, en ese tiempo “no era como ahora, que donde quiera se pone un mercado y la gente va”. Ella conoce otras historias en las que, tan pronto como algunas personas comienzan a frecuentar un sitio con su mercancía, éste se convierte rápidamente en un importante centro de gran atracción.

Casos como estos, de mercados que aparecen así, del improvisado uso de las aceras como aparador para la venta de artículos de gente que en poco tiempo comienza a multiplicarse y eventualmente se organiza desde el interior o consigue ganar su independencia a través de la compra de propiedades, están lejos de ser representativos de este fenómeno en Ciudad Juárez. Muchos de los más antiguos fueron planeados por organizaciones gremiales de la ciudad como una alternativa para promover el empleo y facilitar el abastecimiento entre personas de muy bajos ingresos que habitaban sus zonas de influencia, o esfuerzos vecinales de sus afiliados que pagaban por su protección y respaldo. Desde principios de la década de los ochenta, la Confederación Revolucionaria de Trabajadores (CRT), ponía en funcionamiento estos tianguis, como hicieron también la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), la Confederación de Trabajadores de México (CTM), el Frente Nacional de Organizaciones y Ciudadanos (FNOC), la Confederación Obrera Revolucionaria (COR), la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y el Comité de Defensa Popular (CDP)⁷⁷. También desde los gobiernos municipales aparecieron y se llevaron a cabo, por lo menos desde 1985, algunas iniciativas de programas intensivos de dotación de empleo temporal en la forma de tianguis para que las personas de escasos recursos acudieran a vender sus productos⁷⁸.

En Ciudad Juárez, así como en otras ciudades mexicanas de la franja fronteriza, los malas condiciones en el empleo y la facilidad para adquirir mercancía usada, de desecho y de diversos giros como: abarrotes, alimentos preparados, ropa, calzado,

⁷⁷ Monroy, E. (24 de junio de 1996). La magia de la fayuca en Juárez. *Diario de Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁷⁸ Programas de Desempleo. (6 de agosto de 1985). *El Norte*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

juguetes, mercería, electrodomésticos, vinos, licores y cigarros proveniente de los Estados Unidos de mayor calidad y más bajos precios, han hecho de los mercados de segunda una atractiva opción para la ciudadanía común, pero también para aquéllas y aquéllos que podían beneficiarse de la administración de los mismos, o de organizar el paso del contrabando a través de las aduanas⁷⁹. Sólo en el año de 1994, se vendieron en México más de 6 mil millones de dólares en mercancía usada o de desecho que fue introducida por las 18 aduanas de la frontera norte, entre las que destacan las de Juárez, Nogales, Tijuana, Laredo, Matamoros y Piedras Negras; estos artículos fueron comercializados dentro de un mercado de más de 55 millones de personas y, debido a que el valor de venta puede elevarse hasta en más de 500% con respecto al valor de compra, ellos generaron ganancias por más de 28 mil millones de dólares⁸⁰.

Estos grandes volúmenes de mercancía y ganancias, sólo podían ser movilizadas por una red de la misma magnitud. En un estudio sobre economía informal realizado en 1993 por la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco), Ciudad Juárez aparecía como la quinta ciudad con más vendedores ambulantes en México, con 8,526; de las 45 urbes estudiadas en 25 estados del país, se encontraba sólo por debajo del DF, Guadalajara, Nezahualcóyotl y Naucalpan⁸¹. Tres años después, en 1996, la sede local de la Cámara Nacional de Comercio, estimaba que el número se había multiplicado, alcanzando ya las 20 mil personas, alrededor de 18 mil de ellas dedicadas a la venta al menudeo en las calles, y otras dos mil entre las que se encontraban empresarios, profesionistas, líderes y funcionarios públicos, dedicadas a monopolizar el contrabando, a concentrar la propiedad de los espacios y los puestos y, con ello, enormes ganancias⁸².

Desde principios de la década de los noventa, la iniciativa privada y los organismos municipales encargados de la regulación del comercio, comenzaron a denunciar la magnitud de los ingresos obtenidos en la venta de productos ingresados de

⁷⁹ Monroy, E. (24 de junio de 1996). La magia de la fayuca en Juárez. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸⁰ Viguera, C. (22 de julio de 1994). México, potencial mercado de 6 mil mdd para productos usados de EU. *El Financiero*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸¹ Monroy, E. (24 de junio de 1996). La magia de la fayuca en Juárez. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸² Monroy, E. (24 de junio de 1996). La magia de la fayuca en Juárez. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

manera ilegal desde el vecino país del norte y distribuidos en la calle sin permisos ni pago de impuestos, así como de grandes volúmenes de artículos robados de tráileres que circulan por la entidad y la gravedad de la afectación a la economía local⁸³. Frente a la presión de estos sectores, se realizaron diversos intentos por disuadir el contrabando, como emitir alertas para advertir de los riesgos sanitarios de adquirir ropa usada, excavar zanjas anti contrabando (40 metros de largo, 50 centímetros de ancho y medio metro de profundidad) en varios cruces naturales para evitar el cruce de *fayuqueros*⁸⁴, y pedir al gobierno federal la disminución del monto de la franquicia permitida por familia. Sin embargo, en este conjunto de prácticas comerciales, algunas de carácter abiertamente ilegal y otras, cuando menos ambiguas al respecto, era bien conocida la colusión de funcionarios municipales y la participación del personal de aduana en la internación de la mercancía. Los protocolos eran claros para quienes se dedicaban a ello, luego de efectuar un pago en dólares a la Policía Fiscal Federal en el puente de regreso a México, los *pasadores* sabían que había también sitios ya designados para la entrega de una cuota menor a elementos de la Policía Judicial Federal⁸⁵.

Los mercados de segunda en la ciudad que se dedican, en buena parte, a la venta de contrabando hormiga y por volumen, siguieron multiplicándose y consolidándose por la ciudad; en el año 2000 la Dirección de Comercio municipal estimaba la existencia de alrededor de 45 mercados⁸⁶, en el 2003 contaba 62⁸⁷, y en el 2005 los datos reportaban 200 espacios de este tipo, aunque no todos ellos registrados⁸⁸. Luego de la crisis económica que se dio en el año 2008, la importante pérdida de empleos en la ciudad se reflejó en el sector del comercio informal: en la ocupación de calles, parques y otros espacios públicos para este fin, en el número de vendedores y vendedoras registradas y pagando derecho de piso por su permiso, en la diversidad de sus perfiles, entre los que

⁸³ Monroy, E. (24 de junio de 1996). La magia de la fayuca en Juárez. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸⁴ Silva, C., Castro, S. (28 de octubre de 1992). Impiden el cruce de fayuca con nueva zanja en Anapra. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸⁵ Sosa, L. (4 de agosto del 2000). Inundados mercados de fayuca. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸⁶ Sosa, L. (4 de agosto del 2000). Inundados mercados de fayuca. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸⁷ Gínero, Á. (24 de marzo de 2003). Gana piratería terreno. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁸⁸ Luján, F. (16 de mayo de 2005). Arrancarán operativo para ordenar. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

podía ahora encontrarse a universitarios, profesionistas, personas con discapacidad y de la tercera edad, además de su aparición más allá de las colonias marginadas del poniente, en cocheras de zonas habitacionales de clase media⁸⁹. Creció el número de mercados, el tamaño de los existentes y los ingresos de sus líderes producto de las cuotas diarias que se cobran por cada puesto; en el año 2011, alrededor de 100 hombres y mujeres que se encontraban a la cabeza del total de las organizaciones, controlaban, cada una o cada uno de ellos, entre dos y cinco mercados en los que pedían de 15 a 50 pesos por jornada de venta⁹⁰. Al año siguiente, un estudio de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), señalaba que el 30% de la actividad económica en la ciudad se encontraba sustentada en la informalidad⁹¹, y en el mismo 2012, las cifras del INEGI confirmaban que se trataba de entre 232 mil y 237 mil habitantes desempeñándose en ella de manera registrada, además de entre 30 mil y 35 mil visibles ante Comercio⁹²; de este total de 267 mil personas, el Colegio de la Frontera Norte estimaba que 40 mil trabajaban en los mercados de segunda mano⁹³.

Durante los últimos años y hasta ahora, tiempo en que ha habido una alza de precios debido a la homologación del IVA, la presencia de mercados en diques, arroyos, calles, avenidas, parques, plazas, monumentos y vías del tren no ha hecho sino aumentar; actualmente se habla de poco más de 500 mercados distribuidos por toda la ciudad, muchos de ellos aún bajo el liderazgo y la protección del CDP y la CRT, y de ganancias reportadas de alrededor de 1,632 millones de pesos anuales. Quienes venden no ven aumentar sus entradas, pero sí observan, en este fenómeno consolidado de las *segundas* en la ciudad, pequeñas transformaciones, como el incremento entre su clientela de consumidoras y compradores de niveles socioeconómicos más altos.

⁸⁹ Corral, B. (31 de octubre de 2011). Miles convierten calles en mercados. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁹⁰ Corral, B. (3 de noviembre de 2011). Cobran permisos pero no ordenan. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁹¹ Ortega, L. (20 de enero de 2012). Se vio la economía informal como una válvula de escape. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁹² Ortega, L. (22 de enero de 2012). Generan por contrabando y piratería 3,600 mdp al año. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁹³ Rebolledo, A. (4 de enero de 2012). Libre entrada de productos chinos surtirá a 'segundas'. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

4.2 Lo ilegal, robado, defectuoso y usado como sello de la mercancía

En las segundas se vende de todo; cualquier objeto, en cualquier estado, es susceptible de despertar interés y ser comprado. La mayoría de las comerciantes y los vendedores se especializan en un giro, como el de la ropa de segunda mano, el más representativo de este tipo de mercados. La colocan en montones en los que cada pieza tiene el mismo precio, sobre mesas o lonas en el suelo que la gente desordena constantemente en la busca de prendas en buenas condiciones (sin manchas permanentes, sin agujeros, con botones y zíper que funciona); las mejores piezas, sin embargo, las de diseños y marcas más cotizadas, no se encuentran ahí, sino exhibidas en ganchos, junto a otras de precios igual de elevados con respecto a los montones.

La mercancía en cada puesto proviene de distintos lugares, dependiendo de las posibilidades de cada vendedor o cada vendedora de profesionalización, inversión y tránsito en los Estados Unidos. En una escala elaborada a partir de estas características, los niveles quedarían como sigue: el más bajo correspondería a vender la ropa que se desecha en la propia casa, seguido de la que es regalada por familiares y amistades, luego la que se recibe como donación de conocidos que residen en los Estados Unidos, la que se compra a contactos que la desocupan con frecuencia o en ventas de *garaje* en Juárez, la que se adquiere en ventas de *garage* en El Paso, y por último, la que se consigue por paca. Este máximo nivel de profesionalización, requiere de inversiones que no cualquier vendedor se encuentra en condiciones de realizar. Se trata de grandes paquetes de prendas diversas que se preparan, por volumen o por peso, en los Estados Unidos: la ropa llega a algunos centros como donación para la beneficencia, desde instituciones que la recolectan para que sea revendida y así reunir fondos. Es sobre todo cuando las piezas se encuentran en mal estado que son llevadas a empacadoras que las ofrecen a contrabandistas para las ciudades fronterizas mexicanas. También llegan gracias a los saldos y la ropa defectuosa de los centros comerciales estadounidenses, y se cobran a partir de su clasificación de calidad: grado 1, que no se ve usada y puede tener

etiqueta, grado 2, que no pasa por un proceso clasificatorio, grado 3, que tiene manchas o rasgaduras, y Especial, que es nueva y de marcas de moda⁹⁴.

Vendedoras como Ruth, una mujer que renta, junto a su marido, un profesor jubilado, dos locales en el mercado, y que se dedica a la ropa de segunda, tienen tratos con *pasadores*, hombres que cobran por cruzar las pacas de mercancía de El Paso a Juárez, por veinte dólares cada una. La comunicación con ellos es permanente pues, aun cuando tienen sus propios convenios con agentes de la aduana, no hay días ni horarios definidos para pasar, y en algunas ocasiones, como durante las semanas del trabajo de campo, no consiguen llegar a Juárez con la mercancía prometida debido a un reforzamiento en la vigilancia de los cruces.

Nancy, al igual que Ruth, obtiene de esta actividad su único ingreso y ha adquirido un alto nivel de profesionalización, es decir, no sólo reúne objetos para la venta, llega a invertir varios miles de dólares en la compra de su mercancía. Su giro no es la ropa sino los productos de importación, en especial zapatos, juguetes y mercería. Nancy pide préstamos a agiotistas que conoce, como ella misma les llama, para realizar compras fuertes de productos de cierta temporada varios meses antes de que se presente, como la de artículos escolares; además de invertir temporadas, se pregunta constantemente qué necesita su negocio y cuándo es un buen momento para inyectar capital en él. El tipo de mercancía que maneja se vende en las tiendas chinas o taiwanesas en las calles del centro de El Paso, justo al otro lado del Puente Internacional Santa Fe. Luego de cruzar caminando, compra algunas piezas de juguetes variados y algunos pares de zapatos, de distintos modelos y tallas, y de regreso, al ser cuestionada sobre lo que lleva, explica que se trata de juguetes que ofrecerá como premios en alguna fiesta infantil y que los zapatos son para sus nietos. No le permitirían cruzar cantidades grandes, así que realiza dos o tres viajes por semana a las tiendas en las que, por ser una consumidora importante con algunos años de antigüedad, recibe el descuento de las compras al mayoreo, aunque lleve sólo una pieza. Para esta actividad de contrabando hormiga, Nancy procura algunos cuidados: “una vez llevo gorra, otras veces llevo lentes, otras veces gorra y lentes. O sea, ahí se le llama camuflajeada.” También las

⁹⁴ Rebolledo, A. (27 de noviembre de 2012). Encarecen desde El Paso mercancía de ‘segunda’. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

profesionales lo hacen; ella conoce a jóvenes pasadoras que realizan varios viajes al día en el camión Transborder, que cruza de Juárez a El Paso y de vuelta por dos dólares, y que llevan, cada vez, una caja grande de 48 pares de zapatos de tamaño regular, 18 si son sólo de hombre, y pagan una cuota a los aduaneros que suben a revisar el camión en la garita.

Adriana, por otro lado, es también una profesional que tiene como actividad principal su venta en el mercado. Sin importar hacia dónde se dirija, siempre que se desplaza por la ciudad se encuentra atenta buscando las frecuentes ventas en patios y remates en cocheras de personas que están a punto de emigrar. Varios días a la semana sale desde muy temprano a distintos mercados, a los del centro y el poniente, como el San Pedro y San Pablo, Las Canchas, el Hidalgo o el Santa Rosa, pero también a los de la zona oriente, como el San Pancho o el Teto's. En ellos adquiere todo tipo de mercancía, pues su venta no es especializada, aunque es conocida por la venta de perfumes originales a buenos precios.

En los mercados con locales, es más sencillo acumular grandes volúmenes de mercancía pero, Adriana, al verse obligada a llevar y exhibir sólo lo que quepa en su auto y pueda montar y desmontar rápidamente en cada jornada, ofrece, de alguna manera, objetos selectos. Durante los ocho años que tiene dedicándose a la venta, ha hecho contactos que la llaman para venderle por volumen ropa o muebles de los que quieren deshacerse; también le regalan artículos, y el resto lo consigue en sus búsquedas como revendedora, a precios un poco más bajos que los que se piden a los consumidores regulares.

Sandra, como Adriana, tiene una venta diversa, pero representa un perfil de vendedora muy distinto al suyo. Ella tiene 70 años, vive con su esposo jubilado, y se dedica a la venta en el mercado Fernando Baeza los fines de semana para obtener un ingreso extra pero, sobre todo, porque le satisface. Todos los artículos que tiene en exhibición en su puesto, a excepción de los medicamentos y otros productos como pañales para adulto que consigue con familiares que trabajan en casas de cuidado en los Estados Unidos, son de segunda mano. Su mercancía no es comprada, es reunida en su totalidad a partir de las donaciones que consigue entre conocidos, hijos y nietos en Ciudad Juárez, pero, sobre todo, de lo que le traen su hermana y su cuñada de El Paso.

Ellas pueden pasar la ropa y los zapatos que van dejando porque viven en esa ciudad y su vehículo tiene placas texanas, por lo que, cuando los oficiales de migración en el puente observan las bolsas, pueden llegar a preguntar qué llevan en ellas, pero no decomisarlas. Las mujeres responden que los objetos son suyos, que los llevan a Juárez para su familia, y cuando la respuesta parece no satisfacer a los agentes, se dan la vuelta y regresan a dejar las bolsas en casa para llevarlas en otra ocasión. Si autos con placas mexicanas intentan lo mismo, cruzar bolsas con artículos usados, o con grandes cantidades de mercancía nueva, pueden obligar a los pasajeros a declarar lo que llevan y pagar por su importación, pero también pueden retenerles el auto.

En otros puestos cuya venta no es especializada, en los que pueden encontrarse objetos de diverso tipo, es común que la mercancía se obtenga de la misma manera, mayormente de regalos y donaciones. De forma correspondiente, los negocios donde se observa una oferta especializada: ropa infantil, refacciones para autos, electrodomésticos, muebles, discos y películas pirata, alimentos y productos de limpieza de marcas estadounidenses, mochilas y bolsos, ropa interior, maquillaje y accesorios o calzado deportivo, son administrados por hombres y mujeres que encuentran en esa venta su único ingreso o el más importante y que deben dedicar entre dos y cuatro días a la semana a la adquisición de mercancía. La preparación de los artículos y objetos que se ofrecen consiste, en muchas ocasiones, en los constantes cruces a El Paso, donde los productos importados de países asiáticos y los de despensa de marcas estadounidenses, de amplio arraigo en la frontera mexicana, se consiguen por precios inmejorables.

4.3 Dos mercados en el poniente: Andrés Figueroa y Fernando Baeza

Los mercados seleccionados para esta investigación y en los que se encontró a los hombres y a las mujeres cuyas experiencias, narrativas y actuaciones aquí se revisan, se ubican en la zona poniente de la ciudad, misma que comenzó a ser ocupada con la construcción de colonias populares desde 1930. Desde entonces, ésta ha tenido un desarrollo particular, distinto al de otras áreas, debido al límite que impone la sierra y a las dificultades que el terreno presenta para la urbanización. Ha crecido el poniente con

la impronta de los asentamientos ilegales y con un uso de suelo predominantemente habitacional, debido al poco atractivo que representa la zona en términos estratégicos y de rentabilidad. Si bien se encuentran aquí asentamientos de las primeras generaciones de personas nacidas en Ciudad Juárez, la población se compone actualmente, en su mayoría, de inmigrantes.

El poniente, el área habitacional más grande de la mancha urbana, concentra las zonas de bajo y muy bajo nivel de bienestar en la ciudad. Sus habitantes, generación tras generación, se emplean mayormente en la IME, ven estancada su escolaridad y limitadas sus posibilidades de habitar la ciudad debido al amplio rezago en pavimentación, a la alta densificación, la marginación en infraestructura urbana y la casi inexistente oferta para actividades deportivas y culturales.

En esta zona se encuentran las colonias en las que se inscriben los mercados, la Andrés Figueroa, donde se ubica el mercado del mismo nombre, y la colonia Azteca, donde se halla el Mercado Fernando Baeza.



Figura 1. Mercados en el poniente de la ciudad. Imagen satelital con señalización propia, escala indeterminada, tomada de Google Earth.

La colonia Azteca surge en la década de 1960 a partir de la invasión de predios por parte de colonos guiados por líderes y lideresas, de quienes se decía, se beneficiaban tanto de los pagos recaudados por cada terreno, como de los compromisos políticos conseguidos. Esta otra área del poniente es considerada de alto riesgo debido a que las viviendas se encuentran sobre las laderas de los cerros y muy cerca de diques que llegan a desbordarse con lluvias intensas. Con respecto a la zona de la ciudad en que se ubica, no es ella una excepción en cuanto al importante rezago en infraestructura urbana y la alta concentración de habitantes migrantes. Como rasgos peculiares de la Azteca se observan un elevado número de enfrentamientos entre menores de edad y una de las mayores incidencias en delitos de violación, abuso sexual y violencia intrafamiliar en la ciudad⁹⁵.

A partir del 2008, esta colonia se consolidó también como una de las zonas más peligrosas, con una constante y saliente ocurrencia de robos a casa-habitación y transeúntes, de lesiones, delitos sexuales, secuestros y homicidios, registrando ejecuciones prácticamente cada mes, además de numerosos casos de decapitación y descuartizamiento. Las agudas afectaciones por la violencia han dejado estas calles repletas de casas en renta o en venta, negocios cerrados y abandonados y calles vacías, en ocasiones incluso durante el día⁹⁶.

Un elemento característico de esta área es una inflexión en la avenida principal que lleva a ella, la Perimetral Carlos Amaya, conocida como “La Curva”, famoso punto de venta de autos, donde suelen exhibirse por decenas, en su mayoría internados ilegalmente desde los Estados Unidos, y por precios que comienzan alrededor de los 500 dólares. Junto frente a esta sección de la avenida, se encuentra, entre la unidad deportiva y el centro comunitario de la colonia, el Mercado Fernando Baeza, extendiéndose sobre un terreno de aproximadamente 900 metros cuadrados.

⁹⁵ Carmona, B. (13 de mayo de 2006). Registra el suroriente mayor número de delitos. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁹⁶ Minjárez, G. (2 de enero de 2011). Son El Granjero y la Azteca las colonias más inseguras. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

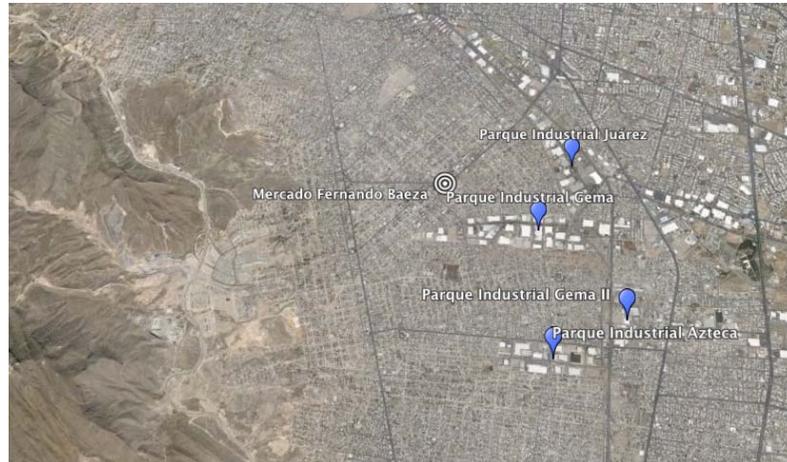


Figura 2. Mercado Fernando Baeza. Imagen satelital con señalización propia, escala indeterminada, tomada de Google Earth.

La colonia Andrés Figueroa surgió como un asentamiento ilegal a partir de las invasiones organizadas unos años después, en 1977, por el CDP y su líder, Pedro Matus, en los terrenos que ahora conforman esta y otras 18 colonias, todas regularizadas por el gobierno municipal a principios de los años noventa, cuando se calculaba habitaban en ellas entre 30 mil y 40 mil personas⁹⁷. Alrededor de 600 familias de la Andrés Figueroa obtuvieron entonces sus títulos de propiedad.

Esta otra área del poniente comparte con la colonia Azteca, además del origen como asentamiento ilegal, el riesgo en el que se encuentran sus pobladores, debido a que las viviendas se encuentran muy cerca del Arroyo El Jarudo, lo que provoca inundaciones, derrumbes y graves afectaciones en casos de fuertes precipitaciones⁹⁸. Tiene también en común con ella el importante rezago en infraestructura urbana y la alta concentración de habitantes migrantes, quienes padecen, además, la alta contaminación generada por las ladrilleras que funcionan en enclaves residenciales, y la violencia, que

⁹⁷ Historia del CDP. (30 de septiembre de 1984). *Diario de Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

⁹⁸ Cruz, J. (8 de julio de 2006). Colapsan las lluvias el sistema de alcantarillado. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

hace de la Andrés Figueroa una de las más conflictivas según la Secretaría de Seguridad Pública Municipal⁹⁹.

La colonia está rodeada por varios parques industriales y otras fábricas, y como se encuentra en una especie de zona límite en la que comienza el poniente, cuenta con acceso al equipamiento urbano en términos de educación, salud, transporte, recreación y consumo que se concentra en el área central. Dos importantes avenidas contienen las decenas de cuadras en las que se extienden sus calles sin pavimentar y pronunciados desniveles provocados por el arroyo sobre el que se asientan. Salta a la vista la disímil construcción de cada vivienda: los agudos contrastes entre los conjuntos de dos plantas, gran extensión y colores brillantes, y otras edificaciones más pequeñas y sencillas que han incorporado láminas, cartón y verjas de madera, en las que la falta de enjarre, o su deterioro, permite ver las hileras de block o adobe de los muros.

En esta colonia puede encontrarse un mercado de segunda mano, el Andrés Figueroa, que corre por todo lo largo de la calle Macheteros, desde que comienza en su intersección con el Eje Vial Juan Gabriel, donde se encuentra la estación del Vivabús, medio de transporte recién inaugurado en la ciudad, hasta que modifica su dirección y su nombre al topar con una escuela.

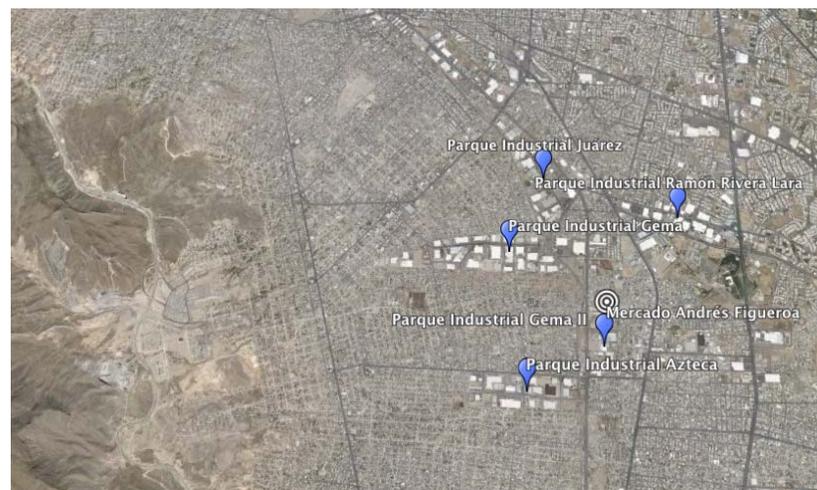


Figura 3. Mercado Andrés Figueroa. Imagen satelital con señalización propia, escala indeterminada, tomada de Google Earth.

⁹⁹ Rodríguez, M. (31 de enero de 2006). Realiza Policía Municipal 79 arrestos. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>

Se trata de la primaria pública Ernesto Che Guevara, cuyo nombre es muy significativo para la gente de la colonia, en especial para quienes participaron en su fundación, cuenta Adriana, la mujer vendedora que permite, para la realización de esta investigación, ser acompañada en sus jornadas. En los alrededores, otras zonas invadidas y regularizadas por el CDP, están llenas de símbolos que siguen esta tónica, con colonias y calles de nombres como los de Sandino, Lenin, Camilo Cienfuegos, México 68 y Tierra y Libertad. Esta colonia, sin embargo, tiene una nomenclatura aún más peculiar, pues no consiste en nombres de personajes y lugares de distintas historias de lucha, sino que con ella se recuerda exclusivamente a íconos puertorriqueños de la insurrección independentista del Grito de Lares en 1868, como Emeterio Betances, del ataque a la Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos en 1954, como Lolita Lebrón y Andrés Figueroa, así como al Ejército Popular Boricua, movimiento también conocido como Macheteros, que designa la calle misma del mercado.

Ella es, durante casi toda la semana, una calle sin pavimentar que corre de oriente a poniente, entre los patios delanteros de algunas casas de la colonia y un estrecho camellón que la separa del arroyo vehicular que va en el otro sentido, y de la gran fábrica cementera cuyo extenso muro circundante hace las veces de una especie de larguísimo telón de fondo. A lo largo de toda la barda, de no más de dos metros de altura, y debajo del alambre de púas, se encuentran pintadas un montón de imágenes que juegan con elementos muy característicos y conocidos de la ciudad, como el antiguo Museo de la Ex Aduana, o el abandonado edificio del Gardié, convertido en una máquina expendedora de esferas de chicle de colores, buscando representar el dolor por la violencia de los últimos años, pero también la invitación a una vida sin ella. Se observan además, expresiones como “Salvemos a Juárez”, “Hoy vengo firme, represento, soy mujer fronteriza”, “Vamos Juárez, es tiempo de cambiar” o “El corazón de Juárez está en nuestras manos”, en los murales realizados en el marco del concurso llamado Reconstrucción, realizado en el 2011 y convocado para jóvenes artistas por el Colectivo Rezizte.



Figura 4. Representaciones del dolor sufrido en los últimos años (recuadros 1 y 3), que aluden a la violencia feminicida (recuadros 2 y 4), que muestran la gravedad de lo que está en juego con la leyenda “El corazón de Juárez está en nuestras manos” (recuadro 5), y que invitan a reconstruir la ciudad, en la barda frente al mercado Andrés Figueroa (recuadros 3 y 4). Archivo de la autora.

El mercado Fernando Baeza fue fundado entre 1989 y 1993, junto a los tianguis Águilas de Zaragoza y Luis Donaldo Colosio, por Lorenzo Muñoz¹⁰⁰. Este hombre, importante actor en la política municipal desde entonces y con experiencia como funcionario público, vinculado a casos de contrabando de mercancía desde los Estados Unidos en

¹⁰⁰ Salazar, J. (12 de septiembre de 2009). Mercados populares, botín millonario de líderes. *El Mexicano*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

grandes volúmenes, es líder de alrededor de 1,200 locatarios en los tres mercados en los que es comodatario; aproximadamente 350 se encuentran en el Fernando Baeza¹⁰¹. La figura del comodato es posible en algunos mercados de la ciudad que cuentan con una estructura mínima permanente sobre propiedad del gobierno municipal, como éste, que fue dotado de un conjunto de pequeños locales de cerca de nueve metros cuadrados cada uno, contruidos sobre un relleno sanitario, para trasladar al grupo de gente que tenía ya un par de años colocándose periódicamente en un parque muy cerca de la actual ubicación. El mercado Andrés Figueroa, por otro lado, no cuenta con cimentación alguna, aparece sólo en los días y horarios de la venta, montado sobre materiales ligeros en una vía pública sin pavimento, de modo que, sin predio para ocupar en préstamo, tiene en su líder más bien a un regente. Pedro Matus, el mismo dirigente del CDP que guió la ocupación del área para la fundación de la Andrés Figueroa y otras colonias, participó también en el establecimiento de éste y otros mercados en todas ellas y los ordena y administra hasta la fecha. Al igual que Muñoz tiene una larga carrera política y sirvió como regidor, cargo que desempeña nuevamente en la actualidad; comparte además con él las acusaciones de contrabandista.

En el mercado Fernando Baeza, Lorenzo Muñoz y su hermano y representante, Ángel Muñoz, se encargan de vender la potestad temporal sobre cada uno de los locales en diez mil pesos, lo que les permite a los locatarios, sin exceder el área establecida y mientras continúe el comodato, modificarlos y utilizarlos para la venta o rentarlos a terceros. La mayoría de los dueños, entre quienes es común pagar por más de un local, suele hacer lo último y cobrar 125 pesos por día a personas que ocupan estos espacios para la venta por temporadas; sin embargo, este es un trato entre locatarios y arrendatarios del que no se beneficia directamente la administración, por lo que, arrendatarios o locatarios, deben pagar a la misma, por cada jornada de venta, una cuota de 25 pesos. Más allá del cobro de esta contribución, la administración tiene poca presencia en el acontecer del mercado, sobre todo para aquéllos y aquéllas que alquilan un lugar ya que, a diferencia de los locatarios, no tienen acceso a las reuniones mensuales, a beneficios como el uso gratuito del salón de eventos Fernando Baeza, que

¹⁰¹ Castro, S., Cruz, J. (25 de noviembre de 1995). Involucran a ex regidor con los contrabandistas. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

se encuentra en las mismas instalaciones, pero tampoco se ven comprometidos con la asistencia a mítines y diversos eventos políticos a los que convoca Lorenzo Muñoz. Este tipo de actividades se observa también en el mercado Andrés Figueroa, pero su manejo y la relación entre el líder y los vendedores y vendedoras que ahí se ocupan, es muy distinta. En él, Pedro Matus, junto a su hijo y su nieta, se encargan cada día de la asignación de espacios a vendedores y vendedoras que no son regulares en el mercado, lo recorren una y otra vez atendiendo cualquier asunto que se presente y, cerca del cierre, recogen la cuota establecida de 20 pesos. Además de este pago, los vendedores regulares deben asistir con frecuencia, al menos tres veces al mes, a las reuniones semanales a las que convoca la administración en las oficinas del CDP, donde se entrega un pequeño boleto que garantiza el derecho al lugar que cada una o cada uno suele ocupar. En uno de estos encuentros que pudo presenciarse, el hijo de Pedro Matus invitó a tener los puestos ordenados y limpios, a esforzarse por llevar mercancía buena y atractiva para mantener la afluencia; su hija, por otro lado, pedía a la gente que esperara la asignación de lugares a los recién llegados, decía en un tono duro “evítenme la molestia de quitarlos”. Al final, el líder cedepista habló del proceso de negociación en el que se encontraban para incorporar a 150 comerciantes de la zona centro que solían estar bajo la dirección de Géminis Ochoa, líder asesinado cuatro años antes, según se dice, a manos de la Policía Federal, por negarse a pagar la cuota que se le requería. Hizo comentarios acerca de los beneficios en que redundaría la regiduría con la que contaba, entre otros, las 143 becas para niñas y niños estudiantes de primaria (consistentes en entregas anuales de mil pesos en efectivo), así como de las reformas energética y educativa en el país; llamó ratas a los políticos del Partido Revolucionario Institucional, demandó a la gente “estar muy al hacha” y acompañar las próximas manifestaciones. Esta inclusión de una agenda política se encuentra vinculada a la carrera del dirigente y algunos miembros de su familia, pues él se desempeña como regidor, al igual que hizo el hijo con el que lleva el mercado; otro de ellos fue suplente en el mismo puesto y su hija Adriana compitió por una diputación en el Congreso Estatal, todos del Partido del Trabajo. En los vehículos de varios *segunderos*, como los mismos vendedores se denominan, en la estructura improvisada de los puestos, en las bardas de la colonia y en los colonos, pueden observarse todavía mantas, pintas y playeras con propaganda de las

campañas de los candidatos Matus por el Partido del Trabajo y otros candidatos del PRI, como la del presidente municipal en funciones, Enrique Serrano.

Una vez que la cuestión logística está resuelta, son las vendedoras y los vendedores que pagan por ocupar un pequeño local o pedazo de tierra con su mercancía, quienes se encargan de dar vida a los mercados. El Fernando Baeza abre todos los sábados y domingos desde muy temprano, pero por ser fin de semana, no comienza a llenarse de gente sino hasta bien entradas las nueve o diez de la mañana, y el mismo desaparece del lugar cerca de las cinco de la tarde. Este extenso conjunto de pasillos llenos de locales, tiene puertas que impiden la entrada al mercado durante la semana, la principal a mitad del estacionamiento que comparte con la unidad deportiva, al que se accede por la Perimetral, y otras cuatro en cada esquina, sobre las calles Acolhuas y Otomíes. En la intersección de éstas se encuentra, dentro del terreno del mercado, una construcción que sobresale con sus dos plantas pintadas de blanco, donde puede leerse *Salón de eventos “Fdo. Baeza”*, y que contrasta fuertemente con el resto del perímetro pues los locales han sido levantados de manera independiente y no uniforme, unos con enjarre, otros armados con lámina, con conglomerado y malla ciclónica, con ventanas o sin ellas, con aparatos de aire acondicionado sobre el techo.

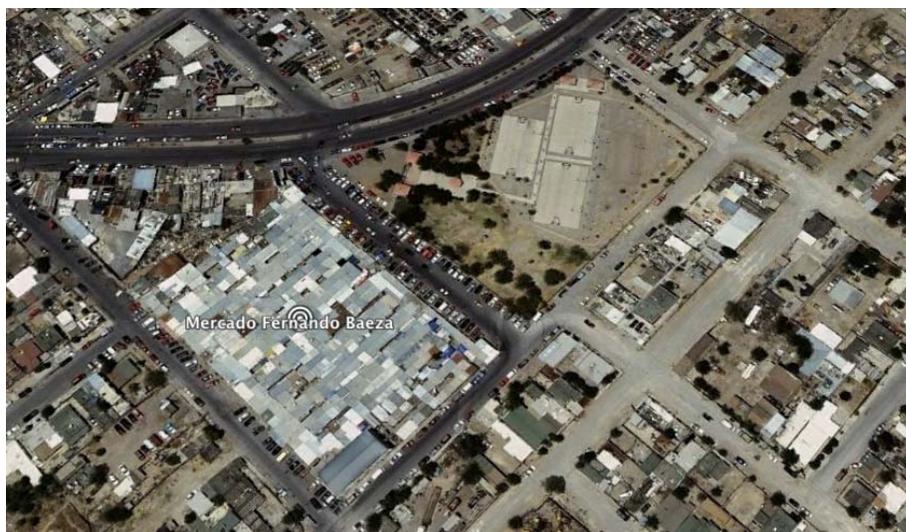


Figura 5. Mercado Fernando Baeza. Imagen satelital con señalización propia, escala indeterminada, tomada de Google Earth.

En el interior se observan, al recorrer sus pasillos, locales cerrados, sin ocupar, muchos otros abiertos, con negocios de comida, de electrodomésticos usados, de piratería, de mochilas, ropa, artículos varios y al menos cuatro estéticas funcionando. También hay ahí, fuera de algunos locales, ocupando una estrecha sección del pasillo o una esquina, más pequeños negocios, con rebanadas de pastel sobre una mesa o playeras colgando de cadenas puestas entre cortinas metálicas.

El mercado Andrés Figueroa, por otro lado, no sólo cobra vida sino que aparece; los lunes y viernes por la mañana, la calle comienza a transformarse desde muy temprano. A partir de las cinco pueden observarse un par de puestos de comida en servicio, en espera del consumo de los hombres y las mujeres que se desempeñan como operadoras en las empresas maquiladoras de la ciudad y que comienzan su jornada y su traslado antes del amanecer. Poco después de las seis, la actividad ha invadido toda la calle, las comerciantes y los vendedores, en constantes viajes de sus autos y camionetas a la zona asignada, manipulan barras, estructuras plegables, cajas, mesas, lonas y mercancía, construyendo así en ese espacio vacío, formas, entradas y niveles, nuevas áreas abiertas y cerradas dentro de los límites del mercado que recién se materializa donde antes no había nada, cada lunes y viernes de 7 de la mañana a 1 de la tarde. Se configuran dos enormes hileras de puestos, una cuya parte posterior da a las casas de la calle Macheteros, y la otra que tiene la espalda junto al arroyo vehicular de la misma. Forman así, sobre el tramo sin asfaltar, un pasillo que permite a visitantes y compradores recorrer el mercado de un lado a otro mirando una hilera, y caminar luego de vuelta, para observar la mercancía que se exhibe en la de enfrente. Atendiendo las vías que cruzan la calle principal, ambas hileras de puestos se interrumpen en ellas para permitir la circulación de autos, que es mínima, y un amplio número de accesos al interior del mercado y fuera de él.



Figura 6. Mercado Andrés Figueroa. Imagen satelital con señalización propia, escala indeterminada, tomada de Google Earth.

4.4 La puesta en escena de un mercado “de segunda” con mercancía “de primera”: el sentido en torno a la vida después de la herida en textos que hablan y caminan

4.4.1 El montaje y la puesta en escena

Apenas pasadas las siete de la mañana, luego de perder varios minutos pasando corriente a la batería de su auto para poder encenderlo, Adriana atraviesa la calle Macheteros y se estaciona junto al pequeño sitio que le corresponde para la venta en el mercado Andrés Figueroa, delante de un viejo camión de comida donde preparan burritos y gorditas para los cientos de personas que cruzan por ahí desde las 5 de la mañana, de camino a sus trabajos en las maquiladoras de la ciudad. Adriana, que se dedica a otro público, aparece cada jornada a las siete para comenzar a montar su puesto. En su vehículo, la cajuela y los asientos traseros están repletos de cajas y bolsas con mercancía. Saca primero de ellos una estructura metálica plegable de color blanco que extiende y asegura con facilidad, cubre la parte superior con el plástico azul correspondiente y acomoda sobre el área designada. A continuación coloca en el suelo de tierra, debajo del armazón, una

lona sucia y, junto a ésta, de frente al pasillo por donde luego transitarán los visitantes, tres pequeñas mesas armables con motivos de películas infantiles de Disney que desean ser compradas con frecuencia. Con el soporte necesario para la exhibición, Adriana comienza a tomar la mercancía del auto: bolsos, mochilas, algunas blusas nuevas de marca American Eagle y ganchos para colgar lo anterior. Después extrae una maleta cuyo contenido vacía sobre la lona: ropa, adornos, canastos, artículos del “montón”, para ser vendidos en diez pesos cada uno. Aparecen luego sobre las mesas varios pares de zapatos, tenis, y perfumes en su empaque, estos dos últimos, los objetos más buscados y mejor vendidos en los mercados de segunda mano en general, según Adriana. Ubica en último lugar, con un criterio estratégico, algunos pijamas para niño y bolsos tipo neceser con artículos de higiene personal para hombre. Cuando el emplazamiento está listo, se recogen y guardan los contenedores, se preparan las bolsas para empacar y un par de sillas al resguardo de la sombra para ocupar durante la jornada. Adriana convierte así una porción de terracería, un espacio vacío, en un local que contiene su pequeño negocio, todos esos diversos artículos que ofrece a la venta, cada uno con una descripción de sus posibilidades y virtudes y un precio aproximado que se puede negociar.

Es sólo a través del cuidadoso y muy personal montaje de una estructura, su escenario, y de la hábil disposición de los diferentes artículos en oferta, previamente tasados según su singularidad y distinto estado, de la colocación de aderezos y anuncios, que son posibles los mercados de segunda mano.



Figura 7. Mercados Andrés Figueroa y Fernando Baeza durante el montaje y antes de él. En la foto de la izquierda, se observa la estructura plegable, un par de cajas con mercancía y una lona sobre el área asignada a Adriana para la venta. En la imagen de la derecha, un pasillo del Fernando Baeza con locales cerrados. Archivo de la autora.

Mientras que en los puestos del mercado Andrés Figueroa es necesario transportar y acomodar cada día una estructura con cubierta que permita guarecerse de los abrasadores rayos del sol y dejar pendida la mercancía, así como mesas que sirvan de aparador –o en algunos pocos casos, sólo una manta sobre la banqueta-, en el Fernando Baeza, la mayoría de las vendedoras y los vendedores que ahí se congregan, pagan por usar locales de block con cortinas metálicas, lo que hace innecesario el soporte, y posible el almacenamiento. Sin embargo, las estrechas dimensiones del interior no dejan que los artículos en venta permanezcan tal cual se encontraban en la exhibición, las cajas, cadenas, las sillas y ganchos, los maniqués, cubetas y aparatos de aire, todo debe guardarse, amontonarse después de cada jornada.



Figura 8. La mercancía se presenta de cara a los corredores que ella misma propone para la circulación, ordenada por tipos y públicos (infantes, jóvenes, mujeres), en juego con los distintos planos y niveles que el suelo, las mesas y las cajas hacen posibles, y privilegiando los artículos llamativos, como las bicicletas de brillantes colores, o los útiles escolares por ser temporada de inicio de clases.

Entonces, si bien el montaje parte de bases distintas, requiere en ambos mercados de un arreglo material que, en aras del intercambio, es guiado por un criterio estético y expresivo que lo hace dar inicio al performance, pues busca representar un conjunto de significados que desean ser transmitidos y unas intenciones que pretenden ser reconocidas como auténticas. La ausencia de la familiar disposición y los conocidos mecanismos que permiten una compra casi automática en tiendas y centros comerciales, se compensa con la orientación que proveen los elementos que componen el performance que en los mercados de segunda se lleva a cabo: la puesta en escena, la selección de utilería, a veces elemental, la presentación de los actores y el guión utilizado. De ellos, vendedores y vendedoras deben servirse para que los visitantes sean seducidos por el atractivo de la mercancía, de los artículos que son presentados como originales, de una alta calidad y con tan poco uso que se encuentran casi como nuevos. Deben también aprovecharlos para hacer aparecer, frente a los ojos de los espectadores, de manera persuasiva y efectiva, unos precios razonables y un vendedor o una vendedora de confianza.

4.4.2 Medios de producción simbólica

En estos mercados pueden encontrarse los puestos más diversos, desde el montaje más austero que pueda imaginarse hasta la saturación que raya en el *kitsch*, y es que de verdad se llega a pensar en términos de estilo, pues en la medida en que se busca llamar la atención, atrapar la mirada, la dimensión estética parece en ellos irrenunciable.



Figura 9. En la primera imagen (recuadro 1) el montaje consiste exclusivamente en una delgada manta colocada sobre la banqueta, con contados objetos en venta sobre ella. Se observa luego un puesto dedicado a artículos de decoración, cuyo vistoso arreglo sobresale (recuadro 2). Debajo, pueden identificarse elementos que dan cuenta de la preocupación por la dimensión estética: la intervención en las columnas (recuadro 3) y el uso de mantas de llamativos diseños (recuadros 4 y 5).

Estos medios de producción simbólica con los que cuentan son dispuestos para, a través del arreglo de su materialidad, dotar al área asignada de otra dimensión, precisamente una simbólica en la que se puede reconocer un espacio con límites, pasillos, frentes, aparadores, zonas de acceso restringido que corresponden sólo a quien vende, zonas privadas de descanso entre las sillas y dentro de las propias camionetas estacionadas con la puerta de la cajuela levantada o la lateral corrida. Entre los medios de producción se puede encontrar también el uso de imágenes y mensajes para la comunicación de significados precisos relacionados con el intercambio, sin embargo, una vez más, el sentido que en ellos aparece muchas veces va más allá de la transacción, contribuyendo a hacer de este intercambio una acción económica imbricada en las estructuras culturales de la ciudad. En este performance, ya atravesado por los distintos orígenes de donde provienen quienes ahí se congregan, cruzan también los mensajes de estos actores, enriqueciendo la dimensión expresiva de sus puestos.



Figura 10. Para que visitantes y compradoras sepan qué es lo que se vende en cierto punto, en especial en el caso de la comida y la bebida, cuyos productos no se reconocen fácilmente a la distancia, se anuncia que “HAY RICOS TAMALES EN HOJAS DE PLATANO (*sic*) Y RICOS BURRITOS” (recuadro 1) y que el té oolong que ahí se ofrece es bueno para la salud y se puede preguntar de qué manera la favorece (recuadro 3). Se avisa que algunos artículos tienen un precio rebajado y que la oferta sólo dura un día (recuadro 2), o que se ofrecen clases para aprender a bordar sin costo, en un mensaje con una cara que sonrío y saca la lengua (recuadro 5). También se pueden topar los espectadores con algo personal, como la noticia de que la esposa de un vendedor murió recientemente junto a la foto de la misma (recuadro 4), o simplemente una nota con buenos deseos para todo el que la mire (recuadro 6).

Una vez que los espacios para la venta han sido acondicionados, que se han montado pequeñas tiendas para recibir compradores, con mercancía ya preparada y dispuesta así como otros signos listos también para ser observados, cuando estos conjuntos se encuentran terminados, toca a los actores y espectadores servirse de ellos para presentar los textos que comunican su situación, coreografiados en el espacio y secuenciados en el tiempo.

4.4.3 Actores y audiencia

Como en todo lo que se encuentra en los mercados de segunda mano, hay una gran diversidad entre quienes se desempeñan ahí como actores, entre los hombres y las mujeres que venden ahí su mercancía. Para empezar, se encuentran otros personajes que no se dedican a ofrecer artículos: las familias que dirigen los mercados, aquellos que auxilian en el estacionamiento –los *parqueros*- y otros que cobran por servicios, como la limpieza o el uso de sanitarios. Se observa en el interior de cada pequeño negocio, una mayor proporción de mujeres que de hombres en general, aunque ésta puede variar entre distintos grupos de edad, como en los más jóvenes, donde los adolescentes y hombres jóvenes son mayoría. Si bien hay pocas mujeres de corta edad trabajando por su cuenta o llevando el negocio, son las más entre personas en el rango que va de los 30 a los 40 años. La relación se mantiene pero con menor distancia entre personas de edad más avanzada. Sin importar el grupo etario, es muy común ver en cada puesto o local a más de una persona, ya sea a parejas, especialmente de adultos mayores, madres con hijos e hijas pequeñas o familiares con otro vínculo; aunque es cierto que el trabajo de la venta es uno donde ésta debe buscarse activamente a través de una labor de seducción y convencimiento, la duración de la jornada incluye muchos momentos que son simplemente de espera, en los que estas familias y grupos se alimentan, se relajan, cuidan de los más pequeños y conviven entre sí.



Figura 11. Mujeres sin carpa, debajo del sol de verano, ofrecen su mercancía sobre mantas en la banqueta, mientras se alimentan y cuidan a sus hijos pequeños.

La dinámica no es igual para todos aquéllos y aquéllas que acuden al mercado con su mercancía; no tienen todos momentos de convivencia y espacio para el descanso. La mayoría tiene al menos un sitio donde permanecer, pero otros, por distintas razones, como la naturaleza de los artículos que ofrecen, el hecho de que se encuentran ahí de paso o la falta de medios de producción simbólica, se dedican a recorrer el mercado de un extremo a otro presentando, casi individualmente entre los espectadores que transitan por los corredores, los pocos objetos que llevan consigo. En estas representaciones ambulantes, que implican un mayor desgaste, queda manifiesto el peso de los medios de producción de simbólica y el de la claridad en las coordenadas espaciales y temporales para el desarrollo del performance, pues resulta complicado en estas condiciones hablar de una puesta en escena así como evidente la dificultad para despertar la curiosidad en los espectadores, para constituirse como centro de atención. El éxito en la persuasión lo consiguen actores itinerantes de entre estos que maximizan su capacidad expresiva con un manejo de la gestual y de la voz más abierto, más rico, y un uso del lenguaje más ingenioso, como hacen ahí algunos merolicos vendedores de sustancias con poderes curativos.

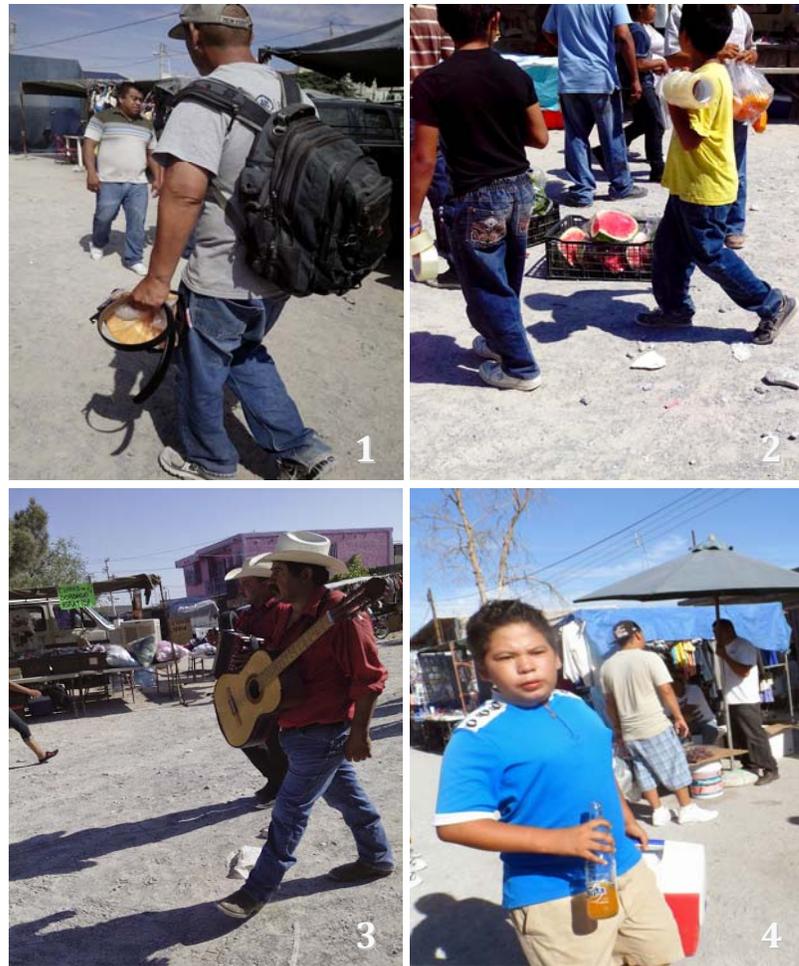


Figura 12. Un hombre camina en el mercado Andrés Figueroa sin más mercancía que un par de cintos para hombre y controles remoto para televisión (recuadro 1); dos músicos que pretenden interpretar canciones por una cooperación voluntaria, llevan, además de sus instrumentos, un vestuario que permite identificarlos como ejecutantes de música nortea y que, a la vez, por ser idénticos los pantalones, las camisas y las *texanas* de ambos, resulta llamativo y les permite destacar entre los asistentes (recuadro 3). Otros actores itinerantes y con exiguo material para la representación, es decir, para la persuasión, son los niños que también trabajan en la venta; los primeros (recuadro 2), llevan rollos de cinta adhesiva y acompañan a su madre, quien empuja una carriola donde hay paquetes de hojas de papel bond, también en oferta, mientras que el segundo (recuadro 4), va por el mercado durante toda la jornada invitando a comprar los burritos que lleva en la pequeña hielera.



Figura 13. Un hombre sin local asignado y sin medios de producción simbólica, consigue desarrollar un performance exitoso utilizando nada más que el artículo que ofrece -un líquido que, entre muchas otras bondades, alivia todo tipo de dolores, arregla disfunciones sexuales y promete a quien lo tome realizar el salto del tigre-, así como exaltando sus propias capacidades expresivas, involucrando a la gente que pasa, haciendo que se detengan, observen, escuchen y compren. En la imagen, el hombre de gorra azul, en su bien ensayado monólogo, hace chorrear de su puño cerrado un líquido que semeja sangre.

Para ir a trabajar a “las segundas” el arreglo no suele ser excesivo, al contrario, los actores se preparan con prendas cómodas en general, con lentes oscuros y cabello recogido, en el caso de las mujeres, y con gorras en el de los hombres. Las tareas que deben realizar y las superficies en las que se desplazan, especialmente en el mercado Andrés Figueroa, donde el viento y el paso de personas y de autos por las calles de terracería levantan polvo a cada momento, invitan a utilizar un atuendo sencillo. Algunos actores tienen criterios claros acerca del vestuario para el trabajo; Nancy piensa que la presentación debe tener en cuenta que el objetivo es el intercambio, que el papel que se desempeña en ese escenario es el de comerciante y por ello debe ser adecuada para el trato con la gente, es decir, uno que permita dar y recibir respeto:

a mí nunca me verás en fachas como otras que van como si fuera un burdel, no, yo voy como comerciante. Yo a la esposa del fulano que va a comprarme algo no le voy a dar motivo para que me diga cosas. Yo voy hasta acá, mira, o sea, porque van con las chichis de fue-, digo, ¿qué es eso? No, báñate, ponte una blusita decente y ya, tus pantalones. Porque hay un señor, “Nancy, ¿por qué no se viene en short?”, le dije, “porque no vengo a un circo, ¿quién te dijo que yo venía a ponerme shorts?”, “¿no usa shorts?”, “sí, pero en mi casa, yo no tengo por qué venirte a enseñar mis piernas ni nada que se le parezca...”

La vestimenta es así un elemento que, si bien no es considerado fundamental, sí reviste alguna importancia, pues se reconoce que la imagen tiene algún peso en la percepción de la audiencia y, por lo tanto, en su disposición para el performance.



Figura 14. Gorras, lentes oscuros, cabello recogido y vestimenta sencilla llevan los actores para el desarrollo de un performance que, si bien les expone a los rayos del sol, a la tierra que se

desprende del suelo, a cargar, estirarse y agacharse para manipular la mercancía, a la espera, parece también pedirles, por el trato con la gente, observar un mínimo cuidado en su presentación. El criterio que orienta no es entonces necesariamente uno estético sino expresivo, pues el objetivo, favorecer las probabilidades del intercambio, se consigue con actores que aparecen decentes y serios, no necesariamente bellos o bien arreglados.

Otros actores en el mercado no conceden a este componente la misma relevancia, o al menos no entienden por cuidado en la presentación el uniformar vestido y estilo con el resto de los vendedores, con su formalidad y neutralidad. Como el grupo de hombres alrededor de los treinta años, con holgadas camisas y llamativas playeras con leyendas como “*God bless pussy*”, que se encuentra vendiendo en una de las orillas del mercado. Estos jóvenes sobresalen también por sus tatuajes, en una tinta verde y con un estilo tipográfico reconocido como *chicano* o *cholo*; si bien estos se observan con frecuencia en personas vendiendo en los mercados, nunca se ven en superficies tan extensas ni cubriendo prácticamente por completo el cuello, el cráneo o el rostro.

Además de casos excepcionales de estilos peculiares como éste, en los actores en los mercados suele apreciarse el esfuerzo en el acicalamiento, en el arreglo del caballo y en la camisa o playera fajada en el pantalón; esta intención termina marcando un tono en la presentación general que la hace uniforme en alguna medida. Esta conformidad es más clara cuando se dirige la atención a la audiencia, a los hombres y a las mujeres que cruzan los mercados buscando el intercambio y que se convierten, por ello, en observadores, espectadoras del performance que ahí se representa para ellas.

Para la audiencia el mercado no impone códigos para el vestido, los asistentes son diversos y variado es también su aspecto. Entre ellos se puede ver a varias generaciones de mujeres: hijas pequeñas, madres, abuelas e incluso bisabuelas en el caso de las madres adolescentes, a grupos de amigas, a parejas, familias, a trabajadores y estudiantes de los alrededores con sus uniformes, a bebés en brazos de sus padres, a personas enfermas, a revendedores que buscan mercancía para llevar a otros mercados, a veces a otras ciudades, a hombres jóvenes. Abundan en ellos y en ellas los shorts, playeras ajustadas, las sandalias, gorras y sombrillas en el verano y las pantuflas y pantalones de pijama en días de invierno, acompañando vestuarios sencillos en general. Sin embargo, en algunas ocasiones en el mercado Fernando Baeza, por abrir los fines de

semana, se pueden encontrar espectadores que también esperan ser vistos, con un arreglo más esmerado, mujeres con zapatos de tacón, hombres con traje y niños y niñas con disfraces de súper héroes y princesas, con bellos peinados y vestidos de fiesta.

Asisten sobre todo los habitantes de la colonia, pero también de zonas cercanas, y desde puntos distantes llegan, en las primeras horas de la jornada, quienes se dedican a la reventa, en busca de los objetos en los que se especializan y pidiendo un precio especial para poder obtener ganancia. Caminan todos por los pasillos sin demasiada prisa, atendiendo los estímulos que llaman su atención, acompañando el recorrido con comida, algo refrescante, algo dulce, y deteniéndose en algunos puestos para observar más de cerca y terminar intercambiando más que artículos por dinero con los actores que representan frente a ellos.



Figura 15. Algunas imágenes donde puede reconocerse la diversidad en la audiencia: una pareja con una vestimenta que no es casual (recuadro 1), un grupo de hombres jóvenes vistiendo playeras de las marcas de moda (recuadro 2), un revendedor que se dedica a los tenis de marcas reconocidas (recuadro 3), una niña con vestido de lentejuela (recuadro 4), una mujer sosteniendo al bebé de su hija que se encuentra a su lado (recuadro 5), una familia rarámuri (recuadro 6).

4.4.4 *Textos que hablan y caminan*

En el mercado, los hombres y las mujeres comerciantes también se representan como tales frente a sus compañeros de venta, frente a quienes trabajan en los puestos de los alrededores. Con ellos comienza el performance; cada mañana al dar inicio a la jornada, en una especie de rito, los actores que llegan al espacio que ocuparán, saludan a los otros y, una vez terminado el montaje, se desean buenas ventas. Por la tarde, cerca del cierre, cuando la afluencia de visitantes ha disminuido y antes de empezar a guardar la mercancía y desmontar su estructura, comparten impresiones acerca del día y, aunque haya sido uno flojo, no dicen que ha ido mal, no hay quejas ni lamentaciones, siempre se expresa gratitud por lo poco o mucho que se ha conseguido. Estas escenas no se observan en trabajos en oficinas, en escuelas o construcciones, pero sí en los que tienen una dimensión más explícitamente performativa, como en los espectáculos de teatro o danza, en los que se reúnen los ejecutantes al inicio de cada actuación en un ejercicio de concentración y se desean que el de la ficción que van a emprender sea un “buen viaje”, y dedican también un momento al final para agradecer lo que han recibido de la audiencia.

Al tener el performance que realiza cada actor una faceta colectiva, dado que se comparte el espacio y se participa de la misma gran puesta en escena, rituales como los descritos anteriormente funcionan como elementos cohesionadores. Sin embargo, algunos no reconocen su importancia y deciden no participar de ellos, lo cual resienten otros miembros. Una mañana en que una de las vendedoras pide a otra cambio en monedas para su negocio, la segunda reacciona comentando que ella no es comerciante, que va “a la buena de Dios”, y continúa:

pero también Dios dice, “ah, caray, pos cómo”. Fíjate, llegas, no saludas, ni los buenos días, ni las buenas tardes, ni una sonrisa, y quieres que te sirvan, que te cambien, pues no, hija, no puede ser, por qué, o como qué, o para qué, pues quién eres tú o qué, de dónde vienes, pues te hubieras quedado allá en tu burbuja, qué estás haciendo aquí si no necesitas.

Esta mujer reclama la falta de amabilidad y de humildad de su compañera en un entorno donde se espera que haya un trato de iguales entre los actores, donde se asume que se está ahí trabajando porque se requiere de un ingreso. Es por ello que, una actitud que no se corresponde con estos motivos, que no reconoce que los otros son dignos y que se necesita de ellos, no es vista como auténtica.

Luego de participar, o no, de éste encuentro con la colectividad, cada actor, ya preparado para comenzar, busca la primera venta con especial entusiasmo. Por la mañana, un señor que tiene ya colgando de su puesto todas las mochilas y maletas que ofrece, responde a la joven que pregunta el precio de una bolsa de lona, “Ésta la vendo en 80, pero te la dejo en 50, ya para sacar la cruz”. También Adriana, en el mercado Andrés Figueroa, luego de que pagan a su ayudante el importe de la transacción inicial, toma el billete que ella le entrega y se persigna con él, terminando la señal con un beso sobre el mismo, pues había sacado la cruz. Con este otro pequeño ritual en el que se agradece la venta primera y se invocan bendiciones para la jornada, ésta comienza formalmente.

Los actores, desde el fondo de sus puestos o en el frente, más cerca de los observadores que por ahí transitan, anuncian su mercancía para invitarles: “¡Véngansen a las de a cinco por veinte, ándeles, no se quede con ganas (*sic*)!”, grita el señor de las gorditas desde su camión, y una mujer de pie junto a una hielera llama a voces “¡Tamales de masa y tamales de elote!”, para que la gente se detenga a probar su comida veracruzana. Se escuchan también, desde algunos vehículos que atraviesan el mercado con artículos en venta, fruta, helados o artículos de limpieza, los audios pregrabados que van anunciando su paso, así como los tradicionales “pásele, barato”, “a diez todo lo del montón”, “pregunte sin compromiso” y frases del mismo estilo. Interesadas y curiosos se acercan y preguntan directamente: “¿a cuánto andas tirando la Fila?”, refiriéndose a los tenis de esa marca que un hombre va ofreciendo sujetados por los cordones, “¿sí tiene chips para los Unefon?” en el puesto donde Daniel vende y repara teléfonos celulares, o simplemente, “¿a cómo da ése?”, señalando cualquier objeto en exhibición. Si bien no es frecuente el preludio del saludo, la respuesta del actor en turno, como un “No, jefe”, no parece fría e impersonal. Vendedores y vendedoras suelen comenzar la interacción utilizando apelativos como “mijo”, “mija”, “preciosa”, “muñeca”, etc., ante

los cuales los espectadores reaccionan con naturalidad, aun cuando en establecimientos de otro tipo se dirigirían a ellos y ellas con un “señor”, “señorita” o “joven”. La comunicación en busca de la probabilidad del intercambio no es precisamente formal, pero es respetuosa, incluso amable en muchas ocasiones, y no es raro, al seguir preguntando por el tamaño o las características de otros artículos, o al intentar regatear, que aparezcan detalles personales, que actores y espectadores, todavía en vistas a la transacción, compartan su experiencia y conocimiento acerca de alguna marca o de cómo solucionar una necesidad específica. La disposición con la que los actores se presentan y a la que consiguen invitar a sus espectadores es una abierta, donde la conversación se inicia y se extiende con facilidad y los temas relacionados al trabajo, a la vida en la ciudad o a la familia, son los más habituales.

Estos textos compartidos, tanto los más cortos y directos como aquéllos íntimos que se dilatan, surgen a partir de, y se desarrollan en torno a, la posibilidad del intercambio y se dirigen hacia su concreción. Una vez que se ha conseguido la atención del espectador, su cercanía, toca al actor concentrarse en el performance y terminar de reivindicar su mercancía, su valor actual a pesar de su origen, de su historia previa.



Figura 16. Para efectuar la venta es necesario atraer y convencer, por ello el trabajo en los mercados es uno de activa espera, pues no es suficiente tener la mercancía expuesta. En la primera imagen, dos mujeres, una de ellas con un bolso original de Michael Kors, se han acercado a mirar una coqueta de Siroco, muy reconocida y popular marca de artículos de decoración (recuadro 1). Luego, los botes blancos en exhibición muestran que es necesario contar qué se ofrece, decir que en el interior de ellos hay productos de higiene y cuidado personal, como shampoo, jabones y cremas, así como hacer creer que son de buena calidad, ya que, al estar a granel, sin el respaldo de una marca o de una compañía, no hay garantía de que funcionen (recuadro 2). En la siguiente imagen, un actor persuade a un espectador interesado, a través de una hábil coreografía y un uso del lenguaje resuelto que inspira confianza, de que la llanta que considera comprar se encuentra en excelentes condiciones y que puede mirarla con detenimiento para asegurarse de su buen estado (recuadro 3). En la última fotografía, (recuadro 4), la mujer veracruzana que vende tamales ha tenido éxito en el performance que realiza aun con un montaje inexistente y la ausencia de medios de producción simbólica: un actor escuchó su pregón, miró el contenedor con su producto, tal vez reconoció el acento de la actriz, y como ella y sus declaraciones le parecieron auténticos, decidió realizar el intercambio.

Una tarde en que un joven le pregunta a Daniel cuánto pide por una herramienta, éste contesta abiertamente que no está seguro de que funcione y que comprarla sería una apuesta; no puede negarlo y decir que trabaja a la perfección porque sabe que volverían a reclamarle, después de todo, las personas esperan que se les vendan artículos que sirven, no chatarra. Sin embargo, señala detalles con los que se podría inferir que es más probable que la herramienta puede utilizarse, como se observa en este fragmento de su actuación: “El cortador en 150, nomás que va en riesgo de que no trabaje. No sé qué pueda tener, a lo mejor es poco, a la mejor es mucho, no sé. Pero todo su armazón está completita (*sic*). Como que éste nuevecito se les descompuso, porque no está gastada nada.” Y es que la seducción y el convencimiento, no se corresponden necesariamente con el engaño y la mentira, pueden conseguirse por otros medios, a través del uso de productos “gancho” que son especialmente eficaces para atraer a la gente: lo más codiciado, como las playeras de Aeropostale y las bolsas de Michael Kors que Adriana exhibe, o lo más básico, como los rastrillos baratos ofrecidos por Nancy. Otros mecanismos, como los utilizados por Daniel, son la exaltación de las bondades de un producto y la insistencia en lo adecuado que sería un artículo en posesión del espectador.

Una forma más que ayuda al actor a ser percibido como auténtico por sus espectadores y posibles clientes es dar un buen trato y transmitir confianza. Nancy ha aprendido que las personas no están interesadas en comprarle a quien se comporta con ellas de una manera desagradable, después de todo, en ese espacio son de verdad consumidores con la opción de elegir, incluso de alterar el precio en alguna medida. Ella comenta al respecto:

no importa cómo vaya vestida [la gente] le tienes que dar el mismo trato, el mismo, el mismo... tú tienes que adaptarte a la gente que va al mercado, porque tú estás para la gente que va a comprar. Si tú eres fea en tus modos y todo, la gente no se queda, se va de largo. Por ejemplo, yo he desarrollado un método. Mi padre, a mí, me enseñó a tener palabra, palabra, yo soy de las que tienen palabra, así. Yo te digo esto, y es esto. Entonces, le digo, “mire, señora –o señor-, llévese el zapato, si no le queda al pequeño, tráigamelo en la caja, así y así y así, y yo le doy otro o le regreso su dinero”... Tienes que correr el riesgo, si no lo corres, pues ahí te vas a estancar.

Con esta declaración, Nancy pone de manifiesto que son los actores quienes buscan a los asistentes, quienes deben esforzarse por llamarles, por conseguir comunicarse. Esto implica riesgos, ella misma reconoce; la confianza que se da puede no ser correspondida y dar lugar así a pérdidas pero, con todo y ellas, se encuentra valor en la palabra, en mostrarse como libre de artificios y malas costumbres.

Se cruzan, en las vendedoras y en los vendedores que así lo deciden, estos criterios de comportamiento, que en tanto medios para un fin, se convierten también en motivaciones, objetivos y guías que orientan la acción: la relativa apertura de la vida personal y la posibilidad de que ésta sea tematizada por desconocidos, la facilidad con que se comparten detalles de la misma, además de la disposición para un trato familiar y de confianza. Sin que ninguna de las partes deje de pensar en estos encuentros como negocios, como acuerdos de los que deben salir sintiéndose satisfechas, ganadoras, es común que lo anterior aparezca acompañado de un poco de buen humor, en momentos con un tono lúdico. Esto puede verse reflejado en el diálogo entre Adriana y una pareja que se acercó a su puesto atraída por los perfumes. Después de pedir permiso para olerlos –un Perry Ellis para hombre y otro para mujer-, el joven dice “es que los olí ahí en el Hipermart de la López”, a lo que Adriana comenta, “no sirven, eh, están pirateados, nomás le dan muy bueno todo pero el líquido es agua, no es perfume, eh”; “no me diga eso, señora”, responde el chico para luego preguntar por el precio de los perfumes que ella vende. Luego de escuchar que cada uno cuesta 300 pesos, él dice a su compañera, con el frasco todavía en la mano, “ay, es que huele bien rico, vieja”, a lo que ella replica, “sí, amor, huele bien rico”, para que Adriana termine con la expresión, “¿sabe a qué huele? a quiero todo contigo”. La pareja se retira para pensarlo, regresa unos minutos después y es él quien dice: “lo queremos, y después del comercialote que se aventó, más lo queremos”. El joven le comenta a Adriana que no traen consigo todo el efectivo y por ello desean dejar apartado el perfume para mujer y llevar el de hombre, lo que él explica de la siguiente manera: “mire, es que yo soy el feyito, pos yo, yo tengo qué oler rico, ella ya es guapa”. Adriana entiende sus razones, pues le parece que la fealdad en hombres y mujeres es menos terrible cuando tienen buena higiene y huelen bien, por eso toma el dinero que le ofrecen para el apartado y cierra así la transacción: “mire, le voy a dar los dos, pero me van a deber cien pesos, pero venga y me los paga,

porque yo nunca los había visto y le estoy teniendo la confianza del mundo, nomás porque se me hace bien feo que a ella no le toque”, “me estoy solidarizando con ella”. La pareja volvió unos días después con el resto del dinero y se convirtió en parte de la clientela regular.

Confiar resulta arriesgado y genera pérdidas en algunas ocasiones pero, para muchos, este exponerse tiene que darse para apostar por mejores ventas. De persona a persona, por distintas razones se decide confiar, pero si se tiene una mala respuesta, estos espectadores no vuelven a recibir la oportunidad, porque no resulta conveniente al negocio y porque se toma personal la falta de compromiso. A veces, incluso se castiga, como hicieron varios vendedores denunciando a una mujer que desapareció con su dinero.



Figura 17. “¿Ya nadie quiere jugar conmigo?” Letrero expuesto en escarnio y como denuncia.

Es delicado el sentido de reciprocidad y equilibrio que tienen los actores, y es importante pues define la forma que adopta su representación frente a distintos espectadores y marca algunas transacciones. Un día muy temprano llegó con Adriana una joven con sus hermanas, todas revendedoras dedicadas a las bolsas para mujer de marcas famosas, la mujer observa una que le interesa y simplemente pregunta, “¿cuánto?”. Cuando escucha que el precio es de 200 pesos, exclama, “ay, Adriana, no sea gacha, rebájemela, a 150 ó

170". Ella lo hace pues es lo común en venta a revendedoras, dar precios menores a los que se tienen para el público en general, pero días después, los papeles se invierten y es Adriana quien se encuentra frente a un bolso en el puesto de la chica y quien le dice "ay, qué bonita bolsa, ¿cuánto?". Ella contesta "300", lo que parece exagerado. De inmediato se acerca una señora que estaba al lado y murmura "no se la compre, acaba de comprarla en 40 pesos, no sea tonta, no se la compre". Adriana ofrece entonces, "no seas gacha, te doy 200", para obtener como respuesta final por parte de la muchacha: "ya le dije que mi precio es de 300, si la quiere, si no, no me esté quitando el tiempo". La transacción no se llevó a cabo debido a la terrible actuación de la vendedora, a su actitud agresiva, déspota en palabras de Adriana, quien luego volvió a verla, a escuchar sus peticiones de rebaja y pudo espetarle que no le daría ya precios más bajos por su grosería y su mala actitud, que prefería venderle a sus competidores que sí la saludan y platican con ella.

Otro tipo de decisiones que pueden resultar poco rentables son tomadas por vendedoras y vendedores mientras representan su papel. En algunas ocasiones, frente a visitantes que buscan algún artículo importante, como zapatos escolares para un niño pequeño, y que revelan en su presentación una situación económica especialmente difícil –no suele ser holgada en general la de vendedoras y asistentes a estos mercados-, el actor a cargo del puesto, al reconocer sus condiciones y su necesidad, elige vender al costo, pide exactamente la cantidad que pagó por el objeto y no obtiene ganancia en dicha transacción. Dice luego: "Lo estoy viendo que no trae, yo tengo la mercancía, él nomás trae tanto, ¿por qué no se los voy a dar... ¿cómo puede ser posible que yo deje ir a ese niño sin zapatos, empolvándose los méndigos zapatos ahí en mi local? Por favor, no, no lo concibo, no lo concibo." En otro momento, se pudo ver a un par de jóvenes mujeres rarámuri observando algún género sobre una mesa en un local, mismo que les fue obsequiado.



Figura 18. Joven mujer rarámuri permanece largo rato observando la mercancía.

Aun cuando los vendedores y vendedoras obtienen en el mercado ingresos que se encuentran muy lejos de los necesarios para una vida de lujos, muchos conciben este trabajo como un pequeño negocio en el que han invertido y cuyos frutos, los productos de su esfuerzo, les enorgullecen. Esta visión explica que algunos piensen luego que es posible e importante compartir sus ganancias, que eso que han construido puede beneficiar también a otros, que sus condiciones, sin ser tan aventajadas, les permiten hacerlo y, como ellos mismos lo expresan, ser samaritanos. Esta decisión no trata de ayudar a los más necesitados como en una especie de práctica cristiana; si bien es desinteresada, es de alguna manera su forma de devolver un poco de lo bueno que reciben de otros y tiene que ver con el cariño y las buenas relaciones que ahí se gestan.

Como aquí se ha visto, actores y espectadores, pensando en efectuar el intercambio, se valen, más que de textos relacionados con mercancía, marcas y precios, de otro tipo de representaciones relacionadas con sus actividades, sus problemas familiares, sus deseos, su paso por la ciudad, etc. Después de todo, la gente va al mercado para “sacar la cruz” pero también para compartir su propia cruz, para desahogarse y liberar un poco la carga del acontecer cotidiano. Unas clientas fuera del

puesto de Sandra en el mercado Fernando Baeza, platican con ella, cuentan sus historias y dicen que llega cada una para hablar de sus penas, de sus problemas, de “la cruz que cargan”, y se dan cuenta de que, a veces, otras son más pesadas que las suyas; una de ellas exclama, “por eso yo mejor me quedo con la mía”, y todas ríen.

Observar con atención la acción simbólica en la que tiene lugar el intercambio, durante el desarrollo de un performance exitoso –no como aquéllos, por ejemplo, en que los actores insisten en presentar un artículo como de calidad y de unas condiciones óptimas, sin conseguir ocultar la urgencia por venderlo-, permite reconocer nuevamente, ya no sólo desde la dimensión narrativa sino desde la performativa, las analogías, antipatías, cronologías y códigos en general, no de manera abstracta sino encarnados, de que se sirven estos hombres y mujeres para procesar su experiencia y orientar un saludo, el regateo, los pagos, un apartado o los encuentros en que se comparten conversaciones y confidencias.

Los textos y sus códigos comienzan a asomar en situaciones sencillas; basta que pase por el mercado una de las mujeres que solía dirigirlo hace unos meses, para que se empiece a hablar de la antigua configuración de la administración y de las razones del cambio en el que resultó electo líder el hijo del regidor Pedro Matus: “ahora se lo dejó... porque lo estaban robando mucho, pero era un decir que lo estaban robando, porque nunca les dio seguro, nunca les dio nada, fueron unas por otras, los dos se ayudaron mutuamente.” Se dice que la líder anterior reportaba a Matus entradas menores de las que en realidad registraba, del dinero que a él le correspondía, y aunque se llama “robo” a lo que hacía, esta actriz que habla cuestiona la relación entre el significante “robo” y el significado utilizado comúnmente. Sus criterios morales, como el de la proporción, el de la correspondencia, que le permiten entender la toma secreta del dinero, le llevan a desdibujar el signo y su carga negativa, pues aceptarlo implicaría que Matus es una víctima y que su antigua representante le agravió y está en deuda con él; es así que el conocimiento del mundo en forma de historias y experiencias de personas concretas, permite una evaluación directa en términos morales, criterios que hacen posible objetar convenciones como las del lenguaje.

La realización de estos exámenes respecto a eventos en los que participan personas conocidas, lleva no sólo a pronunciarse con un comentario en una

conversación, sino a intervenir en los mismos, como ha sucedido cuando preocupa la seguridad y la persona de Isabel y de Laura, dos hermanas muy jóvenes –una niña todavía, la otra adolescente- que viven en la colonia Andrés Figueroa y ayudan en la venta a los actores para conseguir diez o veinte pesos al final de cada jornada. La más pequeña, Isabel, es alegre e impulsiva, tan rápido da un abrazo como un golpe, y va por el mercado saludando a la gente y peleando con otros niños de su edad cuando no hay mucha actividad en los puestos donde colabora. Muchos vendedores y vendedoras ahí la conocen y saben de lo difícil de su situación familiar –un hermano mayor con una enfermedad que le impide trabajar, una madre soltera que se desempeña como operadora en la maquiladora en el segundo turno, una casa que rentan junto con otras tres familias-, platican con ella, le invitan alguna comida, pero también la aconsejan, le dicen que sea prudente en su relación con hombres adultos, que se cuide ella y cuide su cuerpo. La ven subiendo a la bicicleta de un actor que recorre el mercado vendiendo raspados, haciendo un contacto físico que les preocupa, que procuran impedir. Perturba también a los espectadores observar al hombre llevando a una niña que le cuenta, lo toca y lo golpea al tiempo que ignora que grandes porciones de su cuerpo, cubiertas por su ropa ligera de verano, se hacen visibles con el desacomodo; responden por ello a su performance, uno cuyos códigos no son aceptados ni compartidos por su audiencia, con miradas de desaprobación y compras menores a las que consigue otro hombre vendedor de raspados que trabaja junto a su esposa y sus hijos e hijas.

Aunque Laura es un poco mayor y entiende mejor la forma en que se relaciona con la gente en el mercado, un día en que uno de los vendedores pasaba por calles aledañas rumbo a su auto, vio a un hombre desabrocharse el pantalón frente a ella, por lo que corrió para llevarse a la joven, quien le contó que éste le había ofrecido algunos pesos por mirarle los genitales. El vendedor la llevó a casa con su madre y le contó lo sucedido, y ella respondió, muy molesta, que no se metiera, que a nadie le incumbía lo que pasaba con su hija. Aun cuando las hermanas son problemáticas en ocasiones, por sus discusiones constantes y la brusquedad en su trato, los juicios sobre su comportamiento son mediados por el conocimiento de sus circunstancias, la identificación con ellas es inmediata y la atención y el cuidado, frecuentes. En estos mercados muchos niños y niñas tienen una vida dura; participan del abastecimiento de

sus hogares, piden ayuda a extraños para satisfacer sus necesidades y el cansancio, el frío y el hambre no son desconocidos, pero así, teniendo que ser casi adultos, no dejan de ser percibidos como lo inocente que debe ser protegido.

Padres y madres, sobre todo, llevan de la mano a los más pequeños, juegan con ellos y ellas, les hacen parte de la puesta en escena, de la significativa comunicación que se da en el encuentro que provoca el intercambio. Una mujer sola, al final de la jornada, consciente de que no se está ahí exento del peligro y de lo importante que es estar cerca, atenta, grita a su pequeño: “Ya no te me desbalagues, porque andamos recogiendo para irnos y siento bien feo cuando no te encuentro.”



Figura 19. Una joven madre se asegura de que el menor de sus hijos, a quien va cargando en la cangurera, se encuentre bien protegido del frío (recuadro 1), mientras que otra busca entre los artículos del “montón” y encuentra un gorro que prueba a su pequeño (recuadro 2).

La posibilidad de que algo suceda, después de todo, se recuerda con frecuencia, aun en un tiempo que se percibe como más tranquilo por estos actores, de una violencia en descenso; un tiempo en el que se sabe que no dejan de haber robos, secuestros y

homicidios diariamente pero no en las cantidades de unos años atrás. Se hacen presentes estas manifestaciones y se ensaya su sentido en el encuentro que ocurre durante el performance, en el inevitable uso de textos que refieren a la vida en la ciudad, una cruzada en sus múltiples cauces por el propio desarrollo de la violencia: el desempleo agravado por ella, la migración de vuelta a lugares de origen y a la ciudad de El Paso en busca de seguridad, el dolor ante la muerte, la frecuencia del cobro de piso en todo tipo de negocios, la participación de policías y soldados en eventos criminales, la modificación de hábitos como mecanismo de protección y producto del miedo, etc. Todos estos fenómenos se han incorporado de alguna manera, puede observarse cómo los actores asumen que los otros, como ellos, tienen un amplio conocimiento acerca de las principales manifestaciones de violencia en la ciudad, de las formas en las que ocurre y los efectos que tiene, que ellos componen un código que se comparte, que hace innecesarias las explicaciones y los preludios cuando se tocan en una conversación, cuando se comenta un suceso, cuando se menciona como elemento que configura la vida social.

En el mercado Fernando Baeza, Nancy comenzó a vender rentando un puesto, pero unos pocos años después, con los buenos resultados y el incremento en el volumen de su mercancía, comenzó a pagar otro más a la misma dueña. Esta mujer observaba la gran cantidad de artículos de importación que ofrecía y comentaba, “parece una tienda de chinos”, “van a venir a pedirle cuota”. Era muy frecuente el cobro de piso a los negocios a los que les iba bien, incluso en mercados de segunda mano, por eso era natural, de alguna manera, que a través de esta imagen apareciera la animosidad de la dueña para con Nancy. Ella dice que la mujer no cuidaba su negocio y estaba celosa de su éxito.

Para Daniel fue la extorsión la forma a través de la cual entró la violencia a los mercados; a él le tocó pagar, y sabe que todavía, en los puestos que tienen más gente, siguen llegando los “cuoteros”. Recientemente, en otra zona de la ciudad donde también acude a vender, en la colonia Ponciano Arriaga, una patrulla llamó su atención y supo más tarde, viendo el noticiero, que un hombre había ido allí a pedir cuota y los vendedores reaccionaron persiguiéndolo y golpeándolo. La policía lo detuvo pero Daniel cree que pronto saldrá libre, “Aunque los sigan agarrando, pero los agarran y los vuelven

a soltar, y vuelven a lo mismo. Es lo que dicen en las noticias, los agarran y al día siguiente ya andan sueltos otra vez.” Ni Daniel ni los otros actores a los que se observa en representación dicen sentir miedo estando en el mercado, pero el recelo se hace evidente con facilidad. Después de tres semanas de acompañarles en sus jornadas, de montar y desmontar junto a ellos y ellas, de saludarles en los recorridos diarios, de convivir, la solicitud de una entrevista resulta incómoda, interrumpe la amabilidad que caracteriza las conversaciones y es negada con molestia una y otra vez. En una de las ocasiones, la petición se hizo a Paulina, una mujer joven que creció en el mercado, acompañando a su padre, quien vende todavía música y películas. Ahora ella trabaja junto a él, ofreciendo gorditas y refrescos, especialmente para el almuerzo de sus compañeros, los otros actores. En el acercamiento, al escuchar acerca de grabar la entrevista, ella preguntó un poco preocupada, “¿grabarme la jeta?”, pero se tranquilizó cuando supo que sólo interesaba su voz. Mientras se pensaba en la cuestión logística, salió un hombre joven del local, su esposo, a escuchar más de cerca lo que se decía y a interrogar en un tono duro y defensivo, “¿para qué?”. Luego de escuchar la explicación, de saber que la entrevista se buscaba para un trabajo de tesis, preguntó de la misma manera que permitía ver su desconfianza, “¿qué estudiaste?”. Se le ofrecieron identificaciones (cédula profesional, credencial de estudiante), pero Paulina rehusó verlas pues dijo confiar, aunque pidió ser contactada por medio un mensaje, pues no responde llamadas de números desconocidos, en especial con lada del Distrito Federal. En otros casos donde mujeres fueron abordadas con la misma intención, la de obtener una entrevistas, sus esposos fueron consultados o intervinieron por su cuenta para hacer preguntas con suspicacia, “¿qué quieres saber?”, “¿para qué?” y para decir, al final, que no sería posible.

Todas las historias relacionadas con la violencia en la ciudad que son contadas, gracias a la intimidad que se comparte cada día frente a los puestos, a la confianza que va surgiendo en el entendimiento y la identificación que se logra en el performance, permiten entender la reserva de estos actores para dar información, para hablar explícitamente sobre la situación con el fin de que se expongan sus testimonios. Espectadores tanto como otros actores, compañeros de otros puestos, hablan de cómo sus familias, ante la dificultad para emplearse, salen de la ciudad por temporadas, a

vender calzado de manera ilegal en Nuevo México, a pescar camarones en Alaska, de cómo se encuentran ya a punto de ser entrevistados para obtener la residencia y poder vivir legalmente en El Paso, de que ha enviado a sus hijos de vuelta a la ciudad de la que habían migrado por el peligro que encontraban en Juárez, pero también de las experiencias de hechos violentos que van conociendo. Un notario es secuestrado en la ciudad, su esposa deja la ciudad de inmediato para refugiarse en los Estados Unidos, por lo que su sobrina ofrece muebles, ropa y objetos de la casa, a uno de los vendedores para ser ofertadas en el mercado, uno de esos lotes extraordinarios de excelente calidad y poco uso. Un policía corrupto recibe el aviso de que quieren matarlo, deja de ir a su casa y pide a su hermano, un tiempo después, que recoja de ahí algunas cosas que necesita; al salir es llevado a la fuerza a un auto y los hombres que lo toman disparan a personas que se encontraban fuera de una tienda cercana y se acercaron para ver lo que sucedía, alguna de ellas muere. El cadáver del hermano del joven policía aparece con huellas de tortura y, más tarde, el último también es muerto. La madre quedó destrozada, cuentan en el mercado. Asimismo, una de las vendedoras habló de una amiga cuya hija, muy joven todavía, decidió dejar la universidad y casarse con un hombre del que estaba muy enamorada, de quien luego se supo, trabajaba como sicario. Entre las muchas historias que se contaban al respecto, se decía que cada vez que el chico recibía la orden de matar a alguien, comenzaba a prepararse un día antes y dejaba de comer para ingerir solamente un líquido, “era como anestesia”, comentan, pero no le impedía gritar por las noches en medio de sus pesadillas. Una última experiencia de violencia que pudo conocerse en estos mercados fue una contada directamente por quien la vivió, otra mujer cuyo hijo fue asesinado. En uno de los puestos, después de contar brevemente cómo sucedieron los hechos, la madre empezó a hablar de dios y del arrepentimiento, haciendo encendidas invitaciones y duros juicios que fueron confrontados por las mujeres vendedoras, que se decían en desacuerdo con lo que les parecía una imposición de la mujer. El sentido que ella daba a la vida luego del fallecimiento de su hijo, su forma de entender esta muerte, no era compartida por ellas, la empatía para con su dolor no era suficiente para no evidenciar las diferencias y hacer una vigorosa defensa de sus propias ideas.

La empatía se encuentra cada vez que se comparten crónicas de este tipo, ¿cómo reaccionar de otra manera, sin apenarse por el dolor que ha pasado una persona concreta,

de quien se conoce el nombre o las condiciones en que vive y si es padre o madre de familia? No resulta lejana la sensación, no es complicado identificarse con alguien que sufre, no cuesta creer lo sucedido porque cada relato suena a una versión encarnada de una historia muchas veces escuchada, la del secuestro, la del *carjacking*, la de la ejecución. Se observa que en la forma en que se reacciona a estos incidentes, en que se los cuenta, y en que se da la acción que permite que aparezcan, que los actores se encuentren y compartan significados, están todas ordenadas en torno a la familia y el trabajo, motores que dan sentido, así como por el mismo conjunto de códigos, de analogías y antipatías. Además de los binarios, también se encuentra una distinción mínima con respecto a la clasificación temporal del sentido en el desarrollo de la acción, ésta es, la ausencia de representaciones de un horizonte de sentido que se atisbe en un tiempo por venir, así como la dificultad para el uso del modo subjuntivo. La dimensión temporal consta del Juárez del pasado, antes de la desarticulación y el abandono que se ven ahora, que se tematiza con facilidad, y de la ciudad del presente, de la que es difícil distanciarse para describir. Ambos momentos, sin embargo, se encuentran unidos por la continuidad de la violencia, en la cual se perciben intensidades distintas pero se hace una fractura, no del todo consciente, que se pone en evidencia en la no asimilación de las nuevas manifestaciones, de los nuevos actores violentos, en la dificultad para nombrarlos, en la omisión de apelativos. Los códigos para la apropiación de la herida sufrida en la ciudad, para la continuación de la vida a través del desarrollo del performance, son los siguientes:

Códigos binarios	
<i>Sagrado</i>	<i>Profano</i>
Cuidado	Abandono
Provechoso	Inútil
Pacífico	Violento
Respetuoso	Irrespetuoso
Gratitud	Resentimiento
Reciprocidad	Desproporción
Autenticidad	Falsedad
Cordialidad	Antipatía
Modestia	Vanagloria
Tranquilidad	Desasosiego

4.5 La apropiación performativa de la experiencia de la violencia en forma de trauma: la construcción de los códigos colectivos

Para una aproximación al impacto que tiene la violencia, en la forma de acontecimiento, en la configuración de un cuerpo social, es decir, para pensarlo como una fuerza o variable de carácter cultural por su potencial movilizador de sentido, es preciso desvelar las estructuras de significado con las que interactúa y reconocer cómo el nuevo trabajo de sentido es ensayado y compartido en la acción simbólica, una persuasiva donde las dimensiones estética y expresiva son de particular importancia para hacer efectivas y poner a hablar y a caminar en la realidad, las nociones que han sido interpretadas, negociadas y adaptadas en la experiencia de la violencia.

La riqueza cultural que atraviesa los mercados de segunda mano en la ciudad, esta particular formación, hace atractiva la revisión en ellos de la acción simbólica; por ello se propone pensar que los primeros aparecen como en una gran puesta en escena donde, debido al peculiar origen de su mercancía, es necesario que la venta tome la forma del performance. Ésta categoría permite el reconocimiento del despliegue de sentido que ahí tiene lugar, uno superficial que puede encontrarse en su dimensión estética, y otro más profundo que aparece en su dimensión moral.

Los mercados, como otras dinámicas y fenómenos íntimamente vinculados a las lógicas de las fronteras, permanecen a través de la historia del último siglo en Juárez, como el contrabando de mercancía diversa y la alta recepción de migración, sin embargo, sus contenidos, las formas concretas en que aparecen, no son constantes sino que se transforman. Estos lugares privilegiados reflejan en buena medida, en su funcionamiento y en las redes que los abastecen y los hacen posibles, la composición de la ciudad y sus dinámicas, especialmente los factores de población migrante y de intensa vinculación y constante flujo humano, comercial y cultural entre ésta y El Paso, que dan lugar a un espacio transfronterizo.

Esta área que se recorre y se habita, aparece representada en los textos utilizados por los actores que dan vida a los mercados, que utilizan para apelar a los referentes comunes entre ellos y sus espectadores. Lo hacen por medio de la acción, en la que aparecen tanto recreados como explícitamente expresados, un conjunto de códigos

binarios, de profundas convicciones que permiten a un colectivo ordenar el mundo y dividirlo en dos grandes categorías, lo sagrado y lo profano.

Unos años después de que se reconociera la violencia como un acontecimiento irruptivo y de que se construyeran las narrativas del trauma, los actores estructuran la propia y ensayan su sentido poniéndolo en acción. Su forma de mirar a las víctimas, de definir su dolor, de vincularse con ellas, de nombrar la situación y a los responsables, y más allá, de usar criterios morales en la acción simbólica que les exige cada jornada de trabajo en su relación con los otros y en su toma de decisiones, en sus posicionamientos, permite un reconocimiento mínimo de los significados que se han interpretado y negociado a partir de la violencia, del impacto del trauma, los que ahora orientan el presente y configuran un horizonte de sentido para el futuro en la ciudad. Esta codificación moral que se encuentra, arroja más luz sobre el trabajo de sentido de los actores respecto a la experiencia de violencia reciente en la ciudad y al trauma sufrido.

Además de la estructura de binarios, se observa en la acción y sus contenidos, cómo los actores asumen que la violencia es un código amplio y familiar que se comparte con el resto, por lo que se pueden obviar muchas cuestiones en torno a ella. Los actores se encuentran tan convencidos del entendimiento de los otros que no es necesario abundar en detalles, y en verdad que no parecen requerirlo, así de presentes están esas formas y el vocabulario de los últimos años: *carjacking*, comando armado, secuestro, halcón, extorsión, cobro de piso, cuota, ejecución, crimen organizado, sicario, etc. Con respecto a lo que refieren estos términos, se cree también conocer su lógica, el comportamiento de los actores violentos, y que, debido a que la primera dicta que debe moderarse eventualmente el uso de la violencia en contra de la población o que el segundo les lleve a seguirse asesinando entre ellos, serán sólo ellos y no las fuerzas de seguridad estatales quienes conseguirán que la violencia disminuya. Es así que estos hombres y mujeres no hablan de su erradicación, de una disminución hasta la eventual desaparición, tan sólo de una situación con una violencia “más tranquila”, pues a ella están acostumbrados, con ella pueden vivir.

CONCLUSIONES

En Ciudad Juárez, hace ya más de cien años que la violencia se convirtió en adjetivo y se impuso como una descripción que parece pretender determinarla; como si se tratara de una tautología, al igualarlas, reduce a la ciudad y desustancia a la violencia. La relación entre estas dos se ha estrechado tanto que, mencionar el nombre de Juárez lleva, inevitablemente, a pensar en su violencia, y hablar de violencia remite, a su vez, a esta ciudad que se ha instaurado como referente nacional e internacional. Desde entonces, los gobiernos locales y estatales explicaban el fenómeno atribuyendo la responsabilidad siempre a factores externos; se encontraba culpa en la ingesta de alcohol, en los migrantes, y se desdibujaba también en la inevitabilidad de los tránsitos ilegales debido a la condición de frontera. Entre su población, se aceptaba con resignación esta violencia que se representaba como nativa, después de todo, ¿cómo no iba a ser violenta una ciudad fronteriza con una alta recepción de migración? Estos elementos llegaron a parecer explicaciones incuestionables, auto-evidentes. Desde que comienza la configuración de la violencia como acontecimiento irruptivo en la ciudad, el año 2008 en que comienza la especie de sitio que genera la llegada del Ejército y la Policía Federal, lo codiciado de la plaza que es Juárez y la pelea que se desata por el dominio sobre ella, parece ser propuesto como un nuevo factor para ser asumido como explicación natural e irrefutable, un rasgo intrínseco de la ciudad fronteriza.

En la ciudad se han solidificado algunas nociones sobre la violencia y se han convertido en estereotipos: un conjunto de rasgos típicos de las manifestaciones violentas, una caracterización de los protagonistas habituales, unas explicaciones, unos términos para nombrar. La fijación de estas grandes formas con sus suaves bordes coadyuva en la percepción de la violencia como un continuo donde hay picos, altos y bajos niveles en la incidencia de las manifestaciones que, como pudo observarse en el capítulo 1, se entrecruzan, se solapan. Sin embargo esta coincidencia corresponde a la configuración de la ciudad, a sus rasgos constitutivos, en ellos y no en la violencia se encuentra la continuidad.

Si bien resulta tentador mirar todos los eventos violentos que ocurren como expresiones de un mismo fenómeno, tratarlos como parte de un agregado, existen claras distinciones y matices entre las diversas manifestaciones y sus diferentes momentos. En algunas de ellas el peso de la lógica económica es mayor, en otras juega un papel fundamental la construcción identitaria de los grupos, algunas expresiones tienen un alto contenido simbólico, y unas más son perpetradas por menores de edad. Las motivaciones, las características y las formas a través de las cuales una variedad de actores participa de estos hechos, varían de manifestación a manifestación y se corresponden con particulares estados de cosas y con decisiones de los mismos sujetos, se ven imbricadas en modos específicos con dinámicas de la urbe y afectan a distintos sectores de la población. La trama que se ha ido tejiendo entre la ciudad y sus violencias es compleja y sus matices ricos, pero es comprensible que la ocurrencia de éstas, constante en el tiempo, haya ido acumulando un gran peso, más que suficiente para justificar una intervención extraordinaria. No debe olvidarse, sin embargo, que no hay una forma de correspondencia exacta entre la realidad de la violencia y la forma en que ésta se percibe y se representa –como se dice en el capítulo 2, es bien conocida la divergencia entre los hechos y la percepción sobre la violencia que se generalizó especialmente a partir la segunda mitad del siglo xx-. En las últimas décadas, cada momento ha sido considerado el más grave de la historia local en términos de seguridad, y se ha hablado ya en otra ocasión de una guerra contra el narcotráfico.

Lo anterior corresponde sólo a una de las muchas maneras en que se realiza un tratamiento inadecuado de la violencia en la ciudad. Una de ellas es la dificultad para pensar en que los actores que cometen actos violentos no son individuos malvados o enfermos, y que los anteriores ocurren en circunstancias distintas a despliegues de dicha maldad o enfermedad. Las múltiples hipótesis propuestas para explicar los feminicidios cometidos en la localidad, como la existencia un asesino serial, la filmación de cine *snuff*, entre otras, muestran lo complicado que es conseguir representar y entender a las personas a quienes se inflige violencia, como víctimas de individuos ordinarios. Pero, es que reconocer que los actores perpetradores no son malvados o están enfermos, es decir, implica que cualquier ciudadano es susceptible de realizar acciones violentas y que el

problema no es exclusivamente individual, que una parte de la responsabilidad se encuentra en las condiciones de la ciudad.

Otra noción muy limitada que prima es la indiferenciación entre violencia y fuerza y el predominio del daño físico observable y cuantificable como definición misma de la violencia y como dimensión privilegiada de atención y de estudio, lo que lleva simplemente a mensurarla y describirla. Esta concepción material, en la que la violencia trata de perjuicios y lesiones, lleva a asumir que se trata de la consecuencia, del efecto de otra cosa, es decir, que es una variable dependiente que además de medida y descrita debe ser explicada a partir de la enumeración de un conjunto de causas suficientes.

En 1970, Hannah Arendt en su escrito *Sobre la violencia*, ensayaba ya nociones que sólo varios años después comenzarían a desarrollarse en las ciencias sociales, como la de que la violencia, aun cuando se distingue por su carácter instrumental, no se puede simplemente disponer de ella y mantener subordinada a una causa otra. Su terreno es el de la imprevisibilidad y, aunque se pretenda un medio, adquiere en su acontecer una especie de autonomía, que la hace rebasar cualquier fin que pudiera orientar y toda justificación que intentarla darle sentido. Así también en Juárez, aun cuando se hablaba, a partir del año 2008 en que inicia el Operativo Conjunto Chihuahua en el marco de la estrategia de lucha contra el crimen organizado del presidente Felipe Calderón, cuando se hablaba de que la violencia en la ciudad era una utilizada estratégicamente por parte de grupos de narcotraficantes y de cuerpos estatales de seguridad, el desarrollo de este pretendido medio, no siguió subordinado a los objetivos de ambos actores. No puede ya decirse que obedeciera a la pelea entre cárteles o a la lucha contra el narcotráfico, la violencia en la ciudad desbordó esos cauces y, así, también la orientación que pretendía explicarla y darle sentido.

La filósofa alemana llamaba ya desde hace varias décadas al reconocimiento de la violencia como una fuerza de importancia en la vida social, como una potencia constitutiva. Pensarla así en Juárez resulta necesario. Si bien quedan todavía sin respuesta muchos porqué de las manifestaciones en ella, no es menos necesario entender cómo esta variable juega con otras como las dinámicas del espacio transfronterizo histórico que se forma la ciudad de El Paso, y con procesos como los del desarrollo

urbano y la desarticulación. Después de todo, los fenómenos que llegan a considerarse como efectos de la violencia, como la emigración, no son producto natural y directo de la misma, sino que tienen mucho más que ver con la interacción de otras fuerzas, ya que la violencia, si bien es discernible analíticamente, no se vive sola en la experiencia, sino en un contexto dinámico marcado por otras circunstancias y tampoco como algo nuevo y desconocido, sino simplemente con formas distintas.

Los desafíos que presenta para la comprensión de la situación de violencia de los últimos años en Ciudad Juárez, una particularmente espectacular y extendida que ha dado lugar, como aquí se propone, a la construcción de un trauma cultural, hacen necesaria una revisión de las posibilidades que brindan para el conocimiento las ciencias sociales. Se encontró que el tratamiento insatisfactorio e insuficiente que se ha hecho de la violencia en la ciudad, obedece en parte importante a las nociones que han imperado en las disciplinas y a partir de las cuales se han desarrollado las herramientas utilizadas hasta hace poco tiempo para abordarla. Son la marginación, fragmentación y dispersión en todas las disciplinas, su concepción como medio subordinado a los fines que la orientan, ajeno al cauce de la vida social, sin relevancia en sí mismo, como producto de la racionalidad instrumental, la patología o la maldad, como fenómeno digno de nada más que de ser descrito y explicado, su no incorporación a las grandes teorías, lo que permite comprender el tratamiento que se ha dado a la violencia en Juárez, sus limitaciones y la dificultad para entender, más allá de las reificaciones, la relación entre las dos, ésa en la que cada una participa de la configuración de la otra.

Continuar por el camino insinuado por Arendt, en busca de otras y nuevas herramientas para un acercamiento no tradicional a la violencia, llevó al reconocimiento de intereses comunes en las últimas propuestas teóricas y analíticas para su estudio, como el giro que todas dan hacia el sentido y la subjetividad, además de su reivindicación como importante elemento en la configuración del orden y en la instauración del cambio. Se encontró en estos desarrollos, los de Collins, Joas y Wieviorka, sobre todo, una nueva definición de violencia.

La violencia, que es tradicionalmente vista sólo en un tiempo anterior en busca de las causas que la desencadenan, los valores que la promueven, o en el futuro donde se hace el recuento de los daños, consigue ser capturada cuando se le define como una

acción, una considerada no legítima por el colectivo del que se es parte, cuando se piensa en el momento en que sucede, en cómo un actor decide, en alguna medida, embarcarse en ella sin marcos, guiones o valores que le orienten con precisión, por lo que se ve ahí resolviendo de manera creativa, e imbuyendo de sentido eso que carece de significados que reproducir, que es procesado por éste, así como por los actores que reciben la violencia y también aquéllos que la presencian.

La nueva mirada que estos autores hacen posible es compatible con una posición epistemológica donde tanto los actores, como las estructuras y la cultura posean una autonomía relativa, y adecuada, por lo tanto, para este ejercicio que se pretende cercano al programa de sociología cultural propuesto por Alexander. El reconocimiento que es posible hacer desde sus textos, del potencial movilizador de sentido y la autonomía relativa como rasgos definitorios de la acción violencia, permiten conceder a ésta la condición de variable independiente, de potencia que establece con el estado de cosas en el mundo una relación de causalidad, pero no forzando, sino informándolo, a través de los ajustes, la reconfiguración, disociación y generación de sentido en los marcos interpretativos de la vida ordinaria, a la que debe incorporarse.

Esta definición de violencia, articulada con la teoría del trauma cultural, formulada por el mismo sociólogo estadounidense, permitió proponer en este trabajo un abordaje de la crisis que, aquí se defiende, se vivió en Ciudad Juárez a partir del acontecimiento irruptivo que constituyó el contexto de violencia generado a partir de la llegada de los cuerpos estatales de seguridad. La exposición de caracteres diferenciales de la violencia revisada posee ya, por su cualidad de extraordinario y de factor de orden y cambio, un potencial para revisar momentos críticos, el cual consigue desarrollarse con la categoría del trauma, pensada precisamente para entender situaciones de impacto y ruptura, de fragilidad que reblandece estructuras y demanda un trabajo de sentido para el restablecimiento de certezas que permitan la continuación de la vida. Las categorías brindadas por este modelo permitieron una aproximación al trabajo de sentido realizado en torno a la experiencia de la violencia en la ciudad, una que, debido a una representación persuasiva y exitosa, se vivió con especial fuerza y gran dolor.

Si bien el acontecimiento irruptivo, uno extendido en el tiempo, comenzó con el estado de sitio, no tuvo un impacto crítico hasta que la violencia efectuada en la muerte

de 15 personas, hombres jóvenes, la mayoría, en la conocida como Masacre de Villas de Salvárcar, fue representada como el rostro más crudo de un atroz agravio que amenazaba el valor de la vida en la sociedad juarense, su centro, y le hería terriblemente. En la disputa de sentido en que se enfrascaron las familias de las víctimas, una buena parte de la sociedad civil organizada y el gobierno federal por establecer la definición de la situación, el último consiguió constituir su relato como la narrativa maestra de un trauma cultural ya reclamado por las familias y la ciudadanía, en una historia que terminó siendo la versión alternativa -inaceptable por parte del gobierno por la negativa a la asunción de responsabilidad-, una contra narrativa del trauma. Una vez instituido éste y propuestos, en ambas historias, los contenidos para las categorías que lo conforman – naturaleza de la víctima, naturaleza del dolor, atribución de responsabilidad, identificación de la audiencia con la víctima-, tocaba a los actores que no participaron de su formulación, desarrollar una estructuración narrativa propia acerca de lo acontecido en ese momento de ruptura y en la violencia de los años anteriores, una que, enmarcada en el estado de sitio, presentaba rasgos nunca antes vistos en la ciudad. Luego de apropiarse de su propia versión, de construir su conocimiento en una negociación entre la narrativa maestra, la contra narrativa y su propia experiencia, este nuevo sentido acerca del dolor en la ciudad por la violencia, de las víctimas de ésta, de su relación con ellas y de los perpetradores, posible gracias a los códigos morales que ordenan sus nociones de identidad y relación con los otros y con el mundo, se hacía necesario ensayarlo, inevitable recrearlo en la acción. Con este planteamiento analítico y recuento de los hechos y sus representaciones, la presente investigación planteó las siguientes preguntas: ¿cómo se apropian, los hombres y las mujeres vendedoras en mercados de segunda mano en Ciudad Juárez, de la narrativa maestra del trauma cultural? y, ¿cómo ensayan este nuevo sentido en la acción que realizan en el performance de cada jornada?

Fueron estos actores, algunos hombres y mujeres que se dedican a la venta en dos mercados de segunda mano en la ciudad los elegidos para el acercamiento debido a su participación en estos espacios excepcionales, que de verdad contienen una parte importante de los complejos flujos y riqueza cultural de la frontera: la inmigración, la emigración, el empleo en fábricas maquiladoras, las familias divididas a uno y otro lado de la frontera, la búsqueda de la residencia o ciudadanía estadounidense, el contrabando

de mercancía, el consumo de productos norteamericanos, etc. Otra ventaja de seleccionar este escenario era la posibilidad que presentaban, por la fragilidad de su existencia y la impronta impura de su mercancía, de estudiarlos como una puesta en escena para observar la dimensión performativa de la apropiación del sentido negociado y generado a partir del trauma, es decir, para reconocer, en el performance, textos culturales que hablan y caminan a través de la acción de estos actores.

En un acercamiento hecho a partir de jornadas de observación participante, conversación y entrevistas en estos mercados y con estos actores, los hallazgos y respuestas a los cuestionamientos aquí presentados, fueron los siguientes: aun cuando el gobierno federal explicaba a través de un conflicto agonal muy sencillo la situación de intensa y generalizada violencia en la ciudad, el reclamo que hicieron las familias de los jóvenes víctimas de Villas de Salvárcar en la reacción interpretativa, en sus primeras manifestaciones, comenzaba a representar no sólo su dolor y la existencia de víctimas, sino, muy claramente, el sinsentido de la violencia. Si la justificación era, se decía, que ésta se daba entre grupos de criminales y fuerzas estatales, que morían y eran lastimados aquéllos que participaban en esta lucha, entonces el asesinato de jóvenes no involucrados en actividades delincuenciales no tenía razón de ser. No había pues una narrativa de defensa de un valor sagrado que diera sentido al dolor, al contrario, este valor, el de la vida inocente, se había puesto en juego y había agraviado así a la colectividad, con casi dos años de numerosas muertes sin sentido. Con la institución del trauma, la población volvía a sorprenderse, a conmocionarse frente a la violencia, como al principio del operativo, y se desvanecía la presencia del relato oficial que pretendía ordenarla.

La narrativa oficial del trauma, reelaboración de la explicación anterior, seguía siendo sencilla y conservando el conflicto agonal, pero utilizaba términos que no resultaban familiares para estos actores y que costaba incorporar a la experiencia que se tenía con la violencia, pues lo que conocían, observaban y vivían, no se correspondía con su descripción de la situación. Después de todo, la apropiación no se realizaba desde la nada, como si no tuvieran ya nociones sobre la violencia y la vida con ella en la ciudad. Estas estructuras de significado previas, sin poder borrarse u olvidarse, servían como materia prima en la transformación del trabajo de sentido. En la vida cotidiana en

esta ciudad, la experiencia de estos actores, todos hombres y mujeres en edad madura o avanzada, es similar. Transcurre ésta entre la familia y el trabajo, los dos centros sagrados y motores de toda actividad y de los desplazamientos a través de la ciudad, que se habita de manera limitada y en pedazos, en su desarticulación. El Paso es la extensión natural complementaria, con un consumo y una recreación que se prefieren, pues se encuentran en ella, tres criterios que ordenan el uso del espacio: lo seguro, lo cuidado (que corresponde a su criterio estético) y lo provechoso o útil. Con respecto a la violencia, se encontró que los actores tienen un amplio conocimiento, nociones que se encontraban ya incorporadas a su vida cotidiana sin generar un agudo malestar ni gran desconcierto, al contrario, participan en el sentido y orden que se observa en la ciudad. Lo que saben lo han aprendido a través del acceso, a lo largo de muchos años, a historias concretas de personas involucradas en actividades ilícitas o violentas y de personas que las han sufrido. Además de permitirles entender, esta cercanía les permite no demonizar a los perpetradores, no perturbarse al hablar al respecto, jugar incluso con los remas relacionados, reconocer la relación entre la criminalidad y la economía de la ciudad, es decir, las ganancias que reditúa. Sin embargo, lo anterior se encuentra solo en la experiencia anterior al trauma, pues el tratamiento de los eventos y los perpetradores posteriores es distinto. Se comparten más códigos y de manera inmediata con el resto de la población para narrar estas historias, la comunicación es sencilla, pero menos rica en sentido, más árida.

Con respecto a las categorías del trauma, la de la naturaleza del dolor no es muy explícita, pero sí se encuentra desarrollada como un momento crítico, una situación excepcional, como un momento en el que algo tronó, como si una bomba estallara y algo colapsara, provocando un gran dolor y cambios radicales en la colectividad. Los términos propuestos por la narrativa maestra no son apropiados pues no resultan familiares y, una vez más, no se corresponden con la experiencia; los actores los mencionan alguna vez con extrañeza, con dificultad. La categoría de víctimas, por otro lado, es la más elaborada y la que se narra con mayor precisión. Víctimas son todas las personas pacíficas de la ciudad que han muerto o perdido a alguien, que se han visto lastimadas por los eventos de los últimos años. Incluso aquellos jóvenes asesinados por su pertenencia a bandas criminales son considerados víctimas, ellos y, especialmente,

sus familias. El foco se hace en ellas, en quienes sufren, pues no se hace frente a la muerte con demasiada resistencia. La cualidad de pacífico, adjetivo utilizado constantemente por los actores entrevistados y otros conocidos en los mercados, es el valor que permite también la vinculación, la identificación de la audiencia con las víctimas. Finalmente, la categoría de atribución de responsabilidad resulta especialmente problemática. Los distintos niveles de gobierno son raramente señalados como responsables, son los cuerpos de seguridad los que aparecen como coludidos con grupos criminales, como actores que se aprovechan de la situación para obtener ventajas y para cometer abusos. Los secuestradores, ladrones, extorsionadores y asesinos, por su parte, se nombran con dificultad, con vacilación o torpeza en la selección y uso de apelativos, y en muchas ocasiones, omitiéndolos, haciendo referencia a ellos sólo a través de sujetos implícitos en formas verbales, lo que llama la atención. Si bien sigue sin observarse la demonización de estos, el tratamiento carece de la misma familiaridad con la que se habla de “cacos”, “robadores” o “narcos”. El pensar la situación, aun en su particular configuración, dentro del continuo de violencia de la ciudad, puede estar entorpeciendo el proceso de atribución de responsabilidad, dificultando la construcción de representaciones claras. Esta categoría no consigue apropiarse como las otras por lo insuficiente que resulta la experiencia propia, tal vez por la complejidad de la situación, por el carácter más velado, menos público de las manifestaciones de violencia recientes, así como por la falta de consistencia entre la mínima información que se proporciona y lo que se experimenta.

Por otra parte, el acercamiento a los espacios de trabajo de estos actores, donde participan en una gran puesta en escena y realizan el performance que se requiere para efectuar el intercambio de una mercancía de segunda tan buena que parece “de primera”, permitió cómo estos espacios, en medio de enclaves marcados por preocupantes estadísticas en materia de seguridad y desarrollo urbano, son resguardados por el montaje y la reunión de actores y espectadores. Estos privilegiados espacios seguros en la ciudad dan lugar a una abierta e interesada disposición, de uno y otro lado, para el encuentro, para la conversación, el uso de apelativos de confianza, para compartir historias personales, la “cruz” de cada uno y cada una, para dar consejo. En la recreación de los textos culturales que efectúan en esta acción simbólica, se reconoce que no hay

referentes sobresalientes de lo bello en la ciudad, tampoco en la ciudad vecina. Lo que preocupa es, con respecto a la dimensión estética, encontrar en las superficies limpieza, olores agradables, esmero en la presentación, mientras que lo abandonado, sucio, descuidado, hecho garras, es considerado feo.

Cuando el performance es persuasivo y exitoso, cuando son bien utilizados los textos culturales, cuando se corresponden con los códigos binarios que ordenan los significados en los sagrados y los profanos, la efectiva identificación psicológica permite encuentros con un más íntimo intercambio. En éste se asoman referentes de la relación con los otros, con el dolor y con la expectativa de futuro que consigue atisbarse. Se distingue, en estas conversaciones y muy personales narrativas, que todavía resulta muy complicado tomar distancia respecto al momento que se vive para definirlo, se describe con cuidado, se alcanza a decir apenas que la violencia ya está pasando. La identificación con las víctimas que protagonizan las historias sigue siendo inmediata, incluso con los relatos en clave muy personal de los perpetradores consigue generar empatía. Se encuentran pocas representaciones de un horizonte de sentido para el futuro, ni siquiera en el modo abierto de la posibilidad, de la imaginación y el deseo, el modo subjuntivo, que se utiliza con poca frecuencia. El reencantamiento, por otro lado, es frecuente, el tono lúdico es característico de la acción simbólica en los mercados.

Es así que, con amplias nociones ya incorporadas a la vida cotidiana respecto a las actividades ilícitas y violentas, así como a los actores que participan en ellas, gracias a la convivencia, al conocimiento íntimo, personal de las historias de víctimas y perpetradores, a la destreza para disimular y tener cuidado con la información que se posee, los actores consiguen adoptar y negociar con la violencia con relativo éxito. Sin embargo, la falta de información y la inercia de lo que se percibe como un continuo de violencia, entorpecen el trabajo de sentido y dificultan el terminar de consolidar las categorías para definir un tiempo otro, una situación que se ha comenzado a representar como una distinta, y para reconocer que hacen falta representaciones y nombres para seguir actuando en ella, que no son suficientes las del pasado. Podría ser necesario más tiempo y la continuación del proceso de interpretación y resignificación, para conseguir dar contornos más nítidos a la masa de manifestaciones, dolor, miedo, incertidumbre, indignación, motivos y perpetradores que se llama simplemente “la violencia”.

Al final del ejercicio de búsqueda y desarrollo de las respuestas a las preguntas planteadas al inicio de esta investigación, aun luego del pleno reconocimiento e identificación de las narrativas que permitieron la construcción del trauma y su establecimiento como hecho cultural y del propio trabajo de sentido de otros actores que creen que ya no son los mismos, que ha sucedido algo especialmente doloroso en la ciudad, aparece todavía con fuerza la impronta del carácter continuo y casi natural de la violencia en las representaciones colectivas. Parece necesario un acercamiento más profundo y exhaustivo en torno a representaciones concretas, como las de los perpetradores o las víctimas, o una particularmente poco explorada aquí, la de la maldad que se encuentra en cada manifestación, en cada tiempo, para traer a superficie matices que permitan observar diferencias en la manera en que se codifica, pesa y representa este conjunto de formas que son llamadas todas “violencia”.

Otro remanente aunque más de lleno en la dimensión teórica, en lo que toca a pendientes de la disciplina, es la posibilidad de incorporar más explícitamente la figura del espectador a los modelos de violencia, de desarrollar la importancia de su presencia en el juego de sentido que se abre al iniciar este tipo de acción, la intimidad que cierra, que termina de configurar junto al perpetrador y la víctima, la forma en que participa de la experiencia. Se ha visto aquí cómo la violencia se vuelve parte de la vida no sólo en la medida en que se sufre directamente, sino también en que se observa, se teme, se conoce desde víctimas y victimarios, y que la reacción, tanto emotiva como interpretativa, dista mucho de reducirse al dolor y al repudio. Debemos entonces reflexionar acerca de las posibilidades que presenta, en un contexto local y nacional particularmente fecundo, concebir la violencia como acto creativo que moviliza estructuras de sentido, como fuerza que informa nuevos fenómenos, y para ello, para recuperar con menor inocencia su papel en la vida social, así como en el cambio, continuar desafiando, o revisando al menos, las viejas categorías.

REFERENCIAS

Alexander, J. (2004). Toward a Theory of Cultural Trauma. En Alexander et al., *Cultural Trauma and Collective Identity*. Berkeley: University of California Press.

Alexander, J. (2006). Cultural pragmatics: social performance between ritual and strategy. En Alexander, J., Giesen, B. y Mast, J. *Social Performance. Symbolic Action, Cultural Pragmatics, and Ritual*.

Alexander, J. (2011). *Performance and Power*. Cambridge: Polity Press.

Alexander, J. (2012). Cultural Trauma: A Social Theory. *Trauma. A Social Theory*. Cambridge: Polity Press, pp. 6-30.

Almada, H. (2007). *La realidad social de Ciudad Juárez. Tomo 2: Análisis territorial*. Ciudad Juárez: UACJ.

Arendt, H. (1970). *On Violence*. New York: Harcourt, Brace & World, Inc.

Aróstegui, J. (1994). Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia. *Ayer* (13), 17-56

Arzate, C. (2005). “Ciudad Juárez antes y después de la maquila. Una visión antropológica”. Recuperado el 7/VII/2013 desde <http://www2.uacj.mx/icsa/Investiga/Rniu/pnencias%20pdf/Pon.%20Cudberto%20Arzate.pdf>.

Ayuntamiento de Juárez (2011). *Plan Municipal de Desarrollo 2010-2013 del Municipio de Juárez, Chihuahua*. (Folleto Anexo al Periódico Oficial, No. 17) Chihuahua: Gobierno del Estado.

Bass, S. (2009). *Diagnóstico de las políticas sociales de vivienda dirigidas a mujeres y sus familias víctimas de violencia en Ciudad Juárez, 1994-2000* (Informe final de proyecto de investigación Indesol). Ciudad Juárez: UACJ.

Brugués, A. (2005). “Relaciones económicas y niveles de bienestar en Ciudad Juárez”, en *Diagnóstico geo-socioeconómico de Ciudad Juárez y su sociedad*. Ciudad Juárez: COLEF.

Carballo, F, Cordero, R., Ossandón, J. (2009). Cómo se hace la Sociología Cultural. Una conversación con Jeffrey Alexander. *Estudios Sociológicos* 23(81), 933-959.

Carey, E. (2008). Women with golden arms: Narco-trafficking in North-America: 1910-1970. *History Compass* 6(3), 774-795.

Chesnais, J. (1992). Historia de la violencia: el homicidio y el suicidio a través de la historia. Pensar la violencia. Perspectivas filosóficas, históricas, psicológicas y sociológicas. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 54(2).

Collins, R. (2009). "The Micro-sociology of Violent Confrontations", pp. 1-36. En *Violence. A Micro-sociological Theory*. Princeton: Princeton University Press.

Cruz, R. (2005). "Mercado de trabajo y empleo en Ciudad Juárez", en *Diagnóstico geo-socioeconómico de Ciudad Juárez y su sociedad*. Ciudad Juárez: COLEF.

Erikson, K. (1994). *A New Species of Trouble. The Human Experience of Modern Disasters*. New York: W.W. Norton & Company Inc.

Eyerman, R. (2012). Cultural Trauma: Emotion and Narration. En Alexander, J., Jacobs, R., y Smith, P., *The Oxford Handbook of Cultural Sociology*.

Eyerman, R. (2013). Social theory and trauma. *Acta Sociológica* 56(1), 41-53.

Flores, R., Gutiérrez, E., Vázquez, O. (2010). *Paso del Norte en el siglo XXI: Breve historia de Ciudad Juárez*. Ciudad Juárez: UACJ.

García, R. (2010). *Ciudad Juárez la fea. Tradición de una ciudad estigmatizada*. Ciudad Juárez: UACJ.

González, A. (2006). Acción colectiva en contextos de violencia prolongada. *Estudios Políticos* (29), 9-60.

Haskell, T., Teichgraber III, R. (1993). *The Culture of the market: historical essays*. New York: Cambridge University Press.

Heitmeyer, W., Hagan, J. (2003). *International Handbook of Violence Research*. Norwell: Kluwer Academic.

Herrmann, G. (1997). Gift of commodity: what changes hands in the U.S. garage sale? *American Ethnologist* 24(4), pp. 910-930.

Innerarity, D. (19 de febrero de 2002). La sociedad invisible. *El País*. Recuperado de <http://www.ub.edu/prometheus21/articulos/archivos/Innerarity.PDF>.

Joas, H. (2003). *War and Modernity*. Cambridge: Polity Press.

Larriqué, D. (2009). Conformación del campo sociológico temprano. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* (43), pp. 1-31.

Limas, A. (2006). "Ciudad Juárez, la urbe maquiladora: tecnología de segregación urbana, exclusión cultural y fragmentación social", pp. 55-84. En *Entre las duras aristas de las armas. Violencia y victimización en Ciudad Juárez*. México: CIESAS.

López, L. (2010). "Identidades en la línea. Maquiladoras y figuras de la femineidad en la frontera norte de México." *Revista Mexicana de Sociología*, 72(4), 543-570.

Makinson, D. (1992). Editorial. Pensar la violencia. Perspectivas filosóficas, históricas, psicológicas y sociológicas. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 54(2).

Martínez, W. (2012) "Situación y evolución demográfica", pp. 21-52. En *La realidad social y las violencias, Ciudad Juárez. Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia*. Ciudad Juárez: UACJ.

Martínez, W., Arellano, J. (2010). "El componente migratorio en la comprensión de la dinámica y estructura poblacional de Ciudad Juárez, Chihuahua, 1995-2005", pp. 13-38. En *Mercado laboral, población y desarrollo: estudios sobre Ciudad Juárez*. Ciudad Juárez: UACJ.

Maycotte, E., Acosta, D. (2012). "Especulación del suelo, vivienda e infraestructura urbana", pp. 139-194. En *La realidad social y las violencias, Ciudad Juárez. Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia*. Ciudad Juárez: UACJ.

México. Programa Nacional Fronterizo (1961). *Ciudad Juárez, Chihuahua*. México: PRONAF.

Monárrez, J. (2002). Femicidio sexual serial en Ciudad Juárez: 1993-2001. *Debate feminista*, 25(13), 279-305.

Monárrez, J. (2005). "IX. Problemática de la seguridad pública en Ciudad Juárez", en *Diagnóstico geo-socioeconómico de Ciudad Juárez y su sociedad*. Ciudad Juárez: COLEF.

Monárrez, J. (2009). *Trama de una injusticia. Femicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez*. Tijuana: COLEF.

Monárrez, J. (2013). Ciudad Juárez, tiradero nacional de muertos: entre el discurso del guerrero y el caballero. *Debate Feminista*, 47(24), 205-234.

Niekerk, C., Engelstein, S. (2011). *Contemplating Violence: Critical Studies in Modern German Culture*. New York: Rodopi.

- Ortega, F. (2010). El trauma social como campo de estudios. *Trauma, cultura e historia. Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pérez, I. (2007). “Empleo”, pp. 67-98. En *La realidad social de Ciudad Juárez. Tomo 1: Análisis Social*. Ciudad Juárez: UACJ.
- Petrescu, M., Bhatli, D. (2013). Consumer Behavior in Flea Markets and Marketing to the Bottom of the Pyramid. *Journal of Management Research* 13(1), pp.
- Platt, T. (1992). La violencia como concepto descriptivo y polémico. Perspectivas filosóficas, históricas, psicológicas y sociológicas. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 54(2).
- Procuraduría General de la República (México). (2006). *Informe final. Fiscalía para la Atención de Delitos Relacionados con los Homicidios de Mujeres en el Municipio de Juárez, Chihuahua*. México: Procuraduría General de la República.
- Ravelo, P. (2005). La costumbre de matar: proliferación de la violencia en Ciudad Juárez, Chihuahua, México. *Nueva Antropología*, (65), 149-166.
- Ravelo, P., Domínguez, H. (2010). Ciudad Juárez: asedios a la ciudadanía y cancelación de la vida urbana. *El Cotidiano*, (164), 5-10.
- Ray, L. (2011). *Violence & Society*. London: SAGE.
- Rubio, R. (2005). “Migrantes y movilidad en Ciudad Juárez”, en *Diagnóstico geo-socioeconómico de Ciudad Juárez y su sociedad*. Ciudad Juárez: COLEF.
- Sandoval, J. (2004). Los Casinos en México y sus principales efectos sociales: Un análisis de opinión pública al 2004. Recuperado el 1º de octubre de 2013 desde <http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/dir/dps/DPS-ISS-07-04.pdf>.
- Segato, R. (2008). La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. *Debate feminista*, 19(37). Recuperado desde <http://www.debatefeminista.com/PDF/Articulos/laescr123.pdf>.
- Smith, D. (2001). *Norbert Elias and Modern Social Theory*. London: SAGE.
- Suárez-Orozco, M., Robben, A. (2000). Interdisciplinary perspectives on violence and trauma. *Cultures under Siege. Collective Violence and Trauma*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-42.
- Tilly, C. (2003). Varieties of Violence. *The Politics of Collective Violence*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-25.

Tognato, C. (2012). Culture and Economy. *The Oxford Handbook of Cultural Sociology*. New York: Oxford University Press

Velázquez, M. (2012). “La situación de los servicios de salud, cultura, recreación y deporte”, pp. 195-222. En *La realidad social y las violencias, Ciudad Juárez. Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia*. Ciudad Juárez: UACJ.

Walby, S. (2013). Violence and society: Introduction to an emerging field of sociology. *Current Sociology*, 61(2), 95-111.

Weber, M. (2012 [1922]). Mercado. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 493-497.

Wieviorka, M. (2009). *Violence. A new approach*. Los Angeles: SAGE.

Zavaleta, J. (2007). *La seguridad pública local. Inseguridad, delincuencia y participación ciudadana en Ciudad Juárez*. Ciudad Juárez: UACJ.

OTRAS REFERENCIAS

...en Ciudad Juárez se ha detectado por la policía un gran número de adictos a la heroína... (11 de agosto de 1992). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>;

“Narcos provocan la violencia”, dice Baeza. (19 de enero de 1992). *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

“Porque México es Juárez: Pedimos alto a la impunidad”. (5 de febrero de 2010). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(12 de marzo de 1992). La narcoviencia no es privativa de Chihuahua; es importada: Baeza. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(14 de junio de 1990) Abogados “defensores” coludidos en violaciones a derechos humanos. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(2 de febrero de 1992). Freno a la narcoviencia en Juárez, exigen empresarios. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(20 de marzo de 1992). Juárez la 4ª ciudad más violenta y 1er. lugar en narcoejecuciones. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(23 de mayo de 1990) Exigen en la frontera acabar con anomalías de madrinan. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>

(24 de agosto de 1984). *El Fronterizo*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(25 de mayo de 1990) Urgente, frenar la sobrepoblación en Juárez y la capital e impulsar las ciudades medias: Salinas. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(27 de diciembre de 1992). Se asientan aquí bandas de atracadores. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(28 de mayo de 1988). *El Norte*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(29 de mayo de 1984). *Diario de Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(3 de febrero de 1991). La tortura nos denigra: FB. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(5 de agosto de 1992). Asaltados 121 comercios de la localidad sólo en el mes de junio. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

(9 de julio de 1991). Harán llegar ante el presidente las protestas contra la violencia. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Alarmante proliferación de armas en el “Segundo Barrio”. (13 de marzo de 1994). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

En Sólo Cuatro Años, los Crímenes de Ciudad Juárez se Multiplicaron. (3 de mayo de 1989). *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Freno a la narcoviencia en Juárez, exigen empresarios. (2 de febrero de 1992). *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Historia del CDP. (30 de septiembre de 1984). *Diario de Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Invaden con tachas toda la frontera: PGR. (26 de julio de 1992). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>

- Invaden pandillas el oriente. (25 de marzo de 1995). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Narcocorrupción. (12 de diciembre de 1987). *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- NARCOTRÁFICO. (1° de enero de 1987). *Novedades de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Narcotráfico. (31 de diciembre de 1986). *El Fronterizo*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Programas de Desempleo. (6 de agosto de 1985). *El Norte*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Se unirán las corporaciones policiacas en operativo “Integra” contra el crimen. (15 de marzo de 1992). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Toma Ejército control de la seguridad pública. (28 de marzo de 2008). *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Aguirre, M. (12 de marzo de 1992). La Narcoviolencia no es Privativa de Chihuahua: Baeza. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Aguirre, M. (14 de agosto de 1992). Ciudad Juárez, el mayor importador de delitos generados por el narco. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Aguirre, M. (21 de marzo de 2000). Traficantes usan como sicarios a pandilleros. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Alvarado, I. (15 de febrero de 2008). Paquistán y México: paralelismos de una guerra perdida. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Armendáriz, J. (28 de marzo de 2008). Dos mil soldados contra los narcos. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Armendáriz, J. (28 de marzo de 2008). Violencia, el resultado de desintegración de cárteles. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Bañuelos, M. (15 de agosto de 1992). Recibe Baeza proyecto del “Programa Estatal para el Control de las Drogas”. *Norte de Ciudad Juárez*; Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Bañuelos, M. (7 de marzo de 1995). 400 Pandillas Trafican con Drogas en CJ. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Campbell, H. (mayo-junio 2011). No End in Sight: Violence in Ciudad Juárez. *NACLA Report on the Americas*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Carmona, B. (13 de mayo de 2006). Registra el suroriente mayor número de delitos. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Castillo, L. (17 de octubre de 1991). Comprobada infiltración de narcos en la PJE. 13 agentes involucrados. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>;
- Castro, S. (3 de junio de 1996). Llegan homicidios a 108 en 6 meses. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>
- Castro, S. (4 de julio de 1994). Caso Oropeza. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Castro, S., Cruz, J. (25 de noviembre de 1995). Involucran a ex regidor con los contrabandistas. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Corral, B. (3 de noviembre de 2011). Cobran permisos pero no ordenan. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

- Corral, B. (31 de octubre de 2011). Miles convierten calles en mercados. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Cruz, J. (8 de julio de 2006). Colapsan las lluvias el sistema de alcantarillado. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- De la Torre, F. (14 de mayo de 1991) Condenan en Juárez a la Patrulla Fronteriza de EU. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Ferrel, N. (14 de noviembre de 1991). Disminuyó el índice criminal durante 91 con respecto a octubre 90, informó oficialmente la SJE. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Ferrel, N. (2 de enero de 1992) Termina uno de los años más violentos en la historia de Juárez. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Figuroa, L. (26 de enero de 2008). Es narco más grande que Estados Unidos y México. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Ginero, Á. (24 de marzo de 2003). Gana piratería terreno. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Gómez, A. (2 de febrero de 2010). Football players, honor students among 16 victims. *El Paso Times*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- González, F. (6 de octubre de 1997). Exige alcalde bajar a 14 años la edad penal. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- González, V. (24 de noviembre de 1992). El narco, principal problema. *Diario de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Guadarrama, J. (31 de diciembre de 1994). Rompen récords criminales. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Guadarrama, J. (6 de septiembre de 1995). Se duplican delitos. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Guadarrama, J. (6 de septiembre de 1995). Se duplican delitos. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Luévano, A. (16 de marzo de 1992). Más de 400 pandillas en esta frontera causan un centenar de muertes violentas. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Luján, F. (16 de mayo de 2005). Arrancarán operativo para ordenar. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Mariscal, J. (21 de septiembre de 1988). Firmeza y Decisión Contra el Crimen y el Delito: FB. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Martínez, J. (23 de agosto de 1993). Refuerza la policía táctica antiviolencia. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Minjárez, G. (2 de enero de 2011). Son El Granjero y la Azteca las colonias más inseguras. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Monroy, E. (24 de junio de 1996). La magia de la fayuca en Juárez. *Diario de Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Monroy, E. (30 de noviembre de 1997). El gran peligro de la delincuencia juvenil. *Diario de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Muñoz, I. (17 de febrero de 2003). CAUSA ALCOHOL RIÑAS CAMPALES. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Núñez, R. (8 de septiembre de 1995). Siembran pandillas terror. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

- Ortega, L. (20 de enero de 2012). Se vio la economía informal como una válvula de escape. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Ortega, L. (22 de enero de 2012). Generan por contrabando y piratería 3,600 mdp al año. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Ramos, G. (5 de mayo de 1992). No hay avances para hacer de Juárez una ciudad segura, dicen empresarios y partidos. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Rebolledo, A. (27 de noviembre de 2012). Encarecen desde El Paso mercancía de 'segunda'. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Rebolledo, A. (4 de enero de 2012). Libre entrada de productos chinos surtirá a 'segundas'. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Rodríguez, A. (17 de diciembre de 1997). Descubren a 71 policías municipales adictos. *Diario de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Rodríguez, A. (17 de noviembre de 1997). Descubren a 71 policías municipales adictos. *Diario de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Rodríguez, A. (21 de agosto de 1998). Gana criminólogo español dos mil 500 dólares al mes. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Rodríguez, M. (31 de enero de 2006). Realiza Policía Municipal 79 arrestos. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Rosales, C. (27 de enero de 2008). Realizarán operativo para proteger a policías amenazados. *Omnia*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Ruiz, J. (29 de marzo de 1998). Cientos de niños y jóvenes, al servicio del Cártel. *El Universal*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Salazar, J. (12 de septiembre de 2009). Mercados populares, botín millonario de líderes. *El Mexicano*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Salmón, A. (25 de enero de 2008). Crea el Estado plan para proteger a jefes policiacos. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Silva, C., Castro, S. (28 de octubre de 1992). Impiden el cruce de fayuca con nueva zanja en Anapra. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Sosa, L. (13 de junio de 2001). Controlan pandillas colonias. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Sosa, L. (4 de agosto del 2000). Inundados mercados de fayuca. *El Diario*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Trejo, A. (27 de julio de 1997). Narcotráfico: Por debajo del agua. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Trejo, A. (27 de julio de 1997). Narcotráfico: Por debajo del agua. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Urquizo, C. (31 de marzo de 2008). La guerra inútil. *Omnia Semanal*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Vela, A. (28 de marzo de 1989). Caiga quien caiga, la guerra contra el narco será a muerte: PGR. *El Heraldo de Chihuahua*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Venegas, J., Villalpando, R. (3 de diciembre de 1999). Las excavaciones habrían ubicado tres narcofosas. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Vigueras, C. (22 de julio de 1994). México, potencial mercado de 6 mil mdd para productos usados de EU. *El Financiero*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.
- Villalpando, R. (2 de agosto de 1996). *La Jornada*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Zubía, Á. (28 de enero de 2008). Protege el Estado a agentes amenazados. *Norte de Ciudad Juárez*. Recuperado de <http://www.inpro.com.mx>.

Artículos en línea

Páez, A. (noviembre de 2007). Historias del narcotráfico. *Letras Libres*, pp. 26-31, recuperado desde http://letraslibres.com/sites/default/files/pdfs_articulos/pdf_art_12456_11648.pdf.

Sitios web

<http://sc.inegi.org.mx/sistemas/cobdem/>

Videos en línea

Declaraciones de Felipe Calderón en la reunión realizada en Ciudad Juárez del programa “Todos Somos Juárez. Reconstruyamos la ciudad”, el día 16 de marzo de 2010. Gobierno de la República (2010). *El Presidente Calderón en "Todos Somos Juárez, Reconstruyamos la Ciudad"*. [Video] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=6QKaC6oiKWY>.

WAV Lossless (2011). *Felipe Calderón es encarado por Luz María Dávila por el asesinato de sus hijos*. [Video] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=O1Yi1m0UxN8>.

ANEXO. INSTRUMENTOS PARA OBSERVACIÓN Y ENTREVISTAS

Guía de observación

i

- Características de la zona de la ciudad en que se encuentra el mercado
- Mapa de la ubicación del mercado dentro de la colonia
- Lugares circunvecinos
- Descripción de calles aledañas
- Condiciones del terreno
- Descripción del espacio cuando el mercado no está instalado
- Función del espacio cuando el mercado no está instalado
- Cómo se apoya el montaje del mercado sobre la infraestructura permanente
- Límites del mercado
- Materiales con que se monta el mercado
- Tamaño y número de puestos

ii

- Descripción de los puestos
- Descripción de los sujetos que se dedican a la venta
- Vestimenta y presentación de los sujetos que se dedican a la venta
- Artículos que se encuentran en venta
- Sujetos que acompañan a quienes se encargan de la venta
- Otros sujetos trabajando en el mercado en actividades no directamente relacionadas al comercio

iii

- Sujetos que asisten el mercado
- Vestimenta y presentación de los asistentes
- Características de visitantes que acuden solos (sexo, edad)
- Características de visitantes que acuden en grupo (sexo, edad, parentesco)
- Diferencias entre visitantes de la colonia y visitantes de fuera

iv

- Días y horarios en que abre el mercado
- Abre todo el año
- Cambio de horarios por temporada
- Horario en que empiezan el montaje para instalarse los primeros puestos
- Puntos de acceso

- Cómo se trasladan al mercado los vendedores
- Cómo se trasladan al mercado los asistentes
- Ciclos de afluencia
- Cambios en la caracterización de los asistentes durante el día
- Vías de acceso y tránsito que concentran visitantes
- Segmentos en los que se aumenta o disminuye la velocidad del tránsito
- Diferencias en patrones de tránsito de visitantes solos y visitantes en grupo
- Número de transacciones promedio por visitante

v

- Origen de la colonia
- Condiciones de la colonia (tamaño, pavimentación, alumbrado público, viviendas deshabitadas, lotes baldíos, tamaño de viviendas, parques)
- Tiempo que lleva funcionando el mercado
- Lugares y elementos que sobresalen en la colonia
- Caracterización de la población que habita la colonia
- Eventos violentos de alto impacto ocurridos en la colonia

vi

- Quiénes se encargan de la organización del mercado
- Existencia de permiso de operación
- Relación del mercado con el ayuntamiento
- Los vendedores trabajan en otros mercados de la ciudad
- Dan cuenta de diferencias entre la venta en ese y en otros mercados

vi

- Distribución gráfica de los puestos
- Patrones que sigue la distribución de los puestos
- Criterios de asignación de espacios
- Características de los puestos más improvisados
- Características de los puestos más elaborados
- Relación entre vendedores
- Relación entre vendedores y visitantes
- Patrones de recorrido de los visitantes
- Zonas de reunión o espacios de encuentro entre grupos, por sexo, por grupos etarios

- Uso de espacios adyacentes en horario del mercado
- Anuncios e invitaciones a comprar habladas y en grabación
- Anuncios e invitaciones a comprar escritas
- Música que se reproduce en el mercado
- Comida a la venta
- Productos a la venta traídos desde los Estados Unidos
- Actitud de visitantes frente a la gente con la que se cruza en el recorrido
- Actitud de cuidado y vigilancia hacia bebés y niños
- Personas, sucesos o elementos que llaman la atención o generan sospecha

Guía de entrevista

i

- Una semana típica
- Otro trabajo además de la venta en el mercado
- Lugar de trabajo
- Horarios de trabajo
- Horas de salida de casa y de llegada
- Duración del trayecto de la casa al trabajo y del trabajo a la casa
- Caminos recorridos en el trayecto
- Medio de transporte
- Otras actividades remuneradas
- Actividades relacionadas con el hogar
- Tiempo dedicado a ellas
- Personas que viven en la casa
- Parentesco
- Los menores en la casa van a la escuela
- La escuela se encuentra en la colonia
- Cómo llegan a la escuela
- Lugar donde se realizan las compras
- Ubicación
- Se tiene tiempo libre los días de trabajo
- Actividades realizadas durante el tiempo libre
- Días libres
- Actividades realizadas durante los días libres
- Tiempo dedicado a la convivencia familiar (momentos en la semana y duración)
- Actividades de convivencia familiar
- Lugares donde tiene lugar la convivencia familiar
- Espacios de la colonia que se conocen y transitan o utilizan
- Tiempo viviendo en la colonia
- Actividades organizadas por los vecinos
- Viviendas deshabitadas en la colonia
- Lotes baldíos en la colonia
- Se tiene familia en la ciudad fuera de la que vive en la casa
- Zonas donde habitan otros familiares
- Tiempo dedicado a las amistades (momentos en la semana y duración)
- Lugares que se visitan o recorren con las amistades
- Actividades realizadas durante la noche
- Lugares visitados durante la noche
- Todos los medios de transporte utilizados
- Lugares de la ciudad visitados con regularidad
- Caminos de la ciudad recorridos con regularidad

ii

- Cómo es la vida en la colonia
- Relación con los vecinos
- Cómo es la vida en la ciudad
- Cómo es la gente en la ciudad
- Cómo describe la ciudad
- Lugares preferidos para pasear
- Percepción del centro histórico
- Percepción del transporte público
- Percepción de la frontera (el río, los puentes internacionales, cruces clandestinos sin obstáculos físicos como en Riberas del Bravo)
- Zonas o espacios que se creen más peligrosos
- Zonas o espacios que se creen seguros
- Migrante o nacido en la ciudad
- Desde cuándo se percibe como violenta la ciudad
- Ha vivido hechos violentos (de manera directa o indirecta)
- En qué lugares ocurrieron
- Sensación al recordar
- Lugares de la ciudad que visitaba en la infancia, en la juventud o en los primeros años de haber llegado a la ciudad
- Todavía les visita, han cambiado
- En caso de haberlas, fotografías tomadas por la persona con su celular